

El Ruedo



2 PTS

SUPLEMENTO TAURINO DE MARCA

ROBERTO DOMINGO



Famfa

¡UNA FAENA DE CUIDADO ES EL AFEITADO!

...PERO SALGO TRIUNFANTE CON

IBERIA

LA MEJOR HOJA DE AFEITAR



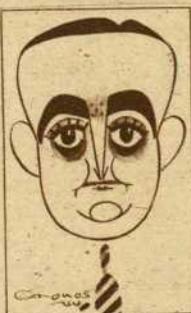
El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

Madrid, 2 de Mayo de 1944

EL PUBLICO DE AHORA EN LOS TOROS

Por JOSE VICENTE PUENTE



UN tema taurino tiene para el escritor español dos alternativas: O se cae en el tópico y lo manido, dado lo mucho que ya se ha escrito sobre nuestra fiesta nacional, o se va derecho a la extravagancia y al ángulo extraño, que desenfoca el colorido total del espectáculo más antiguo y sangriento que nos queda.

Y si sobre el circo taurino la comedia, el drama, la novela, los ensayos han sido pródigos y muchas veces atinadísimos, no ha escapado a esta observación minuciosa de cuanto allí acontece el elemento espectador—que en los toros es y será siempre "público", nunca espectadores—. Desde la demostración política de nuestro país; desde las derivaciones sobre virtudes y vicios raciales hasta la anécdota del ingenio español, todo se ha pretendido agruparlo sobre las reacciones de los cientos de españoles que ocupan las gradaderas.

Fin más modesto encierran estas líneas, donde sobre el público actual—y más concretamente el de la Plaza de las Ventas—se pretende hilvanar algunas ligeras observaciones que a un aficionado le surgan, a propósito de nuestra bien ponderada fiesta.

Antes que nada hay que poner aparte al severo y antiguo aficionado, que sigue fuertemente la Plaza de Alcalá y que le molesta el inmenso graderío, donde, según él, se sientan muchos indocumentados

que "echan a perder" la seriedad de la primera Plaza de España. Este viejo aficionado—tendidos del nueve, del diez, del uno, principalmente—mira con ojos furibundos a quienes van a los toros con mujeres bonitas; a quienes se ríen, hablan y comentan la vecindad de las amistades. Sólo para los abonados que corrida tras corrida ocupan sitios cercanos son sus serios y solemnes saludos. Ellos no van a divertirse. Van, en rito sagrado, a vigilar y dar su aprobación a la eternidad de la fiesta. Añoran los toros grandes y los buenos picadores. Siempre prometen no volver más y hablan de la continua defraudación de que es objeto el aficionado. Antes de dar su aplauso a un torero tiene éste que demostrar reiteradas veces que es digno de que las manos que aplaudieron a José se unan en fervoroso homenaje. Junto a ellos, nuestros pocos años son injuria y deslealtad. (Se olvidan que no elegimos nosotros nuestra fecha de nacimiento y que lo más que podemos hacer es escucharlos y ser aficionados desde que teníamos nuestro traje de marinera y vacación los jueves.)

Pero estos viejos aficionados, ariscos muchas veces, merecen todo nuestro respeto y nuestro cariño. Ellos son la solera y la seriedad dentro del tendido, y de ellos tenemos mucho que aprender los jóvenes.

A su lado existe un gran grupo exhibicionista, que igual va a ver a Manolite que al Gran Premio de Madrid en la Zarzuela, al estreno de Benavente o a la final de fútbol. Este público—por regla general en las mejores localidades, cuesten lo que cuesten—entiende algo de toros; pero se deja influenciar mucho, y si entra en la Plaza siendo partidario del diestro de Córdoba, y a su lado un viejo aficionado es comunicativo—"¡raa avis!"—y opina lo contrario, salen convencidos de que no es tanto lo de Don Manuel. Este público pide la oreja, lleva señoras muy guapas y desearía que le brindasen un toro. Bebe gasosas, protesta de que no hay automóviles, y en el quinto toro está aburrido—después de llegar tarde—, deseando marcharse, porque tiene que empalmar con la película de éxito o con la reunión de buen tono.

El mundo de la literatura y el teatro tiene también sus concurrentes hijos, como sus detractores consuetudinarios. Pero hoy día, alrededor de la fiesta, la polémica intelectual y el respeto a la misma tiene más fuerza y difusión que en los tiempos anteriores al 36.

La generación "topolino"—salvo raras excepciones—no es buena aficionada. Suelen ir poco y esporádicamente. Cuando sean mayores y tengan más sensatez, esperemos que cubran las bajas que los ancianos irán dejando.

Y así podíamos ir anunciando tipos y grupitos que cubren los veintitrés mil y pico asientos de la Plaza madrileña. Conglomerado tan heterogéneo no es definible en unas líneas ni en un artículo extenso. No es como antes, que la raya del sol señalaba tajantemente grupos y aficiones, ideas y clases. Es muy grande la Plaza de la capital para poder decir que todos los que integran el monstruo de las mil cabezas tienen el noble título de público. Muchos son espectadores, viajeros de todo, que igual gastan su dinero y se aburren aquí que en otra parte. Por eso el público actual de Madrid es como si dijésemos—y sin ofender a nadie—un público de ferias provincianas, en cuyo ofaje se pierde ahogada la voz auténtica del buen aficionado. Madrid era la Plaza que más entendía de toreros, como Sevilla era la primera en entender de toros; pero hoy nuestro público sólo sirve para especular en las páginas de anuncios taurinos, asegurando las orejas que da, y las vueltas a la anana que aprueba... ¡Cosas de la vida!

De aquí otro público—sobre cuyo sentido se podía hacer un estudio social que aquí deliberadamente hemos soslayado—quedan esos ásperos y doctos asiduos, que cada tarde de corrida sufren viendo generaciones nuevas que acuden sin seriedad a los tendidos. Y ellos, en cambio, en su tiempo, desde la juventud, tomaron esto como un rito. ¡Conque a aprender, mocitos, y no ofenderles diciendo chistes gelatinosos, que a nosotros, sin ser ancianos, también nos molestan!



¡DON JUAN BELMONTE!

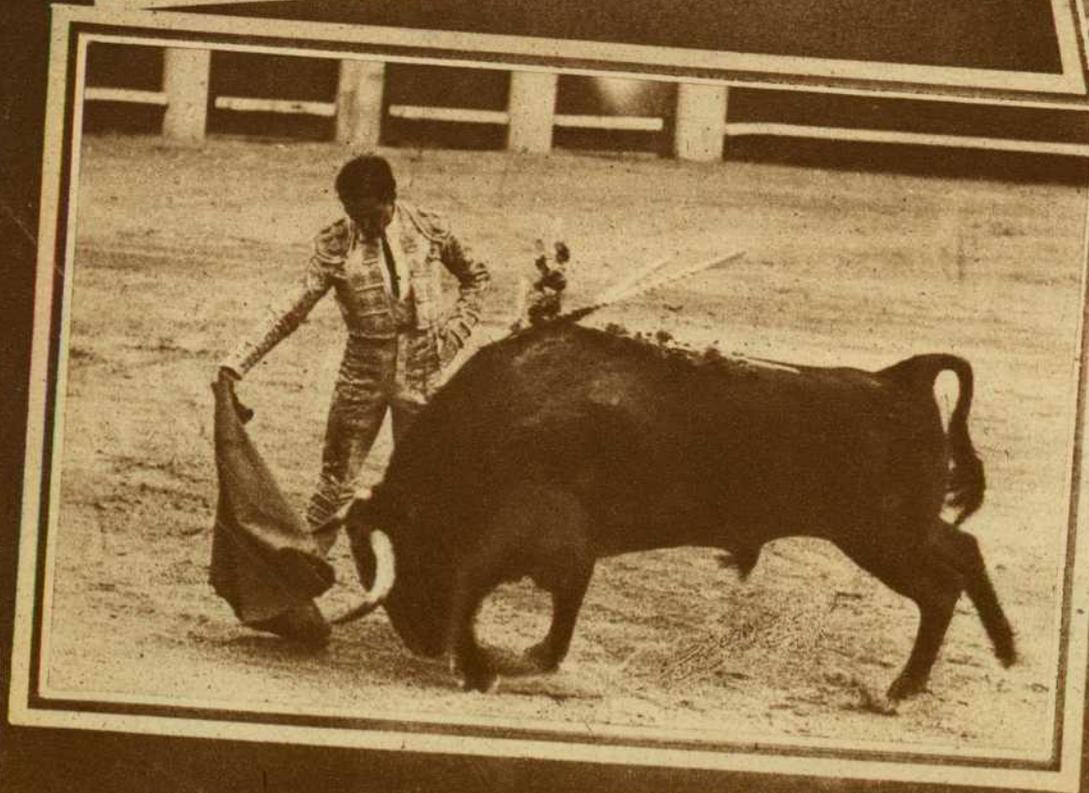
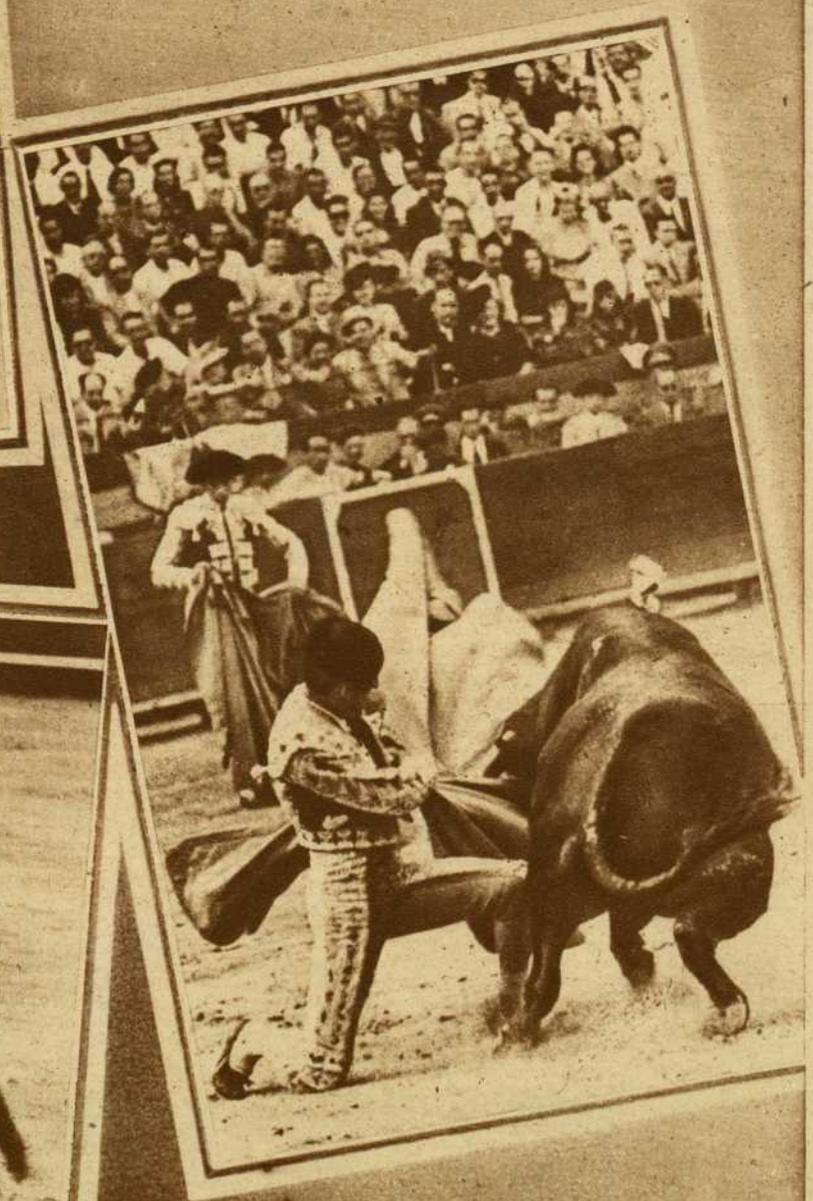


BELMONTE es BELMONTE. Es don Juan por conquista propia. Su personalidad torera no admite sino su arte, el «suyo» tan admirable y señero. Maestro en la muleta, es su toreo emoción constante, que no tiene parangón todavía.

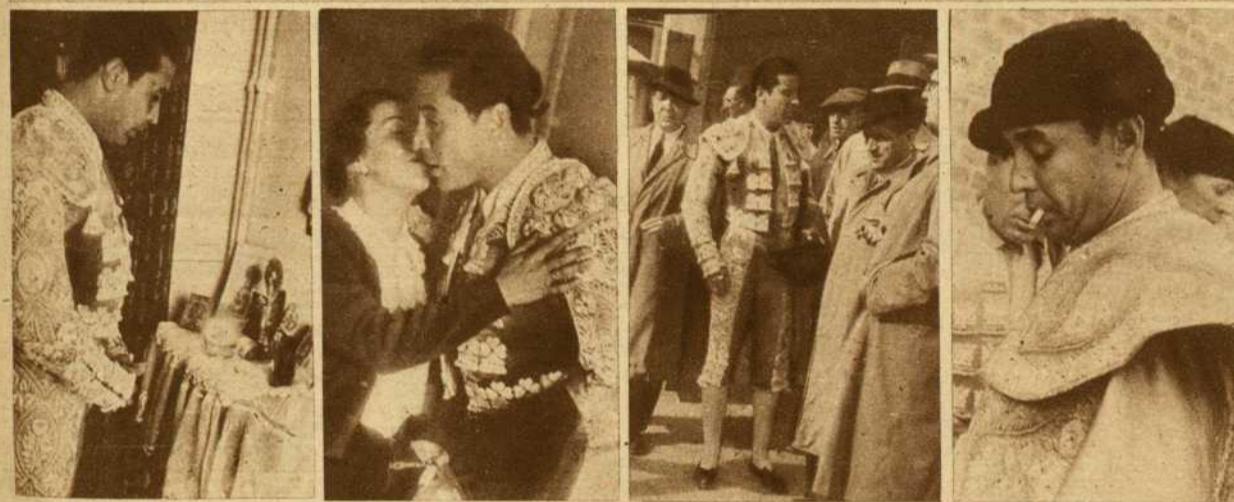
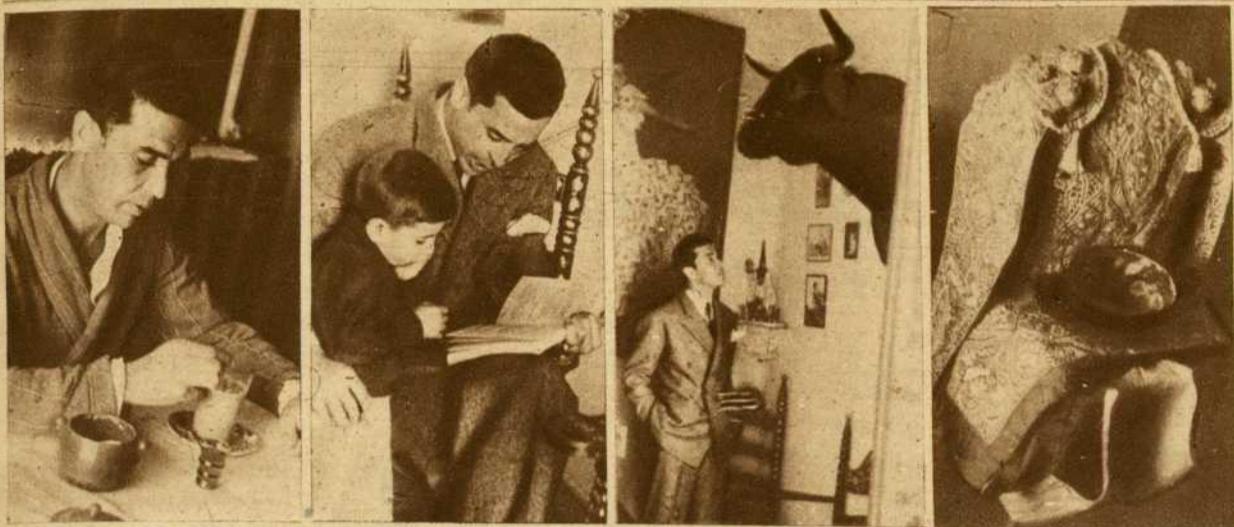
BELMONTE es el «genuino» representante de la fiesta taurina porque de esa emoción llena los ruedos en delirantes ovaciones.

Juanito BELMONTE—¡Don Juan Belmonte!—figura en la vanguardia del escalafón taurino desde que tomó la alternativa, y la afición le ha situado como uno de los cuatro ases que hoy constituyen la baraja de la torería.

BELMONTE es BELMONTE por sus inigualados méritos y porque su ciencia y su arte son «exclusivas» de su «magnífico» valor.



EL TORERO HASTA QUE VA A LA PLAZA



1. Una taza de café con leche como desayuno.—2. Entreteniéndose con el hijo.—3. ¡Tendría "guasa" que fuesen como éste!—4. El vestido de los sustos.—5. Vendándose los pies para pisar fuerte.—6. Apretándose bien la boca del calzón.—7. El mozo da los últimos detalles a la vestimenta.—8. Arreglándose la castañeta.—9. La última oración antes de salir de casa.—10. El beso a la esposa: ¡"Mucha suerte, Antonio!"—11. La llegada a la puerta de las cuadrillas.—12. El último pitillo antes del paseo.—13. Con sus dos compañeros. Los tres esperan el pañuelo blanco.



DECLARO sinceramente que jamás he acompañado a un torero durante las horas de la mañana y de la tarde del día de la corrida; pero por lo que me han contado y por lo que yo me figuro, esas horas deben de ser mortales, larguísima, interminables.

El torero, que sabe mejor que nadie cuál y cuánta es la exposición en que se verá y encontrará en cuanto se enfrente con los astados, debe de vivir unos instantes de mortal angustia y de infinita zozobra.

La mayoría, la casi totalidad de ellos, se recluyen en sus casas o en los cuartos de los hoteles y pensiones, y allí, en la soledad o en la penumbra de la habitación, a media luz, piensan, cavilan, padecen y sufren la natural y lógica ansiedad de qué les podrá pasar y cómo podrán "estar" en el festejo que horas más tarde dará comienzo.

Muchos de ellos, bien temprano, marchan a misa, y ante la imagen de su devoción, con fe sincera y sentida, impetran del Altísimo suerte para salir con bien y triunfar clamorosamente.

Vuelven a la habitación, y allí esperan pacientemente la llegada de los admiradores, de los amigos de los toreros, que acuden a decir cosas absurdas, cosas insustanciales, cosas que crecen que pueden servir para dar ánimos al diestro, que sonríe, sonríe siempre, porque tiene la certeza de que su obligación es reír, ya que la risa se ha tenido en todos los tiempos como demostración palpable y clara de alegría, de contento.

Los admiradores de los toreros no caen en la cuenta, no se percatan de que, las más de las veces, la risa de los diestros es una mueca, un gesto forzado, como una máscara bajo la que se esconde la preocupación, el ansia de que pase el día y la corrida termine, y con esto, retorne la tranquilidad al sobresaltado espíritu del que se va a jugar la vida en un lance, en un muletazo, al entrar a matar.

Al martirio de lo que pueda pasar el torero añade el de los visitantes, el de los inoportunos que cifran su mayor orgullo y su mayor alegría en ver vestir al torero, acto éste de embutirse en el traje de luces, que también es otro suplicio, pues pocas indumentarias habrá tan incómodas y tan molestas de ceñir.

Llega el momento trágico de oír decir al mozo de espaldas: "¡Ahí está el coche!" El "mataor" dirige su postrer mirada a la mesilla de noche, donde, iluminadas con una lamparilla de aceite, las estampas con los santos de la devoción del diestro se alinean cuidadosamente.

Apenas puede el torero ponerse de rodillas, por la rigidez de la taleguilla; pero se persigna con santa unción, reza unos momentos, coge el bordado capote de luces, se cala la montera de negras moras y marcha hacia el vehículo, donde la cuadrilla espera, calla da y cabizbaja.

Nadie habla, nadie dice nada; pero todos sonríen cuando pasan ante otro coche, ante un tranvía o simplemente por delante de los que, colocados en los bordes de las aceras, aguardan que desfile el coche de los toreros.

Ya han llegado a la plaza. Ya se abren camino por entre el compacto grupo de curiosos que se agolpa a la puerta de cuadrillas.

Una vez ya dentro de la plaza, sin titubeos, rápidamente, como si les faltara tiempo para ello, penetran en la capilla, y rígidos, muy serios, bisbisean unas oraciones, mientras hasta ellos llegan los murmullos, los gritos del público, que ya en sus localidades respectivas, aguarda el instante en que, al flamear el presidente su pañuelo blanco, salgan los alguacillos y el espectáculo dé comienzo, y con ese comienzo se acentúa más y más el sobresalto y la preocupación de los toreros.

Al iniciarse el despejo, el pasefío, el alegre y jactancioso pasefío, muchos, muchísimos diestros, hacen la señal de la santa cruz, y más calmados, porque cuentan con la protección divina, cruzan el ruedo, saludan al presidente, cambian la seda por el puerco, vuelve a sonar el clarín, se abre la puerta de los chiqueros o toril y salta a la candente arena, como decían los revisteros de antes, el primer toro o novillo, y...

Acabo aquí mi misión, porque yo tenía que tratar solamente del torero hasta que va a la plaza, y nadie pondrá en duda que he cumplido mi obligación, puesto que los toreros ya se encuentran en el ruedo y bregando con el toro o novillo que abre e inicia la corrida. ¡Que Dios les proteja!

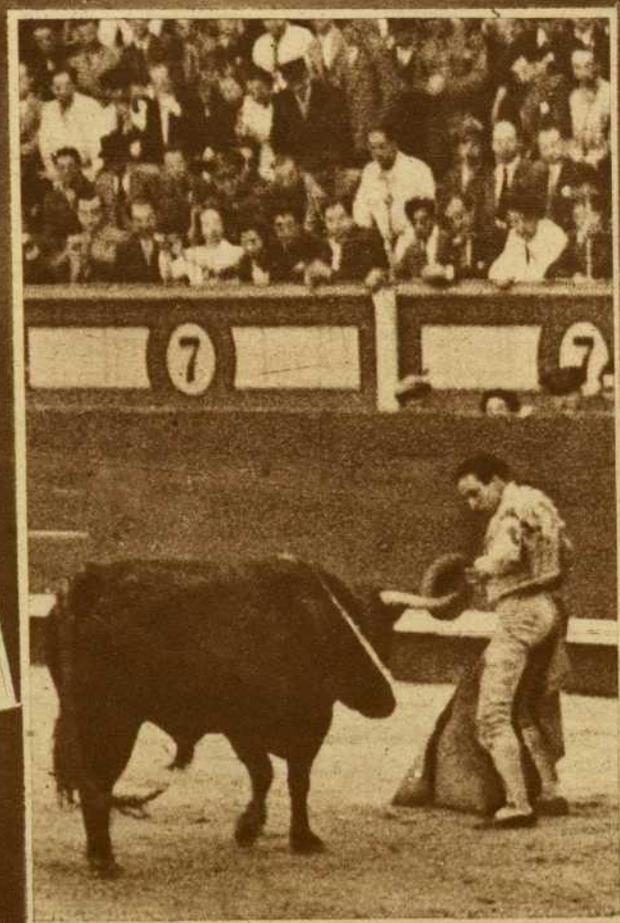
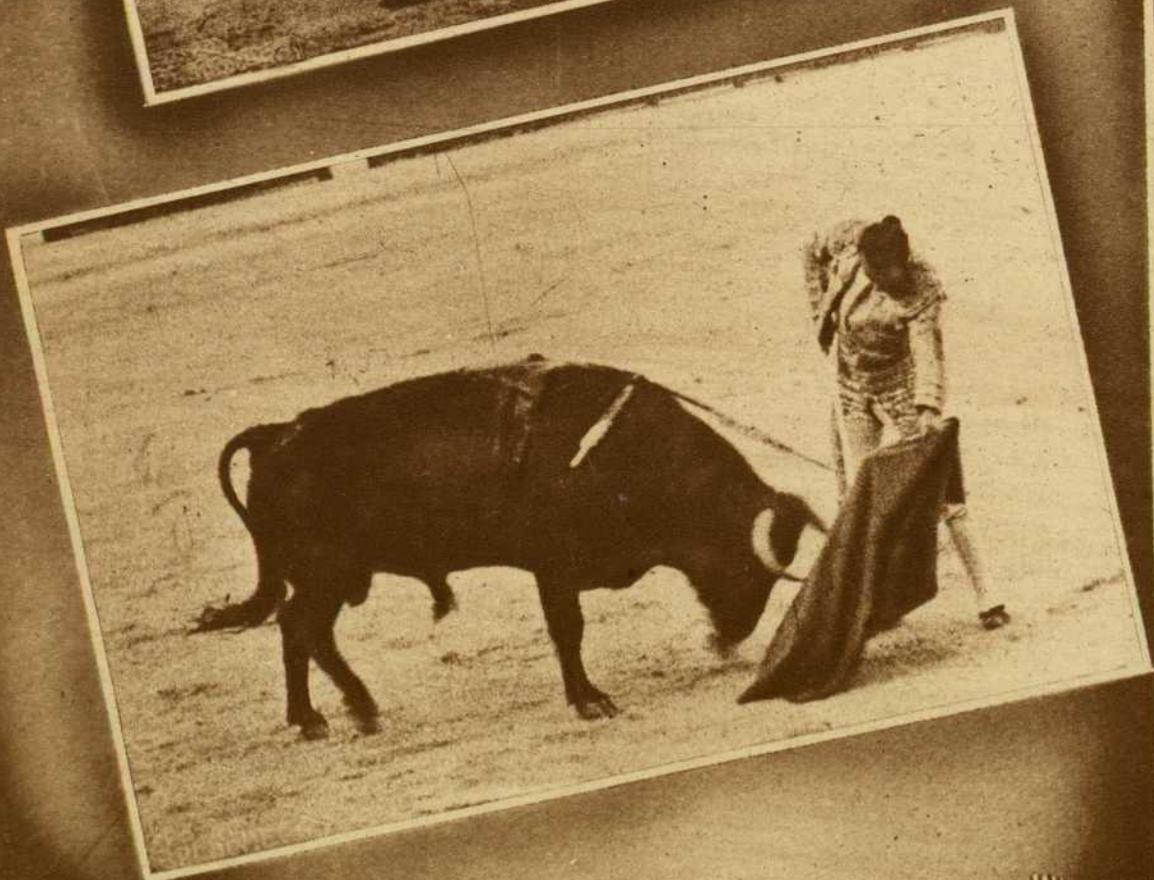
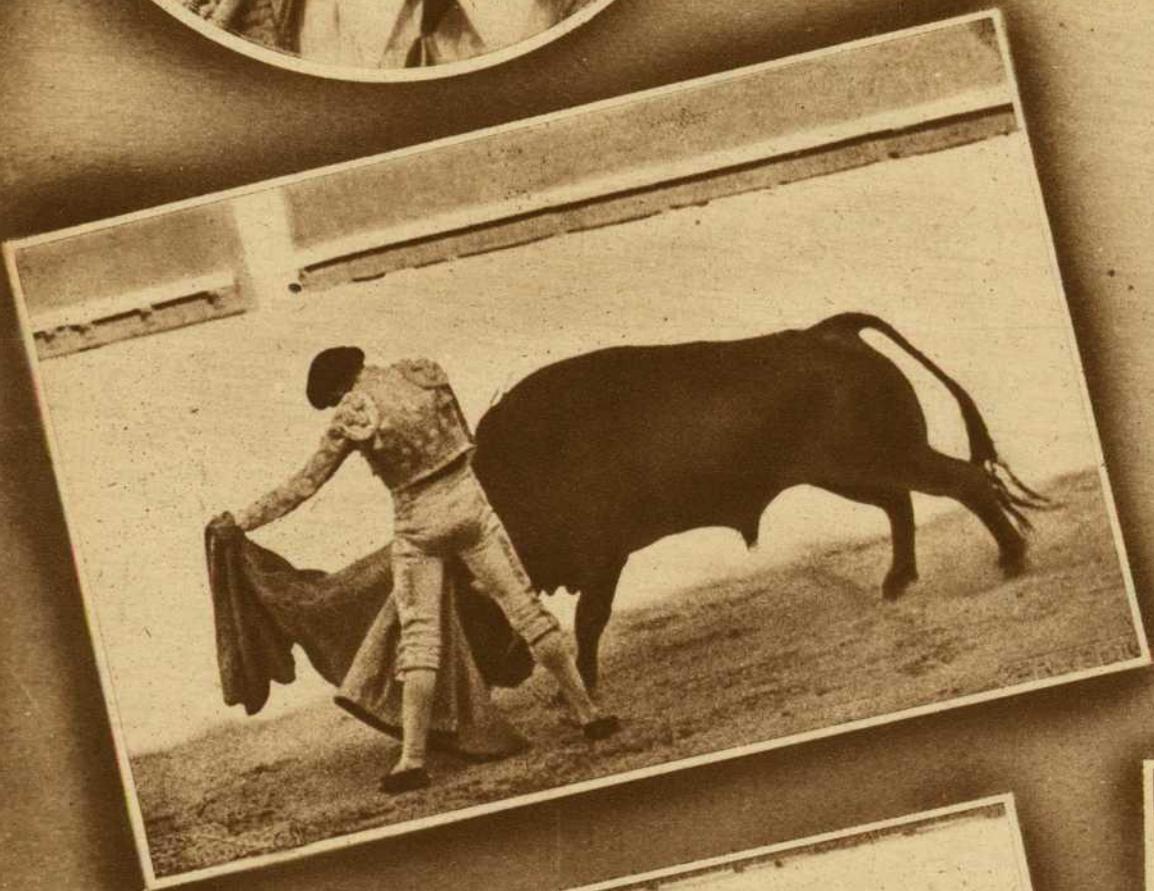
CHAVITO



En Sevilla hay un torero
que se llama **GALLITO**
y es gitano

Raza bruja, misteriosa. Raza que engendra genialidades siempre. Un día es Rafael, "el divino calvo". Otro, "Jcselito" el sin par... Hoy es GALLITO. Y lo mismo que aquéllos, éste es torero de verdad, creado en la escuela de sus antecesores, en esa escuela andaluza que derrama las más puras esencias de gracia y emoción. A veces, por el misterioso maleficio de un instante, el torero "calé" podrá faltar a la cita del éxito; pero si acude el genio se desborda, no frena, es ímpetu, es valor y coraje que termina en apo-teosis.

Rafael Ortega, GALLITO, es un prodigio del toreo sevillano. Porque allí, en el embrujamiento de su arte, conoció lo que hace falta para ser torero sin trampa.



LOS TOROS en el CAMPO



El campo es todo un silencioso rumor. Los grillos musiquen en los ribazos verdes; las ranas cantan en los charcos; los sapos, en el seco, debajo de las piedras que abrigan humedad; la perdiz, en los risquillos, y las chicharras en la solana. "Canta" el campo y sabe el gañán que todo va bien. Cuando se calla es el momento que hay que avizorar hasta que se averigua qué es lo que pasa. Un campo en silencio es presagio de peligro.

Los que velan se van, y los que han de dormir se quedan. Pocas palabras en los que caminan a pie o a caballo; pocas en los que reposan. Como no es sábado, no rasguea la guitarra. Las mozas friegan y atisban por las ventanas para ver si entra la mariposa blanca que se quema en la llama del candil y trae amores y noticias buenas.

En la raya del amanecer todos aguardan en sus puestos. Se anunciará por el camino la llegada del señorío entre nubes de polvo, sobre las ocho. Las niñas azacanean el vino y las viandas; las viejas pelan pollos y desuelan gazapos. Los hombres, calzada la espuela y con los caballos atados a la anilla de la fachada, fuman. Las garrochas se apoyan en la cal de la pared y las macetas y los arriates se han regado para qué todo esté a punto.

Viene el amo. No viene enfundado en su levitín, sino ya vestido a lo campero y en busca de los zahones, que ha lustrado anoche el niño de la Frasca con más mimo que si se tratara de limpiar el fanal donde patalea, risueño, el Jesusito adorable. Viene con los suyos, con la hija, con los pollos que arrullan a la señorita, con señorones y toreros. En las bardas del corral aguardan los aficionados para pedir permiso a su señoría y echar un capotazo a tiempo. Las vacas se han encerrado, y se engrasaron los cáscos de las jacas por si es menester correr en campo abierto alguna becerra.

Ya están ahí. Arrogante, el señor; bella y fresca, la niña; gentiles sus amigas, pimpantes los hombres, y entre ellos ese que ayer mismo andaba en estos trances y ahora es el único que lleva tirilla y filfes de almidón, porque le han dado una oreja en Sevilla y dicho en Madrid que "se trae algo nuevo" en la muletilla.

La Frasca pone el "arranque" sobre la mesa de piedra que sombrea una parrá: sopa sin caldo, pan sabroso, aceitado, con su *mijita* de picante y su mucho de pimentón. Una jarra de vino dorado, del que allí mismo se hace. Y agüita fresca de la mañana y del *manjantal* de la oliva.

—¡A caballo, caballeros!

La más ágil, la niña. De un salto está en la silla, a lo madama, desdeñosa de ayudas. A lo madama, sí señor, que no es cosa de escandalizar a la gañanía con calzones y trotes a la inglesa. Ella es una señorita, y andaluza.

—Trae el palo, *Rafaliyo*.

—¡Uno largo, *señita*!

—No, corto; *pa enseñá* a éstos cómo se derriban *beserras*.

Y allá va la cabalgada. Anchos sombreros sobre ojos negros y sonrisas blancas. Frontales colgantes en los jacos marchosos. Estribos vaqueros como plata; sillars de peñeta y blandos mullidos de borrego. Los toros se remueven inquietos. El paso de un caballo, de dos, sólo les hace levantar la orgullosa cabeza, sin dejar de mascar el verde jugoso de trébol; pero aquel piquete no les hace gracia.

—¡Cuidado, muchacho!—aconseja el amo.

El señor José sonríe:

—¡*Cualquiera* sujeta a ése delante del señorío!

Medio círculo al galope corto, otro más cerrado, otro ya sobre los pitones. Se arranca el bruto y lo lleva con la garrocha, toreándole, hasta donde quiere.

—¡Déjamele! ¡Déjamele!—pide la niña.

—Véngase usted *pacá* con tiento—grita el mozo, abriéndose.

Y cuando ve a la señorita en su huella, de un tranco hábil se aparta, dejando al bicho ante el campo libre. Detrás galopa la jaca de la niña, y el ruido acelera a la bestia, que en amplia curva busca su querencia. La brida corta, el galope firme, la garrocha sobre el brazo y bajo el sobaco, apunta con el regatón la penca del rabo, y cuando la alcanza, sin esfuerzo, derriba a la becerra, que se queda un momento atónita. Sobre ella salta el gañán y se empareja con la mujer.

—Apártese ya, *señita*.

—Mira, toro; anda, valiente...

Se arranca como un viento malo. El hombre se espatarranca y le da amplia salida.

—¡Olé!

Ya se vuelve. El "compás" es ahora más corto, más ceñido; ya apenas se separan los pies. Torea como ante su público. Suave, lento, calmoso. Con desgana gitana. Las manos, bajas; el movimiento, cansino.

—¡Quítaselo, José!

Y a caballo, con el sombrero, se lo lleva el conocedor, haciéndole trotar hacia la manada.

—Déjarse de juegos con las *beserras*, que aquí hemos venido a *trabajá*.

—*Vamo hacia* la punta, don Enrique.

—Vamos.

Al paso siguen, entrando bajo unos olivos, para asomarse al cuarto donde están los toros. Entre el canto del campo, cantan los cencerros. Sels' hombres, apoyados en las garrochas, aguardan. Hay allí más de veinte morlacos, que no hacen caso de los finetes. Alguno que está echado, echado sigue.

—¡Tírale una piedra!

Se inclina el hombre, la coloca en la honda, volteo la tramilla y con un chasquido de látigo sale el canto a golpear un cuerno del perezoso. Se alza. Se une a los otros.

Después, la siesta. La siesta la duermen hasta los cigarrones de las rastrosas. Hay en el aire una neblina temblorosa, que desdibuja el paisaje. Cae fuego.

En el cortijo han sacado una mesa de bien fregado pino, y en su centro puesto un jornillo con gazpacho fresco. Las mozas van y vienen; los hombres no aparecen.

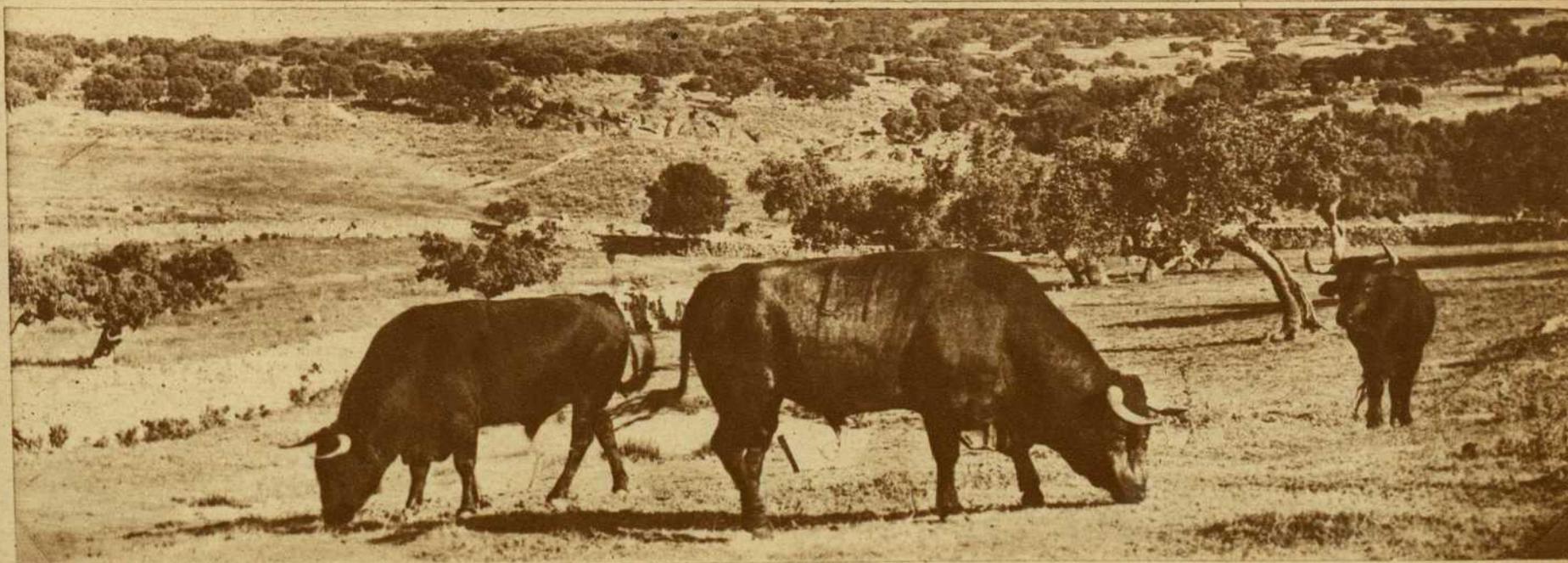
Sentado en el escalón del zaguán, el conocedor habla con el amo. Las cien arrugas de sus ojos se pliegan y estiran, mostrando el fondo blanco de los canalitos de la piel.

Junto a unas macetas, la niña ríe entre los hombres, con el cigarrillo en el coral de los labios.

Un gañán observa, y como un mtgido de cuatrefío, murmura:

—¡*Dita* sea lá suerte perra de uno!

LUIS DE ARMIÑAN



Porque es único, es

AS de ASES



DOMINGO ORTEGA

está aparte. Es ORTEGA. A secas y sin adjetivos. Porque a este maestro de toreros no hace falta presentarle con elogios. Digamos ORTEGA, y ¿quién puede borrar de la memoria su muletazo por bajo con la derecha, que ha creado escuela para mientras exista la fiesta taurina?

DOMINGO es MAESTRO, y basta.

Y los maestros viven por encima de todo y de todos. Y el Maestro no pasa. Así es el arte. Y la ciencia de ese torero reseco y árido en su apariencia, pero ágil, elegante, airoso en su dominio del toreo. Arte y ciencia que no pasan, que se quedan quietas para que la afición recuerde bien el complicado dibujo de las difíciles suertes de torear. Para que la afición cree contraste y se emocione luego cuando paladee—lo inmejorable se saborea siempre—el nombre de DOMINGO ORTEGA.

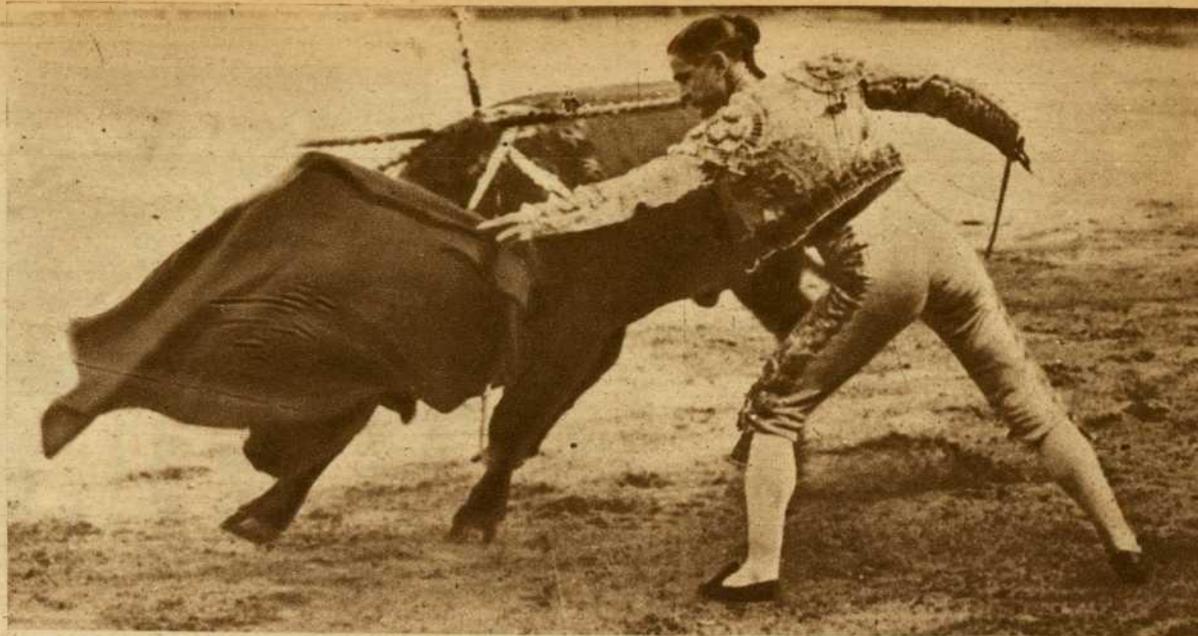
Sí. DOMINGO ORTEGA queda aparte. Su figura, que por imitada es ya inimitable, pertenece a la galería de los creadores. Por algo es el PRIMERO. Por algo—calidad, valor, destreza, estilo—ese torero es hoy la MAJESTAD de la Fiesta Española.

EL TOREO

DE AYER

Y

EL DE HOY



Ricardo Torres (Bombita), en el esplendor de su fama, toreaba al natural con este "compás" y a esta distancia

QUERIDO Manolo: Me preguntas la diferencia entre el toreo de ayer y el de hoy, y sólo te contesto "por ser vos quien sois" y porque eres mi amigo sobre todas las cosas. Esto mismo se le ha preguntado ya a todos los revisteros y escritores taurinos de España, que han agotado el tema, y de mí sé decirte, en verdad, que cuando hablan del toreo de antes no sé ese "antes" a qué tiempo se refieren exactamente. Yo sólo puedo hablar de lo que he visto, y divido el toreo en dos épocas: desde don Manuel Hermosilla, Diego Prieto Cuatrodedos, Mazzantini y Guerrita, antes de Joselito y Belmonte, y de Belmonte y Jose-



Dos pases de Juan Belmonte, que encontró la fórmula de revolucionar el toreo "metiéndose" en un terreno inverosímil, que "ayer" estaba vedado para todos los maestros.—A la derecha: Un pase de Armillita, cargando la suerte y en un espacio que para el toreo de ayer hubiera parecido demasiado temerario

lito hasta estos tiempos, en que los toros se caen solos. Se toreaba mucho más cerca hoy. Que se torease más cerca no quiere decir que se torease precisamente mejor. Los toros de antes no habían aprendido buenos modales en Salamanca. No se hablaba del estilo del toro. Todo toro bravo, y era bravo porque le embistiera a los caballos, era considerado toro de lidia. Hasta los que no embestían a los caballos, si se mostraban dispuestos a perseguir a los de a pie. Con esto te quiero decir que había muchas maneras de lidiar, y todas se aplaudían cuando eran las adecuadas, y no se prefería, como ahora, una sola manera, que es la del parón y las manos bajas. El público aplaudía cuando se lidiaba con recursos y con sentido defensivo a los toros pregonados. Se admitía un peón por fuera en el toro que se colaba por debajo de la muleta, y se practicaban las suertes de matar a paso de banderillas, al hilo de las tablas, con aviso de un peón entre barreras, esto es, a cuello vuelto, y aun francamente a media vuelta. El lidiador podía aplicar la variedad de su ciencia taurómaca según las condiciones de su enemigo. Como éste tenía los cuernos grandes, el torero jamás pensó en lo imposible, es decir, en ceñirse como ahora. Importaba torear ceñido a los pitones, no al cuerpo del toro; importaba estar cerca en el momento de la conjunción, en el centro de la suerte, y nadie pensaba en ceñirse después y mejorarse colocándose detrás de la oreja del toro, porque ni entonces ni ahora, ni nunca, hirieron ni hieren los toros con las orejas.

Por lo que se refiere al arte, al elemento estético, no al científico del toreo, dicen que éste empezó su evolución hacia la plasticidad y el ritmo gracioso con Rafael Molina, Lagartijo, y fué aumentando en tiempos de Guerrita, para venir a menos después, pese a la elegancia de Fuentes y a la alegría de Bombita, hasta que tuvo un resurgir brillante, en que se juntaron eficacia y belleza, en los tiempos inolvidables, y para mí no superados, de Joselito y Belmonte. Desde entonces acá se va toreando cada día más cerca y con el enemigo cada vez más chico. Por lo que hace a la plasticidad, a la lentitud del ritmo, se ha ganado mucho; por lo que se refiere a la eficacia y al saber lidiar, como es obligación del torero de verdad, todo lo que sale por los chiqueros embistiendo, se ha perdido muchísimo. Sólo gusta la faena bonita—y en belleza repito que hemos ganado—con el toro fácil; la faena de recurso y de sabiduría, y de valor también, claro está, aunque no pueda torear desde muy cerca, con el toro difícil, no sólo no se aprecia, sino que no se admite, porque la masa de público exige que se torease igual a todos los toros.

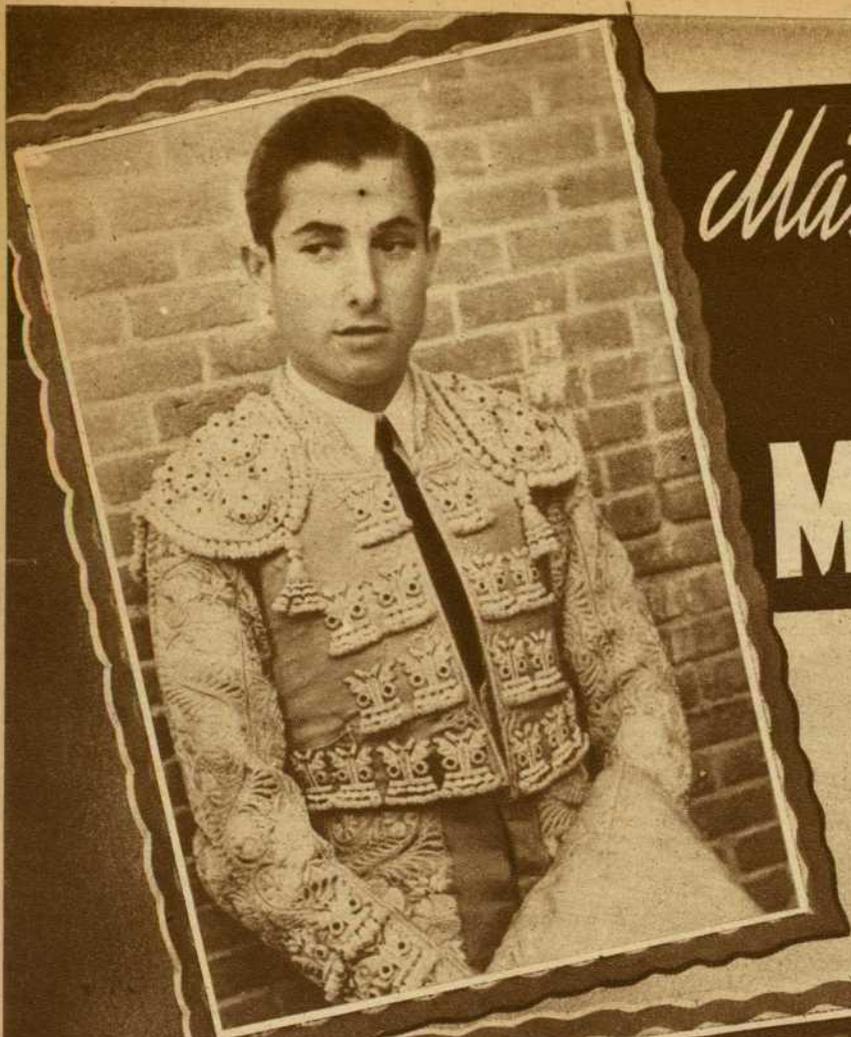
Una revolución, una verdadera revolución después de que Joselito y Belmonte resucitaron el verdadero pase natural, completamente olvidado, y de que el segundo de dichos fenómenos eliminase, por torear siempre muy cerca y embistiendo en el trapo al enemigo, la diferencia tajante entre el terreno de dentro y el de fuera, entre el terreno del toro y el del torero, no se ha hecho todavía, pues que los adornos y las invenciones personales, que no constituyen suertes propiamente dichas, no pueden marcar épocas. No la marcó el molinete con la mano derecha, de Belmonte; no pueden marcarla tampoco las manoleínas de hoy.

Repito, querido Manolo, que sólo por una razón de amistad contesto a tu pregunta: el tema es muy largo, para discutido sólo entre verdaderos entendidos que quisieran perder su tiempo, y digo perder su tiempo porque lo que al fin y a la postre importa es el toreo de hoy y no el de ayer. En cuanto al de mañana, si los toros siguen cayéndose espontáneamente, porque sufran glosopeda o por otras razones que yo no sé, porque no soy veterinario, probablemente traerá una gran novedad: la de que los toreros toreen acostados al lado del toro.

No me hagas ningún caso, que de esto he acabado por no entender una palabra, y recibe un fuerte abrazo de tu amigo y compañero,

FELIPE SASSONE





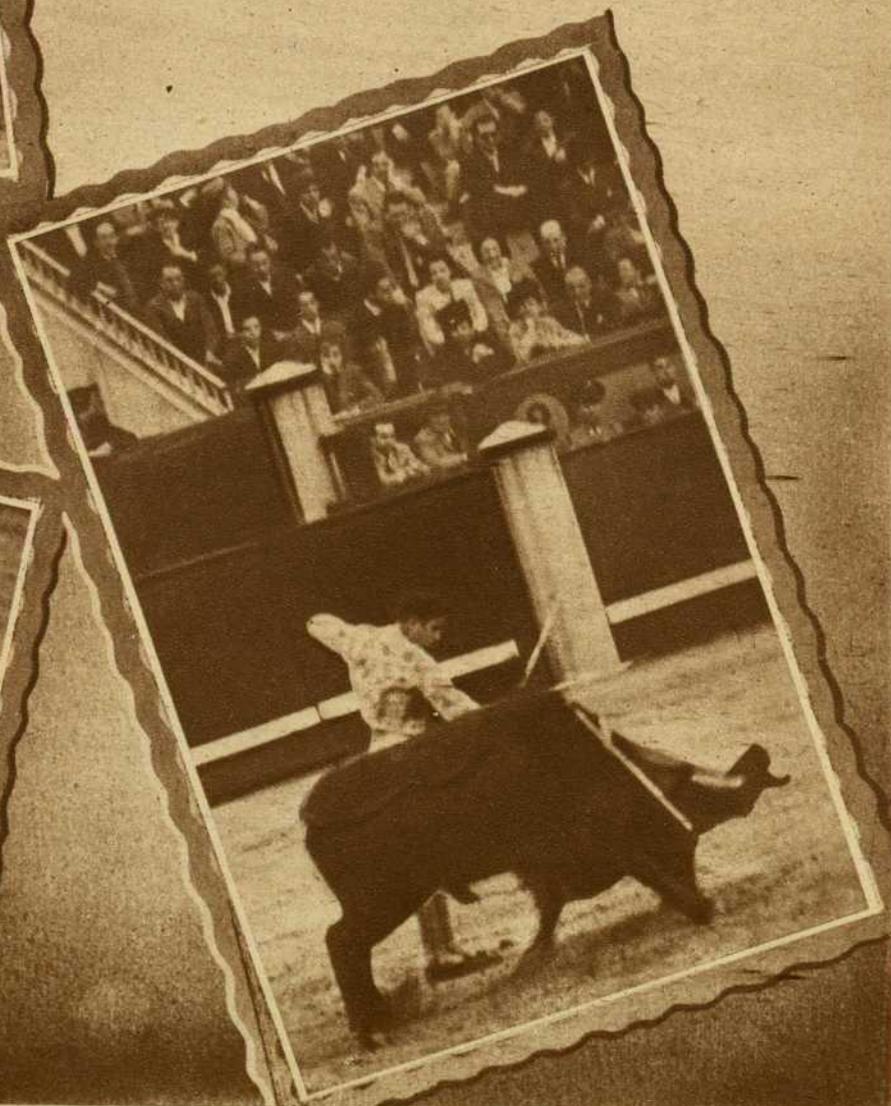
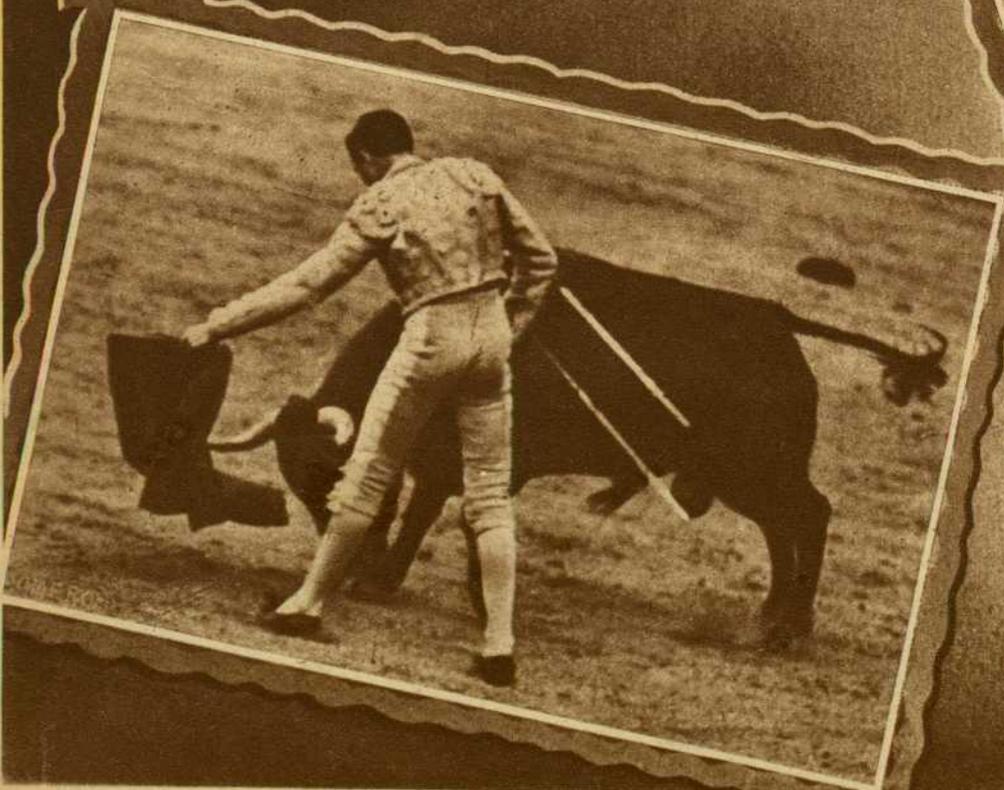
Más allá de la gloria está
Pepin

MARTIN VAZQUEZ

Todo un torero. Solera de verdad y vino nuevo en la divina copa de la genialidad: ¡Buena mezcla! Mezcla que embriaga de emociones y de sentimientos originales. Esto es lo "innovador". Porque la afición también necesita embriagarse con nuevos y mejores caldos... ¡Todo un torerol Capote brujo que atrae al tóro para ceñirle a la pasión; muleta como un viento maléfico que dominase la tierra embestida de la muerte.

PEPIN MARTIN VAZQUEZ viene solo, sin apoyarse en ajenas famas... Viene porque tenía que llegar para enloquecer con su figura pinturera y estilizada el clamor de los públicos que piden un nombre que les «llene» de fiesta... Y ahí está el nombre y el hombre. Ahí está la «fiesta», simbolizada, desde lo más alto, por ese capote brujo y esa muleta mágica que tiene **PEPIN MARTIN VAZQUEZ**.

Sus tres tardes barcelonesas—fulgores de triunfo—afirman, con las dos madrileñas, de lo que es capaz ese chiquillo de dieciséis años y... sin padrino.



LA PINTURA en el TOREO

Por JOSE FRANCES



SOBRE los muros de la ciudad, la lluvia de abril resbala y amortigua, transitoria, la policromía de algunos raros, aislados, carteles de toros, no tan numerosos ni de tan vigoroso e hispánico realismo como aquellas apelaciones murales de otro tiempo, y que el arte de los Domingo y los Ruano Llopis realzó en años aun no muy distantes.

En el ámbito recoleto de *El Partenillo*, donde

Mariano Benlliure expone sus prodigiosos bronceos taurinos, dos composiciones pictóricas del propio artista evocan el tumulto alegre y algarero de las cercanías de la Plaza ochocentista, en mala hora derribada.

Y en el Círculo de Bellas Artes se ha vuelto a colocar, certeramente restaurado, el lienzo de Perea que representa la salida de los toros a fines del siglo XVIII, con la Puerta de Alcalá al fondo y calesas de majos y manolitas en primer término.

La triple coincidencia trae como un nostálgico reproche al decadente olvido en que la pintura tiene los temas taurinos, tan propicios al garbo de la línea y a la alegría brillante del color. Temas también de viril reciedumbre, de ímpetu contagioso y en que la masa anónima y apasionada cumple aquel alto significado estético del coso helénico en torno y a ritmo del sufrir o de la hazañería de los héroes.

Hace veinticinco años se celebró, en la Sociedad Española de Amigos del Arte, una Exposición del Arte en la Tauromaquia, organizada por el conde de las Alcañices. Recuerdo su encanto sugeridor, nutrido de testimonios históricos, rico en sorpresas y reiteraciones, que comenzaban en las pinturas rupestres del Navazo y concluían en el cuadro *Plaza partida*, de Eugenio Lucas.

¡Bien se acurrnaba el tributo de las artes plásticas a la viva, ardiente y trágica de los cosos!

Las estilizaciones prehistóricas en las cuevas del Navazo diríanse escenas de dehesa y de encierro, y de lidia en su más dramático momento del hombre solo ante la fiera.

Allí, también, reproducciones de un fresco del palacio de la Acrópolis de Tirinto y otras muestras del arte cretense, como la broncínea cabeza de toro de Cortig y la copia de las copas de oro de Vaphio y Hagia Triada; el relieve de un gimnasta en el Museo Arqueológico; el "Breve" de Pio V condenando las corridas de toros...

Y, más concretamente hispánicas, los facsimiles de las miniaturas del libro de *Las Cantigas*, de Alfonso el Sabio, donde se representan los sendos milagros que la Virgen hizo para librar de naturales o endiablados toros a un aldeano de Segovia, un vecino de Plasencia y un fraile; las pinturas del alfarje del claustro de Santo Domingo de Silos, donde se ven jinetes y peones alanceando toros; la rampa de la escalera de la Universidad y una "paciencia" de Rodrigo Alemán, perteneciente al coro de la catedral de Plasencia; el famoso dibujo de Juan Cornelio Vermeyen, que representa una corrida de toros en Avila el año 1534; la pintura de Juan de Toledo, de unos caballeros rejoneando toros acosados por pajes y perros.

No faltaban los grupos y figuras del escultor Hermoso, las cerámicas de Alcora, Manises y Talavera; los retratos de lidiadores de músculos, arrogancia y empaque—Pope Hillo, Costillares, los Romero, Paquiro, Cúchares—; la gay profusión de estampas, grabados y caricaturas populares.

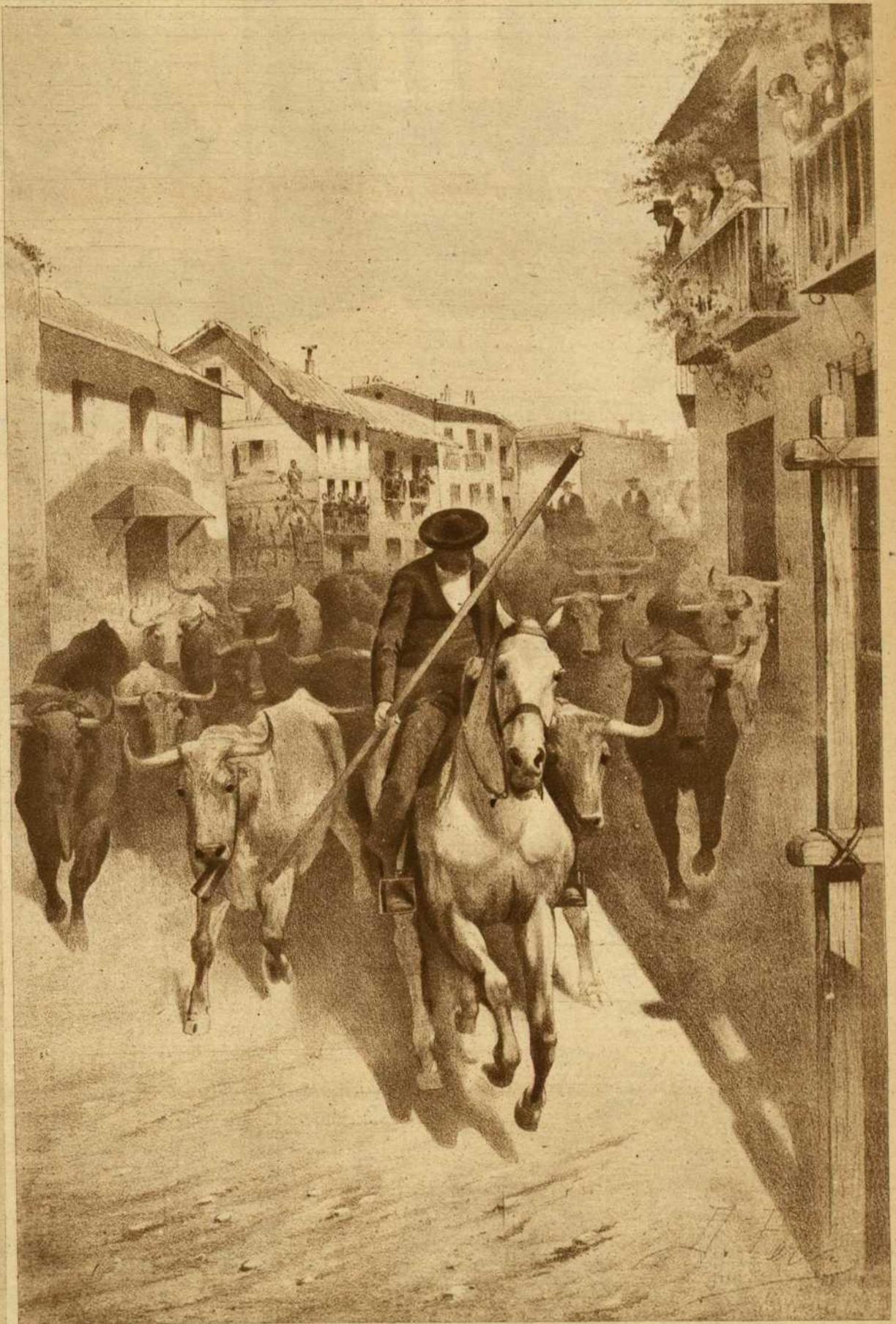
Y en culminar ejemplo, las pinturas y aguafuertes de Goya. Y la sucédanea consecuencia de los Carriero, los Alenza y los Lucas.

Cambian los atuendos y arreos de la torería y de los espectadores; se sustituyen nombres, modifican suertes y reglas; se superponen costumbres; se lamentan decadencias, y se añoran prodigios. Y, sin embargo, el hechizo pasional y colorista de la fiesta permanece intacto, con su elocuencia eterna, que no siempre escucha la pintura contemporánea.

Porque extraña al español y desorienta al foráneo, cómo esta infinita pluralidad de motivos, esa fecunda embriaguez de luz, alegría y crueldad urente que la fiesta de los toros contiene y expande, no suele dar—salvo señeras excepciones—sino en subalternas manos y rutinaria mercadería, para señuelo de turistas ingenuos o ignorantes.

Y en los modernos maestros españoles también se cumple esa atracción hacia la lucha entre hombre y toro en la apoteosis luminica de las tardes cálidas, el romántico desgarro de romances y coplas y la musical cadencia de los pasodobles, que nos cogen la voluntad para la alegría de andar o del sentir eufémicos.

Zuloaga y sus torerillos melancólicos, mal vestidos, de aldea y de capea; su fantasma siniestro de picador viejo sobre el viejo caballo, y sus Belmontes zambos y genialmente taurinos. El *Idolo* angriadesco, rosado y adolescencito, erguido en el culto profano y casi femenino de las muchedumbres. Solana, áspero, ascético, rabioso de una verdad



«ENCIERRO EN ANDALUCIA», dibujo de Perea

honda de iberismo que nadie como él ha superado. Solana, el pintor más español de su siglo, como lo fueron Goya, y Velázquez, y "El Greco" de los suyos.

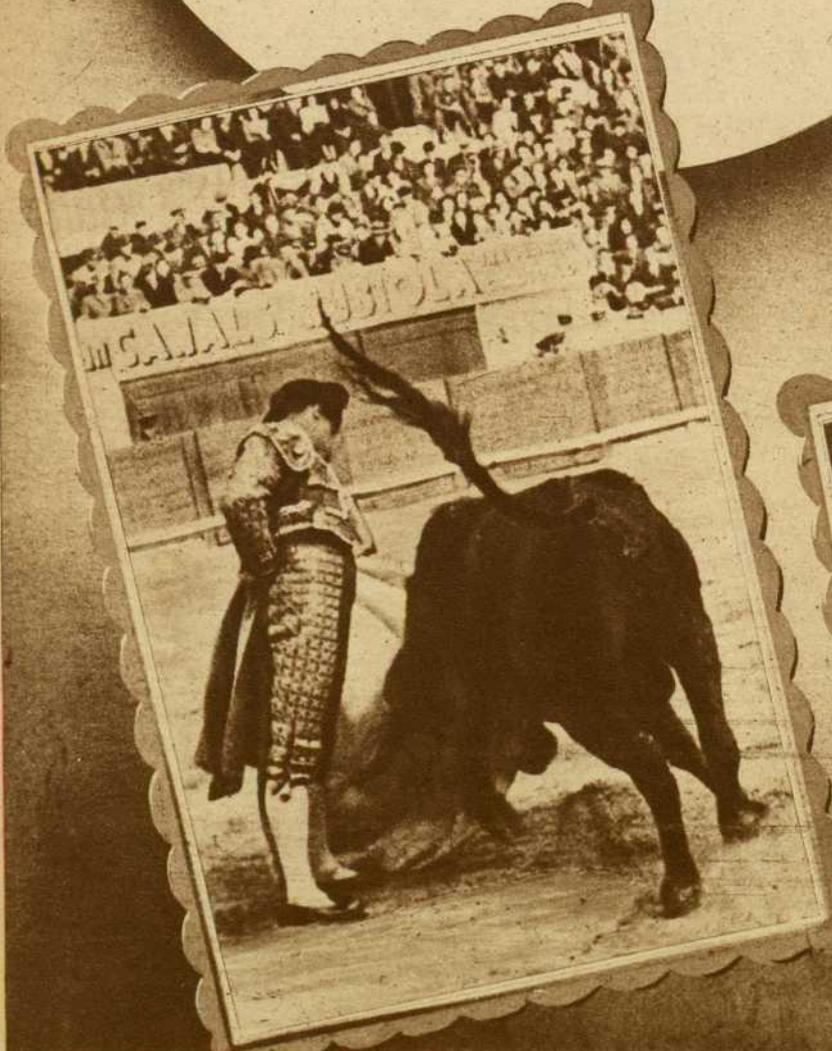
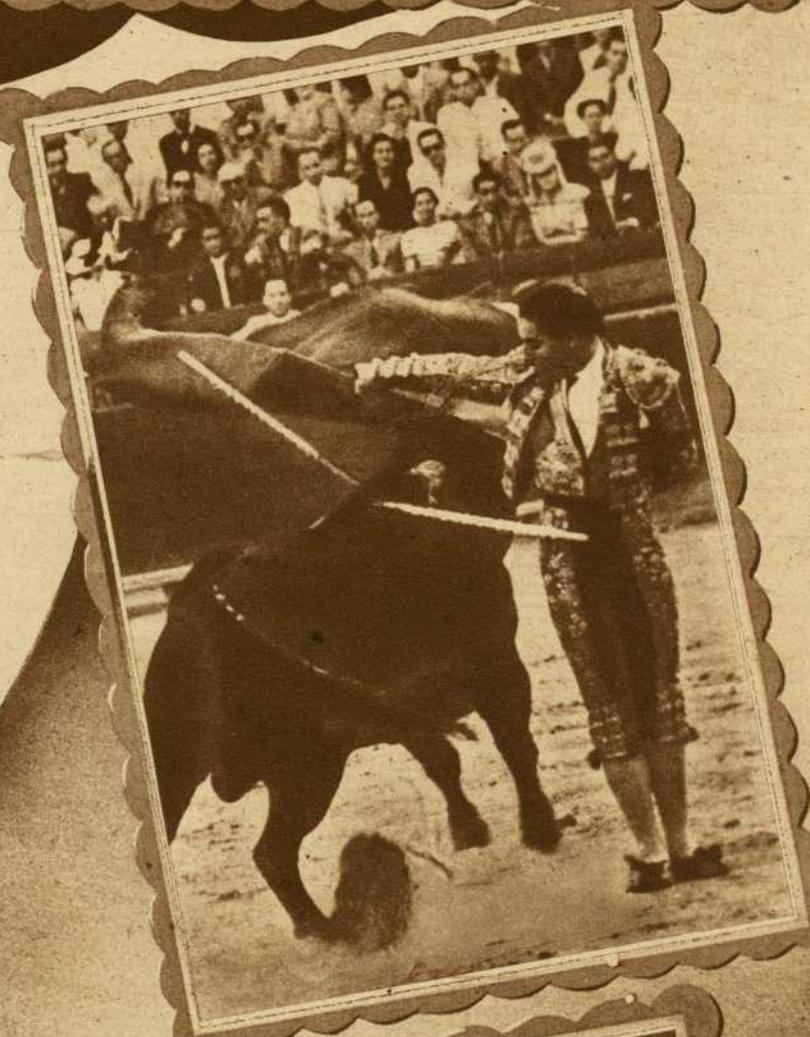
Ricardo Marín es el creador del grafismo rápido, movible, veraz en su impresionismo inquieto, que luego sus imitadores anquilosan y amaneran. Los apuntes ágiles, locuaces, de Marín; sus caligrafías nerviosas de negro sobre blanco, realizan el prodigio del color sin el color: se ve, se siente fulgor y calor de sol sobre los trajes de oro y gemas y sedas, sobre la sangre rútila y el estrépito circular de la muchedumbre.

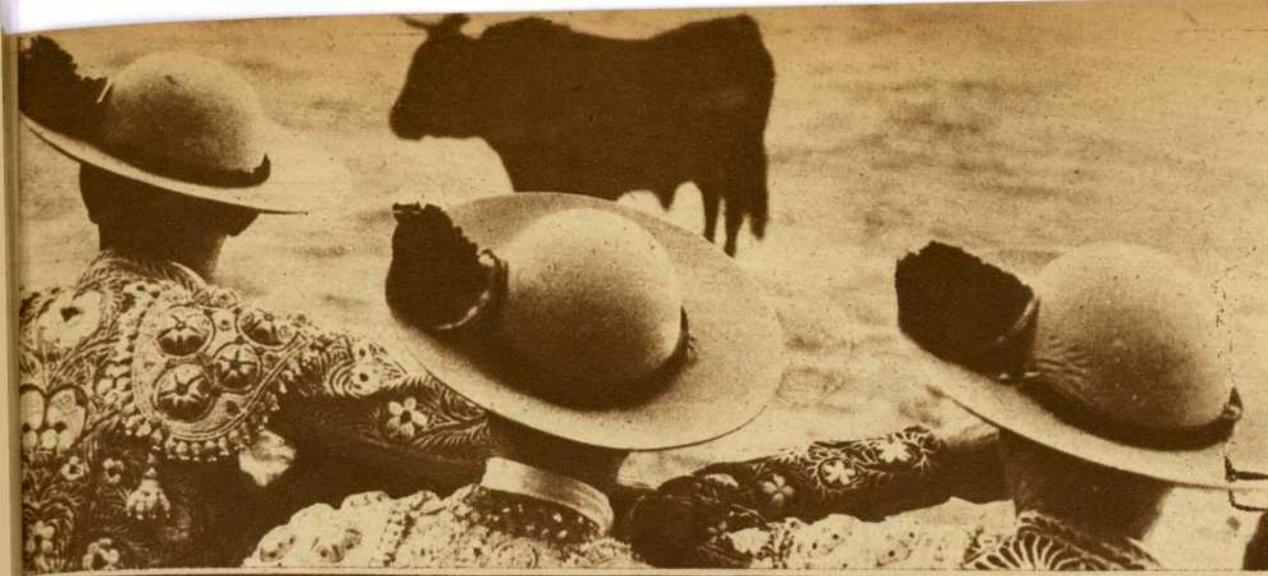
Roberto Domingo es, sin duda, el más fiel, el más acendrado narrador del torero. Y así como la challojería, el colorismo agresivo de los pintores de trompetazo cromático no son más coloristas, más luministas, que aquellos de las suaves armonías de grises y malvas, Roberto Domingo es quien mejor cuenta y canta el encanto de los toros.

VALENCIA III

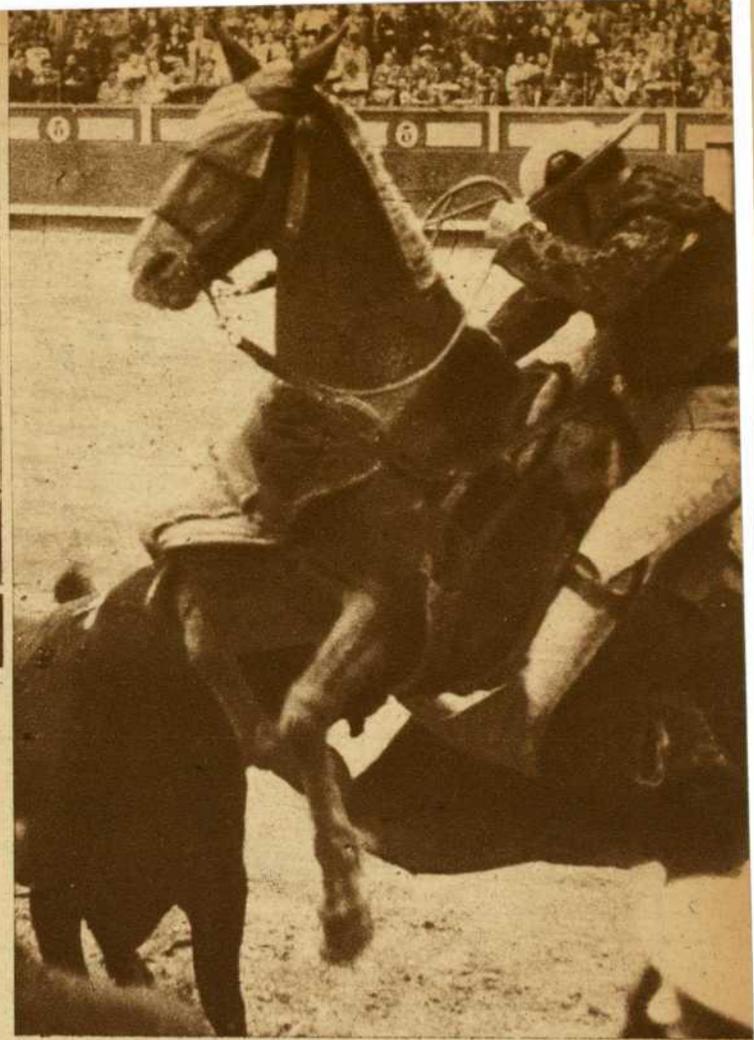
*tiene ya título
propio*

Triunfar en el ruedo ostentando un nombre más o menos conocido será fácil o difícil, pero se logra al fin. Triunfar cuando con el mismo apellido hubo ya quien cosechó triunfos es imposible... si el torero no se llama **VALENCIA III**. A este muchacho, templado ya por los éxitos merecidos, la afición le exige más de lo que a su experiencia pertenece, porque aquello no olvida las proezas de sus antecesores: su padre y su tío. Pero el tesón de ese nuevo **VALENCIA** tan grande y firme es, que ha superado lo que ellos pudieron legarle de maestría y bravura torera. **VALENCIA III** por sí solo ha creado un estilo de valor técnico tan personal, que hoy los públicos no necesitan de rememoraciones.





Tres picadores. Alguien dijo de ellos que eran más bellos en su jaco que el Marco Aurelio ecuestre



Cada cornada en el vientre del caballo, consolidación del liberalismo: "¡Caballos! ¡Caballos! ¡Caballos!..."

A F O R I S M O S

sobre la suerte de varas y El Picador

por Ernesto Giménez Caballero



NO ahondará nunca lo bastante el toro sus cuernos en el vientre del caballo del picador.

...

El toro: lo único razonable, filosófico y humano de la llamada suerte de varas.

...

¿Sabéis lo que busca el toro cuando intenta perforar el bandullo del miserable caballo? El toro, como un profesor freudiano, busca deshacer un equívoco. Un complejo, como dicen los psicoanalistas. Una aguda neurosis española, soterrada desde hace un siglo en la panza del caballo del picador.

El cuerno del toro busca a Napoleón!

...

Napoleón: agazapado en el intestino grueso del caballo, Napoleón: inventor de la suerte de varas, Napoleón: promotor de la "neurosis piquera en España".

...

¿Sabéis lo que busca el toro cuando intenta profanar el bandullo del miserable caballo? Sencillamente: el cuerno del toro busca a Napoleón

No hay por qué ponerlo en duda. ¿Ovídalis que el picador de toros surgió cuando Napoleón y venció a Napoleón en los campos de Bailén?

...

Aun anda por ahí la vieja estampa del garrochista de Bailén (1808). Confrontadla con ésta del picador. La del picador no difiere más que en el blindaje torpe de las piernas. En lo demás, lo mismo. Castoreño y moña pinacular. Chaquetilla encalrelada. Faja de seda. Pantalones de bayeta con espuelas estelares. El barboquejo cinchando la jaquetonería del rostro. La pica, apoyada en el suelo, mientras fluye en lo alto el trago de vino.

...

Pero Napoleón ¡bien se vengó de esa derrota de Bailén! ¡Y cómo!

...

¿Cómo? Elevando el piquero a caballero. Dándole protagonismo en las fiestas. Y atrayendo hacia él —como público— toda la plebe peatona. La de "los Derechos del Hombre". La triunfante el 1789. La armada de picas. La que hincó las cabezas feudales en sus picas, como moñas de ganadería.

...

¡Sutil, refinado refocilamiento de la plebe hispánica—todo el XIX—en la suerte de varas! ¡Goce metafísico! ¡Sentir destripado el jaco inerme! ¡Ver zarandeado como pelele (¡Goya, Goya!) al grande animal del caballo!

Del caballo: la montura del señor. El señor mismo. ¡Cabállos! ¡Cabállos! ¡Cabállos! (¡A ver, más aristócratas: guillotina!)

...

Cada cornada en el vientre del caballo: consolidación del liberalismo: el Parlamento, en marcha. Total: una institución a fuerza de cuernos. (¡Cabállos! ¡Cabállos! ¡Cabállos!)

...

Caballos: para el histerismo de la plebe peatona. Para el apetito resentido del villano.

Caballos: para que ahora ellos mismos se pistotean las tripas, como antes pistotearon las del villano peatón al arrollarle por el burgo, por el coso.

...

El picador de toros: "nuestra Revolución francesa". Pero también muestra atroz "guerra de la L. dependencia".

El piquero: triunfo de la plebe jifera que rechazó con puyas la Ilustración. Y el tricorno y la Enciclopedia y la peluca.

(Del tricorno se quedó en el bicornio: la montera. De la peluca, sólo con su coleta. De la Enciclopedia, ni con las pastas.)

...

El picador no tiene perdón de Dios, del dios de los toros: Júpiter. El picador envileció al toro. Lo hizo querencioso de mondongo y de cornada a mansalva. Porque el toro era noble. El toro atacaba a enemigos defensivos. De par a par. (¡Aquel caballo antiguo caracoleando, esquivador! ¡Cuyo jinete: breve lanza—de plata—en la mano!)

...

Alguien dijo que un picador era más bello en su jaco que el Marco Aurelio ecuestre.

No se puede urdir un disparate más delicado. Una saliva más siglo XIX.

...

El picador sólo debería ya salir en apisonadora o en tanque. Pero no precisa esa autorización.

Del occidente llega—otra vez—el tricorno para luchar con el bicornio. Llega—simbólicamente—la peluca. Y la casaca: a desalojar al supientador. Al intruso de un siglo. Llegan: los rejoneadores portugueses. Y llega de las marismas tartareas de Andalucía otra vez la señorialidad de los rejoneadores españoles, caballeros en nobles monturas. Aristo. cracia. Elegancia.

Llegan los caballos de andadura en espiral. Llega el destierro de Santa Elena para el picador.

...

¿Los calzones de Bonaparte—blanco cutí—, no eran de picador? Y su sombrero, ¿no un conato de montera?

Napoleón a caballo—por las estepas de Rusia—, ¿no era el picador pintado por Zuloaga? Recuérdese.



EL LAPIZ EN LOS TOROS

Por ANTONIO CASERO



Pepe MARCHENA

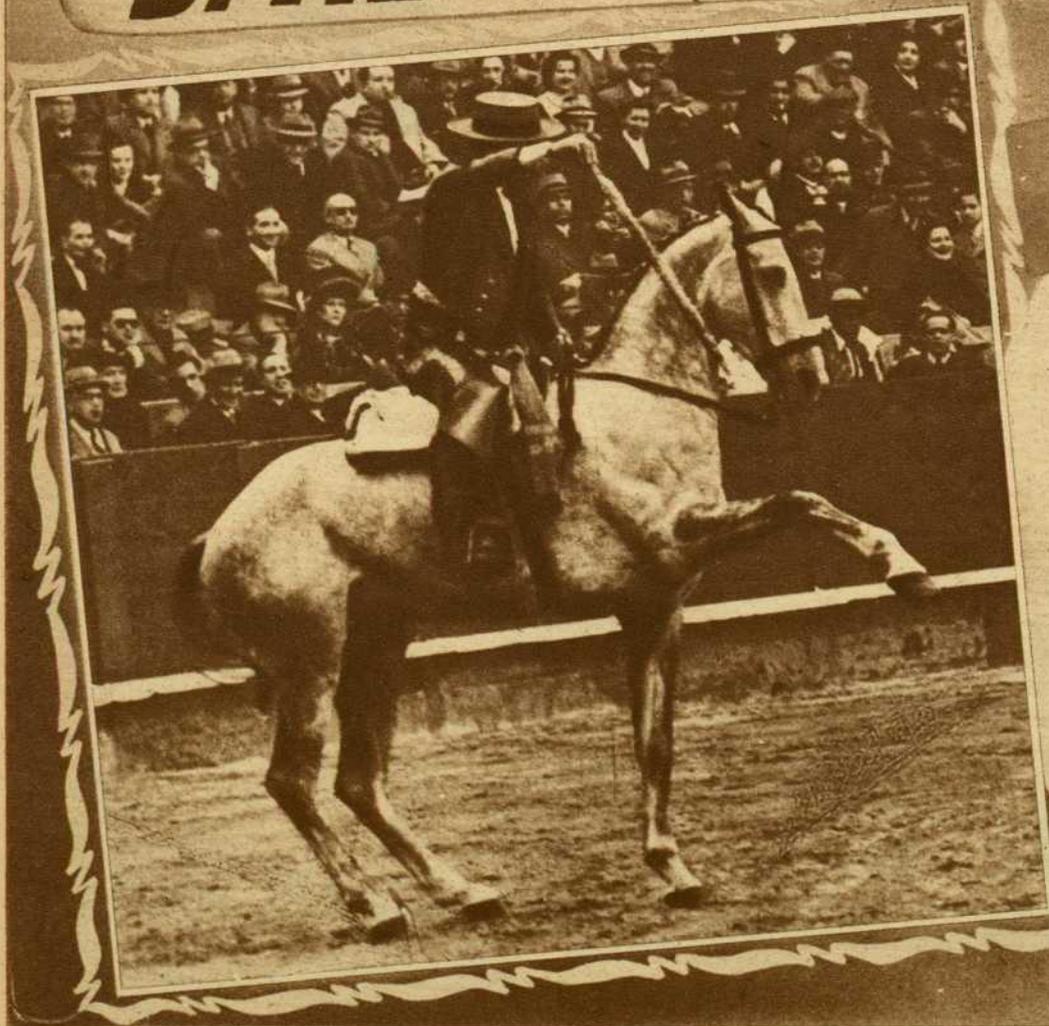
El
Niño
de MAR-
CHENA es actor.
Sus ecos de «cantaor»
genial le han obligado
a serlo. Porque si Pepe dice
las estrofas de su cante con el
alma de un «iluminado», también sa-
be transfigurarse en su intérprete único
y maravilloso.

Las actuaciones que ha tenido por los escenarios de
Andalucía—Cádiz, Córdoba, Sevilla—han subrayado con éxi-
tos clamorosos la nueva modalidad de este insuperable artista.

Para Madrid—triunfo siempre
de Pepe—, el famoso «cantaor» tiene preparado un
acontecimiento: el día 18 de julio debutará
en Fontalba con su compañía de come-
dias flamencas, para la que ha se-
leccionado «La Copla Andaluza»
y «El Alma de la copla»,
creaciones insuperables
de este majo de
la gracia y la
emoción
gita-
nas



D. ALVARO DOMECCO



*o la guerra de
la caballería*

De tarde en tarde surge la estampa del caballe-
ro romántico. Pero cuando aparece se estereotipa
con más brío que antes, más acusados los tonos
de su romance. En **D. ALVARO DOMECCO**
—luces andaluzas en alma quintaesenciada— el
plante se ha hecho aguafuerte de braveza paseada
con arrogancia por los cosos taurinos. Jinete ex-
cepcional, dotado de ese valor que lleva el cora-
zón hasta las astas del toro, el gran rejoneador
andaluz evoca las empolvadas viñetas de nuestra
suprema fiesta.

Pero en este caballero jerezano existe más: su
empeño, su inquietud para hacer de su arte mila-
gro de consuelo, que lleve a la infancia desampa-
rada caudales de caridad.

Caridad en hidalguía, valor y riesgo. Por todo
esto, **D. ALVARO DOMECCO** repite la leyenda
de aquellos caballeros españoles que alanceaban
sólo por amor. Amor que da la vida, que la entrega,
con tal de no perder el colorido de su estampa
romántica y españolísima.

GARAPULLOS, REHILETES O BANDERILLAS

Por PEDRO MARROQUIN

Si en el primer tercio de la lidia la lucha entre el toro, que cubiste con fiera pujanza, y el picador, que lo detiene con la garrocha, contrarrestando la acometida de la res merced a la potente fuerza de su brazo, causa intensa emoción a los espectadores, la gallardía, en cambio, de que hace gala el banderillero en el tercio siguiente, sin más defensa contra el peligro de las astas que su agilidad y la rapidez de sus movimientos de cintura y de pies, deja una impresión suave y como sedante, que calma el latir apresurado del corazón, fuertemente impresionado ante la bizarra suerte de varas.

El varilanguero está defendido por la *mona*, la armadura de hierro que le libra de una cornada; por el caballo mismo, que suele quedar, cuando ambos han caído a la arena, como una barrera entre su cuerpo y los afilados cuernos, y, muy principalmente, por los capotes de los toreros, que en momentos de peligro acuden prontamente en su auxilio, constituyendo este admirable lance uno de los actos más bellos, nobles y viriles en que puede mostrarse el altruismo humano, y por el que el torero, aun con sus sangrientas ferocidades, resulta un arte atractivo, que domina, que emociona y que subyuga a las multitudes. El capote y la muléta, y aun el estoque mismo, son para el matador elementos de salvación, en tanto que el banderillero no puede contar, en la mayor parte de los casos, sino con su propia ligereza. Es, por ello, la suerte de banderillar la más peligrosa, o acaso la más expuesta al peligro, sin que las otras suertes de la lidia, singularmente la suprema, o sea la de estoquear, dejen de tener grandes e inevitables posibilidades de grave riesgo.

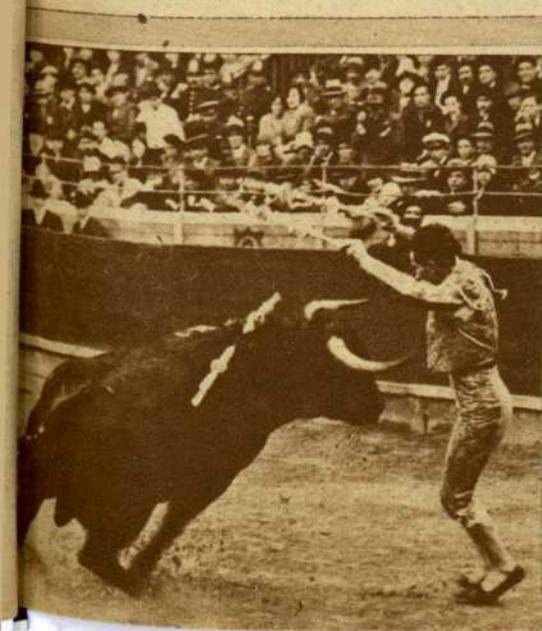
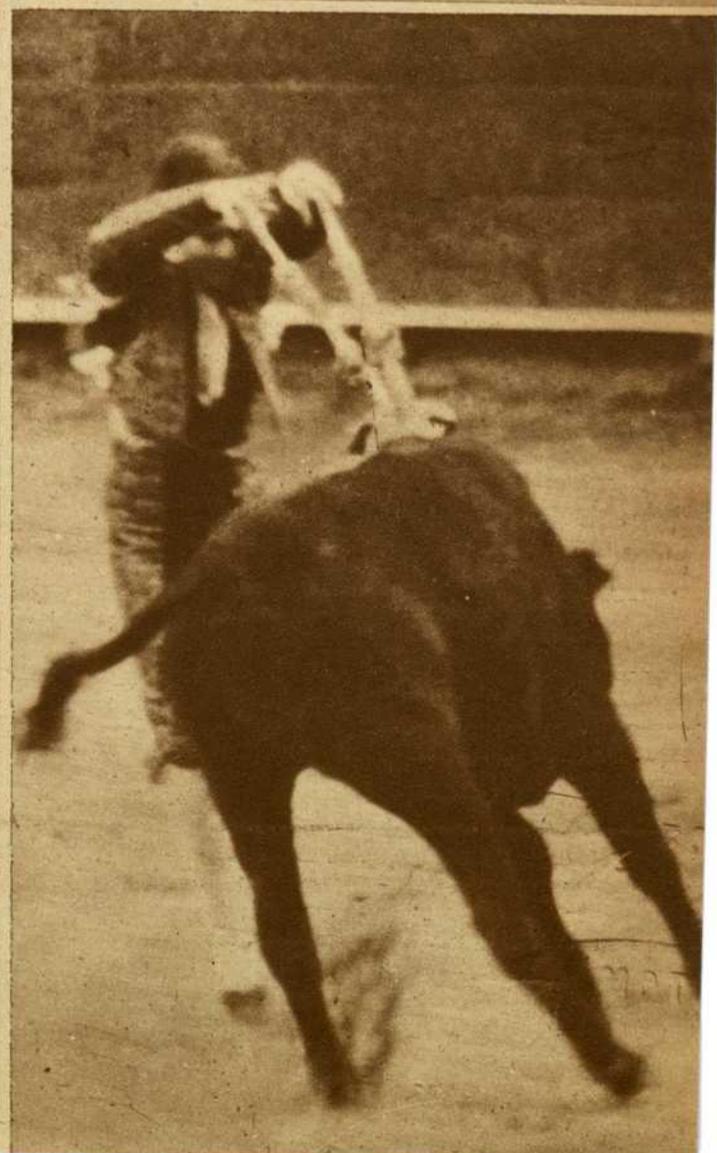
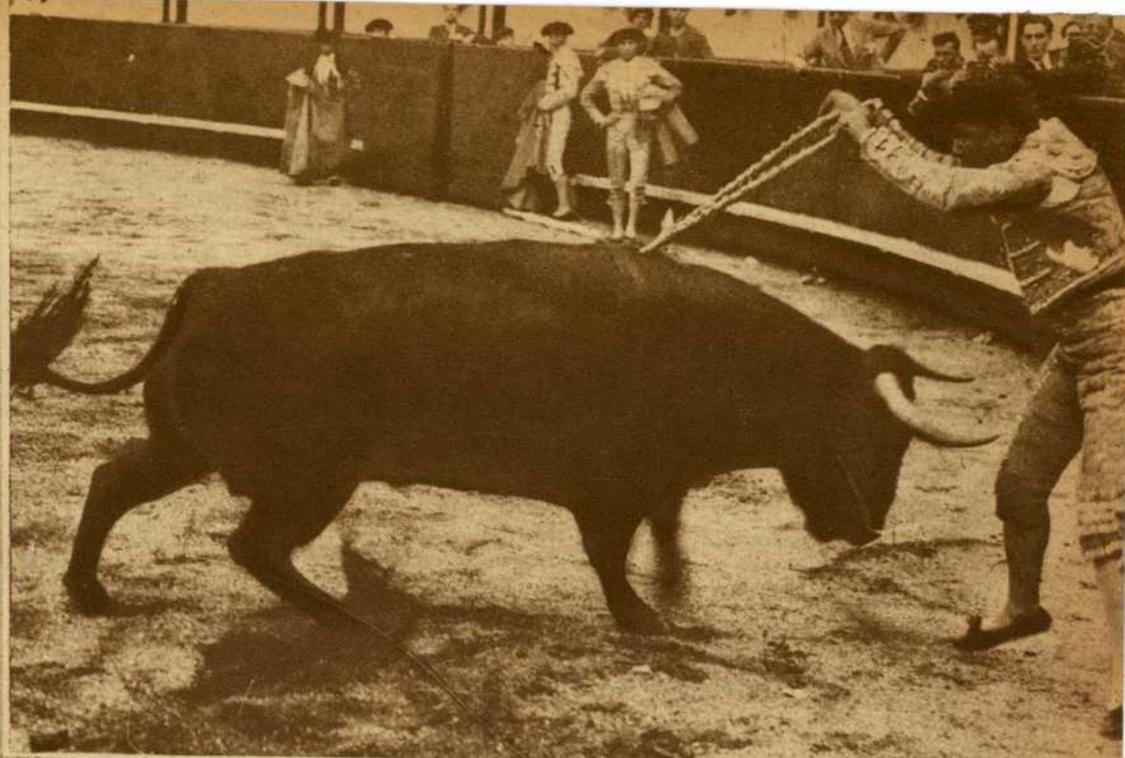
Sirven las banderillas, como todos los lances de la lidia, y aun todo lo que se hace con el toro en la dehesa desde que nace, para prepararlo a la muerte, que es, en resolución, el compendio y síntesis del arte incomparable de lidiar reses bravas. La banderilla es, sin duda alguna, derivación del rejón, que en la época en que la lidia de los toros estuvo vinculada en los nobles, que, como el Cid, y luego Carlos V, rejoneaban a caballo en las justas y torneos, servía para mostrar en los cosos su arrojo y su gallardía ante sus reyes y sus damas. Cuando los caballeros dejaron de rejonear toros, allá por la mitad del siglo XVIII, y se convirtió el toreo caballeresco en artístico espectáculo, del que se adueñó el pueblo, el valor, la habilidad, la destreza y el buen aire de los nuevos lidiadores, desde los famosísimos Romeros, de Ronda; los Palomos, Martíncho, José Cándido, hasta los tiempos que corren, fueron modificando, mejorando y embelleciendo el espectáculo, hasta llegar al máximo esplendor y magnificencia que ya tiene la española fiesta de toros.

Al ser sustituido, en la nueva modalidad de la lidia, el rejón por la garrocha, solían usar los lidiadores de a pie uzos arponcillos, origen y precedente de los actuales garapullos o rehiletos—que para la Real Academia de la Lengua son lo mismo que banderillas—, y que clavaban los toreros uno a uno, llevándolo en una mano, y en la otra, el capote para esquivar la acometida de la res.

Hasta que los celeberrimos Romeros rondeños, singularmente Pedro, que es la figura más esplendente del arte de la lidia, no organizaron las cuadrillas, dando a la lidia un carácter de seriedad y orden que encajaba en su estilo de toncar fino, elegante, puro, y también serio, el banderillero acudía al toro como y cuando le placía, sin guardar turno ni obedecer a los espadas, ni fijarse siquiera en el sitio en que clavaba el arponcillo al toro. Los Romeros fueron quienes organizaron la pareja de banderilleros, que aun subsiste, lógicamente y naturalmente, ¿cuándo se empezaron a clavar a pares las banderillas? La fiesta taurina tiene en sus comienzos muchas incertidumbres, que impiden fijar fechas y detalles; pero es verosímil que los banderilleros que acaudillaba Francisco Romero ya lo harían así, siguiendo las enseñanzas del célebre licenciado Falpes, a quien se achaca tal innovación, tan conveniente y necesaria en el segundo tercio de la lidia, y que le da animación y elegancia.

La suerte de banderillas se realizaba, según lo narra Pepe-Hillo, al cuarto y a la media vuelta. La Tauromaquia de Montes señala el recorte y a tope carnero, muy pocas veces ejecutadas estas suertes en los tiempos modernos, y el sesgo, menos rara. Las banderillas al relance, más frecuentes, se emplean cuando el toro va rebrincando a la salida de otro par; y, finalmente, desde el año 52 se enriqueció el toreo con el quiebro, que inventó el gran maestro del segundo tercio Antonio Carmona, el *Gordito*, y que practicó a cuerpo limpio, metidos los pies en un aro, y dentro de un sombrero, y aun teniendo entre las piernas, y echado en la arena, a un peón. Las banderillas al quiebro constituyen una nueva y brillante fase del segundo tercio, y han dado vigor y gracia a la fiesta taurina. Al tratar de banderillas, viene a la memoria, como imprescindible colofón, el nombre glorioso de *Lagartijo*. Con los palcos en la mano, *Lagartijo* funtiona, en su maestría sin rival, una valentía, una elegancia y una figura incomparables, que hacen de su figura la personificación del torero más perfecto que haya existido desde que hay toreros en el mundo. Aun más que en el quiebro, en el que superó a su pronto inventor, sobresalía en los pares de frente, a tope carnero y al sesgo, suerte esta última que realizaba con lo que él llamaba *hacer las trébedes*, y las que consumaba con una tranquilidad, elegancia y gentileza insuperables. También Antonio Fuentes, admirable lidiador, fué como *Lagartijo*, un banderillero colosal, y sobresalió entre todos los toreros de su tiempo. Introdujo en el quiebro una carrerita hacia el toro, parándose de pronto, a veces, sobre un pañuelo, que colocaba en la arena un momento antes, con lo que obligaba, aun a las reses tardas, a embestir.

Dejando a un lado al Regatero, a Pablo Herráiz, al *Cuco*, al *Gordito*, claro es, y aun a *Joselito*, y a otros mil gloriosos representantes del segundo tercio en la historia del toreo, cuya cita haría la lista interminable, quedan, como espléndidos botones de muestra, esos dos grandes banderilleros Rafael Molina y Antonio Fuentes, esos dos portentosos lidiadores, señores y maestros en la lucida y gallarda suerte de clavar garapullos a los toros.



DE LA TAUROMAQUIA

de GOYA

a la de

BENLLIURE

Por
**Federico
García Sanchiz**

(De la Real
Academia
Española)



EN la anterior temporada, recordando las de mi juventud, volví yo a escribir de toros unas cuantas crónicas, que me valieron, por ejemplo, un brindis de Antonio *Bienvenida* y que *Manolete* viniera a casa con su inseparable Bermúdez, viejo amigo mío, quien me dijo que había encargado la impresión en raso de mi artículo sobre el gran torero cordobés de estos tiempos. También *Manolete* pronunció unas palabras inolvidables. Porque refiriéndose a las cogidas, y no queriendo mentarlas, se expresó así: «Cuando los toros comenzaron a levantarme los pies del suelo.» El retorno, en suma, a las ya olvidadas aficiones no podía ser más alentador, y, sin embargo, volví en seguida a mi retiro

con la decisión de no abandonarlo ya nunca. Y he aquí por dónde, apenas reanudadas las corridas, vuelvo a ocuparme de la tauromaquia, aunque no por el propio impulso, sino en correspondencia a la amable invitación que para ello me dirige este popular y simpático *papel*, y vaya en dos palabras lo que en una encierra el título MARCA.

Y es que tuve yo el honor de inaugurar la Exposición de bronce taurinos de Mariano Benlliure con una *Charla*, en la que hablé de tales extraordinarias obras, y en una especie de paralelo, de las famosísimas aguafuertes de Goya. Requiereseme ahora para que insista en el tema, en lo cual me complazco, porque también el asunto me parece agradable.

Por de pronto, la temporada actual se abre con un arco de triunfo, pues no menos representa la aludida Exposición. Digo, a no ser que se le considere y consagre con relación a las cosas pasadas, que son las que en realidad ha inmortalizado el insigne escultor. En tal caso, equivaldría a un monumento conmemorativo, más bien con aplicación crítica respecto del presente; recuerdo y enseñanza de una época de plenitud del toreo. Al fin y al cabo, Benlliure, ante quien *posaron* los mayores prestigios españoles de hace más de medio siglo, cuyos bustos conserva en yeso, y a los que sobrevive, nos tiene acostumbrados a las evocaciones. Las salas en que guarda tantas efigies históricas diríase que forman una Pompeya, la de la Regencia y el reinado de Alfonso XIII.

Pasan ante mi vista, al conjuro de la evocación, las inspiraciones que al lápiz y al pincel dieron las corridas, aquellas láminas de Perea, imperfectas por demasiado perfectas, que en cierto modo eran lo que luego serían los discos fonográficos; los carteles de Marcelino de Unceta, pintura de caballete en las esquinas; los apuntes de Ricardo Marín, al par embarullados y certeros, temperamento sin disciplina, y, por

último, los estupendos cartones de Roberto Domingo, desbordados en vitalidad.

Lo que no acude a la memoria es la producción escultórica, fuera de la de Mariano Benlliure, indudable creador del género.

Comparar los toros de Benlliure con los de Goya, quizá no se justifica más que en la igualdad del propósito de ambos maestros. Rechazan el parangón, incluso las diferencias de recursos entre el aguafuerte y el modelado o la cinceladura. Y dije mal, diciendo igualdad, ya que don Francisco y don Mariano se sienten atraídos por distintas sirenas: en éste, hállase sobre todo el interés plástico y aun compasivo por los animales, el astado y acometedor y el indefenso, mientras que se deja llevar aquél por los lances de predominio del torero, con especialidad los horriblos. Goya, verbigracia, se recrea en las cogidas, y, por el contrario, Benlliure no ha perpetuado ninguna, a pesar de cuantas ha presenciado. Eso sí, compone el grupo de la fiera y el caballo, que rotula: «Las víctimas de

la fiesta.» Antes de seguir la confrontación, con sus divergentes consecuencias, señalemos el punto en que Benlliure y Goya coinciden: los dos emprendieron y lograron su tarea ya en la ancianidad, circunstancia de la que se deriva una *hisonja* que, saliéndose de lo personal, se extiende a la raza que así produce colosos.

Verdad que uno y otro dedicaron muchas jornadas de su existencia a preparar los aciertos de hoy. Y en ello continúa la diversidad, puesto que el pintor del



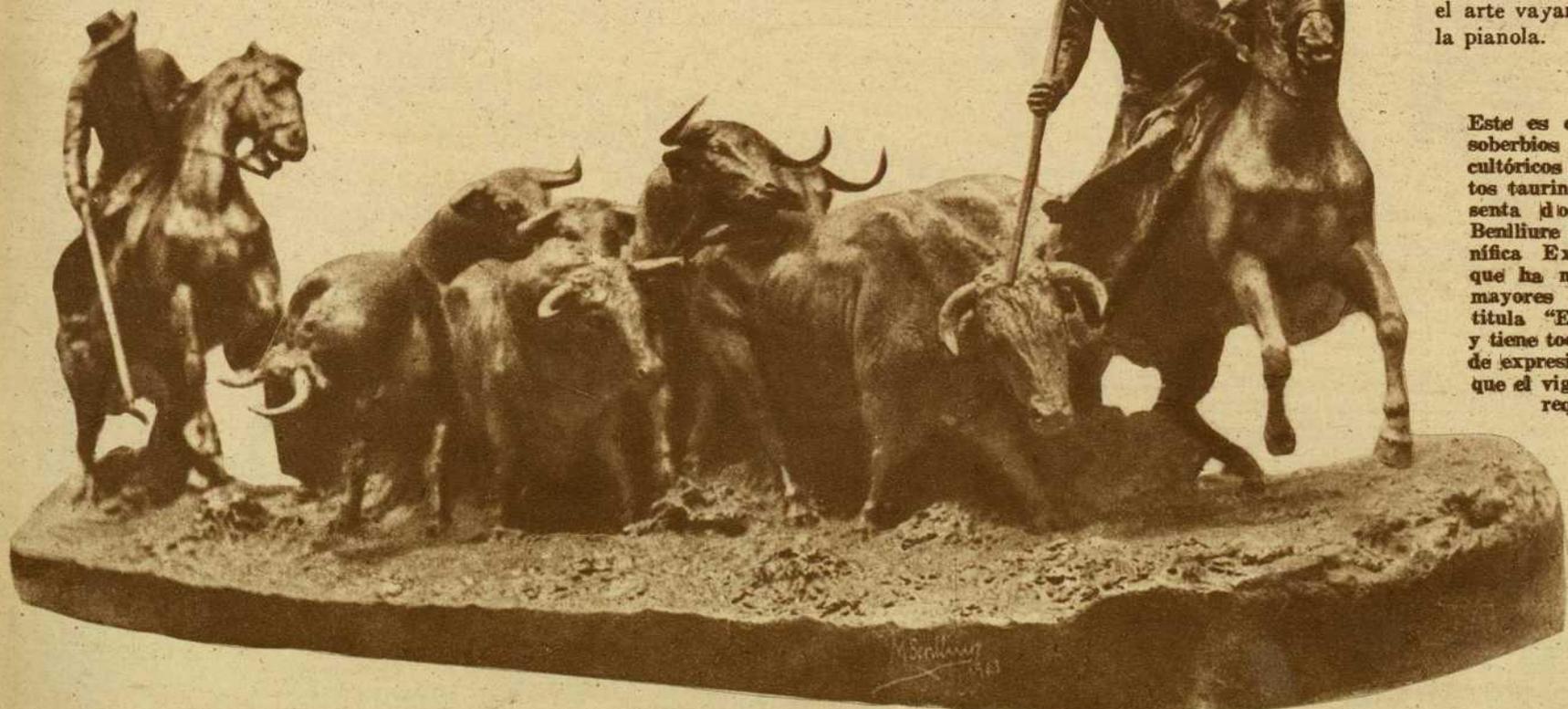
Arriba: "Matando a caballo".-Abajo: "Un toro difícil", dos de las magníficas esculturas de Benlliure que figuraron en su reciente Exposición



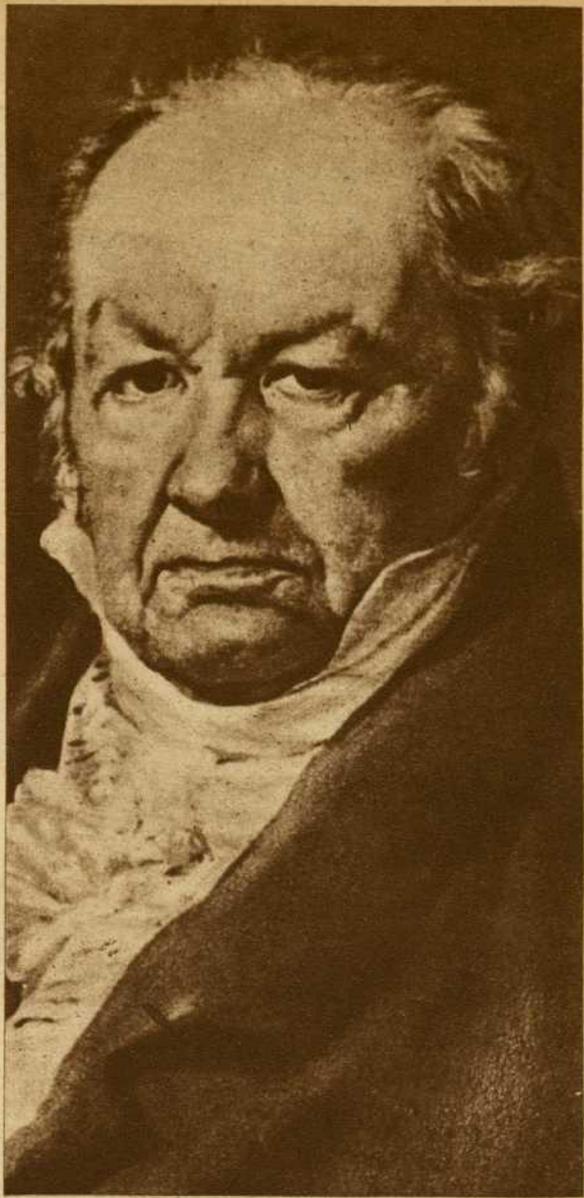
Don Mariano Benlliure modelando una de las obras que figuró en su magnífica Exposición

2 de mayo practicaba la lidia, en tanto el escultor del teniente Ruiz se limitó a cultivar el trato con los espadas. Rasgos que definen las respectivas décadas de tan preclaros taurómacos. Allí iba Goya a mezclarse, como asimismo los aristócratas, con el pueblo, recién aparecido como personaje del drama, la comedia o el sainete nacionales, que ya se montaban en la Puerta del Sol, quedando abandonada la Plaza Mayor: patio del alcázar, más que lugar público, en que se aburría o se solazaba la Corte, sin que la masa tuviese cabida, a no ser por delegación en soldadesca y servidumbre. Acababa de pasar la tauromaquia de los jinetes de la nobleza a los *chulos*, que toreaban a pie. La revolución política trascendía a los recreos. Y en todo fascinaba un misterio heroico, présaga de los enormes acontecimientos próximos e ineludibles. Las suertes del álbum goyesco podrían incluirse en el de la guerra o entre los *Caprichos*. Con un brío que llamea de furia, con fiebre, ahinca el inmortal grabador su garra en los episodios terribles, inverosímiles. Desdeña la exactitud gráfica, y sus toros, afilados y con navajas por cuernos, de una absoluta arbitrariedad en cuanto al dibujo, provocan escenas de guerrilleros, que no de diestros. Y al fondo, tras unas figuras que, en el ruedo, semeja que conspiran, invoca la multitud, insinuándola en el embrujamiento de una penumbra que oscurece y transparenta el tendido. Nada más español y de la primitiva antigüedad. Viriato no se asombraría del juego, y, efectivamente, no lo extrañaba el *Empecinado*. Muy al revés, y aunque no exento de un peligro mortal, el espectáculo que eternizan los bronceos aquí comentados exige o poco menos a Julio César en una barrera. Nos hallamos en el pleno triunfo profesional de las corridas, con ganaderías concienzudas y lujosas y con toreros en quienes reviven los atletas clásicos. La tragedia, la explosión volcánica, se han convertido en una fiesta sin par.

El *Sordo* regresaba a la casa a que dió nombre su defecto físico, embozado y con el entrecejo en cifra hermética. Mariano Benlliure, acompañado de Julio César, daba en su coche unas vueltas al *Angel Caldo*, luciendo un clavelón en la solapa, y agitaba el aire



Este es otro de los soberbios grupos escultóricos sobre asuntos taurinos que presenta don Mariano Benlliure en la magnífica Exposición, y que ha merecido los mayores elogios. Se titula "El encierro" y tiene toda la fuerza de expresión artística que el vigor del tema requiere

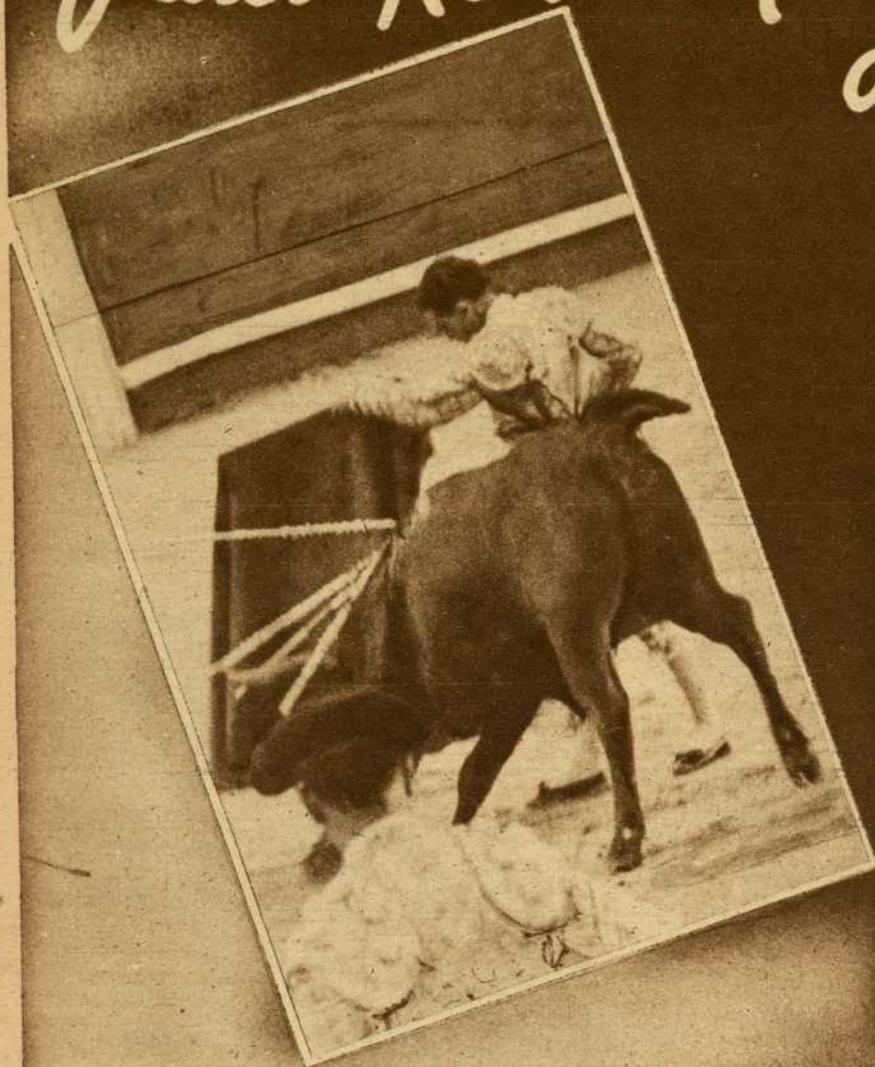


Francisco de Goya y Lucientes

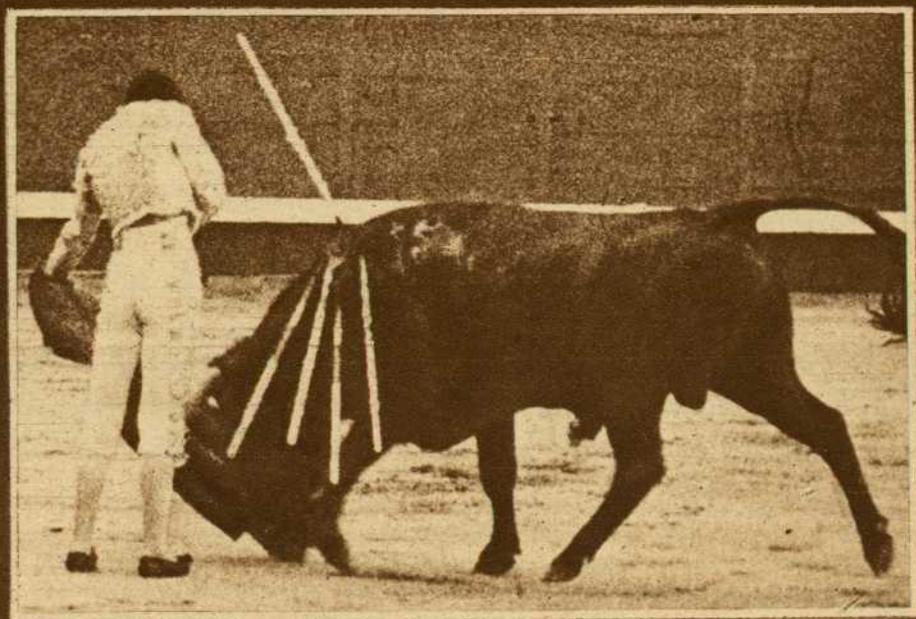
en el pescante la divisa del quinto toro; no se otorgaban entonces orejas.

Resueltamente hay que afirmar que la tauromaquia de Benlliure no es el arco de la temporada que comienza, sino un monumento conmemorativo. ¿Vale un símil explicativo y aclaratorio de las anteriores observaciones? Goya fué la canción popular; Benlliure, esa misma canción, trasladada al pentagrama... No consientan los hados que el arte de la lidia y la lidia en el arte vayan a parar a la pianola.

Fidel Rosalem ROSALITO o el torero de la vocación

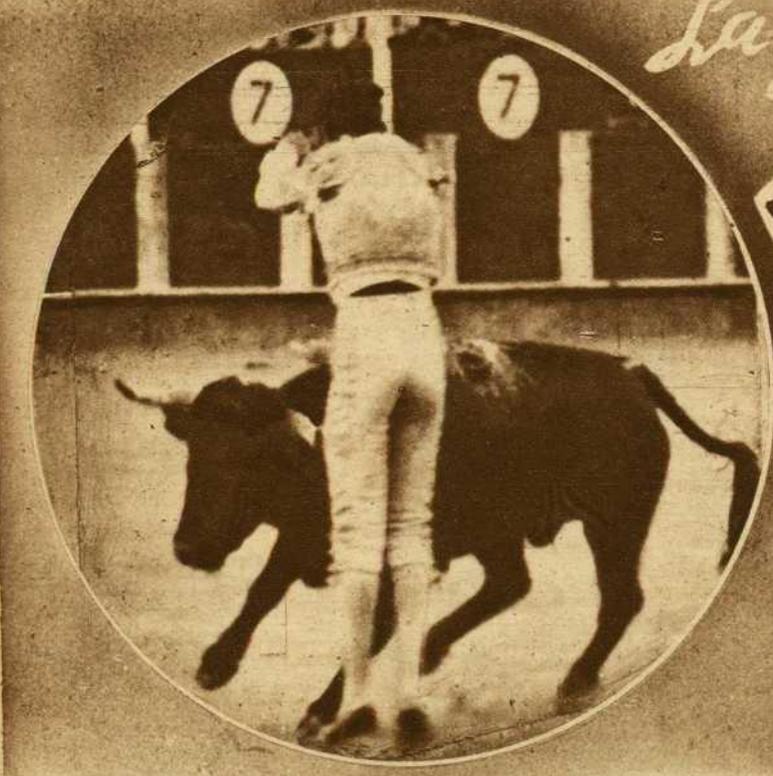


Personalidad, aunque el nombre se entronque a triunfos pesados. Estilo, gracia y temple «propio», a pesar de que el apellido se hiciera sitio en los anales toreros hace tiempo. Porque esa personalidad, ese temple y esa gracia está en Fidel Rosalem «Rosalito», es por lo que la afición le admira y le sigue por ruedos y tertulias. Se nace torero porque se lleva «adentro», y cuando la vocación y el pundonor y el valor es cosecha «de uno mismo», se triunfa y se ganan ovaciones para dejar en todas las actuaciones la fama y el prestigio bien consolidados.



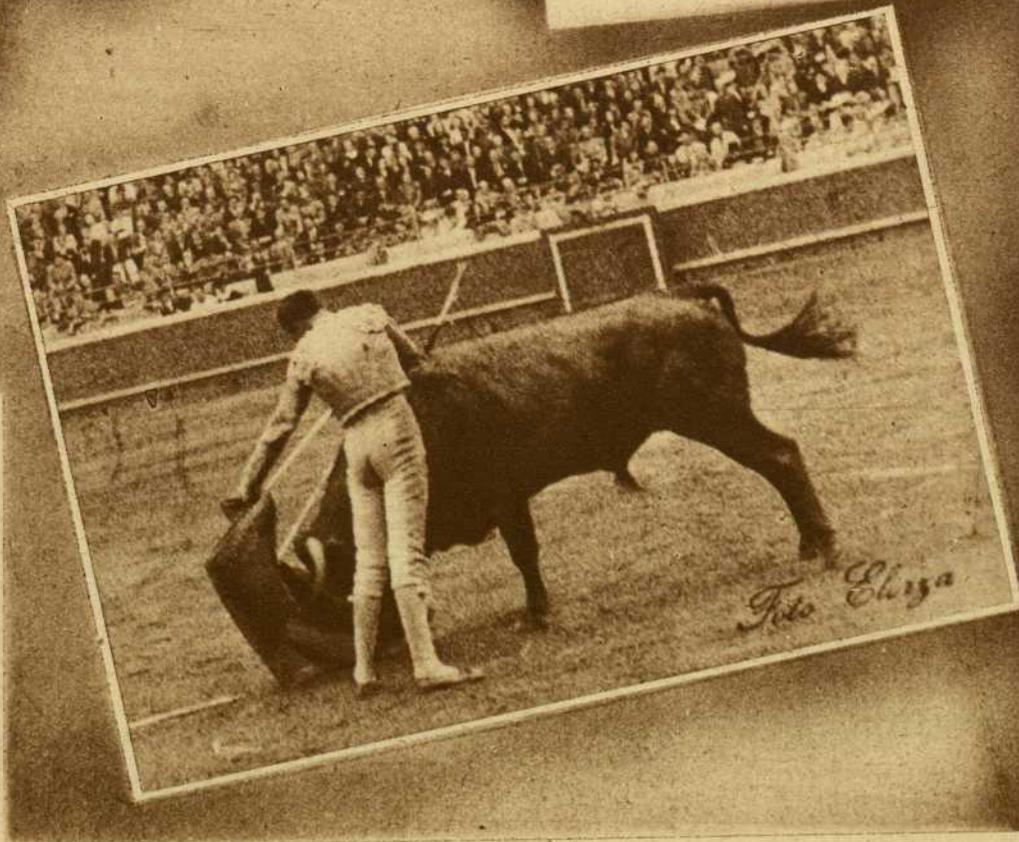
La gracia gitana vive en

"GALLITO CHICO"



Gracia en su estampa de torero sevillano. Gracia sin rival en su capote, movido por la inspiración divina de la genialidad. Gracia de toreo exquisito, saturado de emociones, limpio de recursos. Pero además, Pepe Ortega, bautizado en prestigio de arte excepcional, lleva en su alma el ímpetu de sus pocos años, al empuje de eclipsar con su corazón valeroso la fama de otras primerísimas figuras.

Por eso la afición, cuando le contempla ciñéndose a sus toros, sabe que de este **GALLITO CHICO** se puede esperar el alboroto y el triunfo definitivos. Porque en el capotillo y la muleta saben prodigarse con el garbo de su gracia exclusiva, magnífica, sustanciosa.



COMPETENCIAS EN EL TOREO



LOS que tenemos más de cuarenta años presenciamos la última gran competencia habida en el toreo: la de Joselito y Belmonte. Después hemos asistido a diversos forcejeos para inventar una competencia. Fracasaron, como era natural. Las competencias no se pueden urdir por los apoderados en combinación con las Empresas. Las competencias las decide el público con su pasión enconada. Los toreros competidores se encuentran un buen día con la competencia hecha, y si tienen valor para ello, la afrontan y luchan, y unas tardes vencen y en otras son derrotados. Aquí precisamente está el quid de la competencia. Los toreros que la sostienen deberán tener méritos parejos, ya que no en el estilo y el modo, en la calidad. Cuando surge un gran torero, y entre los que alternan con él no hay ninguno que pueda igualarle en méritos artísticos o de sabiduría y dominio, el gran torero permanecerá solitario en su altura, sin que a ella puedan llegar los que trepan con tal objeto, valiéndose o apoyándose en artimañas y habilidades.

De las muchas competencias, más o menos auténticas y formales, que registran los anales del toreo, voy a elegir cinco que me parecen las fundamentales. Hablaremos de ellas por orden cronológico.

Es la primera la de Pedro Romero y Pepe Hillo. Estamos en los albores del toreo. Albores encendidos por la luz de dos astros que nacen el mismo año. Pedro Romero y Pepe Hillo vienen al mundo el 1754. Dos hombres de temperamentos dispares, pero dos grandes toreros que honran su arte, rudimentario si queréis, mas ya magnífico: el uno, Romero, con su destreza; el otro, Hillo, con su valor. Y luchan juntos con los toros y lucha el público por ellos. Sin embargo, y por excepción, esta competencia la inicia uno de los contendientes. Tenemos, para afirmar esto, un dato indudable. Una carta de Pedro Romero a don Antonio Moreno Bote, prestigioso aficionado de principios del XIX. En ella dice el diestro que encontrándose en Cádiz, por el año 1778, llamó a un barbero para que le afeitara, y éste le preguntó si era él el mozo que iba a matar toros en Cádiz; le contestó que sí, y entonces el barbero le informó que Pepe Hillo, en su barbería, dijo que había mandado decir misas a las Ánimas Benditas para que dejara de llover, pues estaba deseando torear con la gente guapa. Pedro Romero respondió que, llegada la hora, cada uno haría lo que pudiese. Y llegó la hora y salió el primer toro, y Pepe Hillo, al entrarlo a matar, tiró la muleta y se sirvió del castoreño como engaño. Y Romero, en el suyo, no sólo prescindió de la muleta, sino que le entró a matar llevando en la mano izquierda la peinetilla que se ostentaba para sujetar la cofia. Los dos toros murieron de dos estocadas. En Cádiz se inicia así la competencia, que continuó ese mismo año en Sevilla, de donde era natural Pepe Hillo, y en la plaza de la Maestranza rivalizan esa cosa que se ha dado en llamar escuelas: la sevillana y la rondeña. Hasta el 1789 no se vuelven a encontrar los competidores. Ese año torear juntos en Madrid las fiestas organizadas por la jura de Carlos IV. Pepe Hillo muere el 11 de mayo de 1801 en la plaza de Madrid, herido por Barbudo, negro zaíno. Pedro Romero muere en Ronda, su ciudad natal, el 10 de febrero de 1839, a los ochenta y cuatro años de edad, después de matar en su larga vida torera cerca de 6.000 toros, sin apenas percance de gravedad. A mí esta competencia de Romero y Pepe Hillo me apasiona como si hubiera sido espectador de ella, y me declaro romerista acérrimo. ¿Por razones de preferencia artística? ¡Qué sé yo! Quizá no; la simpatía personal entra por mucho en esto de las competencias. A mí Pedro Romero me es más simpático que Pepe Hillo. Esté ora fachendoso, vanidoso e ignorante. Romero es un hombre serio, equilibrado, y conocía todo lo que en su tiempo se sabía de toros.

Chiclanero y Curro Cúchares vienen después. Ya el toreo ha dado un paso tal vez definitivo en su evolución. Ha nacido la gracia y la elegancia como elementos adjectivos al arte de torear. ¡Qué dos figuras tan atractivas éstas del Chiclanero y el Cúchares! Toreros de rumbo de tronío; toreros en la plaza y fuera de la plaza, alegres, decididos, vocingleros, rumbosos, juerguistas. Ese pobre Chiclanero, muerto tuberculoso a los treinta y tres años, la tarde de la inauguración de la temporada en la plaza madrileña, a la hora misma en la que el Chiclanero debía matar su primer toro. Estaba en la cama, y se levanta y se asoma a un balcón para ver la gente que va a los toros. Y allí, en el balcón, se consume su último aliento de vida, llora de ansia de torear; su pecho está roto y su corazón entero, y se vuelve a la cama y se echa en ella de bruces, llorando, llorando, y al poco su sangre se le agotpa en la boca y muere de una cornada en el corazón entero, inferida por el ansia de torear. "¡Yo soy en el toreo "reondo", como mi apellido!", solía decir las tardes de triunfo, al ver morir al toro de una estocada en las péndolas. Y ese Cúchares, tan seguro de sí que advertía a su mujer el despedirse de ella para ir a la plaza: "Señá María, que esté lista la puchera, que güerro en cuanto acabe la corria". O a su hija, cuando se puso en relaciones con el Tato: "No creas que todos los toreros son como tu padre, que os dice vuelvo y vuelve; porque la mayor parte de ellos suelen volver en carta o por el alambre." ¡Tiempos del Chiclanero y Curro Cúchares, tardes de su competencia, enconada y frenética; rivales que no cedían un paso, toreros completos, toreros y rivales en la plaza y fuera de la plaza; en la plaza, con el capote y la muleta, y el estoque; fuera de la plaza, con la majera!



Tres fotos de antes: Joselito y Belmonte en el estribo de la barrera de la plaza de Murcia, en el descanso de una de aquellas famosas corridas de competencia; los dos grandes maestros viendo morir al toro, gestos ditintos, acción diferentes, pero una sola cosa: ¡Trazazos!

del Gordito. Esta competencia fué corta; apenas duró seis años. La truncó el percance sufrido por el Tato en Madrid: una cornada en la pierna derecha, casi un puntazo, por su poca extensión, pero que, gangrenada la herida, hubo necesidad de amputarle la pierna.

Y llegamos a la competencia más famosa y duradera de cuantas han existido en el toreo: La de Lagartijo y Frascuelo; veinticinco años de pelea; la elegancia y el valor frente a frente. ¡Pero qué elegancia y qué valor! Insuperables quizá. Aun viven gentes que vieron torear a Lagartijo y Frascuelo. Poseemos, pues, datos vivos y fehacientes. No hay duda, después de lo oído y leído, que aquello tuvo que ver. España entera se dividió en dos bandos. Los lagartijistas y los frascuelistas eran irreductibles. Cada uno, según sus preferencias, se adhería a un bando, y en él permanecía hasta morir, sin transigir nunca con el mérito del contrario y exaltando hasta el frenesí las cualidades del ídolo. Aun hoy, cuando entre aficionados se habla de estos dos colosos, las opiniones se dividen y aparecen los frascuelistas y los lagartijistas, tan apasionados y tercos como los de antaño. Lagartijo y Frascuelo son ya dos mitos taurinos. Resulta, por lo tanto, pueril hablar de ellos. Pero uno se declara lagartijista. Y eso que soy tan entusiasta como el que más de la suerte de matar. Es indudable que Lagartijo fué el que dió sustancia de arte a la lidia de un toro. Frascuelo tenía que vencer su tosquedad a fuerza de valor. Conventia en tragedia lo que para Lagartijo era un juego. Por esto su competencia fué ruidosa y enconada.

Asisto a las corridas de toros desde que tengo uso de razón. Voy a recordar ahora mi juventud. Mi juventud es Joselito y es Belmonte, pasando antes por Vicente Pastor. Fué pastorista; después, belmontista. Subí mucho a Joselito, Garrafal estupidez, de la que nunca me arrepiento bastante. Pero tenía que ser así. Joselito era un clásico. Belmonte, un innovador, y cuando se es joven, siempre se va uno detrás de los innovadores. Además, en Joselito era irritante su seguridad. A Belmonte, en cambio, le cogían casi todas las tardes, y los hombres nos parecemos a las mujeres en que sentimos debilidad por los débiles. Estoy satisfechísimo de mi juventud: Joselito y Belmonte bien valen haber nacido el 1898. Al coincidir mi juventud con la época de Joselito y Belmonte, que ahí está para quien quiera algo de ella, pude ver con los ojos aun Acción abiertos, que es como se ven las cosas, el milagro taurino hecho arte. Estallaba en aplausos y silbidos la fuerza de mis veinte años. ¡Qué buenos veinte años, contemporáneos de Joselito y Belmonte!—ANTONIO DIAZ.CAÑABATE.



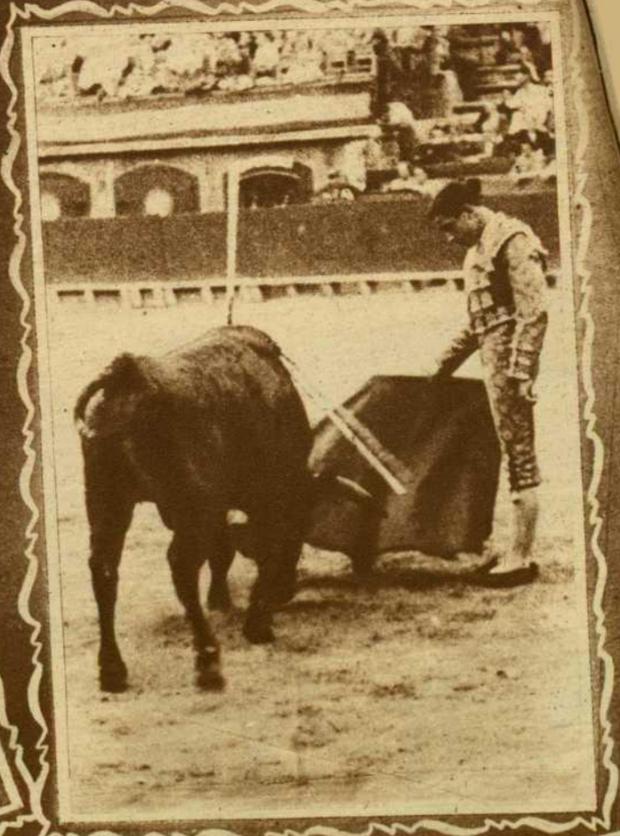
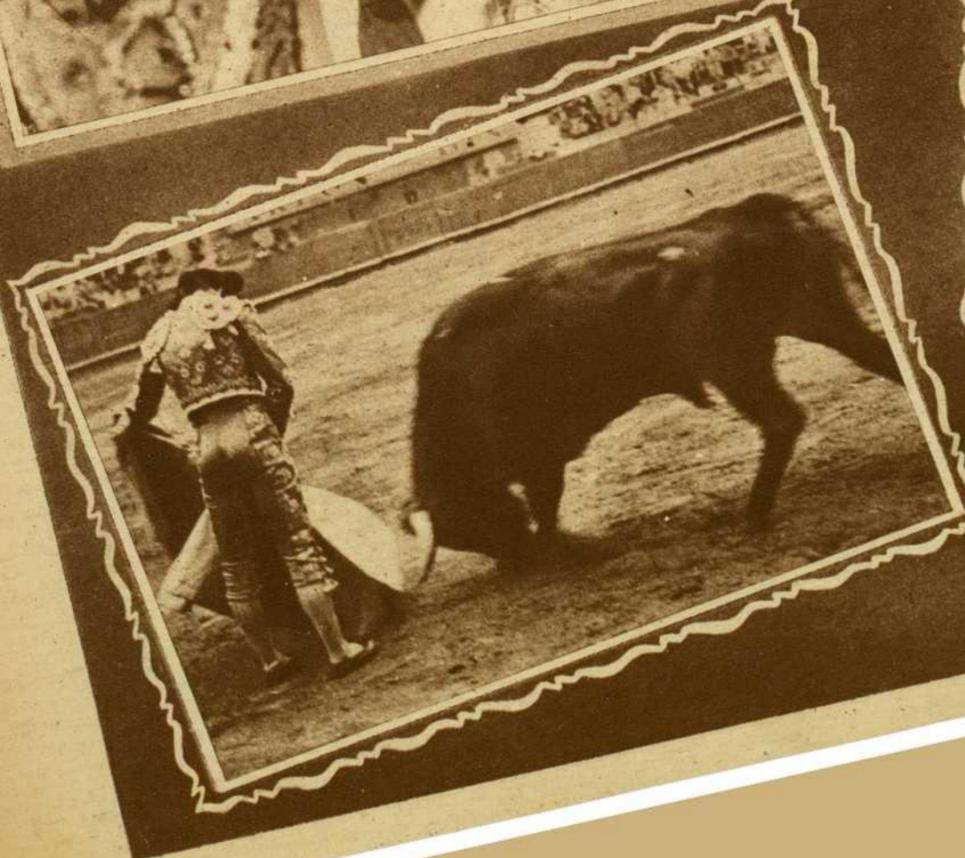
La promesa de la temporada

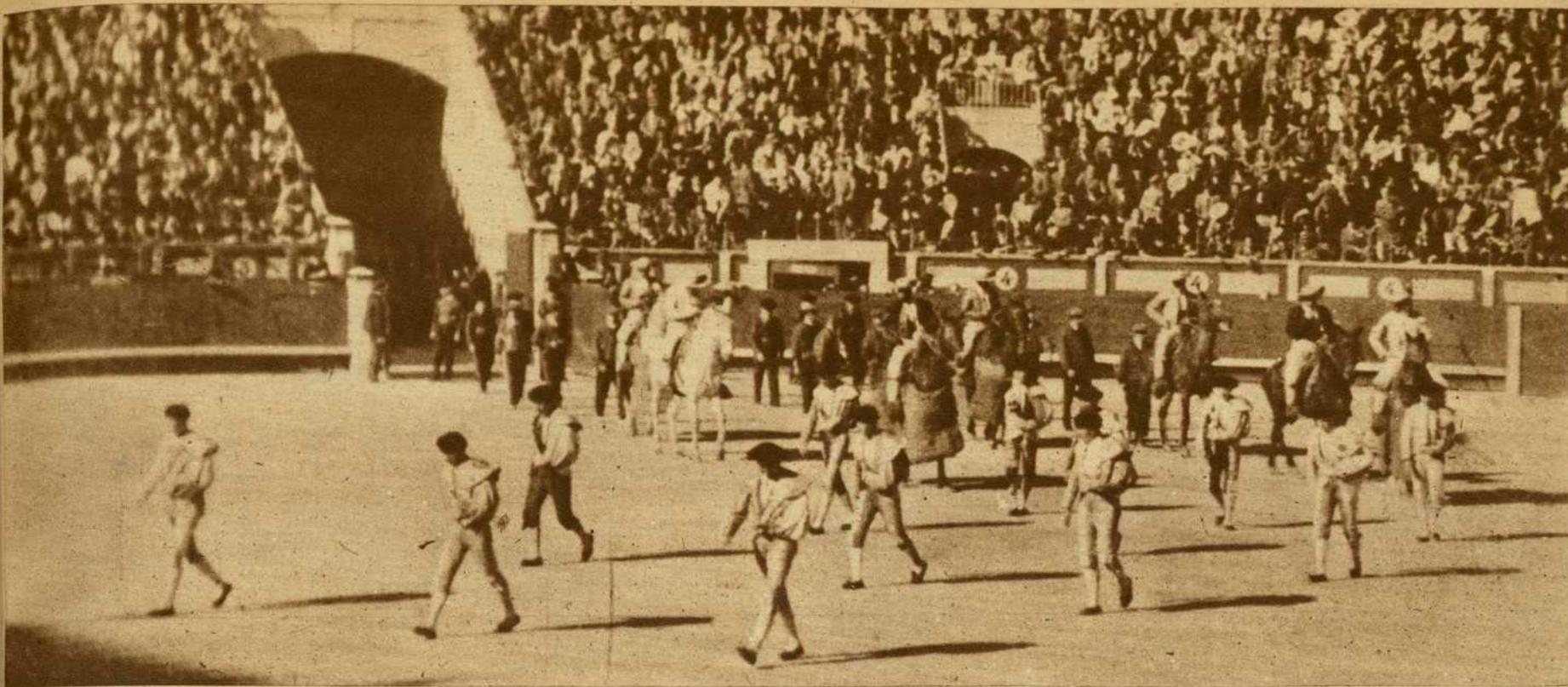
MANOLO NAVARRO



El torero promete cuando ofrece algo a la afición. El torero, si promete, es que puede dar más. **Manolo Navarro**, desde la primera tarde que pisó el ruedo, hizo eso: prometer y dar, torear con el corazón y el alma ungida de fervor taurino; enseñar a la afición que el valor y la elegancia de las suertes no son «dones» de los afamados, sino que puede ser virtud de quien sabe cumplir con decoro el compromiso de su propia estimación.

Manolo Navarro, que tantos aplausos cosechó la pasada temporada, vuelve en ésta dispuesto a enseñar a muchos cómo se torea, cómo él conquista la fama.





LA CRITICA DE HOY

Por EL CACHETERO

SEÑOR Director, ¿qué papel me ha reservado en este extraordinario que se está orquestando?

—Pues yo había pensado, señor Cachetero, en que escribiese usted algo sobre la crítica taurina en los tiempos actuales.

Vaya, vaya, con el señor Director...

Y ahora hay que ponerse a escribir de la crítica taurina o a seguir escribiendo, porque éste ha sido tema ya sonado en estas columnas con esta firma. Si mal no recuerdo, lo fué en cinco artículos suficientes para granjearme una regular fama de antipático. Bien; lo hecho, hecho está, y no hay por qué arrepentirse, aunque tampoco continuar, más que nada, para que no le llamen a uno monacorde o aburrido. El caso es que la crítica—como el torero—está como nunca y pisa unos terrenos inverosímiles, atiende a una preocupación de estética literaria muy notable—como en los ruedos también—y lo hace muy bien, aunque para llegar a ese resultado ha tenido que bajar algunos

puntos en otras cosas que van camino de contemplarse en el museo como atributos de una época pasada. Todo, todo, como en el torero, con el que va absolutamente paralela y con sus ventajas e inconvenientes.



Sabida es—y por archisabida no hay por qué recordarla con creces de detalle—la transformación que la crítica taurina ha experimentado desde las páginas amarillentas de «La Lidia» a las nuevas y flamantes de cualquier periódico de hoy, coloroso aún de tinta de imprenta. Crítica era aquella y crítica hay aquí, aunque por modo absolutamente dispar. De aquella reseña toro a toro, minuciosamente técnica y en la que sobre la película de la corrida se iba insertando lo hecho y lo visto con unas conteras de calibre y apreciación, se ha pasado a una crónica global de pinceladas y brochazos multicolores. Estoy por decir que la tendencia actual de la expresión plástica y literaria de la fiesta de toros es el impresionismo, desde los cuadros y apuntes del maestro Roberto Domingo hasta la mención de una faena cualquiera. La crónica taurina responde a una técnica impresionista de cartel, a una gama de manchas vistosas aguzadas hacia el nervio de la crónica. La corrida de toros está vista en un rasgo esencial, a cuyo alrededor se van ordenando familias de colores con menos brillo a medida que se alejan del centro de gravedad de la crónica. Si la reseña clásica era un dibujo minucioso, la crónica actual—en sus maestros más notorios—es un cartel de toros.

No hay más remedio que autoceitarse con denuedo y recordar los artículos de la antipatía. Todo lo que en ellos se dijo sobre los artistas de la crónica, mantenido queda, salvo algún retoque o difuminación que ahora pudiere o quisiera hacer. Pero ahora se está hablando del producto y no de la formación o estado de ánimo de los autores. Y creo que con el ejemplo e imagen del cartel nos entenderemos todos. Figurémonos un cartel de toros lumínico y deslumbrador; pero ante su vista no tenemos más remedio que decidir que el cartel, que como apología no está mal, como crítica es inconcluso e imperfecto. No ya las gamas negras, sino las pardas o grises están excluidas de él, sin estarlo, naturalmente, de las plazas. No lo estaban en el dibujo antiguo, menos brillante y atrayente, pero más exacto en definitiva. Y los de ahora aspiran siempre al cartel, porque ése es su modo habitual de hacer, y no digamos si ya vienen predispuestos a él por el clima de compadreo del que me resentía dolorosamente. Pero así como los cartelistas de toros tienen limitada su gama de colores, así la crítica abanderada limita la belleza total de la fiesta—que va desde el amarillo oro hasta el negro—a una serie de brillos parciales, porque se estima que la fiesta sólo es bella y digna de crónica en su parte brillante específica. Para ellos no hay interés en un natural sino cuando en su logro y ejecución caben cinco o seis metáforas, por su perfección en conjunto, y no hay crónica bella sin naturales bellos, por ejemplo. La belleza de una plaza en trance de tercer aviso, que viene a multiplicar una serie de visajes parecidos a las gárgolas góticas en el ruedo y en los tendidos, se les escapará siempre. Y hay quien sigue a los matadores buenos casi con exclusividad, porque aparte otras ventajas, ellos son los que darán motivo a los carteles de colores.

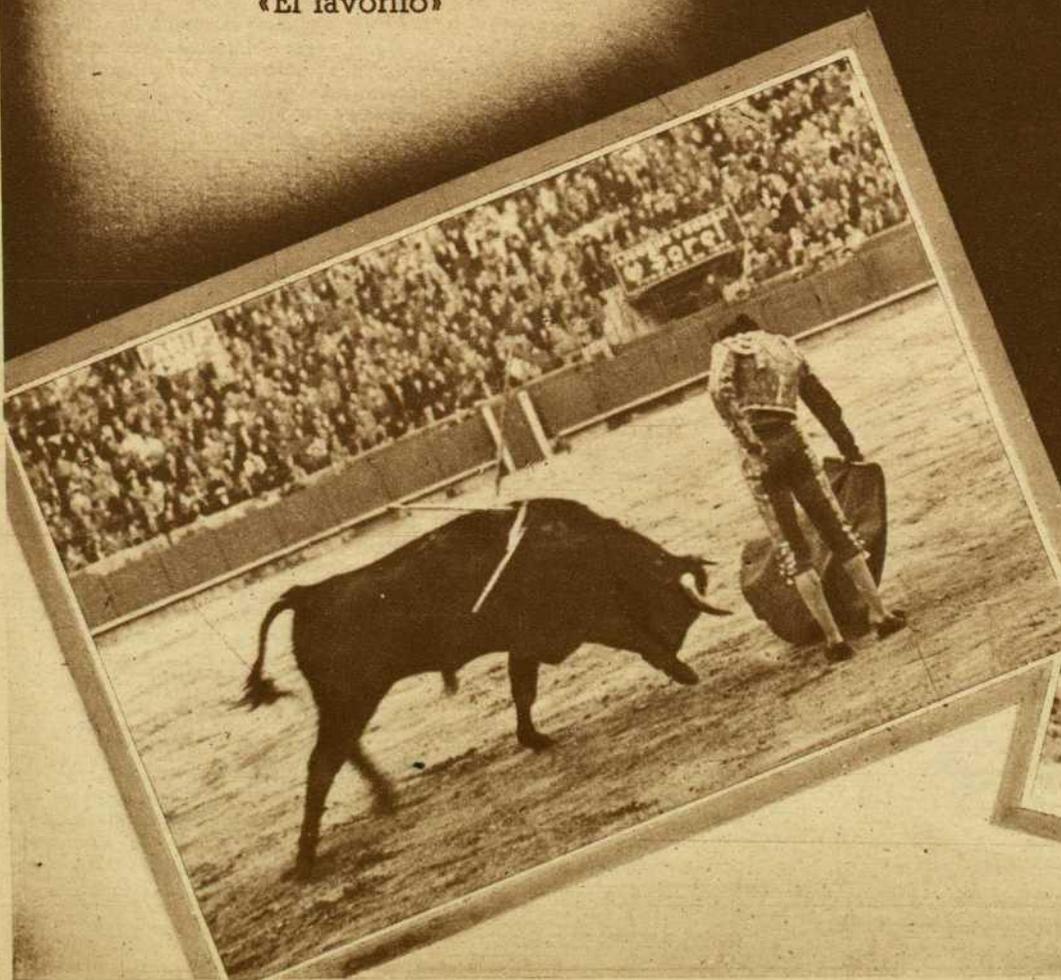
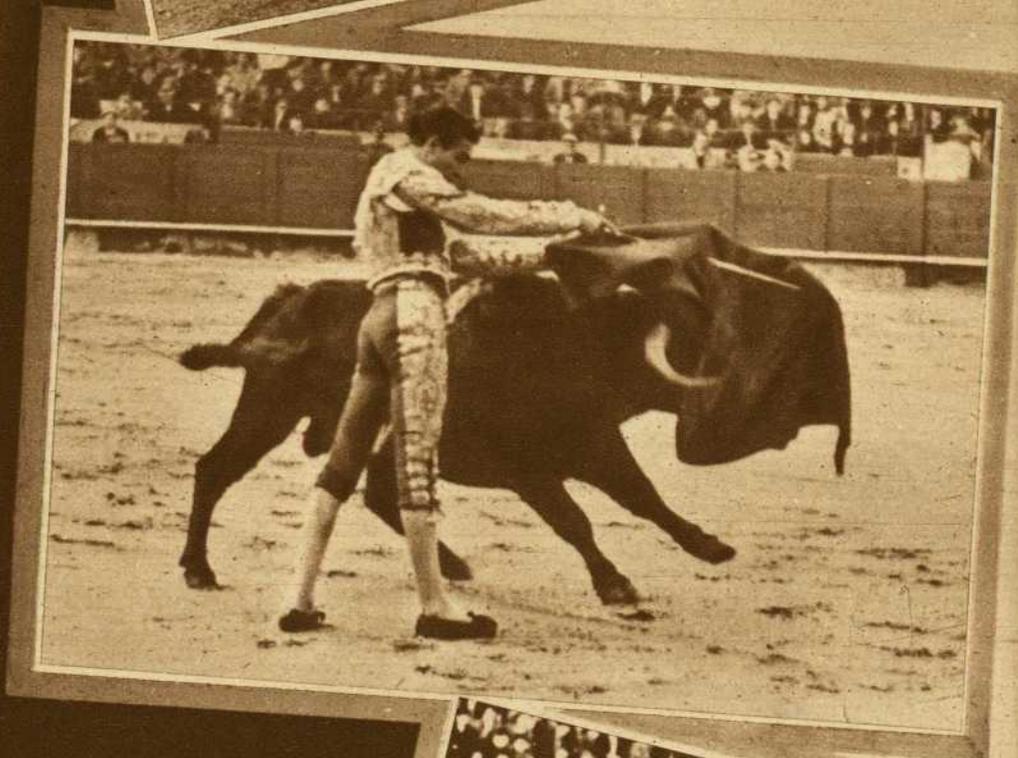
Dentro de ese ple forzado, y quizá debido a él, la crítica actual es de una imparcialidad frenética y desesperante. La crítica se pronuncia por lo que tiene más posibilidades de color con rara unanimidad. En esto ocurre como en los toreros, que también son imparciales y asepticos en la plaza. Ni rivalidades, ni peleas, ni el menor asomo de injusticia cabe en ellos, ni nada del frenesí del torero. Color, sólo color a troche y moche y aplicable al que más ponga en el trance y casi siempre de acuerdo absoluto con el escalafón del ruedo, como los toreros. Nada de los de aquí contra los de enfrente, porque todo eso queda para los cafés. Yo creo que uno de los motivos que las gentes tienen para generalizar con los críticos taurinos y ponerles una incómoda nota general es su imparcialidad elevada al grado más absoluto de timidez. Todo es bueno, lo de todos es bueno y lo de cualquiera puede aplicarse a todos cualquier día, aunque en los cafés y peñas ya opinen de una tajante manera de aficionado, muy contraria por cierto. Pero en letras de imprenta es distinta la cosa. Dadles sólo una base y levantarán una pirámide con bastante gracia y colorido, donde lo malo quedará escondido y comprimido debajo. Lo malo del de la pirámide y lo de los demás y aun lo de toda la corrida, porque la crónica de hoy no es más que eso, el levantar una pirámide con mejor o peor color. Por lo menos, así veo a la crítica de hoy, que tiene buenos artistas y en verdad un meritorio arte en hacerlas con la única desventaja de que la crítica queda desdibujada. Yo, ante el impresionismo, me vuelvo al dibujo y por ahí habrá que volver después de la orgía de color que ha traído la escuela de Corrochano. También en el torero habrá que volver a la lidia en plaza después de la orgía de estética que ha traído la escuela de Belmonte. Dos revolucionarios de distintos aspectos del torero y de su comentario: un magnífico torero y un estupendo cronista taurino. Pero los defectos que ellos no tuvieron se aprecian a lo largo de los años y de las escuelas. Y ahora, después del Carnaval, hay que empezar por la Cuaresma.

Aguado de Castro

*Será el
favorito de todos los públicos*

«Revelación» se dice a aquello que arma el alboroto cuando otros no esperan «proezas» sino en los consagrados. Águado de Castro es «aquéllo», es decir, es el «alboroto». Y no de casualidad porque en una tarde llegue a los recursos del torero la «pieza» codiciada. No. En este torero de toreros, señor del arte de Cúchares, hay mucho más que el oportunismo y la ocasión. Existe, así como suena, la más elevada de las virtudes: la maestría, que unas veces prende en la elegancia de su capote — todo filigrana — y otras en el atrevimiento, medido y pausado, de su mágica muleta.

La temporada — se puede vaticinar sin recelo — elevará a «única figura» la de Aguado de Castro, y en los ruedos la Fiesta Nacional abrirá la arena para escribir esto: «El favorito»



bla
nue
rica
espe
pañ
A
se o
de l
los
mod
de r
sigl
los
na,
del
que
pres
don
P
revi
plaz
Est
—d
más
y a
tura
en
sob
por
esp
ros
ros
S
ros,
se f
esp.
Méj
reo
sim
Ate
de
dra
vin
to—
rub
Pac
Iba
Sar
sal
Ve
jac
en
ma
sus
tril
ba
nac
pre

El Toreo en América

por CLARITO



DESDE que la fiesta de toros toma el perfil — artístico e industrial — de gran espectáculo y pasa el Océano, rumbo a los países de nuestra habla

y de nuestra sangre, el nuevo mundo torero de América se mira y adereza en el espejo del mundo torero español.

Al principio, sus temporadas se organizan con la flor y nata de las nuestras. Los toreros—y los toros—que aquí están de moda, embarcan para ponerse de moda allí. Es a lo largo del siglo XIX. Son, principalmente, los buenos años de La Habana, en donde Cúchares muere del vómito, y de Montevideo, que acoge, con alborozo, la presentación del aristocrático don Luis.

Pero, cuando la fiesta, que revolotea allende el mar, de plaza en plaza y de Estado en Estado, se ahuyenta de una —de Cuba, de Montevideo y, más adelante, del Ecuador—, y arraiga y toma carta de naturaleza en otras—en Perú, en Venezuela, en Colombia y, sobre todo, en Méjico—, no por eso se entibia la influencia española, que pervive poderosa, y aun se acrecienta.

Si es al respecto de los toros, las ganaderías indígenas se forman con casta de la casta española más en boga. Las de Méjico—sede principal del toreo americano—tienen todas simiente andaluza. Así, la de Atenco (la primera), nutrida de Pablo Romero. La de Piedras Negras—tan famosa, que vino, hace años, a un concurso—, mezcla de Miura y Murube. La de San Diego de los Padres, cruzada de Saltillo e Ibarra. Las de la Laguna y San Mateo, de «purita sangre saltilla».

Lo mismo que casi todas las demás; lo mismo que las principales de Venezuela y Perú... Y si es en orden a los toreros, no se tome a hipérbole ni a jactancia—porque a ellos les consta—si afirmamos que cuantos nacen al arte en aquel Continente son bien poca cosa, en su carrera, mientras no se confirman en el podio español; mientras, al menos, no se prueba y contienden en sus ruedos con los diestros de España.

Queda dicho con esto que, técnica y artísticamente, el toreo americano es tributario del toreo español. Y que para dar una idea del toreo en América, basta con pasar revista a los valores de España y añadirles un nombre—uno nada más en cada generación—del torero que Méjico, precisamente Méjico, haya preparado para competir. En el primer período de este siglo, fué Rodolfo Gaona,



La alternativa de Rodolfo Gaona, de manos de Ricardo Torres (Bombita), en la plaza de toros de Vista Alegre, en mayo de 1908

na. El mejor, sin disputa, de aquel país. El de más larga y dura batalla, por haber competido con *Bomba* y *Machaco*, con *Joselito* y *Belmonte*, y hasta con *Chicuelo*, *Marcial* y *Sánchez Mejías*; por haber abarcado tres tan distintas épocas de toreros y... de toros. Luego, aparece *Armillita-chico*. Quizá más largo o más hábil; pero de menor rango, de más pobre tono, de poca o ninguna personalidad. Y ahora...

Pues éste es el caso, que ahora las circunstancias mundiales han abierto un paréntesis y no tenemos noticia cierta de cuál sea el actual «fenómeno» de allí. Ni siquiera de sí, en esta actualidad, ningún tal «fenómeno» existe. Ciertamente a nuestros empresarios se les alegraron, poco ha, las pajarillas, ante la perspectiva de una reincorporación mejicana al mercado taurino español. Pero no porque estén al tanto de la ruta artística en la enorme plaza de «El Toreo»—la mayor del mundo—, sino porque, de siempre, lo están a propósito del *dumping* que aquellos artistas establecen para refrendar, a poco precio, su categoría en las plazas importantes de España y buscarle, después, su remuneración cuantiosa en la plaza importantísima de su país. La vuelta de los artistas mejicanos, que el restablecimiento de la normalidad traerá un día, para bien de entrambos mercados, no les interesaba a nuestras empresas por el mayor o menor número de novedades, ni por su menor o mayor envergadura artística, sino por descargar sus presupuestos, que, luego, no descargan al público y más bien lo recargan de año en año, toree quien toree, como ha podido verse en Valencia, en Madrid y no digamos si en la feria de Sevilla.

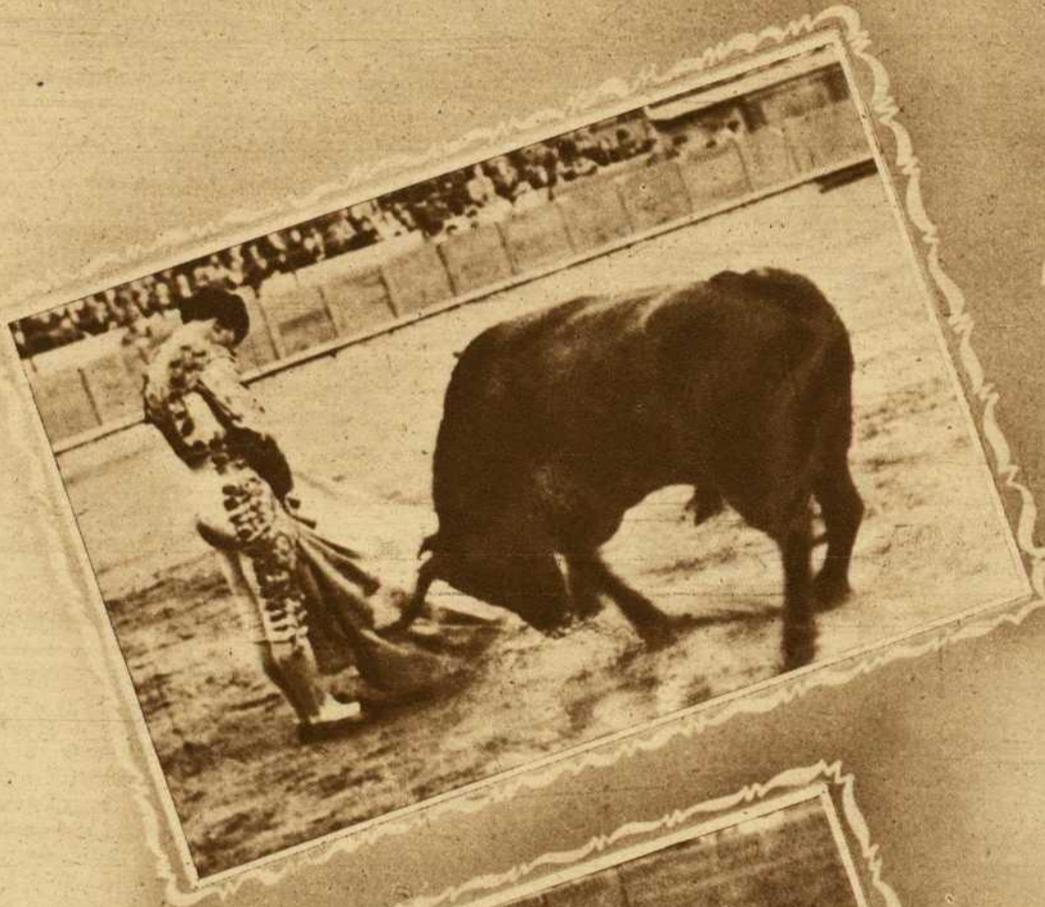
Raquílicas en número las temporadas de Venezuela y Colombia, muerta la de

Lima y en suspenso el intercambio con Méjico, habrá que esperar mejor sazón para un más amplio y documentado comentario del toreo en América.

Cuando las vías del mundo se abran de par en par y la serenidad espiritual le dé su claro ambiente a esta fiesta, que ya tiene bastante pasión con sus pasiones de fiesta de ágora, al aire libre, recuperarán los toros su fuste en aquellas tierras de nuestra sangre y del habla misma nuestra. Y entonces, como al principio, y como más luego, el toreo de América seguirá emperejilándose en el tradicional espejo, sus toros refrescando la casta con las castas que les dieron el ser, y el arte—norma y maneras estéticas—de sus artistas impregnándose en la clásica solera del lar de esta vieja madre...

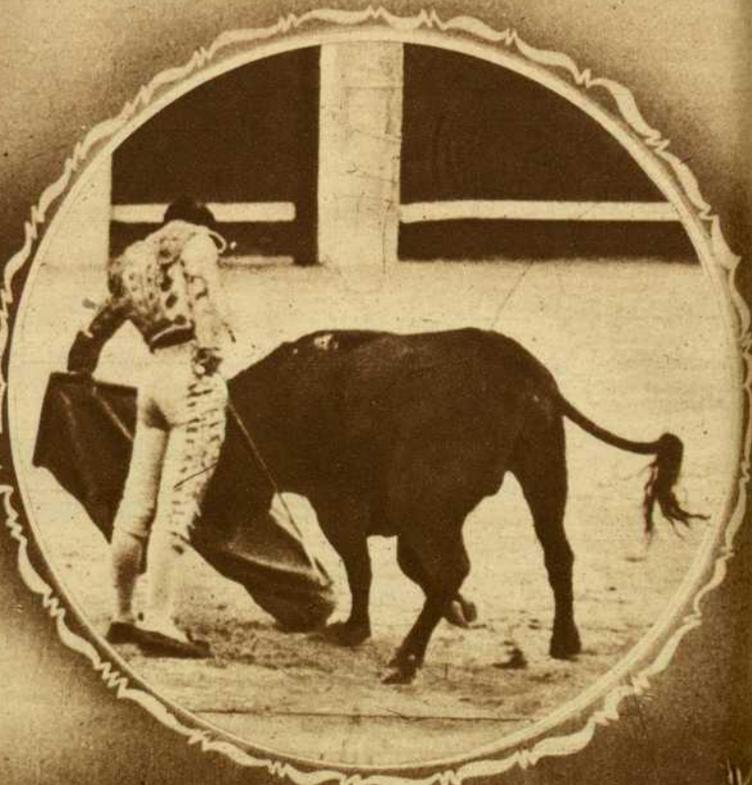
La afición exige...

Pero ANGELETE es un torero de cuerpo entero



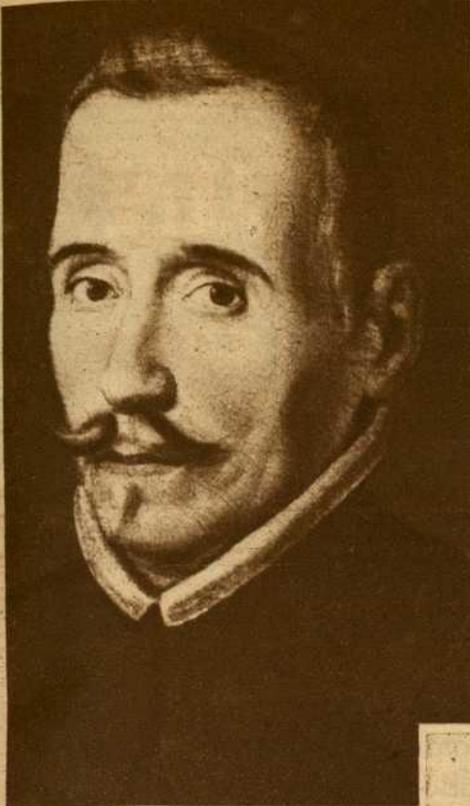
Para hablar de ANGELETE hace falta decir que la fiesta taurina tiene, además de la seca emoción de los «oles», la gracia ruidosa que provoca la agilidad de una elegancia que domina en la suavidad y justeza de todas las suertes del toreo. Esa gracia que, más que pasión, es la pausa de una curiosidad para ver hasta dónde llega la ciencia y el arte del torero.

ANGELETE, primerísima figura hoy, es el amo de tal «secreto», que con belleza, dominio y serenidad descubre lo que hay de «verdad» en sus maravillosas faenas que le han hecho predilecto entre los demás. De ANGELETE, decisión y temple, valentía y majestuosidad, se espera lo que siempre ofrece sin titubeos: corazón y dominio.



LA FIESTA DE TOROS EN EL TEATRO

por MANUEL DIEZ CRESPO



En la burgalesa de Lerma, en la competencia en los nobles, como en el "Peribáñez" y los Vargas de Castilla, de Lope de Vega, se hacen referencias a las fiestas de los toros



Es increíble que en el teatro español no exista una obra propiamente taurina. Siendo la fiesta de toros única y exclusivamente española y teniendo raíces tan populares en el sentimiento popular, resulta inconcebible que no haya existido el autor que llevase con acierto el reflejo de este maravilloso espectáculo.

En realidad, la fiesta de toros, aparte el suceso, que propiamente en el ruedo tiene su ambiente especialísimo, los artistas y las personas que rodean a éstos están dotados de una psicología particularísima, lo cual supone una riqueza extraordinaria para el teatro. Debe de ser difícil transportar estos elementos de ambiente y sus reflejos especiales a la escena. Lo cierto es que, aunque a lo largo de nuestra literatura no han faltado obras en las que se hagan referencias taurinas, sólo quedan éstas como paisajes accesorios, como mera referencia al ambiente de la lidia. Y si en lo moderno hay alguna obra que tenga como base el ambiente torero, sólo tiene, desde el punto de vista de exactitud y de calidad literaria, un interés secundario.

Hay un folleto titulado "Pan y Toros", atribuido a Jovellanos y editado en 1796, que es una apología del estado floreciente del reinado de Carlos IV, y en el que se hace análisis de la fiesta de toros. En este folleto hay un párrafo de mucha significación para lo que tratamos: "Si los cultos griegos—dice—inventaron la tragedia para juzgar el ánimo por el terror y el miedo, los cultos españoles han inventado la fiesta de toros, en que ven de hecho, aun más terribles, lo que allí se representaban en fingido..." Exagerada la tesis, por lo que tiene, sobre todo, de comparación con los cultos, sí tiene una sabrosa expresión para asegurar nuestras anteriores afirmaciones. Es cierto que la fiesta taurina tiene un sentido de maravilloso arte, y en él se reflejadas al pueblo en español la mayor parte de sus reacciones y sentimientos. El torero, en lo que tiene, además, de dominio, de fortaleza, de técnica, de madurez, de conocimiento para asegurar sus mil complejidades, es una danza arriesgada ante lo inesperado. Y por esto se le ha llamado danza de la muerte, y como tal, en su arriesgada y dulce tragedia, ha sabido crear-se en torno toda esa serie de multicolores adormos llamados con acierto riguroso "suertes".

Y de raíz tan profundamente española, la fiesta de toros, "suerte y muerte", ¿cómo no ha nacido para la acción dramática la obra que lleve su filosofía, su arte y su revuelto?...

Aunque no existe la obra, si existen, como hemos indicado, muchas en nuestro mejor teatro, en las que se hace referencia a la fiesta y a sus suertes.

La primera obra española, en el orden del tiempo, es "La Orestina". En esta obra hay varios pasajes alusivos al toro y las maneras de burlarlo con pericia. De aquí pasamos al teatro de Lope de Vega, en el que hay acto inconfundible de presencia. Así en "La burgalesa, de Lerma" y en "La competencia en los nobles"; en estas obras se hacen relaciones de la fiesta de toros, así como en el "Peribáñez" y en "Los Vargas de Castilla". Es curioso observar que en "La competencia en los nobles" hay en el consejo del padre al hijo una de las mejores reglas para torrear que existen en la literatura taurina.

En el teatro de Tirso de Molina hay tres comedias—la trilogía de Gonzalo Pizarro—en las que se habla de toros con frecuencia. Son éstas: "Todo es dar en una cosa", "Amazonas en la India" y "La lealtad contra la envidia". En la primera jornada de esta última, que ocurre en Medina del Campo, y entre el tumulto de una fiesta de toros, existe una bellísima descripción poética de la fiesta.

En Juan Ruiz de Alarcón, en su comedia "Todo es ventura", hay una maravillosa descripción en octavas reales. Y en Calderón de la Barca tenemos, en "Guárdate del agua mansa", relaciones taurinas ajenas a la trama de la comedia, sobre todo en la jornada segunda.

En obras menores del Siglo de Oro existen numerosas piezas en

las que hay pasajes y alusiones a toros y toreros. Hay, por ejemplo, un entremés de Quevedo, "El zurdo alanceador"; un entremés de Calderón, "El torreador", y un baile de Quifones de Benavente, así como una picecilla de Lope, "Al pasar del arroyo".

En el siglo XVIII la penuria es mayor. La influencia francesa neoclásica hace que estas reminiscencias populares españolas se alejen de la poesía dramática. Tenemos, no obstante, a don Ramón de la Cruz en "La fiesta de novillos", pintura animada de una fiesta en Leganes, y a don Juan González del Castillo en "El aprendiz de torero, o El día de toros en Cádiz". Lo que sí abundan en estos años son las tonadillas y jácaras, todas ellas representadas, en las que los toros aparecen con gracia y sentido populares.

En el siglo XIX, con ser éste, sobre todo al final, el de mayor aliciente para el teatro de este tipo, tampoco existió la obra de verdadero empeño propiamente taurina. Eusebio Blasco escribe y representa "Juan León"; Julián Romea, "El padrino del nene, o todo por el arte"; "Caramelo", de Chueca; "Pan y Toros" y "El barberillo de Lavapiés", de Barbieri, y tras esto, numerosas composiciones del género chico, que caen ya dentro de nuestro siglo.

Los hermanos Álvarez Quintero, con ser su teatro puramente andaluz, no tiene un eco taurino digno de ser anotado. Algunas pinceladas en alguna comedia o sainete, y nada más fundamental: "Palmas y pitos", por ejemplo; don Jacinto Benavente, en "La gobernadora", sitúa el acto final de la obra en el palco de una Plaza de Toros.

Federico Oliver estrenó en 1914 "Los sarnidotes", obra metamente taurina, y Antonio Quintero, con "Sol y Sombra" y "Juan Puerto", sitúa ambas comedias alrededor de figuras del arte de torrear, así como pinta el ambiente que rodea a los diestros.

Los toros, en el teatro, no han tenido la suerte de sus bellas y difíciles "suertes", valga el juego de palabras. Mayor riqueza tiene la poesía, y la misma novela; la pintura y la música, y la misma Historia y el primer erudito del aficionado. Citemos a José María de Cossío como historiador, antologista y creador de una visión total de la fiesta, y a José María Gutiérrez-Balasteros, conde de Colombl, como primer recopilador de valiosos recuerdos.

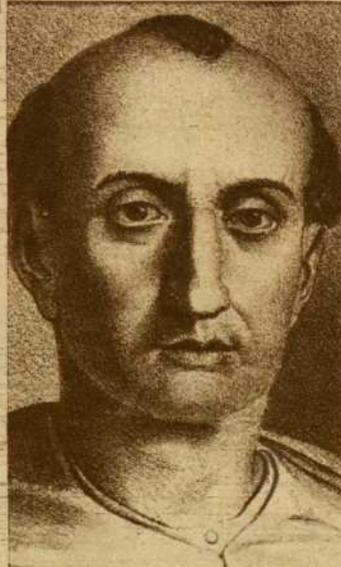


Juan Ruiz de Alarcón, en su comedia "Todo es ventura", hace una maravillosa descripción en octavas reales de la fiesta de toros



Siglo XVIII. La influencia francesa hace que lo popular español se aleje de la poesía dramática. Sin embargo, don Ramón de la Cruz, en "La fiesta de novillos", realiza una animada descripción de una fiesta de toros en Leganes

En el teatro de Tirso de Molina hay tres comedias en las que se habla de toros con frecuencia; son éstas: "Todo es dar en una cosa", "Amazonas en la India" y "La lealtad contra envidia"



BIBLIOGRAFIA

de las obras teatrales sobre asuntos taurinos

Los toros del Puerto, zarzuela en un acto y en verso, de Francisco Sánchez del Arco, 1847.

Una tarde de toros, zarzuela original de don Juan de Alba, 1848.

En las astas del toro!, zarzuela en un acto y en verso, letra de Carlos Frontaura y música de Gaztambide, 1862.

Pan y Toros, zarzuela en tres actos y en verso, letra de José Picón y música de Barbieri, 1864.

La vuelta de los toros, juguete cómico-lírico en un acto, de Manuel Jugar, música de Isidoro Hernández, 1867.

Pepe Hillo, zarzuela en cuatro actos, en verso, letra de Ricardo Puente y Brafias y música de Cereceda, 1870.

El tío Mengues, o El toro bipedo, zarzuela en un acto, en verso y prosa, letra de Angel Segovia y música de Scarlatti, 1871.

Ensayo del Pepe-Hillo, monomanía cómico-lírica taurómica en un acto y en verso, de Gabriel Sánchez de Castilla, 1871.

¡A los toros!, revista en dos actos y en verso, letra de Ricardo de la Vega y música de Chueca y Valverde, 1877.

Torrear por lo fino, zarzuela en un acto, letra de Francisco Macarro y música de Isidoro Hernández, 1881.

Fiesta Nacional, acontecimiento futuro, humorístico cómico-lírico, verso y prosa, de Tomás Luceño y Javier de Burgos y música de Chueca y Valverde, 1882.

Novillos en Polvoranca, o Las hijas de Pace Terreno, sainete cómico-lírico, letra de Ricardo de la Vega y música de Barbieri.

El arte del toro, revista cómico-taurina, letra de Ricardo Monasterio y Julián García Parra y música de Nieto.

Política y Tauromaquia, sainete lírico, de Javier de Burgos y música de Angel Rubio y Calsimiro Espino, 1883.

Mazmantán, bosquejo cómico-lírico en un acto y en verso, de Tomás Infante Palacios y música de Isidoro Hernández, 1884.

Los matadores, programa político-taurino en un acto, letra de Eloy P. Buxó y José Jackson Veyan y música de Angel Rubio, 1884.

Caramelo, juguete cómico-lírico en un acto y cinco cuartos y en verso, letra de Javier de Burgos y música de Chueca y Valverde, 1884.

Toros en París, guasa lírica en un acto, letra de Calixto Navarro y música de Angel Rubio, 1884.

Fiesta torera, juguete cómico-lírico en un acto y en verso, letra de Eduardo Jackson Cortés y música de Rubio, 1884.

Verónica y volapié, juguete lírico en un acto y en verso, de Pedro Escamilla y José Beltrán, música del maestro Tomás Reig, 1885.

Toros de puntas, alcaldada cómico-lírica en un acto, letra de Eduardo Jackson Cortés y José Jackson Veyan, música de Isidoro Hernández, 1885.

Toros en Vallecas, propósito cómico-lírico-taurino en un acto, de Santiago Gascón y Julián García Parra, música del maestro Hernández, 1886.

Toros embolados, sainete lírico en un acto, libro de Eduardo y José Jackson y música de Nieto, 1886.

Curro Achares, juguete lírico en un acto, de Calixto Navarro y José Beltrán y música de Angel Rubio, 1886.

Un torero de gracia, juguete cómico-lírico en un acto, letra de los señores Jackson y música de Rubio y Espino, 1887.

La primera de abono, sainete lírico en un acto, letra de Santiago Gascón y José Caldeiro y música de Blázquez y Sánchez Jiménez, 1887.

El hambre hace toreros, sainete cómico-lírico-dramático-taurino, de Aurelio de Llamas y música de Adolfo del Rey, 1888.

Las toreras, sainete lírico-taurómico-flamenco-bailable, en prosa y verso, de Manuel Cuartero, música de Tomás Reig, 1888.

Los arrastraos, sainete lírico en verso, letra de José Jackson Veyan y José López Silva y música de Chueca, 1889.

¡Eh, a la plaza!, revista en un acto, letra de Mariano Pina y Domínguez y música de Angel Rubio, 1891.

Caballeros en Plaza, pasillo cómico-lírico en un acto y en prosa, letra de Fisoero Iralzo y música de Jerónimo Giménez.

Las señoritas toreras, extravagancia taurómica; letra de M. Figuerola Aldrofé y música de Vicente Lleó, 1895.

El Tentazo, bosquejo lírico-dramático de Antonio Sánchez Jurado y Francisco Palomares, música de los maestros Molina y Del Pozo.

(Continúa en la página 97.)



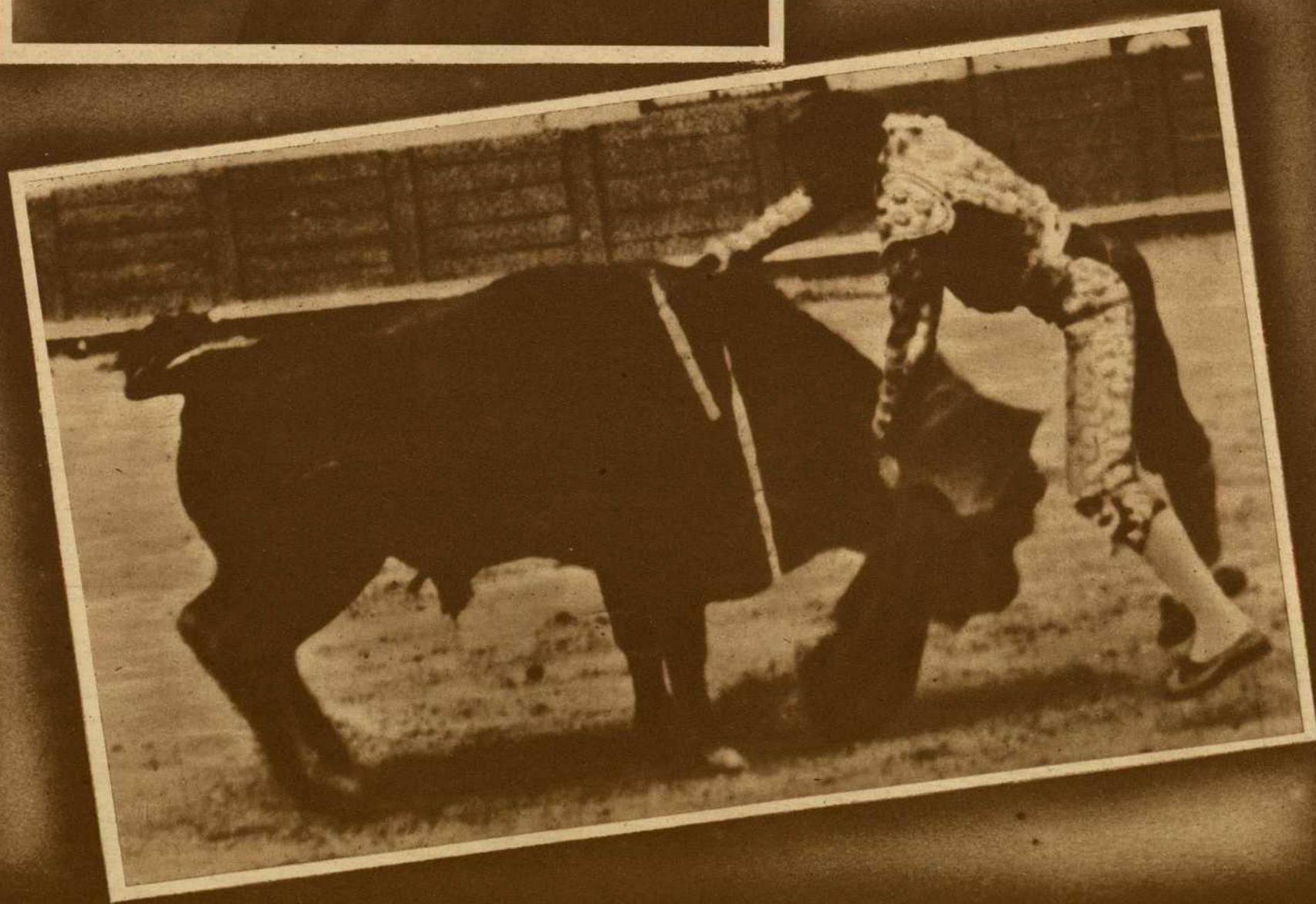
Domingo Gonzalez

DOMINGUIN

el "AS" de espadas

DOMINGUIN, el mayor, ha venido al toreo para acabar con un tópico: aquel, según el cual, cuando un torero se destacaba en la suerte de matar, lo hacía con menoscabo y abandono del arte en el manejo del capote y la muleta.

Y en el gran artista madrileño se han fundido, por primera vez en la moderna época del toreo, el arte y la emoción cuando torea de capa o cuando maneja la flámula, con el dominio perfecto de la estocada, que alcanza en esta figura sus mejores características de maestría y de exaltación.





NO sería difícil llenar páginas con facilidad aludiendo o considerando los ritos primitivos, españoles o que entre españoles se usaron, en los que el toro tiene alguna parte, y que corresponden a la prehistoria del trato del hombre con el toro. Este aspecto religioso del toreo, en el que la arqueología aún no ha dicho su última palabra, importaría poco al aficionado usual de hoy. Asimismo, no sería arduo escribir otras tantas páginas con deducciones de la necesidad de disponer del toro para el trabajo

o la alimentación, aplicadas a una suerte de primitiva lidia. Quiero, en este apunte sobre los orígenes de nuestra fiesta, dejar tales cuestiones a un lado y hablar tan sólo de aquellos sucesos, históricamente comprobados, que pueden considerarse como los primitivos entre los que conocemos de la lidia de los toros entre españoles.

Creo que las menciones más antiguas de fiestas de toros, en el sentido en que hoy consideramos este concepto, se encuentran en la primera *Crónica General*, de don Alfonso X, *el Sabio* (1256); y es significativo como indicio, pues no me atrevo a tomarlo como prueba plena, que al proscribirse en ella los viejos cantares de gesta se mencionen fiestas de toros que celebran las ocasiones de sucesos faustos, en tanto que en las redacciones de esos cantares que poseemos (siglo XII) no se alude a tal especie de regocijo. Pienso que entre los años que transcurren entre una y otra redacción hubo de verificarse la divulgación de las fiestas de toros, o, al menos, adquirir mayor auge.

Elas debían tener un doble carácter, que, con las va-

De los orígenes de las fiestas de TOROS

Por JOSE M. DE COSSIO

riaciones naturales de los tiempos, se acusa hasta ciertos días. En los pasajes aludidos en la *Crónica General* se corren los toros como espectáculo. En fiestas narradas en el *Poema*, de Fernán González (siglo XIII), se advierte que "corrían los toros los monteros". Esta indicación parece mejor referirse a deporte de campo a caballo que a las fiestas de plazas y calles ciudadanas que aún perduran en nuestras corridas y capeas.

Otras formas de diversiones con toros, tales como su lucha con otras fieras, podían tener relación con las fiestas *ferales* del circo romano, sin duda conocidas en España, y con las *venationes*, asimismo de carácter circense. Con todo, la forma y rito de los festejos españo-

les eran muy distintos. Pese a la existencia y ejemplo de los circos romanos, no se destina a la fiesta lugar adecuado, y se celebran en las plazas públicas y en las calles, o, a lo más, en estacadas, cuya disposición hace concebir la idea de que no se tuvieron en cuenta los antecedentes citados, con sus arenas y sus dependencias.

En escritos posteriores hay constantes testimonios de la celebración de fiestas taurinas; pero conviene deshacer un prejuicio que ha tenido gran influencia en ciertos modos y características taurinas, comenzando por la arquitectura de tantas Plazas modernas: el prejuicio del origen árabe de la fiesta. Ni un solo texto árabe las menciona. Tal idea se debió a la poesía mística, que empieza a tener gran boga en el siglo XVI, especialmente con el delicioso libro de Ginés Pérez de Hita *Guerras civiles de Granada*, en el que se hace por primera vez a los moros protagonistas de proezas taurinas al narrar fiestas imaginarias en la decadente Granada.

La más antigua suerte del torear a caballo creo que fué el alanceamiento. Tal boga tuvo este deporte en el siglo XVI, que el propio emperador alancea un toro en Valladolid, en las fiestas por el nacimiento de su hijo, el futuro Felipe II, según testimonio de su cronista, Fray Prudencio de Sandoval. Esta suerte necesitaba, como todas las de a caballo, algún diestro auxiliar de a pie, que solía ser algún paje del caballero, prevenido al reparo de cualquier accidente. Mas en pleno siglo XVI comienza a ganar terreno otra manera más movida y alegre de torear a caballo: el rejoneo. Determina esta evolución el cambio de estilo en la equitación, que desemboca en la adopción de la montía a la jineta, con estribos cortos y ayudas de las rodillas, que permitían revolver el caballo desenvueltamente y acortar o acelerar sus viajes con rapidez.

Jineta y cañás son contagio moro, había de decir Quevedo años más tarde; y, en efecto, tal montía parecía refúlia con la severa tradición castellana y había de hacer posibles los barrocos y suntuosos festejos ecuestres que llenan la historia de las fiestas del siglo XVII.

El advenimiento de la Casa de Borbón trae consigo grandes variaciones en la evolución de la fiesta. La falta de afición de Felipe V hace que la nobleza empiece a mostrar su desvío hacia los toros. Coincide este desvío de los nobles con un nuevo cambio en la moda de montar. La jineta es preferida y la escuela de equitación italiana prevalece. Ella se asemeja a la antigua manera castellana de la brida, es decir, con estribos largos y mando exclusivo en la boca. Con tal sistema no era posible el rejoneo; pero al no haber caballeros que volvieran por la antigua lanzada, toma su lugar un simulacro de ella: la suerte de detener y picar con vara. Son los primitivos varilargueros, generalmente, profesionales. Este suceso es definitivo para la orientación de la fiesta. Así como los varilargueros imitan la caballeresca lanzada, siendo, por lo general, hombres rudos y de campo, poco familiarizados con usos caballerescos, los auxiliares de a pie empiezan a cobrar importancia y sus funciones son cada vez más imprescindibles para la lidia. El socorro o quite, que los caballeros tenían por el incidente más noble para la lidia, se transfiere a estos auxiliares, que con sus capas lo practican y ha de venir a dar lugar al toreo de capa. El empeño de a pie, en el que el caballero mataba al toro en trances en que se consideraba desairado en su actuación a caballo, es imitado por los peones, que lo convierten, primero, con la capa, y posteriormente con la invención feliz de la muleta, en la suerte básica de la lidia, imposibilitados los varilargueros de dar muerte al toro. La sujeción de suertes va fijándose con lógica y coherencia; los peones ascienden en categoría; el torear anárquico se convierte en verdadera estrategia y quedan fijados los diversos tercios de la lidia, y así tiene lugar la formación del espectáculo de toros tal como hoy lo disfrutamos.

Cada una de las partes de este esquema requeriría una ampliación que no puedo hacer en este lugar. Pero las trazadas son las líneas esenciales del origen y evolución de las fiestas de toros tal como hoy se celebran, y creo que en ellas se percibe bien claramente lo coherente y lógico de la evolución del espectáculo, con esa lógica de la historia, que es la única aplicable y exigible en todas las manifestaciones vitales. Para ellas, la lógica dialéctica apenas tiene valor. Es la lógica histórica la que da sentido a los hechos actuales.

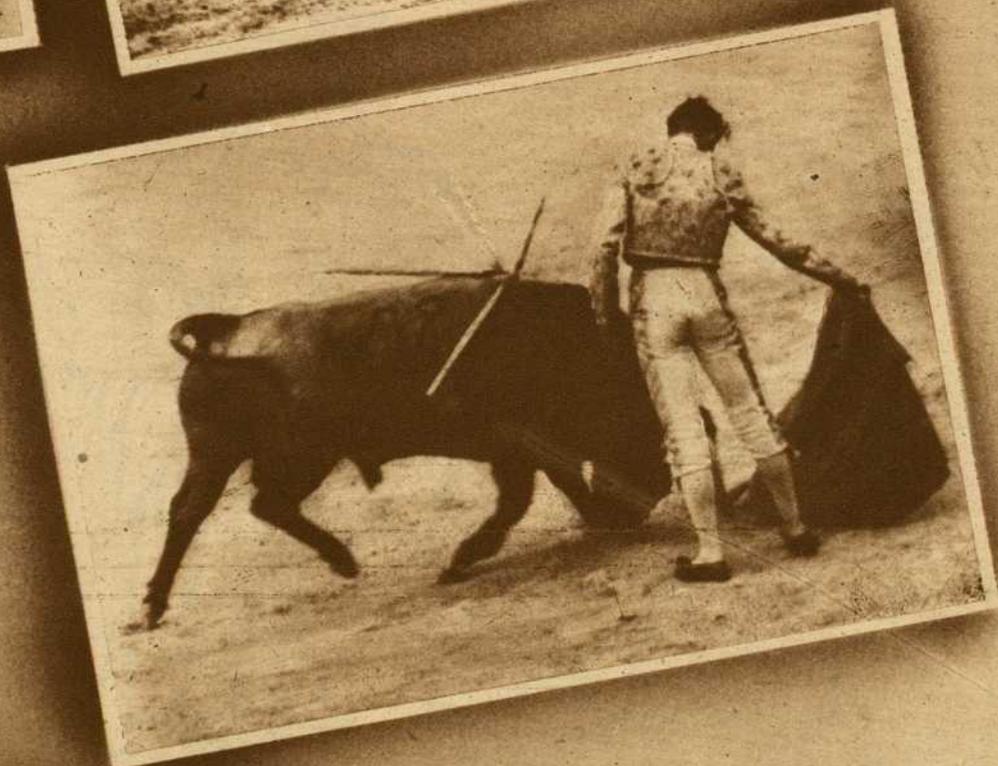
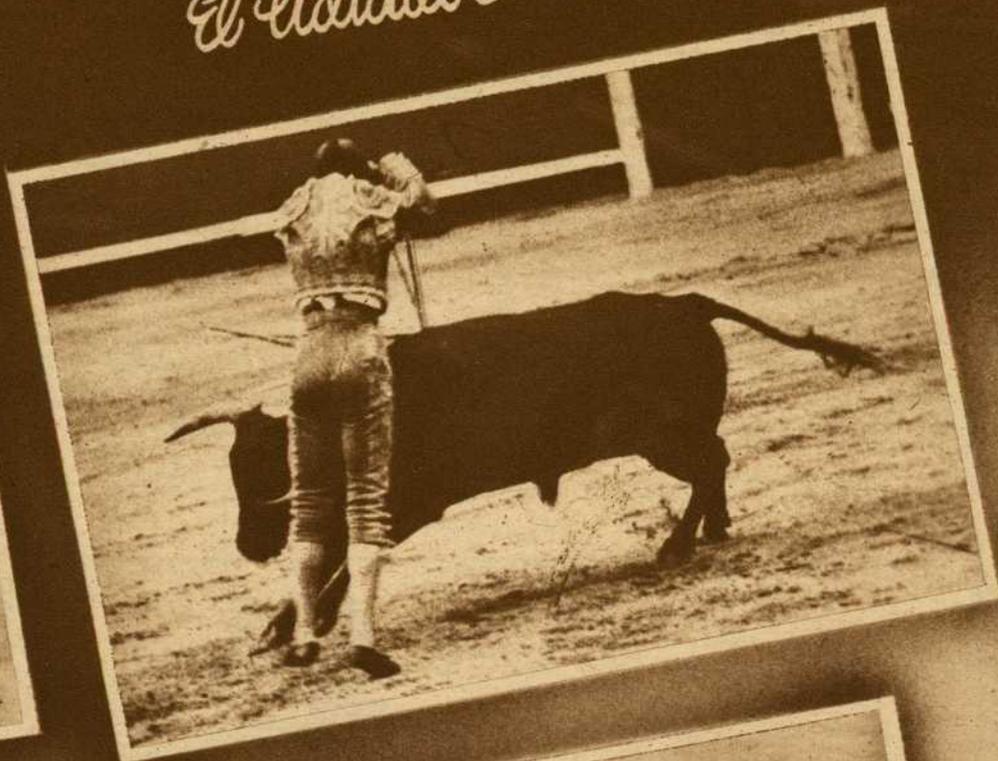
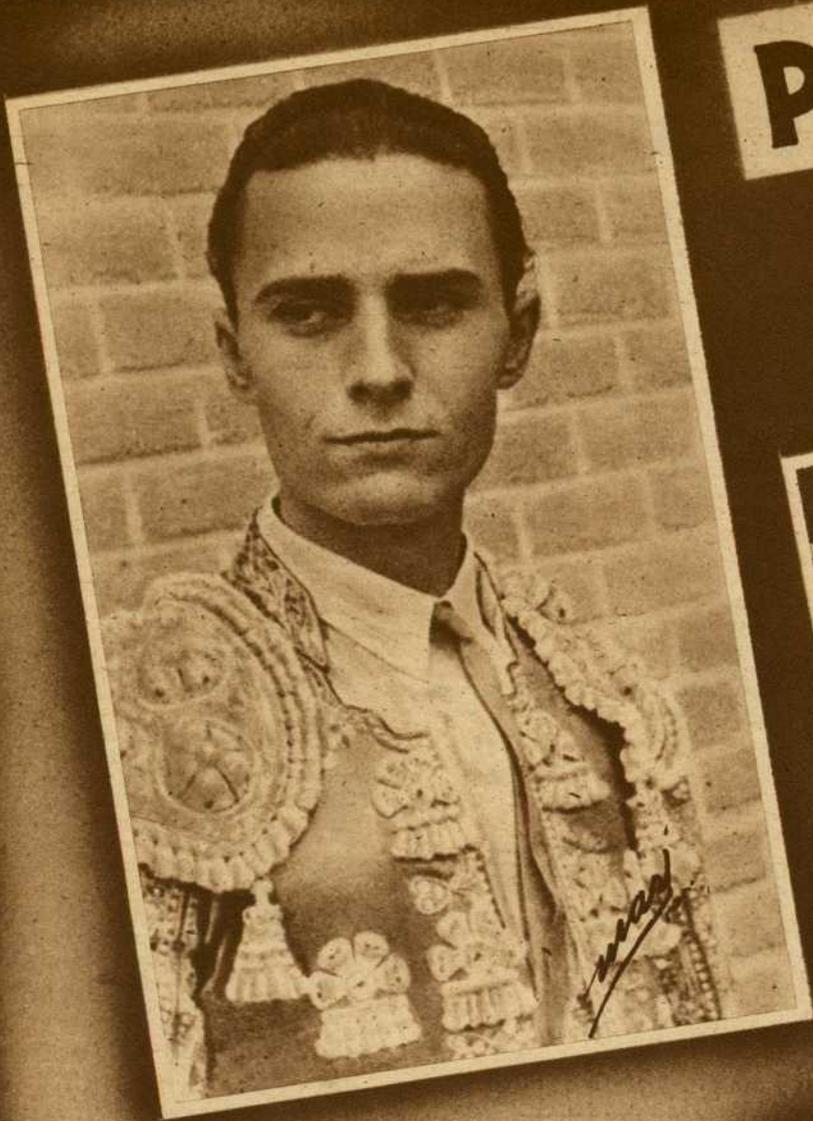


José Montes.—Primera espada de España.—José Bécquer, pintó.—Bayot, dibujó.—Lemeraer, imprimió.—

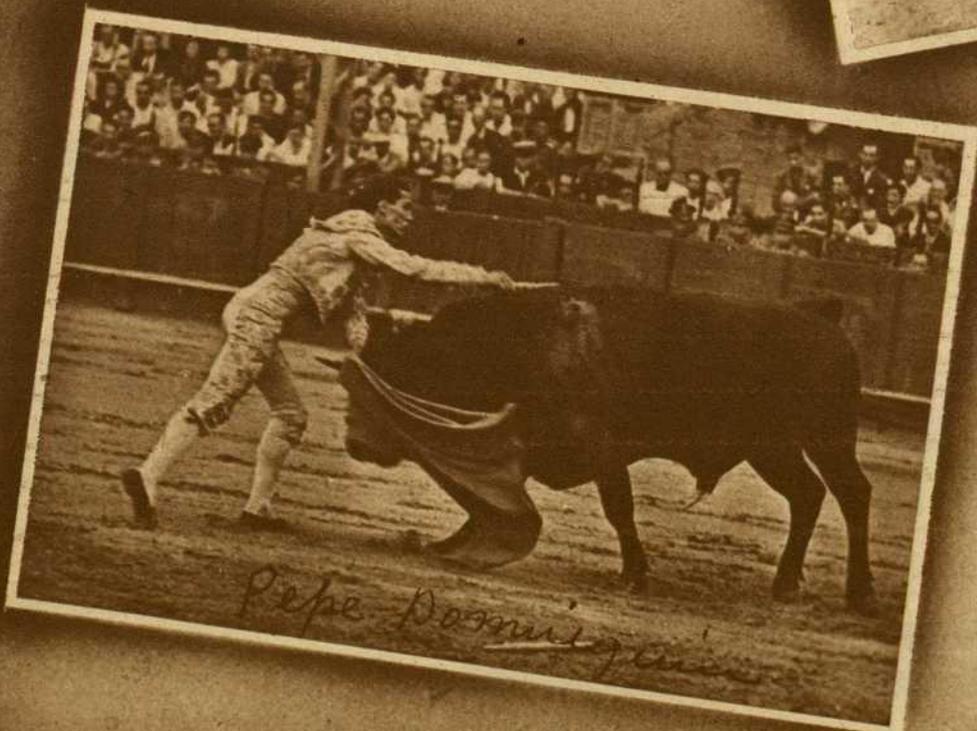
PEPE

DOMINGUIN

El lidiador más completo



Torero de Empresa y torero de público. He aquí dos condiciones que muy raramente coinciden en un torero. No las justifican ni las poseen más que los toreros anchos y largos, ungidos de personalidad como este Pepe DOMINGUIN, figura del toreo en el más encendido instante del celo que impulsa su afición; una afición que tiene por base su asombrosa seguridad en el completo dominio de los tres tercios de la lidia. Es torero de Empresa, porque el anuncio de su nombre agolpa la gente en las taquillas.



Y es torero de público, porque no hay clase ni estilo de toro del que no saque partido el arte de Pepe DOMINGUIN.

Y los artistas de este género, rarísimos en la historia del toreo y consagrados siempre por el fervor de la afición, son las más firmes garantías de la fiesta.

Alegre en la impresionante variedad de su repertorio de quites, imprime al segundo tercio una vistosidad y una emoción comparables únicamente a los que derrocha después en el manejo de la muleta, con la que ejecuta la faena adecuada a las condiciones de la res. Y, como luego sabe irse detrás de la espada con clase y estilo de gran matador de toros, no tiene nada de hiperbólico considerar a Pepe DOMINGUIN como figura del toreo, ni predecirle un primerísimo puesto entre los matadores de toros cuando tome esa alternativa que el público de España pide y espera.

LOS TOROS desde el TENDIDO

Por W. FERNANDEZ FLOREZ



TODOS aquellos que se preocupan un poco de estos asuntos saben que yo he lanzado algunas teorías originales acerca del toro. El que estas teorías no tengan más partidarios que yo mismo no quiere decir nada en contra de ellas. Parmentier tropezó, asimismo, con la incredulidad unánime cuando recomendó la gestión de esas patatas que hoy pagamos a elevadísimos precios. Mis enmiendas al toreo provienen de la convicción de que el toro, tal como se practica, es aburrido, monótono. Y la gente se obstina en decir que no. Más exactamente: dice que no antes de ir

a los toros, pero cuando está en la plaza no puede disimular su tedio. El defecto principal de la fiesta es que está demasiado lograda, demasiado reglamentada, cuidadosa y conseguida. El fanático del orden, el que va precisamente a ver cómo el toro recibe tres picas y tres pares de banderillas, y cómo, después, se deja engañar durante cierto tiempo por la muleta del matador y cómo rueda al serle introducida una espada "en todo lo alto", acaso obtenga con todo eso un goce que, por cierto, no le envidio—prefiero ver una partida de billar—; pero los que amamos la diversidad, la emoción, lo imprevisto, sólo nos sentimos levemente felices en esas corridas que los aficionados llaman "malas", en las que el toro corre tras los toreros, con cinco medios pares de rehiletos en las ancas.

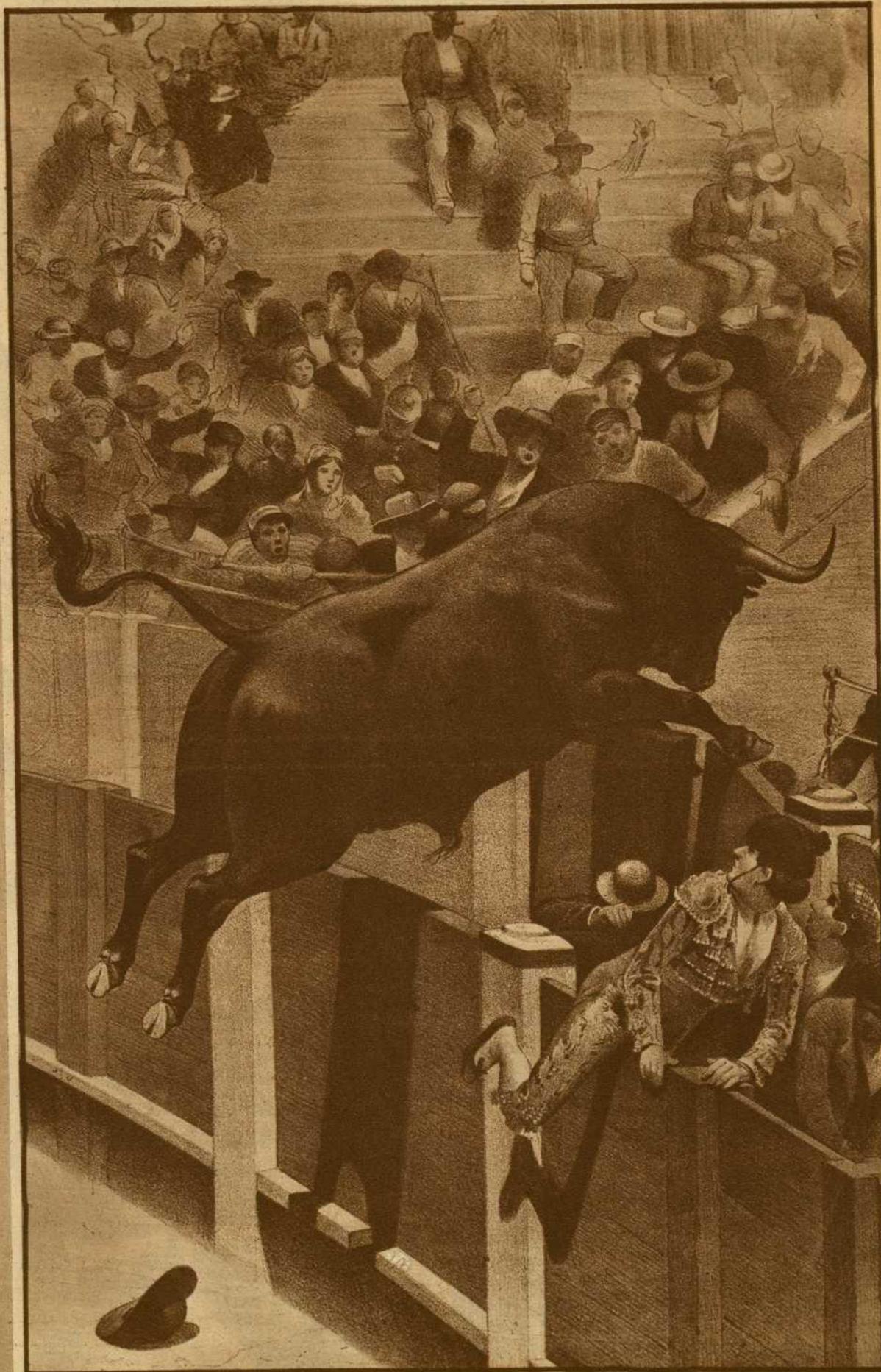
Mi criterio acerca de los deportes es que hay que practicarlos, no que verlos. Comprendo que un hombre toree, y sé que corre el riesgo de aburrirse el que ve torear. Esto lo intuyen también los aficionados, ya que todos se procuran otra ocupación para soportar las dos horas de lidia. En algunos lugares de Andalucía llevan a la plaza abundantes meriendas; en otros pueblos se contentan con la bota de vino y, en general, se reserva un puro para encenderlo antes de que salga el primer toro. Esto quiere decir que el espectáculo, por sí mismo, no basta. Soy incapaz de negar que el toreo carezca de interés en la arena; pero afirmo que, desde el tendido, pierdo mucho. Los toros parecen siempre pequeños; los picadores, perezosos; en cuanto a la labor de los espadas, se le antoja al público tan fácil y tan distinta a lo que debe ser, que todo el mundo se cree autorizado a gritarles consejos, como habrán notado ustedes. Hay dos realidades: una, la del ruedo; otra, la de los tendidos. De donde puede deducirse que el hombre de los tendidos no se entera exactamente, no se compenetra bien con lo que ocurre en el ruedo.

Por eso se aburre. Cuando el toro se defiende y revuelve y da muestras de poseer alguna inteligencia al esquivar a los banderilleros, al rehuir los picadores y al embestir al hombre en vez de la capa, el sujeto del tendido se irrita. Y cuando le clavan tres picas en su sitio, tres banderillas en su sitio y una espada en su sitio, no hay razón alguna de prorrumpir en carcajadas o de presentar cualquier síntoma de excesiva felicidad, porque la cosa, si bien se mira, no vale la pena. Más mérito tiene el jugador de "rana" que mete tres discos en la casilla de los mil tantos.

¿Cómo se puede suprimir el tedio del espectador de corridas? Sencillamente, haciéndole participar, aunque con mesura, en las inquietudes y los peligros del juego. Y esto no es difícil.

La experiencia es la madre de la sabiduría. Yo me he olvidado de todas las corridas que presencié—que no fueron muchas—, menos de aquella en que un toro saltó la barrera cerca de mí y estuvo a punto de pasar al tendido. Fué un momento glorioso. Los mismos que gritaban poco antes que aquella fiera no pasaba de ser un gato e insultaban a los diestros, que no se acercaban a ella, abandonaron sus bastones, sus sombreros y hasta sus cigarros puros, para trepar despavoridamente por la gradería. Los maridos abandonaban a sus mujeres; las mujeres, en su afán de zancajear peldaños, enseñaban las piernas a quienes no teníamos el menor derecho a contemplarlas; los mozos que vendían gaseosa y cerveza renunciaron a cobrar los pedidos; los aficionados empujaban a los aficionados, sin la menor solidaridad... Y la cabeza del toro, asomada a la contrabarrera, se nos revelaba espantosa e increíblemente igual en tamaño a la de un elefante. ¡Inolvidable emoción! Todos temíamos morir allí, o, al menos, esperábamos que fuese corneado algún pariente, algún amigo, algún vecino de asiento, para poder contarle en nuestra tertulia.

Cuando cinco o seis filántropos desconocidos se colgaron del rabo del toro y lo hicieron caer, nuestra agl-



tación, nuestro nervosismo, nuestros comentarios, llenaron de bullicio la plaza durante algún tiempo. Después, el incidente fué tema de nuestros más brillantes relatos.

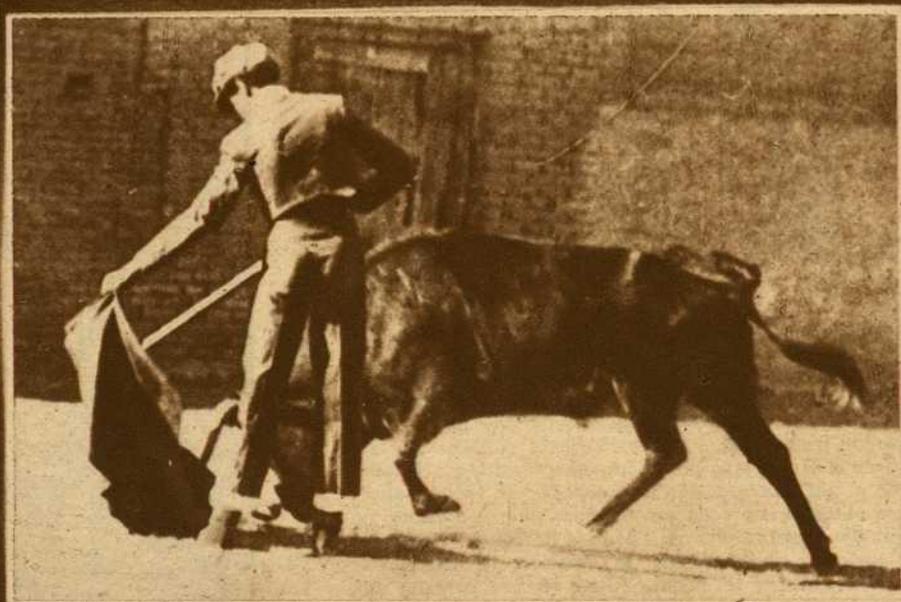
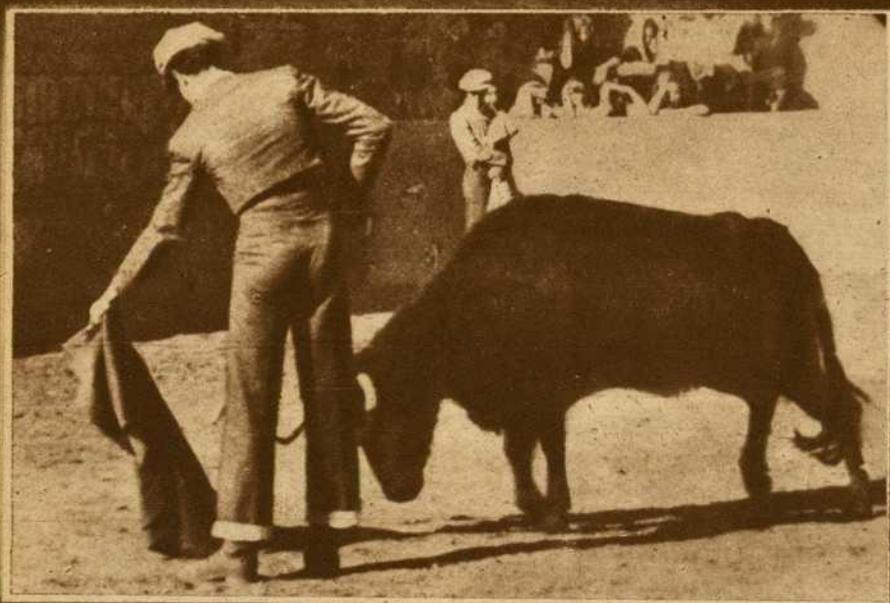
Pues bien; si se lograra que en cada corrida surgiese un toro por alguna parte de un tendido, todo iría perfectamente y la fiesta ganaría emoción, en medida que no puede ponderarse. El espectador dejaría de ser ese hombre que está del otro lado, y quizá se consiguiese

apreciar desde el tendido las verdaderas dimensiones del toro. Un cornúpeto que apareciese aquí o allá, en cualquier instante de la lidia, ora en el sol, ora en la sombra, ya en los palpos, ya en los tendidos, haría imposible que se aburriese ningún aficionado. Y el hombre del tendido se rehabilitaría. Y la fiesta, redondearía su carácter.

(Dibujo clásico de Peres)

*Maestría, estilo
y valor de*

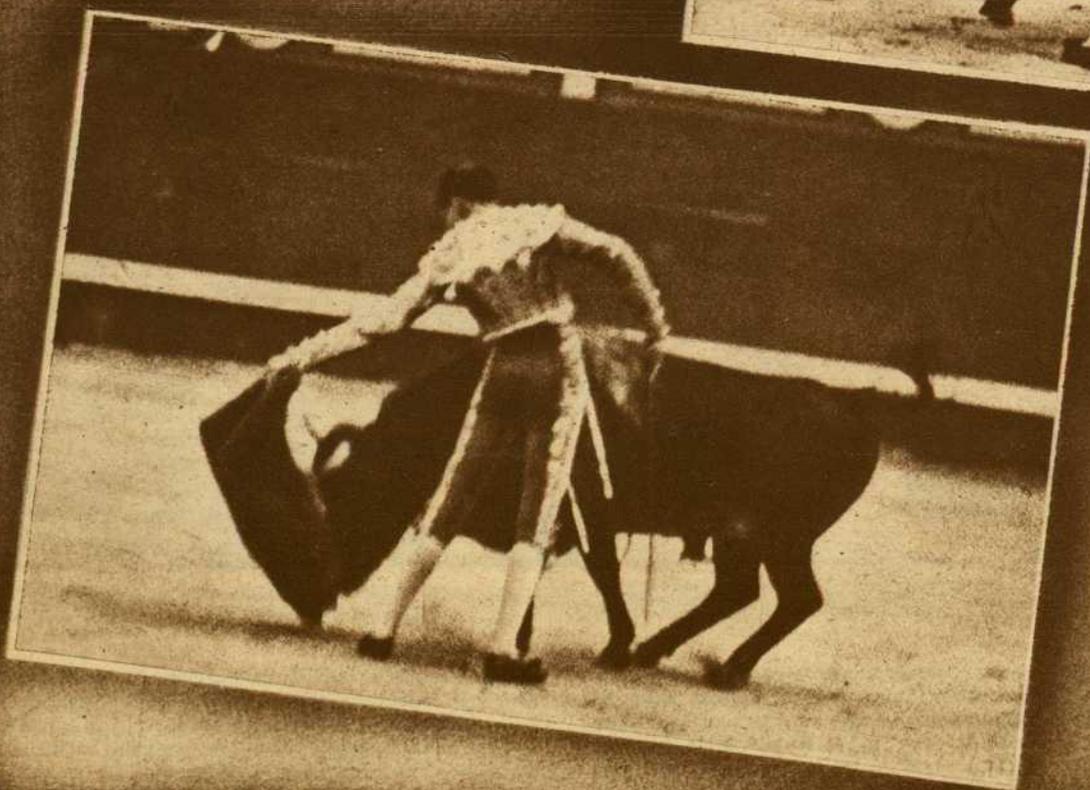
Luis MIGUEL



Sin la conjunción de esas tres condiciones básicas no puede llamarse nadie, en justicia, figura del toreo.

Y en las cuatro muestras del arte de Luis Miguel «Dominguín», que ofrecemos en esta página, puede advertirse con exactitud que el recio espíritu que da vida al cuerpo mimbrenño del asombroso artista posee la trinidad de calidades y cualidades precisas para considerarle como indiscutible figura del toreo.

El valor y el estilo quedan sobradamente probados en su ejecución del pase natural en el tentadero y en la plaza, ejecutado



con idéntico temple, con igual apostura y bien medida la distancia que separa del engaño a la res, ya embebida en él, y por ello obediente al dominio del artista.

Y en ese muletazo por bajo, bien cargada la suerte, pisando su terreno al enemigo para encelarlo, y castigarle, y vencerle, se destaca asimismo la maestría cierta del benjamín de los «Dominguines», consagrado como figura del toreo el día de su triunfal presentación en la Plaza de Madrid, donde le espera la afición con la avidez que esperó siempre a las grandes cumbres del toreo.



LOS TOROS EN LA POESIA DE ESPAÑA

Por **MANUEL MACHADO**

Si remontáramos—río arriba—el curso todo de nuestra Literatura, y especialmente de nuestra Poesía—épica, lírica, dramática—, llegaríamos, paralelamente, a los orígenes de nuestra fiesta taurina, si no fuera porque éstos se pierden en la acreditada moche de los tiempos y son, de muchos siglos anteriores a los primeros vagidos de nuestro romance castellano. Es decir, que mucho antes de que España fuera España... ya era torera.

Ya en monedas y cacharros ibero-romanos encontramos vestigios de la tauromaquia que los iberos ejercitaban como un deporte, al cual no nos atreveríamos aún a llamar nacional, pero sí popular, porque el concepto de nación no era todavía de este mundo y sólo, sí, el de pueblo o raza... Probablemente la tauromaquia ibera o celtíbera fué algo más que un deporte: tal vez un culto... Sea de ello lo que quiera, la afición a la lidia de reses bravas perduró aquí en la España romana (hasta cuando se dudó de si España sería romana o Roma española), en la España visigoda, en la árabe y en la cristiana desde el medievo hasta la fecha, con vicisitudes más o menos favorables, pero siempre pujante y valiente como cosa natural y congénita de nuestro suelo... y de nuestro cielo.

Paralelamente, nuestra Literatura de todos los tiempos—y en particular la Poesía—ha cantado y contado cosas taurinas. Y, dejando a un lado lo que pudiéramos llamar prehistoria de la fiesta en nuestras Letras, por no entrar en disquisiciones eruditas que requerirían hasta el conocimiento de lenguas sabias—como el latín y el árabe clásico—, consideraremos el asunto desde el punto en que el romance castellano, apenas separado del gallego y de los dialectos leoneses y portugués, produce sus primeros poemas. A los más finos golosos del tema remitiremos a la copiosa bibliografía existente sobre el particular, y, como ápice, resumen y dechado de toda ella, a la magnífica *Enciclopedia Taurina* que está publicando José María de Cossío, autor, además, del precioso libro *Los Toros en la Poesía Castellana*, donde más largo—y mejor—se contiene todo ello.

Con ánimo, pues, simplemente vulgarizador, y muy *grosso modo*, dividiremos las alusiones taurinas de nuestra Poesía en tres grandes etapas: comprendería la primera las Canciones de Gesta, la prosificación de los grandes poemas medievales (*Crónica del Cid*), poema de Fernán-González, *Cantigas del Rey Sabio*... A esto habría que añadir el elemento folklórico de canciones, coplas, estribillos, que han llegado «vivos» hasta nosotros y cuya altísima antigüedad es difícil establecer con exactitud, y, finalmente, los romances viejos del xv y xvi, sin que falten motivos taurinos en los albores del teatro (véase Lucas Fernández, Gil Vicente, etc.).

Falto de espacio para más, copio, como ejemplo de la poesía taurina primitiva, una estrofa de la CXLIV Cantiga de Alfonso X, en que un hombre, a punto de ser cornearado por un toro, es encomendado a Santa María:

*E en atal guisa o acorreu
que o touro logen terra cacu
e todo las quatro pees tendeu
assi como se quisese morrer...*

No creo necesario traducir. He aquí un toro que dobla «con las cuatro patas», como decimos hoy.

La segunda etapa de *Los Toros en la Poesía Española* va desde el siglo xvi hasta bien entrado el xviii.

El Renacimiento italiano no es nada favorable al tema—como, en general, no lo es tampoco a una temática netamente española—. Ni Garcilaso, ni Boscan, ni Herrera, ni sus seguidores y colegas de principios del xvi mientan los Toros. Sólo entre sus contemporáneos, Baltasar de Alcázar—¿cómo no?—canta y describe fiestas de toros por entonces... Pero desde mediados del siglo comienza el de oro para los poemas taurinos... El maravilloso Lope, el fino Góngora, el gran Quevedo... y la legión, con ellos, de ases de la lira y de la escena: Argensola, Esquilache, Medinilla, Ruiz de Alarcón, Mira de Amescua, Valdivielso, Vélez, Quiñones de Benavente, Bocángel, Zárate, Arguijo, Castillo Solórzano, Bances Candamo, Jerónimo de Porras, Ovando, Tafalla Negrete, la misma sor Juana Inés de la Cruz, el formidable Villamediana y muchos más y de los mejores que por abreviar no cito, todos tocaron el asunto, quiénes en pro, los más, quiénes en contra, pero todos con delectación y admirable competencia.

Vaya, para muestra de la poesía taurina de esa época, esta deliciosa décima de Góngora «a don Pedro de Cárdenas, por un caballo que le mató un toro»:

*Murió Frontalete y hallo
que el cuerno menos violento
le sacará sangre al viento
pues mató vuestro caballo.
Hipérbole es recelallo,
mas yo, don Pedro, recelo
(después que no pisa el suelo
vuestro Flegonte español)
que a los caballos del sol
matará el toro del cielo.*

Ya a mediados del siglo xviii la lidia taurina ha devenido casi del todo profesional. La fiesta «ha echado pie a tierra», además. Y aunque todavía los picadores vienen ocupando la cabecera del cartel, casi hasta ahora mismo—como reliquia del antiguo y nobiliario toreo a caballo—, son ya los matadores los jefes de las cuadrillas y los verdaderos protagonistas del festejo.

A los nombres, famosos, de Illo, Romero, Costillares, comprende una poesía de tipo pindárico—Píndaro neoclásico—en que se celebran sus hazañas, y otra de tono descriptivo de las corridas (si bien no faltan las invectivas y detracciones). Suenan aquí los nombres ilustres de don Nicolás Fernández de Moratín, Arriaza, Mor de Fuentes, Torres de Villarroel, Jovellanos, y más adelante, en el decurso del xix, los del duque de Frías, José María de Heredia, Maury, el duque de Rivas, Arolas, Zorrilla, Velarde, Palacio, Rueda...

He aquí, como ejemplo entre los del xviii, un trozo de la oda a Pedro Romero, de Moratín padre:

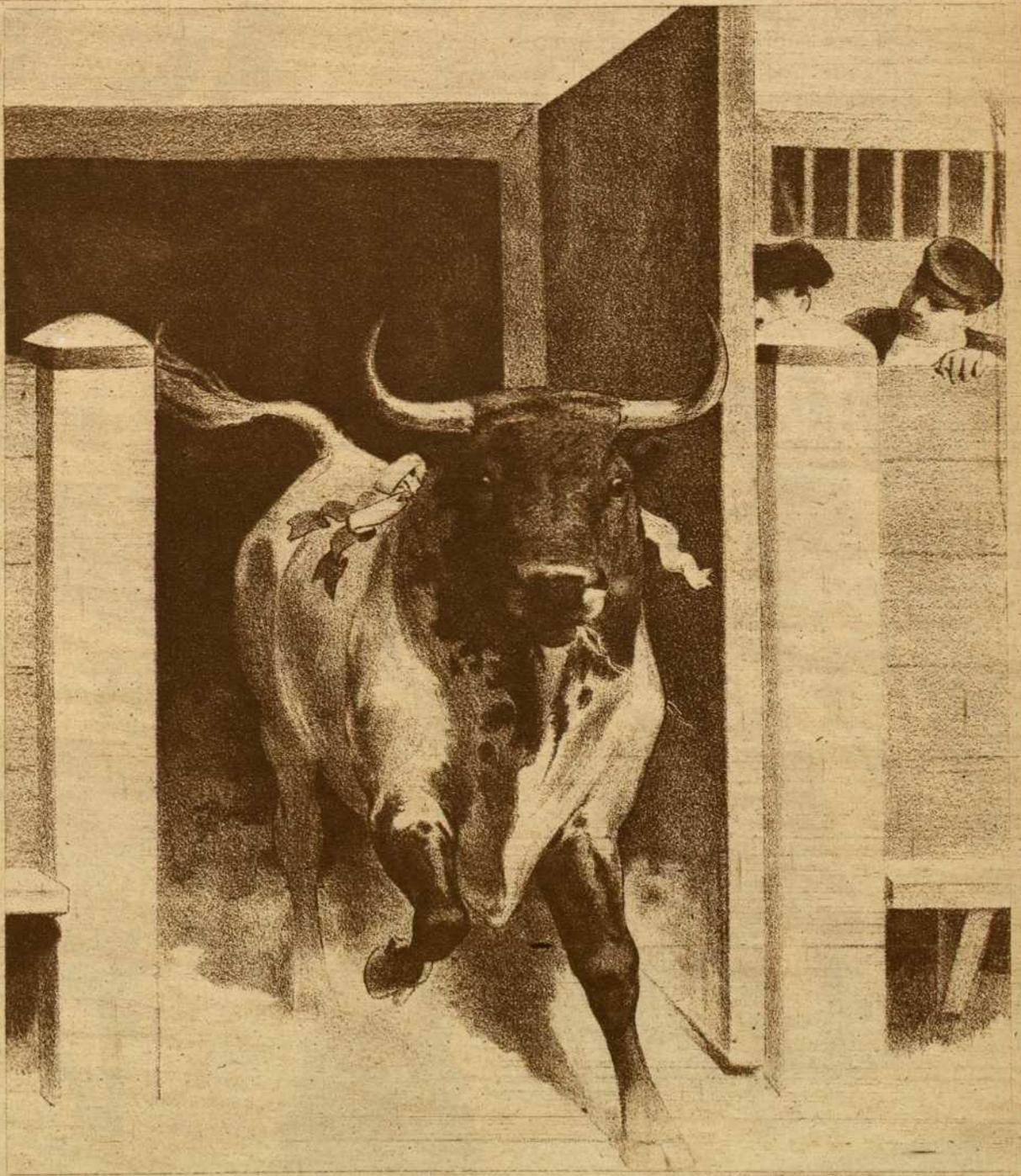
*La fiera...
a ti corre veloz, ardiendo en ira
y amenazando mira
el rojo velo al viento suspendido.*

*Da tremendo bramido...
hácese atrás, resopla, cabecea,
eriza la ancha frente,
la tierra escarba y larga cola ondea.*

Y llegamos a nuestros días... Y aquí no tengo más remedio que mentarme como el primero que cantó—o, mejor, dijo y pintó—la fiesta de Toros entre los poetas del 98. He aquí el comienzo de mi *Fiesta Nacional*, escrito en París en 1900—y traducido allí, antes de publicarse en España, por el gran poeta, gran «aficionado» Laurent Tailhade:

*Una nota de clarín,
desgarrada, penetrante,
rompe el aire con vibrante
puñalada.
Ronco toque de timbal,
salta el toro, en la arena,
bufa, ruge...
Roto cruje
un capote de percal.
Acomete rebramando,
arrollando
a caballo y caballero.
Da principio el primero,
espectáculo español:
la hermosa fiesta brava
de terror y de alegría
de este viejo pueblo fiero.
¡Oro, seda, sangre y sol!*

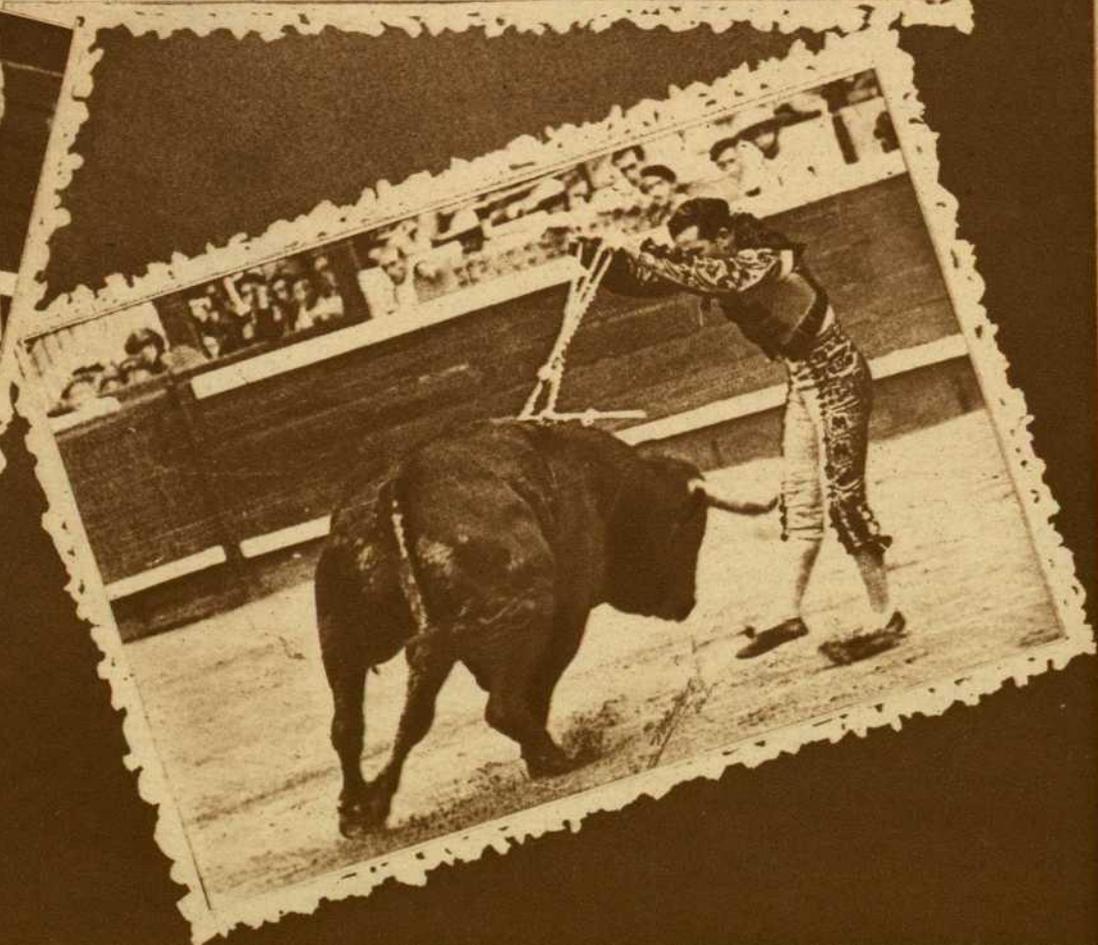
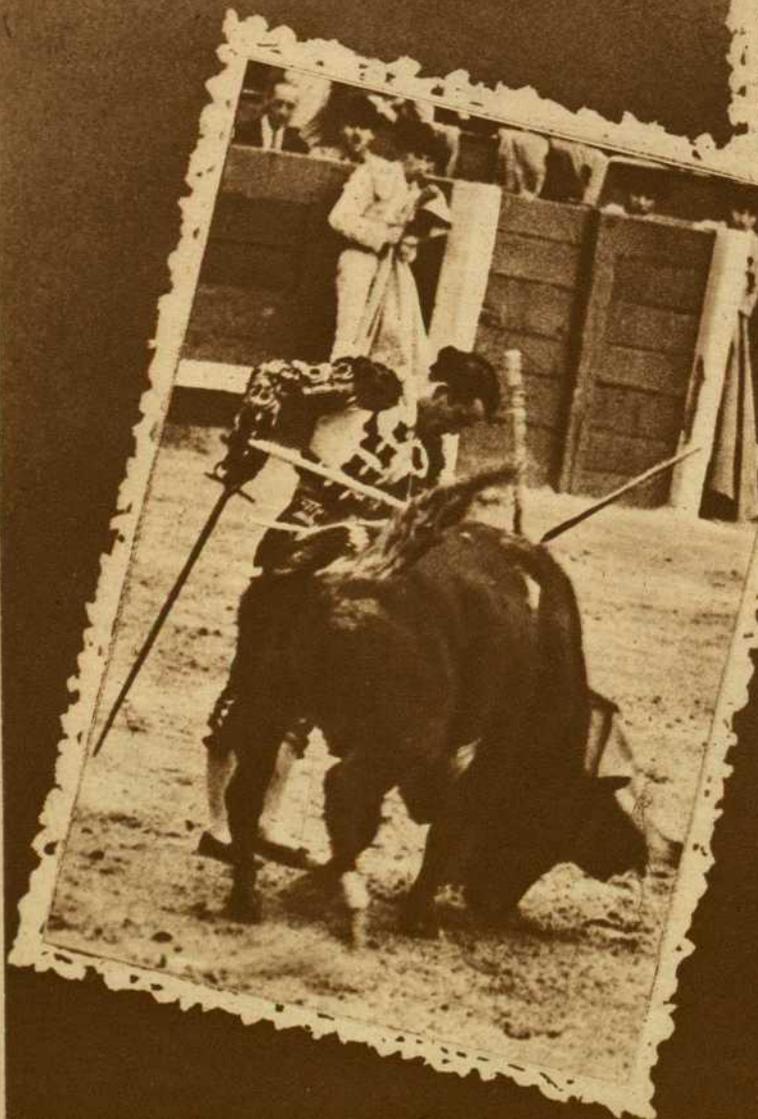
...He dicho de mí el primero, cronológicamente. Los nombres de Rubén Darío, Antonio Machado, Juan R. Jiménez—inmediatamente después—, y luego, hasta ahora mismo, los de Federico García Lorca, Gerardo Diego, Fernando Villalón, Adriano del Valle, mejoraron la marca.

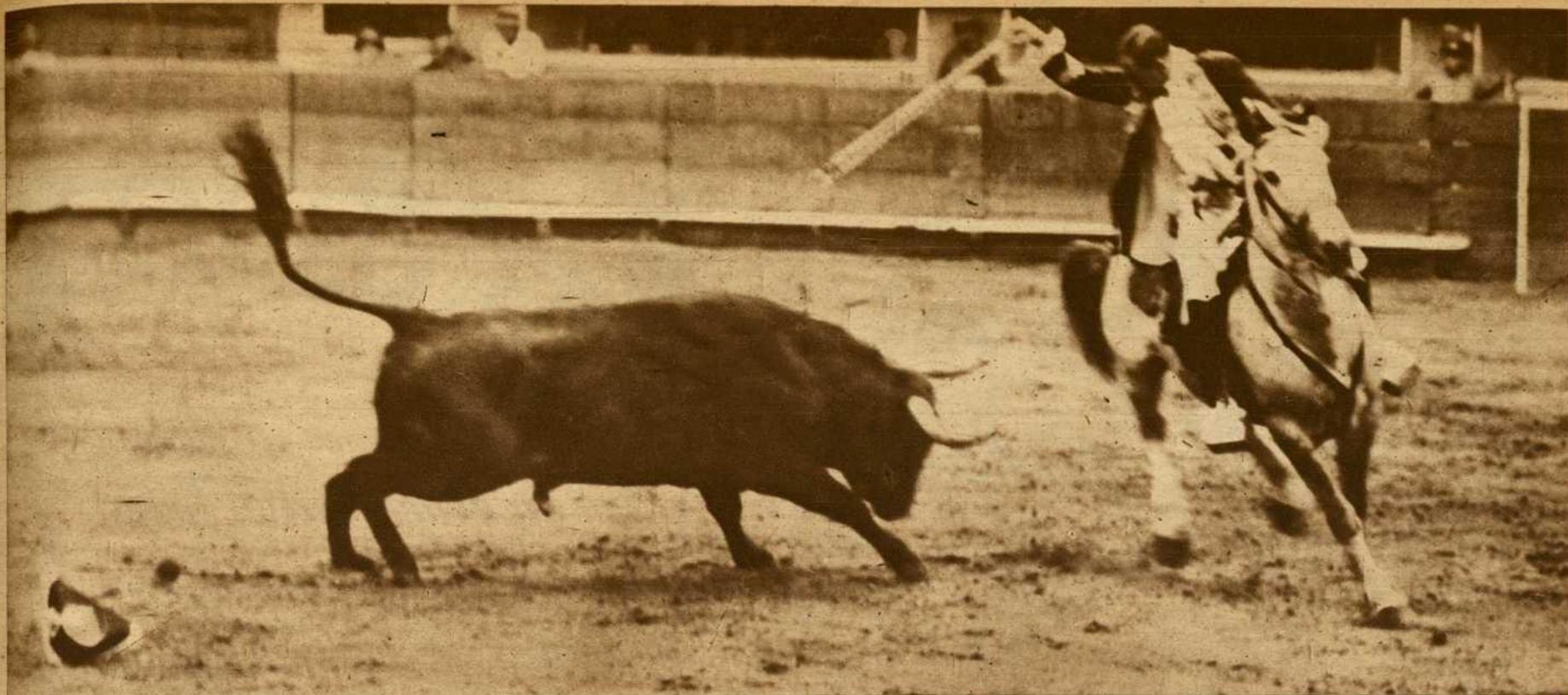


La salida del toril. (Dibujo de Perca)

MORENITO *de* TALAVERA

Si algún torero ha conseguido su fama a costa de valor, arte y dominio, ninguno como este que se llama Emiliano de la Casa, MORENITO DETALAVERA. Bautizado por el bravo sol de Castilla, fraguado su tesón en la dureza de las tardes toledanas, en él la evocación se transformó en valentía inigualable, en estilo tan propio, tan «suyo», que los otros públicos - Andalucía, Valencia - reconocieron y admiraron en MORENITO DE TALAVERA un temple, un dominio y una emoción que difícilmente se repite en otras figuras. La filigrana de su capote que domina, su muleta que manda en todas las suertes, el juego de sus banderillas inigualable, en el que es maestro, y el volapié hasta «adentro», que se lleva en tan supremo instante clamores de pasión, le hacen al torero talaverano frontispicio de gloria taurina.





TOREO PORTUGUES

Por TAVARES da SILVA



LA duquesa de Abrantes, que durante las invasiones acompañó a España y Portugal a su marido, Junot, escribió que la "tourada" portuguesa no pasaba de una parodia de la corrida de toros española. Así será desde aquella época, pues hasta entonces, incluso en el siglo XVIII, se rejoneó igual en toda la Península. Pero la "tourada" portuguesa tiene dos elementos de que carece la corrida española: los "cavalleiros" y los "forçados", los únicos que podemos enviar a España a cambio de los diestros que nos visitan.

REYES REJONEADORES Y GANADEROS

Uno de los primeros rejoneadores portugueses que fué a España fué un rey: Don Sebastián, nieto de Carlos V, que rejoneó en Cádiz, de paso para el desastre africano de Alcázarquivir. Y el último rey de Portugal, Don Carlos, dejó a España, al morir, los toros de su ganadería, adquirida por don Antonio Flores.

Empieza la "tourada" por las cortesías a las que asisten, a pie firme sobre la arena, los toreros españoles, mientras los "cavalleiros" se volucionan saludando a los tendidos. Antes ya los "forçados" han hecho su aparición.

EL "CAVALLEIRO", FIGURA PRINCIPAL DE LA "TOURADA"

El "cavalleiro", que es el héroe de la "tourada", necesita saber equitación y toreo, estar bien a caballo y conocer el toro, calculándole los movimientos para medir los terneros en cada una de las suertes, que son tres: de cara, al sesgo y a la media vuelta. Después ha de tener firmes las rodillas, para aguantar las reacciones del caballo; buena mano izquierda, para mandar; buena derecha, para clavar: de alto abajo, al estribo y sin dejar tocar el bruto, que son las tres reglas básicas de su actuación.

Por orden de alternativa, los "cavalleiros" actuales son los siguientes: Simão da Veiga, que en España toró temporadas seguidas; António Luiz Lopes y João Nuncio, también conocidos por los españoles; José Casimiro, de la famosa dinastía; Vasco Jardim, Fernando Salgueiro, Alberto Luiz, hijo de Lopes; José Rodrigues, M urteira Correia y Paquito Mascarenhas, bien conocido en Madrid y Barcelona.

CINCUENTA MIL ESCUDOS POR UN CABALLO

Los que quieren alcanzar o conservar el título y el puesto han de pasar el invierno en el campo, preparando los caballos, entrenándolos con vacas. Esto cuesta, a veces, verdaderas fortunas a los "cavalleiros", pues es muy difícil encontrar una buena cabalgadura, sin miedo al ruido, entre sin vacilaciones y que salga rápida. Y así, después de hecha su adquisición, se ven obligados, a veces, a desecharla por inútil. Por eso, casi todos los "cavalleiros" son ganaderos, ricos y con el capital necesario para tales gastos. Simão da Veiga y João Nuncio, los que más ganan, cobran quince mil escudos por corrida, unas seis mil y setas, lo que no es mucho si se tiene en cuenta el precio de los caballos, que llega a los cincuenta mil escudos, y de los pienso, ahora muy caros. Los dueños que los ayudan en la brega son contratados directamente por las Empresas.

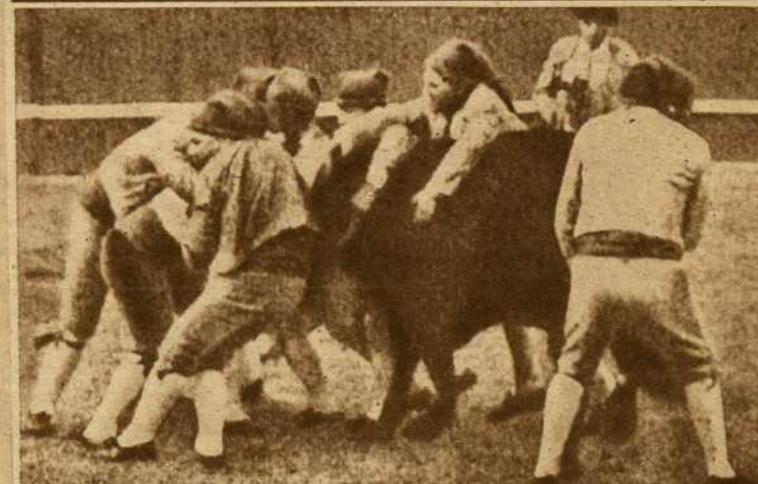
Los mozos de "forçado" se llaman así por ser éste el nombre del palo con que aptaño defendían el palco real en estos festejos, haciendo lo que se llama la "casa da guarda". Hay "forçados" aficionados, cuyos mejores grupos se encuentran en Santarém y Montemor, y profesionales, gente de las orillas del Tago, de la tierra de los toros. Cada grupo se compone de ocho hombres, de los que se destaca el cabo, o el que éste indica, para coger al toro, operación que se ejecuta, según las condiciones del animal, de frente, con ayuda de todos o de "cornelha", sólo con dos hombres, uno en los cuartos delanteros y otro cojeando. En esta última suerte el toro está rodeado de los cabestros.

Para coger el toro de frente, debe el hombre aguardar a que humilla, pues así evita el choque al derrotar. Y el entusiasmo culmina cuando, después de una buena lidia a caballo, hay una "pega", acto de sujetar al toro, bien hecha y valiente. La Plaza estalla en ovaciones, que reúnen al "cavalleiro" y al "forçado" en un abrazo, que se prolonga en la vuelta al ruedo.

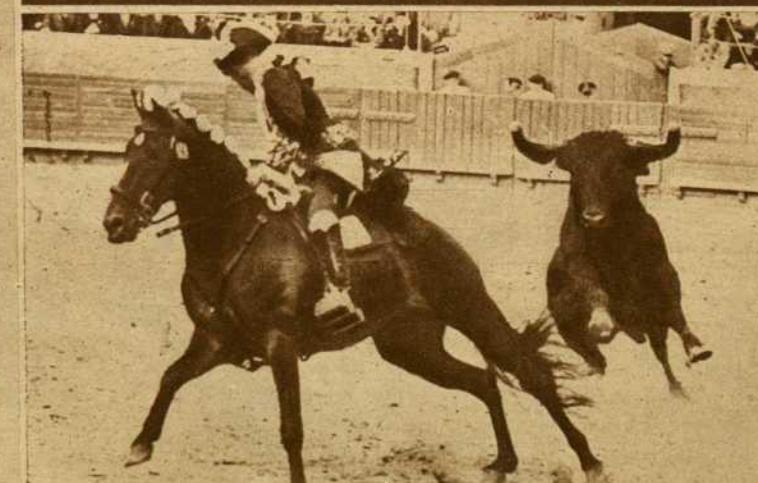
Aparte estos momentos y estos dos elementos, la "tourada" vive de la actuación de los diestros españoles o mejicanos, ya que el banderillero portugués se limita a intentar copiarlos, con una sola nota peculiar y personalísima: el banderillar a puerta giratoria, suerte que inspiró al "Gordito" la del cambio, según su propia confesión.



Voltereta de un "forçado" durante una "pega"



Los "forçados", en plena "pega"



Juan Nuncio, el caballero portugués, lidiando a caballo un toro embolado



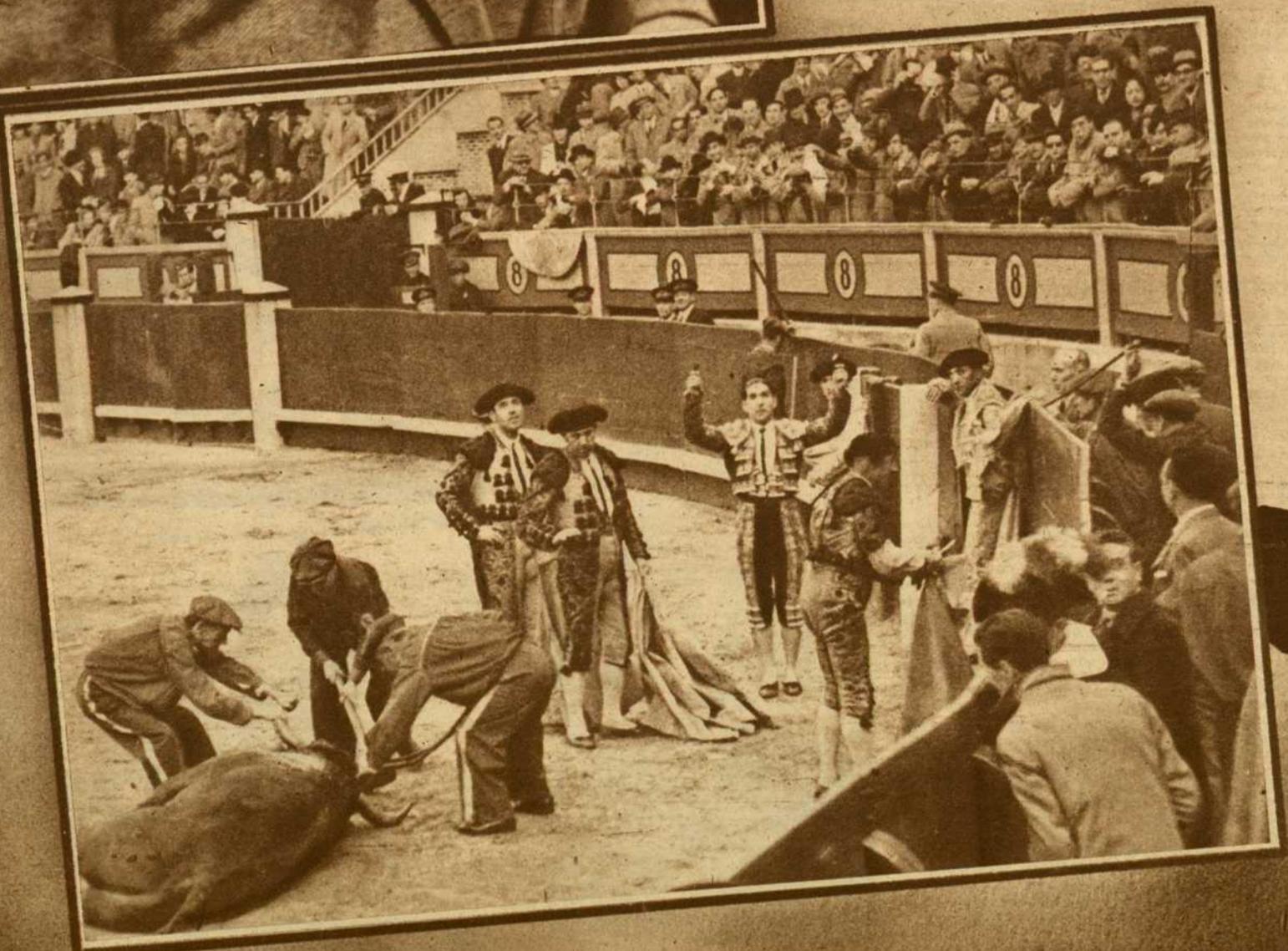
PEPE BIENVENIDA

*verdadero maestro,
en el arte del toreo.*

El arte de Pepe Bienvenida se propaga solo. Es el público, dueño y señor de todos los juicios, el que se encarga de mantener a este torero en la cúspide de su fama. Contra su valía, no pueden ni los fáciles impresionismos ni las ligeras impugnaciones

Lidiador único, maneja el capote con el temple del más hiperbólico preciosismo; se le considera el número uno de los banderilleros actuales, ya que, para encomiar debidamente su mérito en esta suerte, habría que traer a colación los grandes rehileteros de todas las épocas; muletero siempre al natural, profundo y exacto, diverso y ameno, difícil y fácil, es un consumado estoqueador, y en el arte de matar toros recibiendo no tiene par, ya que, con singular justeza, da a esta suerte suprema toda su verdadera prestancia y belleza.

La estampa que reproducimos es el colofón de uno de sus repetidos y clamorosos éxitos de Madrid, escenario maravilloso para este maestro del toreo.





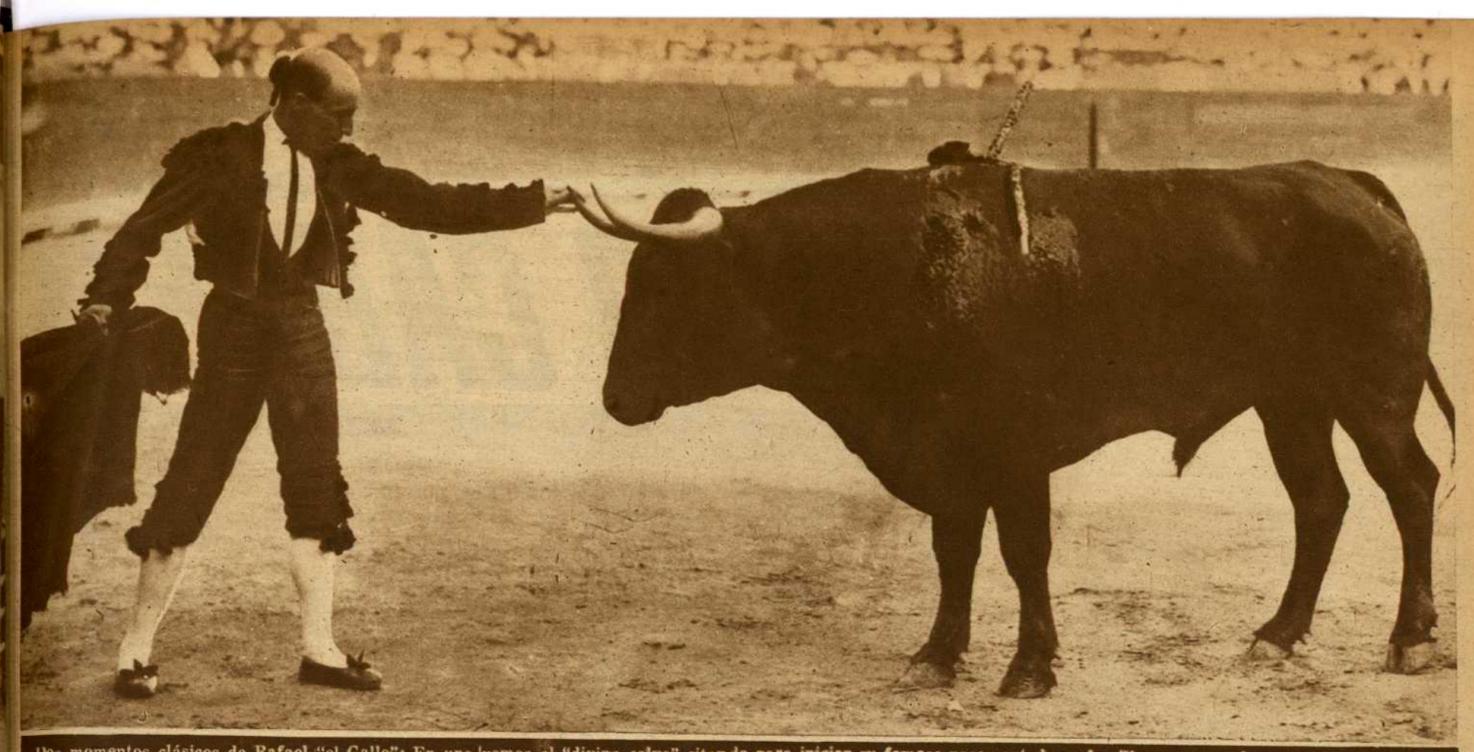
¿QUÉ HACEMOS CON LOS VIEJOS?

El Director me manda este grupo fotográfico de cuatro ases taurínticos de otra época con la pregunta: ¿Qué hacemos con los viejos? Pues, qué hemos de hacer sino desearles, puesto que están vivos los cuatro, que sigan viviendo todavía hasta ser los únicos supervivientes de un tiempo antiguo que por ahora es tan sólo tiempo viejo.

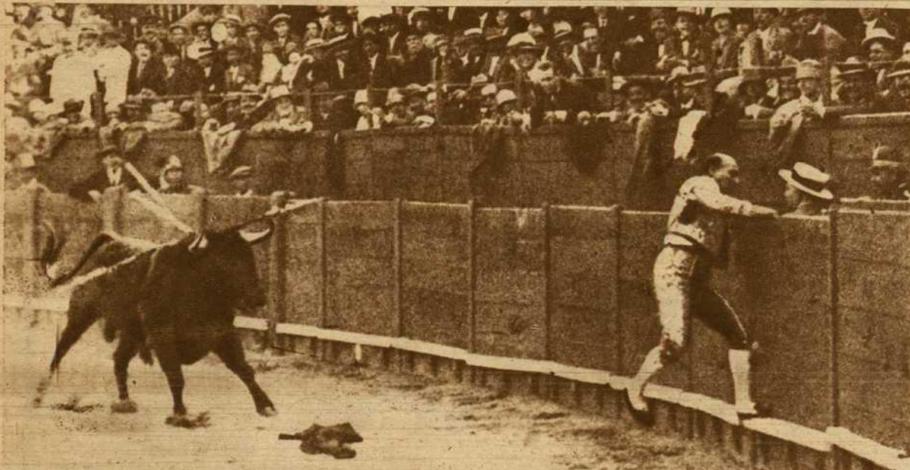
Rafael González, "Machaquito", Vicente Pastor, Rafael Gómez, "El Gallo", y Manuel Mejías Bienvenida, a quien llamó "Don Modesto", en sus horas triunfales, triunfales para los dos, el Papa Negro de la torería. Dos de esos lidiadores tienen un nombre que desde la aparición de don Rafael Pérez de Guzmán viene siendo famoso en los fastos taurínticos, sobre todo con aquel dechado de elegancia, el verdadero introductor de la estética en el toro, que se apodó "Lagartijo", y con el otro, su hechura superada por prodigio de facilidad, que dió guerra en todos los cosos de España con el alias de "Guerrita". Otro se llama Manuel como aquel bronco vivo y triste, "El Espartaco", que se deshizo entre los cuernos de un toro, y de quien aun siguen hablando crónicas y contando sevillanas, y el cuarto, segundo en el orden de la alternativa, lleva un nombre sin historia, pero hizo pasar a ésta el mote de "El Chico de la blusa" y el remoque de "El soldado romano". Dos venían de casta de toreros y la han podido prolongar con gloria: "El Gallo", porque oyó de viva voz las lecciones de su padre el señor Fernando—ejecutante lleno de gracia gitana y maestro de maestros teóricos— y cuando iba a apagarse el brillo de su casa, restó el esplendor su hermano, el llorado y nunca bien ponderado "Joselito", y Manuel Mejías, porque es también hijo de torero, y padre, a su vez, del inolvidable Manolito, del malogrado Rafael y de José, Antonio y Angel Luis, que son de lo más brillante del actual escalfón taurino, y de él aprendieron un arte a la vez afiligranado y grande. "Machaquito", sin estruendo torero que podamos recordar, se contagió del ambiente de su Córdoba nativa, y Vicente Pastor brotó espontáneamente en el viejo circo de la carretera de Aragón, "capitalista" valiente y voluntarioso, dispuesto a recoger fama con la teta de su blusa. Los cuatro, en unión de Antonio Fuentes, el de la serena elegancia estatuaría, escencia de finura, y sumándose a la alegría dominadora de Ricardo Torres, "Bombita" y a la fugaz evocación clásica, breve

como un cometa, del sobrino de "Lagartijo", aun dieron momentos de esplendor a esa época nebulosa, de decadencia del toro, que empezó después de la retirada de "Guerrita" y se recobró, renovada, en los días triunfales de "Joselito" y Belmonte. Toraban desde más lejos, menos ajustados, con más recursos y con más defensas, porque los toros eran otros y tenían más fuerza, más pitones y más sentido, y nadie hablaba de su estilo de embestir, y por bravo y de lidia se aceptaba al que peleara bien con los caballos; pero los cuatro, con los tres más citados, siete virtudes (y una época del toro que no fué de las más brillantes, contribuyeron a mantener el interés de la fiesta: "Machaquito" y Vicente con el valor; Rafael y Manolo con la gracia. El primogénito del señor Fernando fué acaso el precursor de las pinturerías gitanas del toro moderno; Manolo Bienvenida, también el primero al juntar en su estilo esas dos modalidades que hemos dado en llamar escuela rondeña y sevillana, pues que a los arabescos de las largas cambiadas y a sus alegrías de banderillero prodigioso, solía sumar, a la hora suprema, la firme quietud de la suerte de recibir, según los cánones de don Pedro Romero; Vicente Pastor, que ha pasado a la historia como ejemplo de estoqueador seguro, fué en verdad un torero eficazísimo, muletero de gran dominio, que empezaba sus faenas de muleta con aquel gran pase alto sobre la mano izquierda, hoy ya absoluto olvidado, y que era más difícil y de más exposición que el ayudado de nuestros días, y de Rafael González, "Machaquito", sólo queremos afirmar, y no es poco, que casi nunca usó dos veces una misma camisa, porque se dejaba la pechera hecha jirones en los cuernos, al entrar a matar, yéndose tras el estoque con un valor asombroso.

Y esta es la breve historia de los cuatro viejos, viejos tan sólo para el ejercicio de la profesión que abandonaron, y no como caballeros particulares, que el menor apuro tiene sesenta años, y el mayor acaso no cumplió los setenta y cinco, y los cuatro, si no fueran casados, todavía pudieran pensar en una nueva boda, que más talluditos andan por ahí los "donjuanes", sin capa ni espada, y, desde luego, sin muleta, aunque algunos debieran llevar un par, y no de trapo, precisamente.



Dos momentos clásicos de Rafael "el Gallo": En uno vemos al "divino calvo" citando para iniciar su famoso pase sentado en la silla, y preparado, naturalmente, para dejarla cuando el toro se arranque. Pinturería en la acción, en la postura y en la actitud. Gitana pinturería de Rafael, tan suya y tan sin parangón. En la otra, "el Gallo" acaricia un pitón al astado. Una estampa de ayer, pero que pudiera ser muy bien de hace cincuenta años. Parece escaparse de una lámina de "La Lidia"

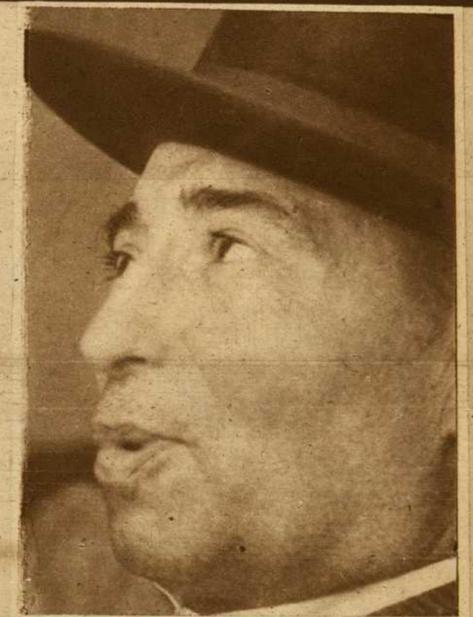
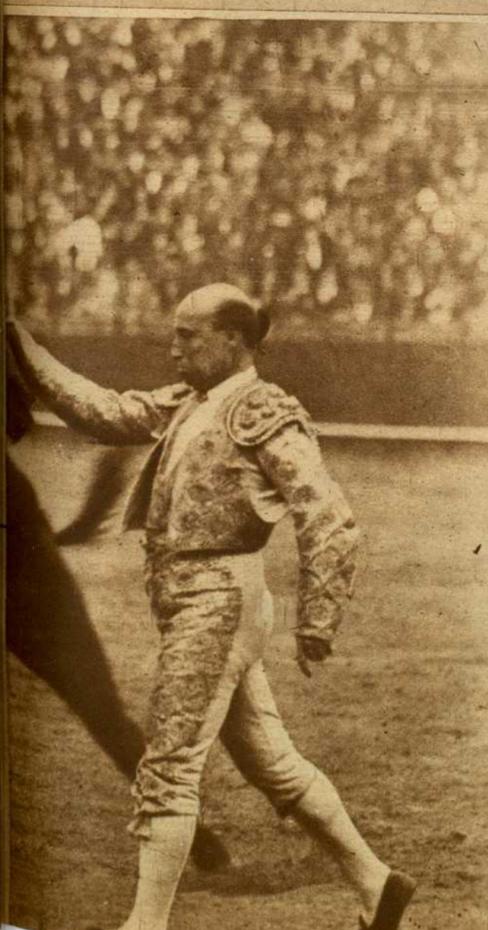
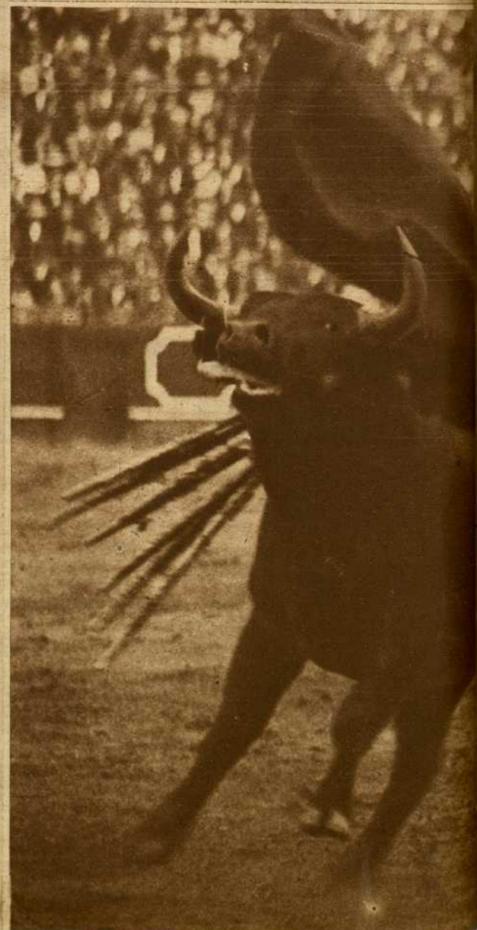


Cara y cruz de Rafael, o, mejor dicho, cruz y cara. Su famosa "espantá", sin saber por qué; quizá porque el toro ha guiñado un ojo, o tal vez porque vió un tuerto en el tendido; gitanería y personalidad. Abajo, el anverso de la moneda: Una la rga cambiada con las dos rodillas en tierra, más torero que nadie y más valiente que ninguno; que así era Rafael, el incomparable



ANECDOTA GRAFICA

RAFAEL "EL GALLO"



*Hay un
torero,
que se llama*

maestro de las supremas elegancias

MARIO CABRÉ

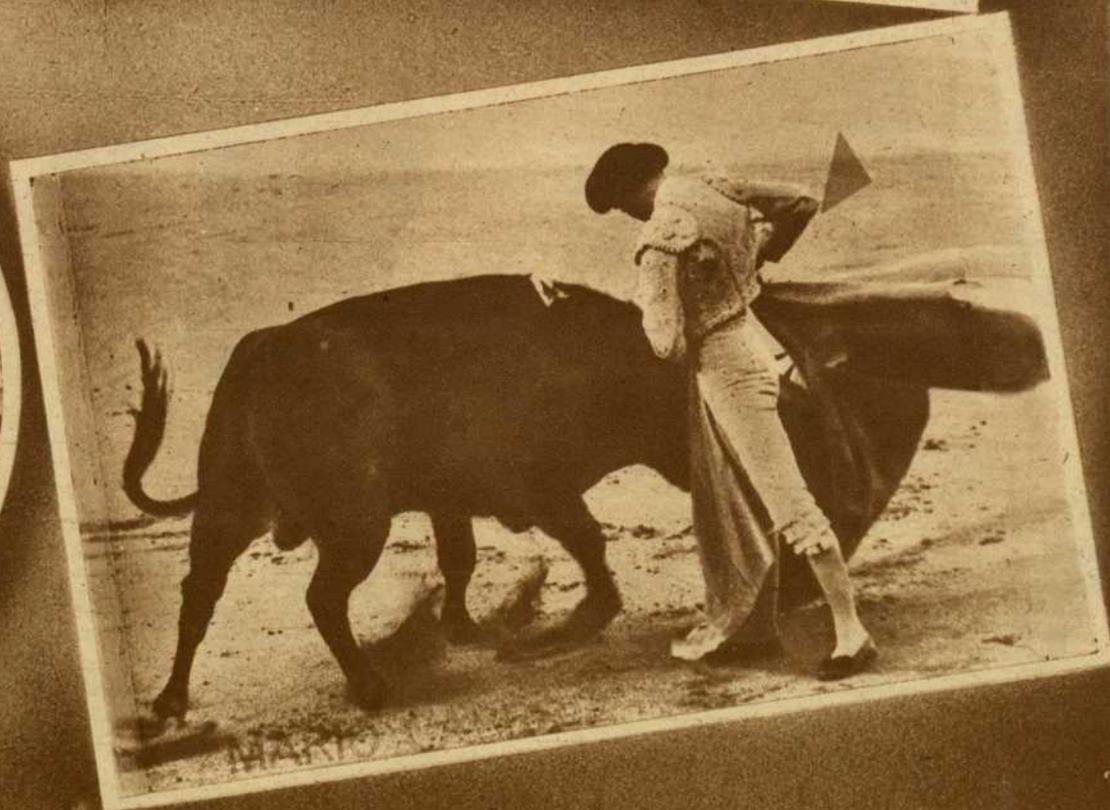
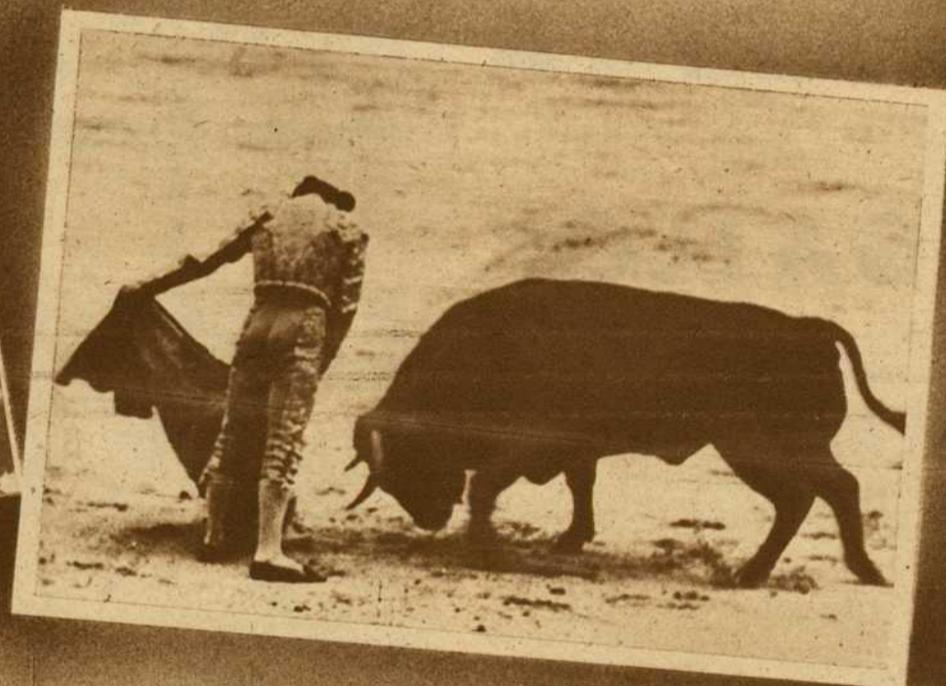


Para llamarse torero hace falta serlo y que la afición lo confirme. He aquí la verdad. Sencilla y simple si se quiere, pero auténtica. Para llamarse torero hace falta, además, ser Mario Cabré. Otra verdad, porque la afición lo dice, lo afirma y lo sabe tras esa prueba por la que ha pasado el maestro de las elegancias, transformadas, por arte excepcional, en las suertes más difíciles y arriesgadas.

MARIO CABRÉ, hoy más torero que antes, ya está en la cumbre, dispuesto a revalidar su prestigio de figura ejemplar.

MARIO CABRÉ, más modesto y sencillo que nunca; pero más majestuoso que otras veces, dará a la afición pruebas inimitables de inteligente valor y elegancia suprema, que en el ruedo le transforma en maravillosa escultura jamás admirada por los público hasta ahora.

Para llamarse torero sólo hace falta ser MARIO CABRÉ.



LA PLÁSTICA DEL TOREO

Por FRANCISCO DE COSSIO



En la plástica del toreo se ha escrito mucho sobre el color y poco sobre la forma. Y, sin embargo, la nota de color en los momentos culminantes de la fiesta queda emulada por la emoción que produce la actitud estática del lidiador ante la acometida del

toro. Es entonces cuando advertimos todo el sentido de profundidad que tiene el arte taurino. Es decir, que el toreo se impone en el ánimo del espectador, comunicándole una emoción inefable, no por el sentido de las dos dimensiones que corresponden a la pintura, sino por la evidencia que hay en él de una tercera dimensión. Diríamos que el toreo es un arte profundo, en el que el volumen se nos ofrece en toda su integridad, es decir, un arte, en su interpretación más eficiente, eminentemente escultórico. Y de ahí que las grandes figuras del toreo se nos aparezcan siempre en un noble reposo de estatua. Los semblantes de los grandes toreros parecen tallados, esculpidos, cincelados, troquelados..., y es que el semblante corresponde siempre a la actitud, al ademán y al movimiento del oficio, y fuera del ruedo taurino la compostura de un buen torero nos hace recordar a la del modelo que posa para que el artista le pase al barro, al mármol o a la madera cómodamente. Y aun diríamos que la materia en la que la expresión torera rinde el máximo vigor es el bronce.

Esto, quizá, no se ha formulado nunca como punto de partida para una teoría estética de la plástica del toreo; pero el pueblo, con su intuición para penetrar en las cosas más sutiles, ha concretado este sentido en la frase, tan repetida, de «hacer la estatua». He aquí, en síntesis, la aspiración de quien sale a torear: poder hacer la estatua. Es decir, componer la postura escultórica frente al riesgo. Y como el toreo es un arte de colaboración entre la fiera y el hombre, el toro, a su vez, en los momentos más culminantes de su ataque y defensa, hace asimismo la estatua, y el instante de máxima emoción en el toreo es la conjunción, el encuentro, que siendo rápido y fugitivo, cuando se consigue, nos parece eterno, en el que el hombre y la fiera se sienten a sí mismos elementos de un grupo de escultura. La suerte suprime la de la muerte cuando se realiza, no sólo con perfección, sino con inspiración; escamotea todos los efectos pictóricos, para ofrecernos la realización de plástica escultórica más bella y emocionante. Y esta intuición escultórica no la pierde el torero ni en el tronche más grave, el de ser alcanzado por la fiera, ni el toro en su agonía, que, ya seguro de morir, como los grandes trágicos, busca la bella caída, aquella que ennoblezca plásticamente la muerte.

Por esto, sin duda, la versión cinematográfica, que es favorable a los deportes de fuerza, destreza y habilidad, fracasa cuando reproduce una fiesta de toros. Queda en la pantalla no más que la impresión de las dos dimensiones del toreo, y no consigue ofrecernos la tercera dimensión, es decir, la profundidad. Lo mismo que, en el cante flamenco, el cante «jondo» descubre una tercera dimensión, al toreo le podríamos calificar de arte profundo. Su dinamismo, que es lo que en el cinematógrafo domina, revela lo menos interesante del lance taurino, ocultando el instante inmóvil, que es donde se halla el resorte más eficiente de la emoción. El torero es, en cierto modo, un creador de plástica, y si la creación se



Busto de Juan Belmonte, por Juan Cristóbal. (Foto Sant-Leonard.)

realiza con genio, advertimos que apenas tiene importancia la figura humana del diestro. Puede ser desgarbado, pequeño, flaco...; en el instante de la suprema inmovilidad, la figura se agranda, se sutaliza, y es como si ella, en una transfiguración, eliminase los elementos propiamente físicos para emanar una fuerza espiritual invisible, pero que cobra realidad humana en el sentido del espectador.

En cambio, el buen momento plástico del toreo lo fija la instantánea. Porque allí no se recoge sino un solo instante de inmovilidad. Desde los primeros tiempos, la estampa taurina y la pintura taurina han tendido a sorprender momentos en que toro y torero no aparecen como modelos pictóricos, sino escultóricos. A sorprender un proceso de movimiento para fijarlo en un instante, en el que lidiador y toro dan una impresión estática.

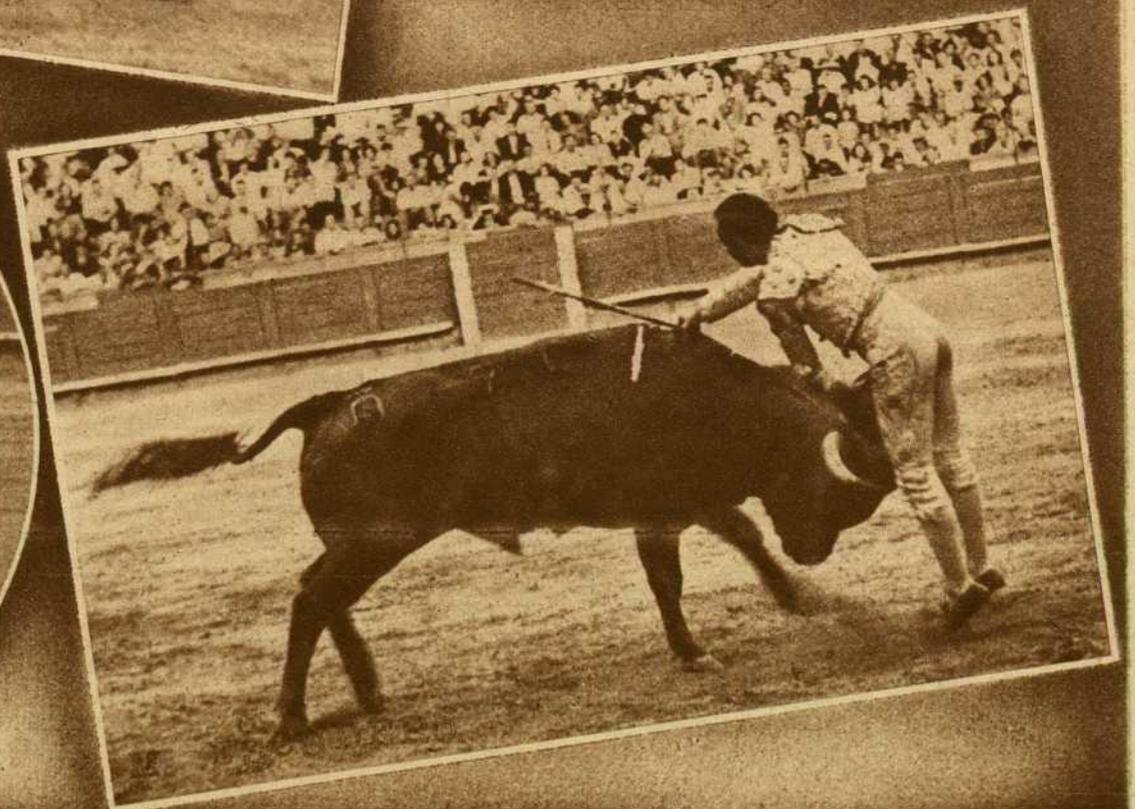
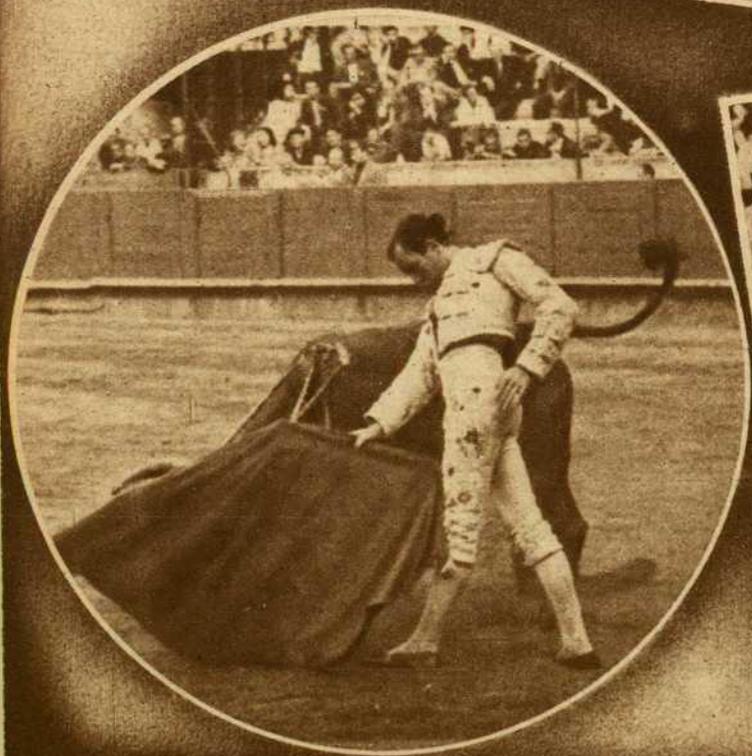
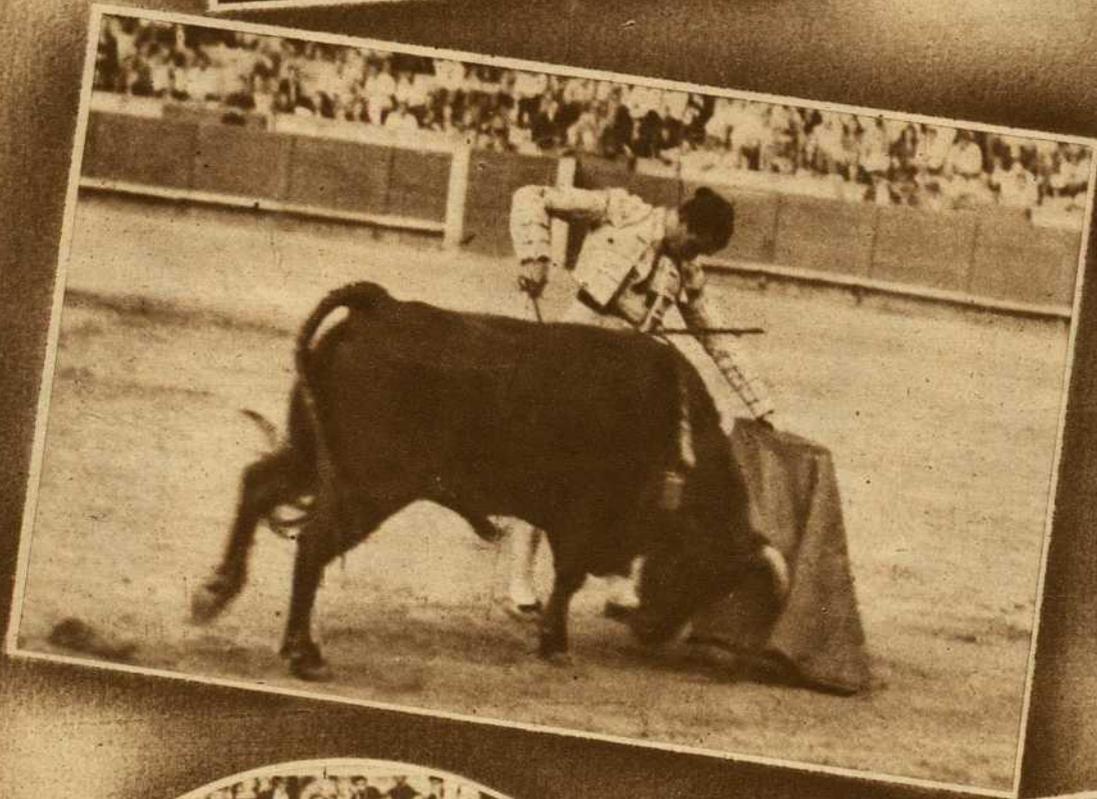
Cuando en la lidia de un toro domina la técnica al arte, la realización plástica se frustra. Por eso el público moderno se ha desviado de lo que es técnica y eficacia, para aplaudir casi exclusivamente lo que es escultura.

A la estática andaluza, lo que se llama gravedad andaluza, la va bien el bronce. Belmonte y Manolete nos parecen troquelados en bronce. Pero existe también en Andalucía la gracia, y a la gracia la va bien el mármol, materia que inmortalizó la plástica helénica: Pepe Luis Vázquez, Gallito...; he ahí dos toreros de una estática de mármol. La profundidad castellana en los grandes llanuras, donde la clave de la tercera dimensión la dan los pinos, los robles, las encinas..., nos la ofrece la madera. La talla de madera, que los grandes escultores castellanos de nuestro Renacimiento ennoblecieron con el color y el oro. Así veo yo a este gran torero castellano, Domingo Ortega, tallado en madera.

de Madrid al cielo.... pero pasando por
MANOLO ESCUDERO



Tenía que ser de Madrid. Tenía que llevar en su alma el pundonor y la majestad de una escuela de coraje y hombría. Tenía que llamarse Manolo Escudero para demostrar a la afición que también en esta tierra nacen y salen «los mejores». La personalidad de este torero—cuajado ya y revelado como maestro en todas las suertes—es tan grande, que decir Manolo Escudero es asegurar al público emoción y elegancia en un estilo inigualado todavía, en ese estilo «suyo», majestuoso y lento, que imprime a su toreo suavidad y cadencia de un arte nuevo. Manolo Escudero, madrileño y genial, es un torero, no sólo de este Madrid que manda, sino de todas las plazas españolas, porque supo conquistarlas palmo a palmo, coraje tras coraje.





Va a sonar el pasodoble, y las cuadrillas saldrán al ruedo. Vemos, en inquietante espera, nada menos que a "Bombita", "Machaquito", "el Gallo" y "Josecito", cuatro toreros de ayer, a los que hoy recordamos y echamos demasiado de menos en la fiesta actual

EL PASODOBLE EN LOS TOROS

Por el maestro MORENO TORROBA



HABLAR del pasodoble es hablar de nuestra música más característica y más típica. Su escritura, su compás y hasta sus figuras musicales pueden dar la sensación de una marcha corriente; pero sus giros melódicos, la forma de cantar el bajo armónico y su movimiento tranquilo, en relación con las marchas corrientes que escuchamos en la mayoría de los desfiles de masas o formaciones militares, dan una fisonomía al pasodoble torero que la hacen propia y representativa de nuestra fiesta nacional.

La formación del pasodoble torero es realmente imprecisa; pero puede basarse entre las marchas de pífanos y tambores que acompañaban a la corte en las corridas reales y también en los toques de clarines que señalan los cambios de suerte en la lidia. De estas dos manifestaciones musicales en forma tan simplista nació la necesidad de, al propio tiempo que amenizar la fiesta, dar garbo y solemnidad al desfile de las cuadrillas, y ya en la primera mitad del

siglo XIX se introduce la banda, o la clásica charanga, ejecutando pasacalles y marchas con un movimiento más rápido al que hoy tenemos costumbre, caracterizándose porque en éstas y aquéllas se reflejaba la nota popular que inspiró las clásicas tonadillas, siendo, en realidad (y particularmente los pasodobles llamados madrileños), una alteración rítmica de las famosas tiranas y pañaderos.

Entre los pasodobles toreros existen diferencias muy notables, que muy bien podemos destacarlos en dos grupos: uno, el que está influido por el clasicismo andaluz, en el que se refleja desde la petenera hasta el vito, y otro, el que pudiéramos denominar madrileño, que, como hemos dicho antes, resume de forma clara nuestra literatura musical tonadillera.

De los primeros son modelo *La Giralda*, *Suspiros de España*, *Vito*, *Gallito* y algunos otros. *La Giralda* es el garbo, *Suspiros de España* es la pasión de la fiesta torera y los otros dos son el color. En ellos se refleja la esencia del canto andaluz. *Suspiros de España* conserva esa movilidad en el «bajo», que caracteriza a la «malagueña» y a la «soleá», y su armonía, sin ser arrancada de las que se forma en el rasgueo de una guitarra, tiene la serenidad de uno de aquellos países que en el toreo antiguo se llamaban de celeste imperio. *Gallito* es la evocación de la alegría de la fiesta, es el griterío de los tendidos, son los oles de una gran faena, es el desfile, es la suerte de banderillas por los maestros, es el bullicio, los cascabeles y las bocinas de la vuelta de la plaza; es, en fin, el salero.

Los pasodobles madrileños son más recortados en su ritmo, y de ellos han sido maestros Chueca, Quinito Valverde, Chapí, Alonso, etc., siendo generalmente extraídos de partituras teatrales, y en muchas ocasiones transformándose fragmentos musicales que no estaban escritos en compás de dos por cuatro; pero que su popularidad y carácter admitían su conversión en pasodoble. De esto podemos citar como típico el dúo de *El puñao de rosas*.

Estas vibrantes y coloristas piezas musicales, que en su adopción a la fiesta nacional sirvieron en un principio para marcar el paso en los desfiles de las cuadrillas, poco a poco se ha ido perdiendo esta costumbre, y hoy vemos a nuestras grandes figuras del arte desfilando desliñadas, sin la menor arrogancia, y yo creo que hasta por un alarde de veteranía, esforzándose en no llevar el compás. A mí me hace esto muy mal efecto; yo comprendo que los momentos en que el torero sale al ruedo no son precisamente para llevar el compás, pues, indudablemente, tienen en algo más serio en qué pensar; por ejemplo, en si el ganadero se ha distraído y suelta un bicho de los que antes (cuando se llevaba el compás) era costumbre lidiar; pero de todas formas, un poquito de ritmo no estaría mal, porque si los compositores tuviésemos que adaptarnos al paso que marcan las cuadrillas al desfilarse, tendríamos que escribir los pasodobles en tiempo de vals, y esto no me parece serio del todo.

VITO
PASO-DOBLE FLAMENCO
POR
S. LOPE,
DIRECTOR DE LA BANDA MUNICIPAL DE VALENCIA.

AL EXCELENTISIMO AYUNTAMIENTO DE CARTAGENA
SUSPIROS DE ESPAÑA
PASODOBLE
Aireso y con mucha expresión A. ALVAREZ

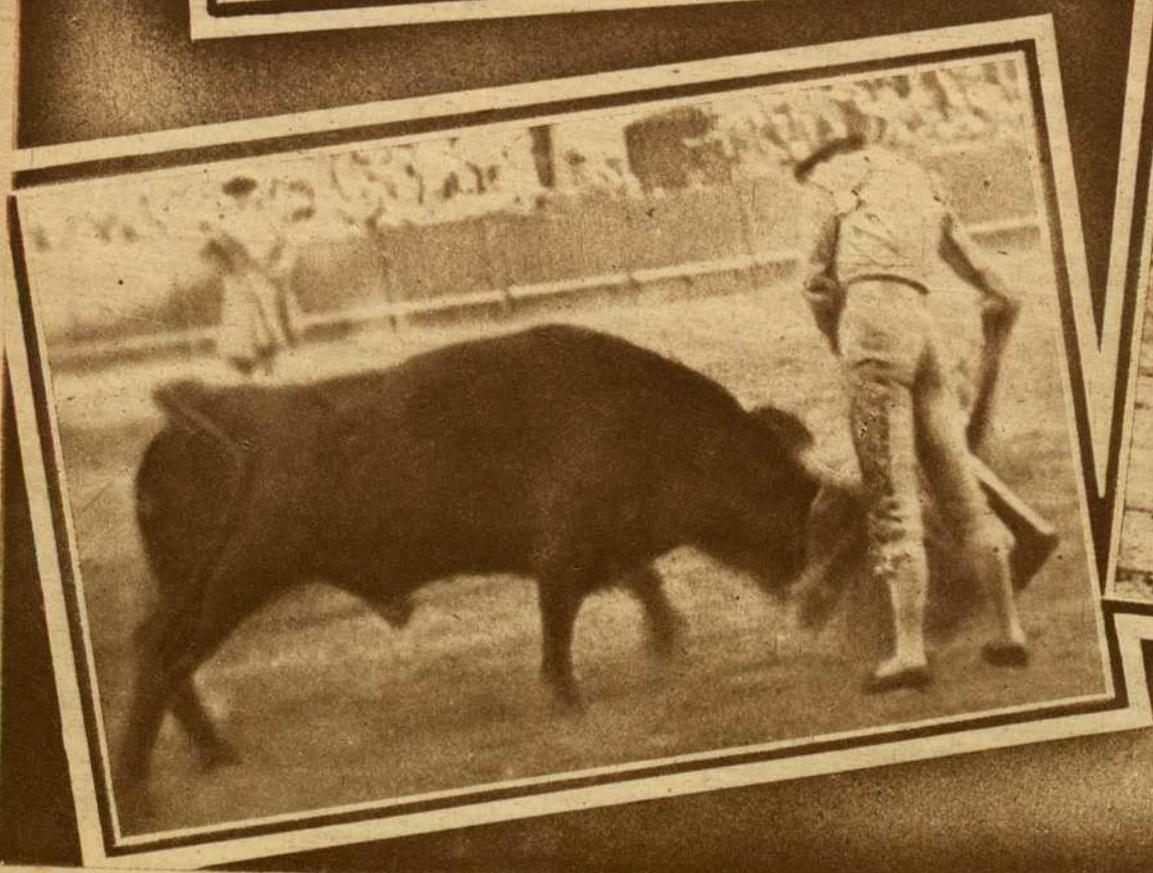
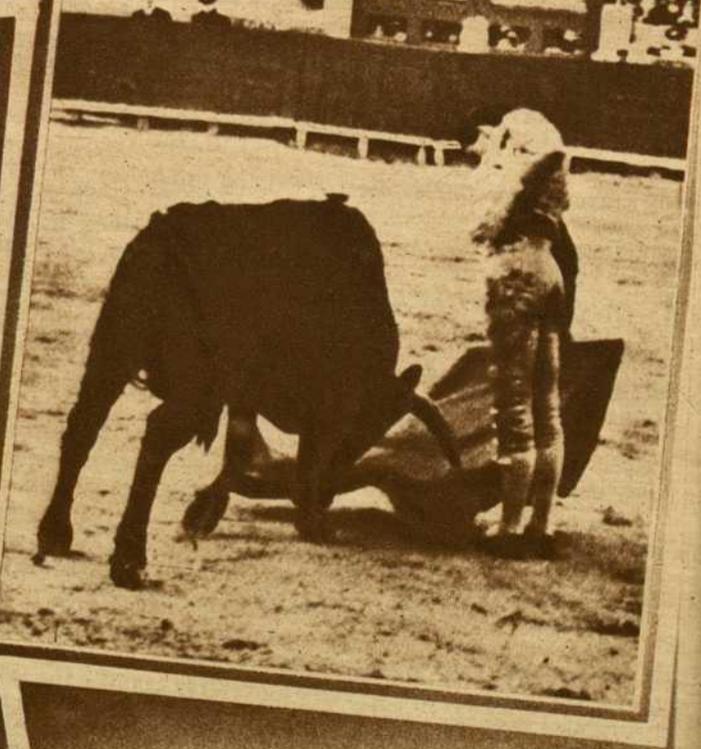
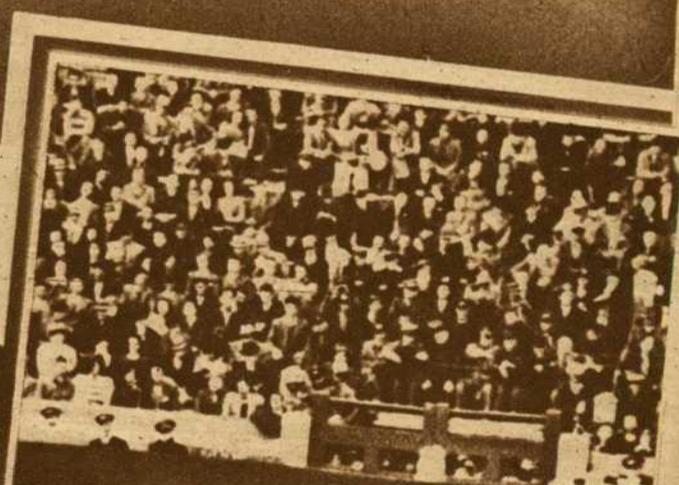
A mi predilecto amigo D. Manuel Martín de Mora,
LA GIRALDA
MARCHA ANDALUZA
POR E. L. JUARRANZ.



El CHONI

o el torero de los triunfos

Valenciano, pero con la inspiración de un arte — belleza en la gracia — que es creación. EL CHONI, que aprendió en la pirueta de los mares el misterio de la exquisitez, ha creado un estilo, tan rico en matices y tan lleno de galanuras, que hoy es el torero que más conquistas ha logrado en la fiesta taurina.

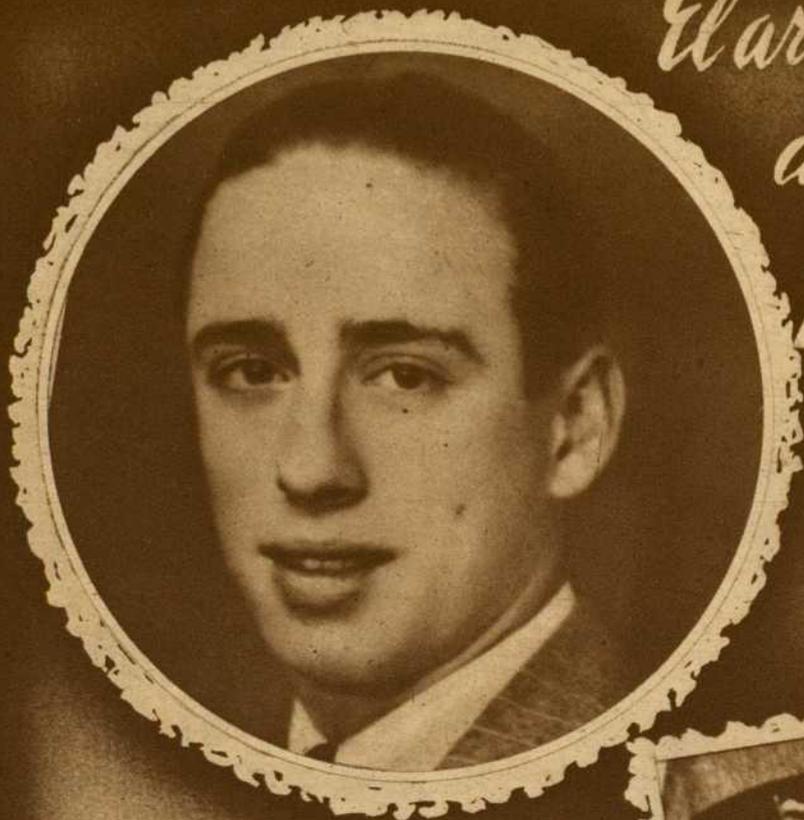




**La vieja
PLAZA DE MADRID
vista desde
un avión**



(Dos fotos de Zegrí)



El arte, la alegría y el dominio
de **MIGUEL del PINO**

He aquí,
en estas maravillosas
láminas de MIGUEL DEL PINO, la más
acusada personalidad de la gracia to-
rera, gracia que se eleva y se transforma
en arte, porque este torero, en firme esti-
lo de arrogancia, es uno de los que siem-
pre dejan en la afición el prestigio de
un valor supremo.

MIGUEL DEL PINO, que «tiene» catego-
ría de torero inimitable, viene decidido
esta temporada a poner escuela de
majestuosidad.



LA LIDIA

Revista Taurina Ilustrada.

Administración: Calle del Arenal, 27.-Madrid.

PRECIOS PARA LA VENTA

25 números ordinarios..... Ptas. 2,50
25 " extraordinarios..... 5

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid: trimestre..... Ptas. 2,50
Provincias: "..... 3
Extranjero: año..... 15

NÚMEROS ATRASADOS

Ordinario..... Ptas. 0,25
Extraordinario..... 0,50

Quedan reservados todos los derechos de reproducción.

AÑO XVI

NÚMERO 5

Número ordinario

MADRID: Lunes 10 de Mayo de 1897.

! Precio: 15 céntimos.

LA CRITICA DE AYER

Por Don Ventura



El crítico taurino ha brotado casi siempre espontáneamente, igual que los hongos, sin someterse a una disciplina como la simbolizada por los azotes de Sancho, indispensables para desencantar a Dulcinea y para el gobierno de la insula, pues todo el que ha querido ejercer dicha función ha encontrado una senda expedita para obtener el mencionado título.

Y el fácil acceso a la misma, sin necesidad de poseer una base sólida de conocimientos, nos ha hecho recordar más de una vez aquella frase del moralista francés autor de los *Caracteres*: «Un crítico sólo se forma con el tiempo, a fuerza de observaciones y de estudio; un críticoón, nace de la noche a la mañana».

Bien es cierto que la crítica taurina nació envuelta en una jerga tan poco atractiva, que no necesitaba de ingeniosos artifices para confeccionar sus vestidos, ni exigía tampoco una inteligencia aguda para ser cultivada.

Dicho nacimiento fué en el *Diario de Madrid*, para dar cuenta de la corrida efectuada en tal plaza el 17 de junio de 1793, y dió sus primeros pasos inspirada en una objetividad que, por lo ingenua, resulta a estas alturas casi conmovedora, pues quienes, la enseñaron a andar se expresaban de esta manera:

El primer toro fué de la vacada de don José Gijón, de Villarrubia de los Ojos del Guadiana; entró a catorce varas y a diez banderillas no hirió caballos y lo mató Pedro Romero, de la primera estocada.

Si es inútil buscar imágenes vivas y sugerentes en esta sencillez, también resulta vana tarea la de pretender encontrar en la misma el espíritu, la substancia y los hábitos engendrados en el desarrollo de la fiesta.

A prestar vigor a la crítica taurina, aunque con la sobriedad y economía de medios que caracterizan a dicho período de origen, contribuye la aparición del primer periódico taurómico, propiamente dicho, en el año 1819, hoja que se titulaba nada menos que así: *Estado que manifiesta las particularidades ocurridas en esta corrida*. Ni nada más, que ya era bastante una denominación tan larga para un periódico tan pequeño como aquél.

En 1830, un publicista y autor dramático, José María Carrero, comienza a escribir en los periódicos *Cartas Españolas* y *El Correo Literario y Mercantil* algunos artículos en defensa de las corridas de toros; poco después, aparece Francisco Montes; la fama que éste adquiere inflama los ánimos de algunos hombres de letras, y uno de ellos, Santos López Pelegrín (*Apenamar*), luego de escribir la *Tauronomía Completa*, inspirada por dicho diestro, publica desde 1836 a 1842 en *El Mundo* y *El Correo Nacional* revistas de toros con un carácter de expresión que eleva dicha especialidad periodística, tono que mantiene y enriquece Serafín Estébanez Calderón (*El Solitario*), haciendo reseñas para *El Correo Nacional* mencionado y *El Corresponsal*, no sin incorporar a su curioso libro *Escenas andaluzas* un extenso e interesante trabajo que se titula *Toros y ejercicios de la jineta* y mereció subida estimación.

No obstante estos pasos de avance, la crítica taurina carece aun de una expansión definitiva, y a facilitar ésta contribuyen Joaquín de Lara (*El Doctor Quinrocalado*), en los años 1846 y 1847, en Cádiz, y José Velázquez y Sánchez (*Don Clarencio*) en 1849,

en Sevilla, escribiendo el primero en el diario *El Comercio* y el segundo sus *Cartas Taurómicas* y haciendo ambos unas revistas en verso que son muy leídas y solicitadas.

La crítica taurina debe mucho a José Carmona y Jiménez, fundador en Madrid de *El Enano*, en el año 1851, de cuyo periódico fué continuación el *Boletín de Loterías y de Toros*.

Estas publicaciones vivieron mucho tiempo y obtuvieron merecido prestigio; en ellas, Carmona y Jiménez solía emplear una sintaxis pintoresca y una liviana forma poética siempre que mezclaba versos en sus revistas; pero sobre los montones de prosa deleznable y de versos carcomidos y ajados, aparecían la substancia crítica y doctrinal y el meollo didáctico como cosas perdurables. De ahí la justa fama que dicho crítico llegó a disfrutar hasta su muerte, ocurrida en 1885, fama que compartió con él en los comienzos de la segunda mitad del pasado siglo, Blás Reguera (*Don Parando*), aficionado inteligentísimo que ponía cátedra en la tertulia taurina del café La Iberia, presidida por el duque de Veragua, y pasó a escribir de toros en *Las Novedades*, al fundarse este diario en el año 1854.

Y Carmona y Jiménez, en la Prensa profesional, y Reguera, en la diaria, son los puntales más firmes con que cuenta la crítica taurina en dichas calendas.

Fuera de los límites de lo ordinario, tienen puesto de honor Mariano Garisuaín y su periódico *El Mengue*, publicado desde el 28 de abril de 1867 al 28 de octubre de 1888.

Garisuaín Blanco aportó a las revistas de toros un elemento nuevo, como fué el de ocuparse de la relación que se establece entre el hecho real y la serie de causas y concusas que lo determinan; no basta decir que el diestro hizo tal cosa, sino que hay que expresar por qué la hizo y dar razón de la bondad o de la maldad de lo que hizo.

Otro elemento nuevo penetró con él en el revisterismo taurino: la ironía, cuando no la sátira y la mordacidad, para herir a los diestros que suplían el valor con la ventaja. Censor riguroso, su pluma era a veces verdadera catapulta; con ella contribuyó no poco a que el *Gordito* fuera arrojado de la Plaza de Madrid, o aunque más pobre que una rata—pues tenía que luchar por la existencia pasando las de Caín—, era incorruptible; una vez fué a visitarle dicho diestro a su buhardilla, sin otro fin que el de ver si le hacía entrar en razón, y le echó con cajas destempladas, sin dejarle pasar de la escalera.

Carmona y Jiménez, Reguera y Garisuaín, son otros tantos fortísimos pilares sobre los que se asienta la crítica taurina durante buena parte del pasado siglo; cuando aparece *El Torero*, en 1874, sigue las huellas de aquéllos en lo de escribir una reseña detalladísima toro por toro y luego una minuciosa apreciación; a dicha norma se ajusta la Prensa diaria, aunque con más brevedad, y habrá de venir Antonio Peña y Goñi, con sus revistas publicadas en *El Globo* y *El Imparcial*, para que tal género adquiera un valor literario indiscutible, mantenido por el mismo escritor cuando se hizo cargo de la dirección de *La Lidia*, semanario nacido en el año 1882.

Pero quien da el paso decisivo en este segundo concepto, el que trajo las gallinas, como vulgarmente suele decirse, es Mariano de Cavia y Lac, el insigne zaragozano que tan preeminente lugar ocupa en el periodismo español.

No es temerario afirmar que Mariano de Cavia (*Sobaquillo*) habría podido escribir de tal materia aunque nada se hubiera escrito de ella hasta entonces; por su galano ingenio y por ser maestro en el bien decir, supo arrastrar la máxima comunión apetecible de lectores; acertaba a enlazar cualquier tema de actualidad a la crónica taurina.

Como toda estética va unida a una sensibilidad que es su elemento subjetivo, la sensibilidad de Cavia, más fina, más depurada y más intelectual que la de cuantos escribían de toros a la sazón, procuró comunicarse directamente con imágenes e ideas; con todas estas cualidades, no hay que decir que no tuvo rival

en el manejo elegante de la hipérbole: a él debió *Lagartijo* el apelativo de *Califa*, y famosa se hizo aquella crónica suya que tituló «El crimen de la carretera de Aragón», dando cuenta de la actuación desgraciadísima de Angel Pastor al estoquear él solo seis toros del conde de la Patilla, el 19 de junio de 1887.

La semilla que lanzó *Sobaquillo*, dió abundantes frutos en la Prensa diaria, pues casi todos los que para ella escribían fueron desdeñando el detalle y el tecnicismo para acogerse a la más o menos vaga y amana literatura; pero si por espacio de bastante tiempo se fueron preparando aquellos estofados de abundantes especias y rica salsa sin que faltara el conejo, después fué desapareciendo éste poco a poco, hasta llegar a publicarse en el presente siglo ciertos trabajos pseudocríticos que no guardaban relación alguna con lo que se había querido reseñar.

Campeón de este sistema fué José de la Loma (*Don Modesto*), cronista, también, y escritor amensísimo que acertó como nadie en su tiempo (1895-1915) a dar la sensación fulgurante del espectáculo y a manejar sugestivas imágenes con un tono hiperbólico francamente seductor; venía a cualquiera en la facilidad de expresión del pensamiento y en el empleo del sofisma, pero muchas veces se quedaban sus lectores sin saber qué había sucedido en la corrida de que se ocupaba, pues nadie le igualó en lo de saber preparar un plato de ternera sin ternera. Si *Sobaquillo* hizo *Califas*, él hizo *Papas*, y muchas de sus frases felices y muchos de sus rasgos de ingenio corrieron de boca en boca entre los aficionados.

Claro es que desde *Sobaquillo* a *Don Modesto* no faltaron críticos que dejaran de rendir culto a la verdadera substancia de la fiesta. En la Prensa taurina estaban *El Torero*, *La Lidia*, y después *Sol* y *Sombra*, como principales adalides; y en la diaria, aparte algunos críticos que antes se mencionan, figuraron otros que vinieron posteriormente y alcanzaron buena parte de la presente centuria, tales como *El Barquero*, Eduardo Muñoz, *Dulzuras*, *Barbadillo* y algunos más, quienes, bien hicieran reseñas toro por toro, o escribieran juicios críticos en forma de crónica, se atenan rigurosamente y con disciplina más o menos estrecha a los sucesos que presenciaban. De cualquier manera que lo hicieran, ¡qué diferencia entre los trabajos de crítica taurina de principios del siglo actual y aquellas primitivas reseñas del final del XVIII!

En provincias daban la pauta los críticos de Madrid y cada cual procuraba imitar el modelo que más le agradaba; hubo notables críticos en Sevilla, Valencia, Barcelona, Zaragoza, Bilbao, etc.; pero cuando se habla de la evolución de la crítica taurina, en Madrid habrá que buscar siempre los jalones de la misma.

De la época contemporánea, de lo que viene desde *Don Modesto* a nuestros días, no hemos de hacer comentario alguno. Aunque transcurridos veintiocho años, los hombres y las obras de este lapso de tiempo están demasiado cerca, nos tocan, nos cocean y se familiarizan con nosotros. Son años a los que todavía no se puede disecar porque carecen aún de la necesaria perspectiva histórica, y, por consiguiente, no debemos ocuparnos de ellos.

Digamos para terminar que, aunque las primeras reseñas de toros se publicaron en 1793, esporádicamente se habían escrito otras desde muchísimos años atrás, y hay motivos fundados para que los revisteros o críticos llamemos «colega» a un tal Miguel de Cervantes, pues a éste se atribuye una relación de las fiestas celebradas en Valladolid en 1605, con motivo del nacimiento de Felipe IV, opúsculo de 48 hojas en tamaño cuarto que contiene, entre otras cosas, la reseña de una fiesta de toros.

Esta noticia la divulgó Carmena y Millán en el número 38 de *La Lidia* del año 1884, y, la verdad, es tan halagadora para el gremio a que pertenezco, que de todos mis compañeros y lectores solicito plácemes como incienso de gloria que sirva para acariciar en el cielo—donde seguramente se halla—el alma del glorioso manco.

EL CANTE FLAMENCO Y LOS TOREROS

Por JOSE CARLOS DE LUNA



popular con yelmo de morillitas, lambrequines de oro y plata, y una fina barra de seda partiendo en dos el escudo: a la izquierda, sobre gules, un corazón como una casa; y a la derecha, en campo de piel de Rusia, dos billetes de a cuatro mil reales.

Cenó el diestro en la mesa redonda de «Las Tres Naciones», y con el veguero entre los dientes y un bastón de caña de Indias en la mano, se echa a la calle entre admiradores y subalternos para lucir la vitola y quemar un pico de aquellos papiros que ya bailan el Vito en el bolsillo de la chupa.

Gran sacerdote de baladronadas y jolgorios, encamina sus pies, calzados con botitas de abortón viradas de cabritilla, a un templo donde la popularidad le arrulle mientras él oficia.

Ni el camino es largo, ni la elección premiosa. No existen *cabarets*, ni *dancings*, ni *boites*, ni bares, ni grandes *halls*. El exotismo con algarabías negras y brebajes policromos, o no afloró a la vida o se mantiene allende. El negro africano ofrenda al sol su torta de mijo, y la destefñida vampiresa ahuma arenques en las costas bálticas. Ni unos ni otras presentan la universalidad de sus destinos.

El templo abre sus puertas en una bocacalle de segundo orden. Su atrio es la taberna: su ábside el Café Cantante, y el trascoro puede serlo el Juzgado de Guardia.

Mientras la expectación se enreda en el humazo de tabaco y en el del aceite frito que empenacha el jazmín morisco de un patizuelo adjunto, Boto, García, Molina, Gómez...

adláteres y subalternos, se acomodan en derredor de tres mesas de hierro con tableros de mármol, estrepitosamente acopladas, que pronto se cubren de tazas, platos, cucharillas, copas, terrones de pilón y botellines con caña y anisete. De madrugada vendrá la manzanilla sanluqueña, el jamón serrano, las aceitunas en adobo y las pasiones al natural. Todo a su tiempo y ordenadamente.

¿Qué pasa en el hablado?

Ahora, un cuadro flamenco de menor cuantía entretiene a la parroquia de café con gotas, con tangos, javerillas y zorongos. A su tiempo y ordenadamente, vendrá luego el arte mayor.

Rasga «el Porrorro» un tango gaditano que taconeó Pepa de Oro en honor de los compañeros de su padre, Paco de Oro, un torero que va y viene a Lima como a la Plaza Nueva; lo canta Luisa, la del Puerto, y hacen son «el loco Mateo», Carmelita Borbolla, Paco Cortés y Dolores, «la Pitraca», casi una niña.

Jumea el *tablaó*, y toda la atención es para los astros con tufos y coletas perdidas cuello abajo.

Paco de Oro
ha venido de Lima
de matar toros.
La niña, dice: Padre,
si usted es torero
tan reputao
a mí de bailar.

por lo puntero,
me han consagrado.
Que si Paco, matando,
quita taroles,
su niña los apaga
taconeando
por caracoles.

Tabletean las palmas; rasgan los olés los humos votivos del aceite y el tabaco, y a los pedestalillos celestes con tacon de garrucha se abate un sombrero de copa hendida en canal y anchas alas un poquito a la media teja.

Es, entonces, cuando un chaval, feo con rabia, que le dicen Enrique «el Mellizo», pega la hebra al punteo del «maestro Pérez»:

Córdoba está orguyosa
q'entre sus hijos
tiene al mejó torero
q'es Lagartijo.
Con la muleta en la mano
no hay torero que le iguale.
Cobra por matar tres toros
¡dese mil quinientos reales!
Yeber tres bandereros
—¡señores, de lo mejón!—
los hermanos Regatero
y Antonio Pérez «el Ostión».



TELA para ponerle tordo al Estrecho de Gibraltar, lo menos desde Punta de Europa a los Cuchillos de Siris, y yo con las tijerillas en la mano. No extrañen ustedes mi perplejidad, un poco a lo gallo corralero, ladeada la cabeza, desorbitados los ojos y una pata en alto—la de las tijeras—. En fin; que voy a recortar el muñeco y con la tela sobrante—¡ya pueden suponer!—que hagan mangas y capirote.

Podría iniciarse la crónica con éstas o parecidas palabras: «Porque el torero es del pueblo, le acompañó siempre esa expresión de los sentimientos populares que se llama cante». Y esto, amigos, parecerá axioma, pedantesca lucubración, espejismo, tópico manido... ¡qué sé yo! Pero me atrevo a asegurar que es una tontería. Si al torero, porque salió del pueblo, le acompañara sistemáticamente en su carrera de éxitos y encumbramiento todo lo que caracterizó la humildad de su origen, ni antaño engarzara diamantes en la camisola de bullones, ni hogaño se estrangulaba con cuellos de pajaritas. En primer lugar, porque en el hatillo caminero no las hubo; y luego, por todo lo que a ustedes se les ocurra. Y si antaño y hogaño tienen lindes en los menesteres que se analizan estirándolos sobre el tiempo, en estos del costumbrismo nacieron pitacos, espinos majoletos, chumberas y aulagas, tramándose en valladar que ni los alcaravanes lo barbean.

Así, pues, toreemos en plaza partida, y vámonos al tercio de sol donde rodó con un estoconazo en las agujas un toro jabonero de Saltillo. Y mientras lo arrastran las mulillas dándole prioridad a seis jacos que cerraron a blancas entre los belfos sucios de arena, sigamos paso a paso a este torero, que se llama Manuel García, Salvador Sánchez, Rafael Molina, Antonio Boto, Fernando Gómez... ¡Heráldica





Vámonos a la fonda, y pián pianito seguiremos hablando.

Así, de manera general, nunca fueron los toreros depositarios del canto flamenco. Yo, por lo menos, no recuerdo ahora ninguna letra de arte mayor que les consagre mimos o *acháres* por siguiriyas, martinetes, cañas, polos, serranas o playeras. Quizá alguna solearilla fraguada en el sentimentalismo de la que tanto quiso a un califa:

No es mester que te lo digan,—que tan mientras tú atoreas,—yoro yo a lágrima Eiba.

(No olviden ustedes que Anica Amaya era natural de un pueblecillo de la serranía róndeña, basto como un higo chumbo, pero con el tuétano de natillas.) No sabemos porqué; porque el toreo no es baile, o cuando menos no debe recordarlo; pero quizá no haya uno solo de los que se tacean o se rizan por allí abajo, que no tenga su letra taurina; y ya en esa gama, también se engola y se pone triste para que se le escuche a palo seco, sin requilorios ni dengueos de faralaes, ni siquiera repique de castañuelas; casi, casi, demandando emoción de pena. ¿Quién no recuerda el «tango del Espartero»? La musa de Fernando Villalón se echó un manto de viuda, y él vistió de luto la pluma y las cuartillas, y hasta vertió el tintero en una maceta que tenía a su vera; «... los claveles negros, en el negro pelo», cuando lo glosaba en su conocido romance. ¿Y las sevillanas de Reverte?

... Y yo te digo—no te tires, Reverte,—vente conmigo.

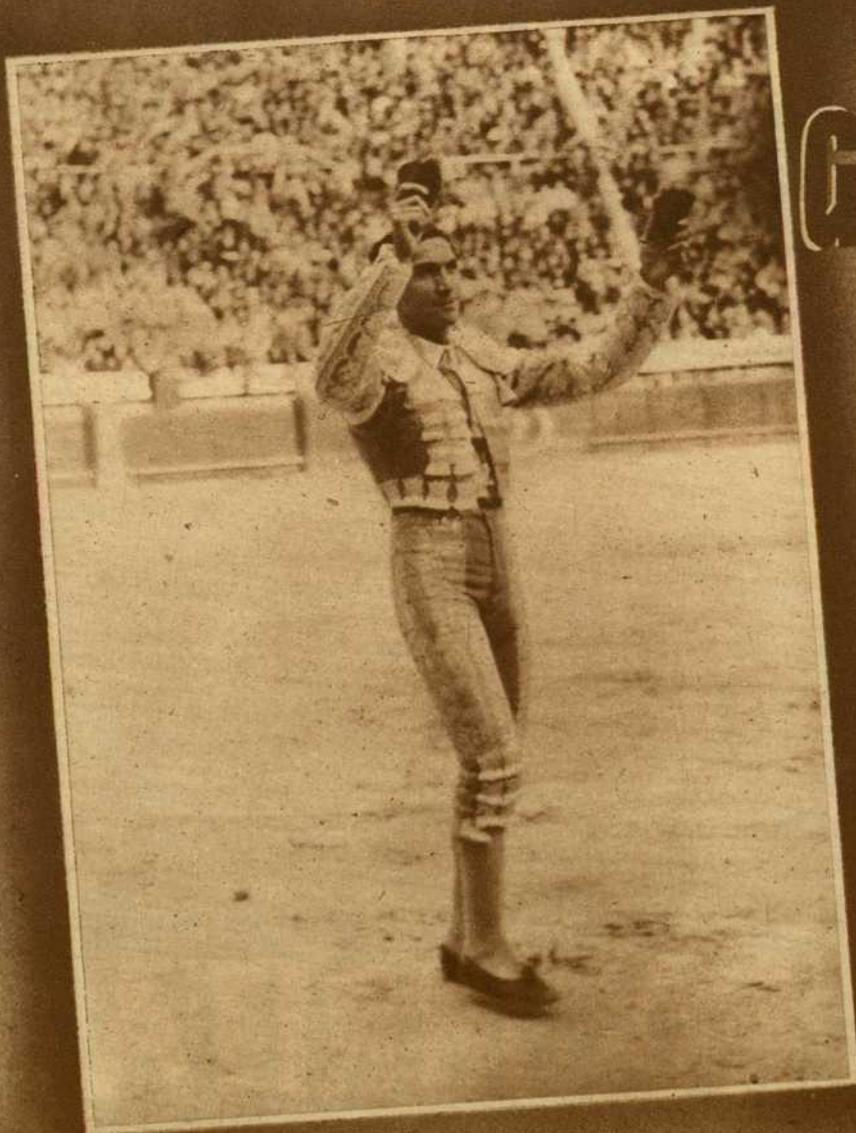
¿Y aquel tercío «por Caracoles»?

Al Chiclanero —le están bordando un capote—con la luna y los luceros.

En fin: que espigando en predios ajenos, sin perro ni casa de labor, porque son del dominio público, podría formarse un gavillero que requiere una era más amplia que la delimitada en esta croniquilla, para trillararlo y aventarlo, siquiera por separar el trigo de las granzas y el tamo.

Y despachado el cometido en el tercío de sol, vengámonos a éste del lado acá.

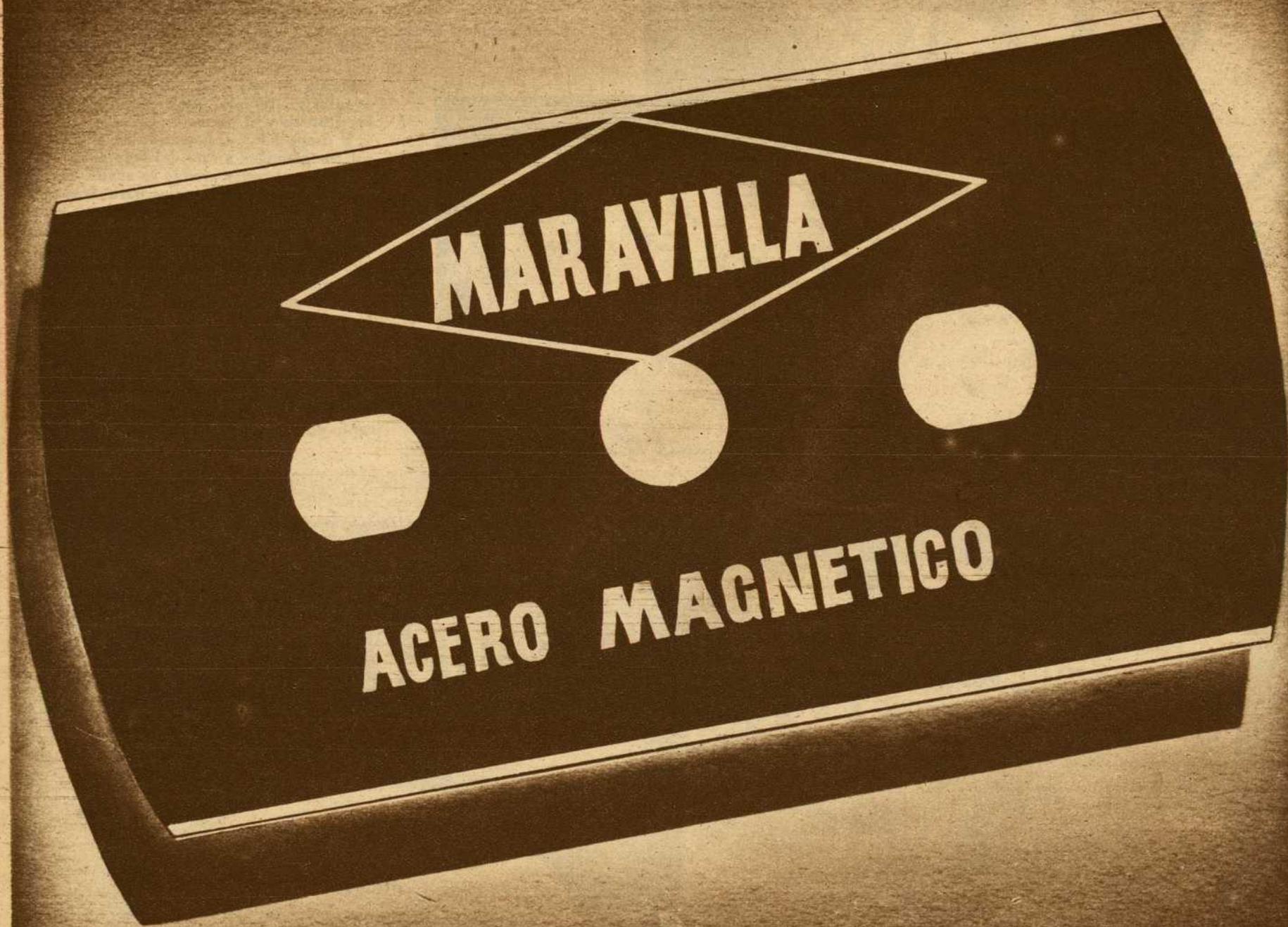
Porque el canto grande se acabó, maldita la falta que hacen templos para fandanguillos y cuplés con jipíos. El negro nos aturde con su *jazz-band* y las vampiresas se enroscan por los rincones atufaradas de tabaco rubio. La flamenquería se vistió de *smocking*, y la coleta se acertó ganando en espesura y convirtiéndose en coquito. Los poetas de *tablado* y *juerga fina* se sorbieron la fresca gracia popular. Por lo demás, como aquel capote que le bordaron al *Chiclanero*, con luz de las estrellas y plata de la luna, los sigue bordando España, porque nunca falta quien se los tercío con hombría y salero, para encanto de propios y admiración de extraños.



Fiene excelencia porque se llama
GITANILLO de TRIANA

Carteles bajo la luminosidad de tardes primaverales. Carteles en tintas llamativas. Carteles que anuncian alegría y pasión. Fiesta de toros, en fin. Y sobre aquéllos, una línea de emoción: GITANILLO DE TRIANA. Así se recuerda al maestro de toreros y torero de la maestría, y así se le ve hoy—igual que ayer—en los ruedos españoles. Ni el tiempo, ni el advenimiento de otros diestros, pudieron desdibujar la grandiosa figura de GITANILLO DE TRIANA, que se mantiene para enseñanza del arte taurino, en esa escuela que se «fundó» por los dones de la gracia y la sutileza andaluzas.

**DIFERENTE A TODAS
MEJOR QUE NINGUNA**



NO IRRITA

Los toros y el cine

Por Manuel Augusto García-Viñolas



Antoñita Colomé y El Estudiante en "El niño de las monjas"

luz tan insinuante, que los ojos del cine acudieron a ella desde muy lejos. El espectáculo de una fiesta de toros arrebató el juicio de otros pueblos que acudieron también a nuestra fiesta; y así vimos al cine americano fuera de sus casillas, vestirse trajes de luces y mantillas, y ole. Yo no participo de la indignación que a muchos compañeros les produce el ver esas "interpretaciones" que los extranjeros hacen de nuestra fiesta; no paso de sonreírles cariñosamente. Y es porque halaga mi vanidad de español ver cómo unas cinematografías que tienen tantas cosas que hacer en su país, han llegado a sentirse arrebatadas por la fuerza de un tema

para que se clave en el tema como Dios manda. Hace unos días me ha conmovido el ver a los grandes actores del cine norteamericano vestidos de cowboys, devolviéndole al tema primitivo, con el prestigio de sus nombres y la sabiduría de su nueva técnica, el favor universal que aquel airoso tema de los caballistas le dió al cine americano, cuando éste no tenía fuerzas aún. Porque no hay criatura más sentimental que el cine. Yo espero también que cuando la cinematografía española pueda dedicar media hora de meditación a sus verdades eternas, sabrá devolverle al tema de los toros el favor universal que él le dió. Que sea con la dignidad que la fiesta merece y que no tengamos que tirar la película al ruedo, para que el toro la cornee, impunemente, por la plaza.



A PENAS tuvo cuerpo, nuestro cine cayó en la tentación de ir a la fiesta de los toros. Esta caída en el "color local" no ha podido ser evitada por ninguna cinematografía joven; todas ellas propendieron a lo peculiar, a caracterizarse con el tópico, en sus primeros años. ¿Qué fueron los primeros años del cine americano si no aventuras de cowboys? ¿Qué otra cosa podían ser los nuestros si no trágicas historias de toreros? Cuando el hombre consigue manejar una máquina fo-

tográfica, lo primero que hace es retratar a su familia, a su novia, el escueto paisaje que ve desde la ventana de su cuarto..., a lo que tiene más cerca, en fin. Es un fenómeno de la ternura que no debemos contrariar. El cine cayó en él, naturalmente, y esta es una de las razones que tengo para querer el cine como a una criatura humana.

Pero aquel atuendo nacional que nuestro cine se vistió para ser reconocido por el mundo resultó ser, además de una prueba inevitable de ternura, un manantial de virtudes cinematográficas. Si el "color" francés llevaba a su cine por las calles sombrías a películas de bajos fondos, y el "color" germánico iba llevando al suyo por unas densas elucubraciones, donde se alambicaba el cerebro del mundo, el "color" español nos conducía, en cambio, a una fiesta luminosa y alegre, donde había pasión y gracia y movimiento. Nuestro "color nacional" era, con el norteamericano, el único que invitaba a correr por los campos, al aire libre. Yo no sé todavía si las virtudes cinematográficas tienen sus nombres propios. Pero en este ruedo ibérico de los toros había cuanto puede soñar el cine. Allí estaba el argumento, la emoción, la belleza..., y no como espectáculo ni mascarada ocasional, sino como ceremonia en la que tomaba parte la vida entera de un pueblo. La plaza era el término apoteósico de una larga y apasionante vida campera, llena de humanidades. Y el cine cayó en ella, deslumbrando. ¿Qué tentación más fuerte para una cámara de cine que la de mirar un hombre vestido "de luces"?

Aquella caída en la tentación de la fiesta de toros pudo haber sido la "conversión" de nuestro cine a una buena doctrina cinematográfica. Pero no supimos ver todo lo que había dentro del ruedo luminoso de la fiesta; el cine no entró con hondura en la plaza, no supo levantar de allí el canto hondo, sino rasmar, canturreando, la arena. Y el encanto profundo de la fiesta quedó sin abrir, entero, con toda su verdad intacta, en espera de alguien que quisiera desentrañar su vida.

El poder de la fiesta era tan sugestivo, y era su

nuestro y caer alegremente en el ridículo con tal de ir vestidos con un traje de luces.

Lo cierto es, como todo el mundo ha dicho ya en el muro de sus lamentaciones, que la película de los toros está por hacer aún. Me gustaría tratar algún día las dificultades que esta película tiene y que son muchas más de las que a primera vista se alcanzan. El ruedo de la plaza solo es un océano donde la historia de los toros desemboca, un final de apoteosis que puede llevar la película en hombros o hacia la enfermería, pero adonde la película tiene que llegar "por su pie". Se han hecho películas de toros sin contar con el toro; una literatura superficial le ha impedido a la cámara de cine meterse dentro de la fiesta; el tema fabuloso se han enredado en unas historias vulgares. Y alguien tiene que sacarlo de allí, donde se le vea tal y como es, íntegramente.

Este "alguien" bien pudiera ser el color, ese color de fiesta que va tomando el cine. Porque lo cierto es que la película en blanco y negro intentó recoger, sin conseguirlo, todo aquello que había de pasión y de movimiento en la plaza; pero el color quedaba fuera de la película, y sin él la fiesta tomaba un aire de fantasma, de "negativo", de sombra. La alegría de una plaza de toros, el pasmo de color que la enciende como un volcán, no cabía en aquel celuloide blanco y negro. Luego, el cine sonoro no trajo aportación alguna. Porque el sonido de una plaza de toros está en la luz, que grita. Por eso no se han hecho en esta edad, que podríamos llamar "edad sonora" del cine, intentos considerables de películas taurinas. Pero el color llega ya, ruidosamente, a las pantallas; el color insensato, irreal, que la fiesta pedía. Y es ahora cuando podemos esperar que el cine recoja todo lo que hay en ella. América ya "lo ha visto", y por eso ha realizado ya "Sangre y arena"; pero es a nosotros a quienes corresponde ver "de verdad" lo que hay dentro de ese color que se diría inventado para recoger una fiesta de toros.

Estas líneas no quieren rozar el tema de la "españolada", que merece un estudio más ambicioso, porque entra dentro de una idea más amplia: la de hallar lo que es, propiamente dicho, el cine español. Estas líneas son, simplemente, un llamamiento a la mirada del cine



Una escena de "Sangre y arena", película rodada en Estados Unidos



La Romerito y Maravilla en una escena de "Currito de la Cruz", en su versión cinematográfica

AL REGRESO DE UNA BRILLANTISIMA JIRA
ARTISTICA POR AMERICA

ANTONIO BIENVENIDA,

sus emociones y sus éxitos

LLENO de laureles, cargado de sensaciones artísticas, que el exquisito afán de este torero sabe seleccionar perfectamente, nos llega de América Antonio Bienvenida.

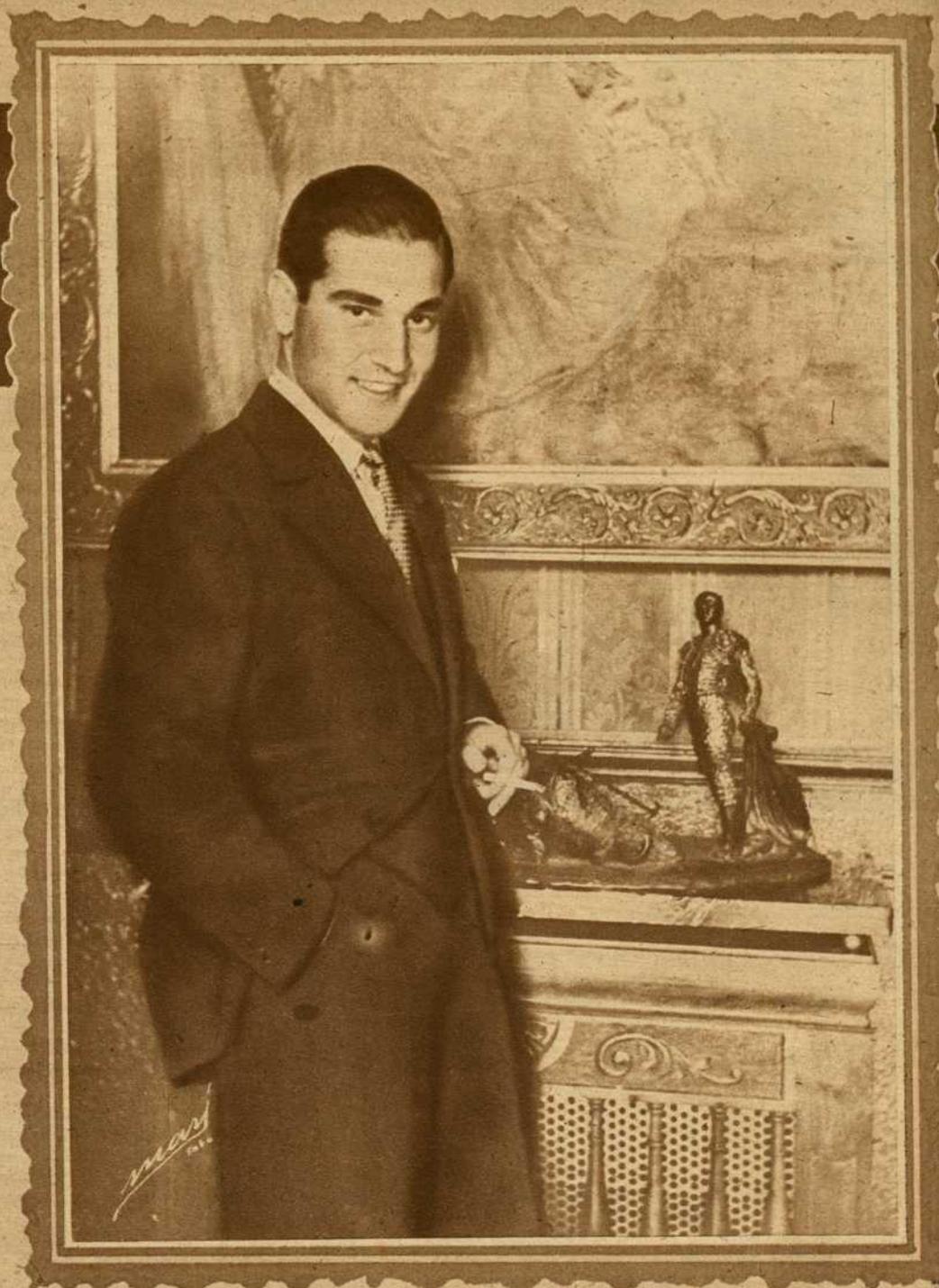
En el regazo de un íntimo coloquio, a la sombra de valiosos trofeos taurinos, que decoran este rincón de su casa, donde la charla se hace más entonada, como si no quisiera perder nada de su natural esencia, este lidiador excelso nos va hilando la seda de sus recuerdos con una casi infantil reiteración:

—Vengo maravillado de mi viaje. El cariño que Venezuela y Colombia dedica a todo lo nuestro, a todo lo español, es algo tan hondo, que impresiona y seduce. Y en la magia de sus ofrendas traigo enredado lo mejor de mis fantasías. En el toro y fuera del toro, como español y como artista, el derroche de atenciones recibidas ha sido tal que no hay palabra que lo ensalce. Sólo el temblor vivo de un verbo como el de Federico García Sánchez sería capaz de describir los cuadros de fervorosa adhesión de que he sido objeto, no por mi insignificante persona ni por mi modesta calidad profesional, sino por lo que nuestro viaje podría entrañar de mensajería española. La recepción, mi debut, mi despedida, tanto en mi cuna como en Colombia, han sido hitos sólidos de un ininterrumpido estruendo de agasajos.

Nunca pude esperar ni concebir tanta ventura. La desmedida afición por la fiesta de los toros, que hoy revienta de entusiasmo, fué, sin duda, el marco apropiado para nuestros mejores logros. Se vive allí nuestra fiesta con tal ardor, con tan minuciosa captación, con tan enamorado celo, que estoy por creer que si en España algún día se llegara a desdibujar, vendría de allí el aliento que de nuevo la hiciera grande, popular e indestructible.

Nuestros problemas taurinos son los suyos; nuestros temas—incluso los más recientes—, sus escarceos más preferidos; baste decir que en Caracas se ha seguido y se sigue con apasionante discusión la iniciativa del gran escritor Giménez Caballero de enderezar la suerte de varas hasta su máximo esplendor. Allí me enteré del valor de sus razonamientos y del alto fin que los guía, y me hicieron terciar en todas las controversias. Podría decirse, sin temor a dudas, que la línea taurina española, quizá por influencia tropical, se hace más densa al llegar allá. Por ello la excursión, magnífica por todos conceptos, ha tenido sobre todos el grato sabor de la convivencia en un ambiente que le es a uno peculiar.

De otra parte, el comprobar la solera afectiva por un nombre artístico que mi padre supo dar a respetar y querer



en años de lucha y triunfos, ha sido, sin duda, el más preciado título de nuestra amable jira. Todo, pues, ha contribuido al espléndido resultado, del que no puedo más que enorgullecerme. Y de mi viaje me queda, junto a la emoción del regreso, el afán de volver a gustar las satisfacciones recibidas. Y la firme promesa, que hemos tenido que dejar empeñada, de que en mi próxima visita nos acompañe mi hermano Pepe, torero, que, con Manolete, forman la más soñada expectación en aquellas tierras de todas mis ilusiones y para las que tengo, desde MARCA, los mejores de mis respetos.

Sin pausa tipográfica hemos recogido en monólogo sintético lo más saliente de un diálogo dejado perder entre gratas confidencias, donde la juventud lozana de Antonio Bienvenida ha esmaltado con la suprema gracia de su saber decir, los rasgos más sobresalientes de este brillantísimo viaje, donde la calidad suprema de este singular torero se ha sabido imponer a las multitudes con el rumbo de su desprendimiento y de su arte.

Patentes son las certezas, llegadas a todos, acerca del clamoroso triunfo de Antonio Bienvenida por tierras americanas; pero con ser firmes, lo es más la confianza con que los públicos españoles siguen los pasos de este maravilloso intérprete del toreo al natural, seguros de que en la llama de su fe va prendida la seguridad del éxito de su único y verdadero ídolo.



VIDA ROTA de MANOLO GRANERO

Por Manuel G. Domingo

Quizá sorprenda a muchos leer que antes, mucho antes de que la casualidad me empujara, quise fatalmente, hacia la órbita deportiva, fui cronista taurino allá por los años de 1912, procediendo en tales menesteres periodísticos, en el diario "La Mañana", a Gregorio Corrochano. Fué de esta afición mía a los toros y de mi vieja amistad con los mayores de Manolo Granero, ambas cosas estrechamente ensambladas, de lo que partió el haber sido más tarde el más próximo testigo de aquella gran tragedia, que convirtió la vida juvenil y triunfante de Manolo Granero en una vida rota.

Manolo Granero vivía conmigo en mi casa de Madrid, sita en Buen Suceso, 18, tantas veces cuando su incesante vaivén de gran lidiador le traía de pasada o de estancia a nuestra ciudad. Era yo, a más que su íntimo, un a modo de consejero áulico. Tenía bastantes más años que él, más experiencia de la vida, ya bastantes conocimientos, en razón a mi profesión de periodista, y esto, unido a que Manolo tenía la certidumbre de mi afecto y lealtad, hacía que el gran lidiador me tuviera casi, casi un respeto que, desbordando el mismo afecto, lindara ya en la confianza ciega. Sabía que yo no habría de engañarle nunca.

—Mi casa era la suya. Y recuerdo que el último beso que Manolo Granero dió, ya vestido de torero, cuando salía para la Plaza de Toros la misma tarde de su muerte, fué para mi hija Amparito, que aun, afortunadamente, vive. Manolo la cogió en brazos y la dijo así:

—La oreja que esta tarde corta, te la voy a traer a ti. Como valenciano, a Manolo Granero le gustaba extraordinariamente el arroz, y para aquel domingo trágico mi madre le había hecho la clase de guiso que él le había pedido: un arroz al horno. Manolo se sentó a comer a las doce en punto, y apenas probó su plato favorito. Apartándolo con cierta displicencia, dijo así a mi madre:

—Doña Amparo: No tengo gana. Guárdemelo, y me lo comeré cuando vuelva de la Plaza.

Desde la noche anterior, en la que habíamos estado juntos en el teatro Maravillas, venía notando yo en Manolo Granero cierta preocupación, y más de una vez le pregunté si le ocurría algo. Granero me respondió siempre negativamente. Es más: de regreso del teatro Maravillas, a la una de la madrugada, en plena calle del Buen Suceso, a la puerta de mi casa, como era verano,



se quitó la americana y comenzó a torear él solo de salón, ante su hermana Consuelo, su tía Asunción, su tío Paco Juliá, mi señora y yo, que le acompañábamos, diciéndonos:

—Como me saiga mañana el toro, voy a armar la revolución. Voy a liarne por naturales y pases de la firma, porque éstos aun no los he dado a gusto en Madrid.

El pase de la firma, ya famoso incluso entre la afición madrileña, lo había "inventado" Manolo en mi casa de un modo casual. Una mañana, estando lavándose, cogió la toalla y una pequeña regla de dibujo que tenía yo en la habitación donde Manolo dormía y "construyendo" con ambas cosas una

mula y "construyendo" con ambas cosas una mula, dijo así:

—El caso es que con la mula yo podía dibujar mi firma en el aire, que sólo es una especie de "ese". Así: ¿has visto?

Y, en efecto, vi con cuánta gentileza y gallardía Manolo Granero, con aquella muletilla improvisada, componía su firma en el aire, simulando dar un elegante pase de mula. Y Manolo aun añadió:

—¿Sabes que esto puede ser un formidable pase de mula? Mañana, como me saiga el toro, voy a intentar darlo.

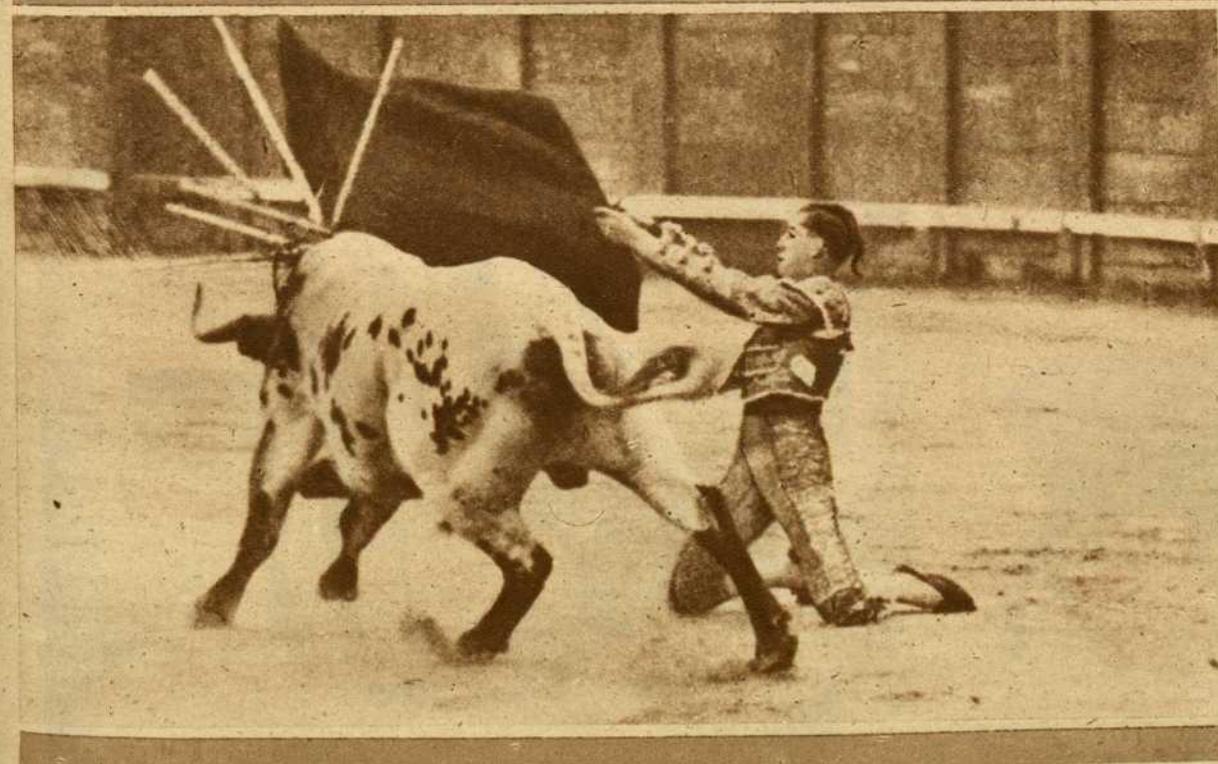
En efecto, al siguiente día, Manolo Granero cortaba la oreja de un hermoso toro de Santa Coloma, después de haber emborrachado al público con una faena de mula hecha a base de unos pases nuevos que entusiasmaron, por su gallardía y su novedad, a la muchedumbre que llenaba el coso. Estos pases eran los pases que el mismo público, con un gran sentido de su composición, había denominado de "la firma". Los que el día antes, con aquella muletilla de la toalla y la regla de dibujo había ensayado, artista y creador, frente al espejo del armario de luna de mi casa de Buen Suceso.

Pero volvamos al día trágico.

Después de haber besado a mi hija, en unión de su mozo de estoques "Finezas" y de mí, Manolo Granero salió para la Plaza. "Finezas" iba delante con el chófer, Manolo iba solo detrás conmigo. No olvidaré jamás, jamás, sus últimas palabras, cuando, ya en plena calle de Alcalá, la gente, al verle pasar, le vitoreaba desde aceras y tranvías:

—Me da miedo torear siempre que vengo a Madrid.

Porque es que este público obliga tanto y es tan cordial... ¿No ves cómo la gente me aplaude antes de llegar a la Plaza? Además, que lo que se hace en Madrid se sabe en todo el mundo. Esta tarde, saiga o no saiga el toro, me vais a ver. Le he dicho a tu



hija que voy a llevarle la oreja. A ver si cumplo mi promesa.

Llegamos al patio de caballos. Abandonamos el coche. Y allí, a la puerta de la capilla, donde él entró a orar, como siempre, antes de la corrida, me dió el último abrazo, diciéndome:

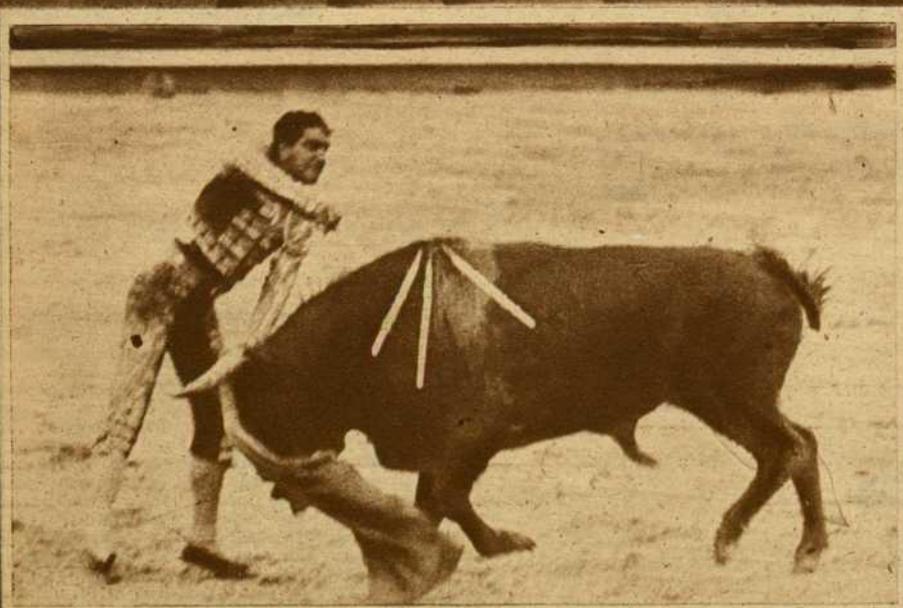
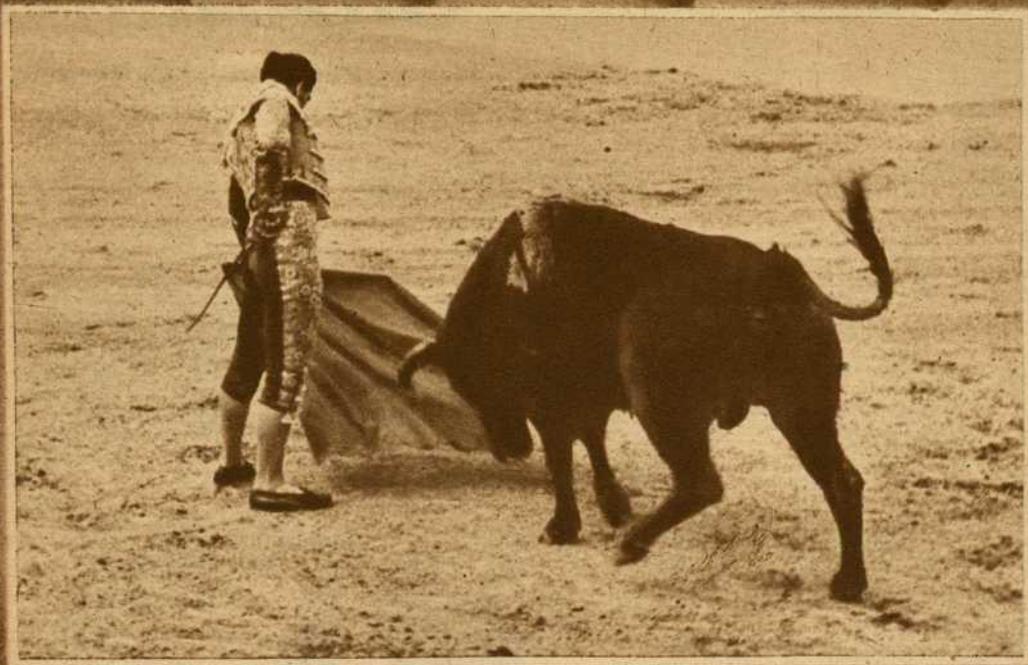
—No te pongas nervioso si en el primer toro no se me da bien, porque si no es en el primero, será en el segundo. Esta tarde es mi tarde decisiva. Hasta luego.

Aquel "hasta luego" tenía que ser un "hasta nunca". Fue el primero en llegar a la enfermería. Su cuerpo estaba ya axánime. Loco de dolor y arrebatado de angustia, le toqué con mis propias manos para convencerme. Su frente aun estaba caliente. Devotamente me incliné sobre él y le devolví el beso que él una hora antes había dado a mi hija. Fue la última ofrenda material que pude entregar a aquella joven y triste vida rota: la de Manolo Granero, el mejor lidiador y el más artista que dió mi ciudad de Valencia, ciudad de artistas.

Hoy brilla más que nunca
el Sol del Perú

ALEJANDRO MONTANI

Igual que su sol, abrasador y lleno de luminosidades, Alejandro Montani brilla en esplendores nuevos. Brilla y abraza en emociones gigantescas, como si en este torero la tierra madre quisiera regalarnos la figura más excelsa de su poderío. Sí, Alejandro es figura excelsa, creadora, pródiga en un arte que al torero peruano inspiró en el afán más noble, puro y grandioso que puede animar al hombre: la Conquista. Y «EL SOL DEL PERÚ» ha conquistado fama y algo más: personalidad. Su arte, dominador en todas las suertes del toreo, es tan suyo, que ALEJANDRO MONTANI representa el clamor y el triunfo enlazados impercederamente.



DINASTIAS TORERAS

Por R. CAPDEVILA



Para Guillén Salaya

"SERIE de príncipes", o también: "Familia en cuyos individuos se perpetúa el poder." Así define la Academia el sustantivo "dinastía".

A la vista de ambas traducciones, me ha asaltado una nube de escrúpulos al estampar el título anterior. En el panorama de las familias toreras que vamos a recorrer, por frondosas que son algunas de ellas, no to-

dos sus miembros son "príncipes" ni han vinculado la gloria para sí. La profesión, es cierto. Como en otros oficios. Por eso, yo diría: "Reatas de bestiaros." Que tiene más ímpetu. Y hasta más iberismo taurino, al menos en su primera parte.

Comenzaremos casi por abajo. Existen familias toreras; pero para sorpresa de muchos, diremos que no tantas como vulgarmente se cree. La vocación profesional la producen diversos factores: el espectáculo, a veces; sus aledaños, otras, como en el caso —pienso yo— de Alfredo Corrochano; el campo y la ganadería, otras muchas, principalmente en cuanto al gremio de varilargueros, aun cuando también en gentes de a pie, como los casos Lalanda, Pascual Márquez, Juan Mari Taberner, Coquilla y otros.

Este es el caso neta de "dinastía". Pero en él, que es el que suele empezar a llenar la historia y los carteles con ordinales romanos (I, II, III...), suceden varias cosas: que no todos los inscritos son espadas, sino que entre ellos se interpolan algunos subalternos o miembros que se frustran en los cursos preparatorios de la novillería; que abundan las usurpaciones o el mancomún de los motes; que, en ocasiones, la rama propiamente familiar es una sucesión de apodos diferentes o evolutivos, como el "... ito", el "... illo", el "... ete", el "Chico"; y, finalmente, que, por ley natural, varias de esas familias se funden y llegan a constituir la general, la grande y frondosa, por donde la sangre viene de muy diversas fuentes, permitiendo formar el verdadero árbol genealógico. En el "cielo" taurino de dos siglos, ¿pueden ser dinastía los hermanos? He aquí una serie de ellos: los Conde—?—(Juan José, Melchor y Juan); los Ruiz (el "Sombbrero" y Luis); los Badén (Manuel, Antonio y Lorenzo); los Machío (Jacinto, José, Francisco y Manuel); los "Frascuero" (Francisco y Salvador); los Mazzantini (Luis y Tomás); los "Fabrilo" (Julio y Francisco); los "Dominguín" del Campo (Domingo y Andrés); los "Bombita" (Emilio, Ricardo y Manuel); los "Torquito" (Serafín y Faustino); los Freg (Luis y Salvador); los "Nacional" (Ricardo y Juan); los "Maera" (Manuel y José); los Posada (Faustino, Francisco y Antonio); los Fuentes Bejarano (Luis y Manuel); los Agüero, los Amorós, los "Armillita", los Ortega, los Caro, los De la Casa, los Márquez (Pascual y el picador); los Del Pino... Son familias que han estado o están en una sola generación. Como cabe también considerar dentro del mismo escalón los casos de afinidad de los cuñados: Juan León y el "Barbero"; "Potoco" y "Aqualimpia"...

Donde la dinastía apunta, sin llegar a cuajar, es en el primer grado. De padres a hijos: los Cándido (José y Jerónimo José); los Lucas Blanco (Manuel y Juan); los "Lavi"—que prolongan el "gitanismo" abierto el siglo XVIII por José Jiménez, y que más tarde continuará "Paco de Oro"—(Manuel, Gaspar y Manuel); los Carmona (José, Manuel, Antonio y José); los "Novevas" (Pedro y Juan); los "Matefo" (Mateo y Gabriel); los Ortega "Lillo" (Manuel y Antonio el "Marinero"); los Leal "Pepe-Hillo" (Cayetano, Eduardo, "Llaverito", y Cayetano); los "Litri" (Miguel y Manuel); los "Almanseño" (Pascual y Pascual); los "Chicuelo", los Martín Vázquez, los "Oscioncito", los Be'monte, los "Dominguín" González, los Ballesteros, los Pazo, los "Zuritos", los Barajas, los "Cagancho", los Iglesias, los Ordóñez... O en los casos de tíos y sobrinos (algunos van ya incluídos ahí atrás): Gregorio Jordán y Antonio del Río, los Lara ("Chicorro" y el "Jerezano"), "Lagar-tijillo" y "Lagar-tijillo Chico", los "Regaterillo" y "Regaterín", los "Andaluz", los "Angelate", los "Gitanillo de Triana"... O en casos de mayor complicación, pero, en esencia, sólo de dos escalones genealógicos: los "Algabeño" (padre e hijo y un cuñado del padre); los Lalanda, con su primo Pablo (y ahora, un hijo de Eduardo).

Es ya al tercer escalón donde puede empezarse—creo yo—a hablar de "dinastía" en lo tauri-

no. Y aquí se empiezan a aclarar las filas, porque aun cuando no pretendo en este examen rápido sentar conclusiones—ni dejo de esperar errores abundantes—, el segundo grado o tercera generación está bien definido en pocos casos. Y eso admitiendo la corruptela de que en la primera o arranque, el que figure sea un peón (por lo que, sin duda, alguna de las "reatas" anteriormente mencionadas tendría derecho a venir a este grupo también, o alguna de las que van a enumerarse, obligación de volver atrás). Pueden ser éstos: los Romero (Francisco, Juan, Pedro, José, Gaspar y Antonio); los Yust (Luis Rodríguez—tío—, Juan Yust y Juan Yust); los Reverte (Antonio, Manuel G. Reverte, "Revertito", y M. G. Barbero, "Revertito"); los "Bienvenida" y los "Valencia"...

Por lo demás, consolidada ya con cuatro "trancos", que esto sí ya supone "más de un siglo en activo", está la casa de los "Gallo", rodando de padres (José) a hijos (Fernando) y nietos (Rafael y Joselito) y bisnietos ("Gallito" y Sánchez Mejías). Esto ya es mucho. Aunque no todo, porque ahí va el trueno gordo.

Dos grandes grupos, dos enormes constelaciones, iluminan como última realidad el firmamento del toreo; merecería página—qué digo página: tratado—especial cada una de ellas. Estos, sí, con arreglo al Diccionario: dinastías; casas de príncipes, perpetuas en lo que humanamente cabe. Son la Casa de Córdoba, con media docena de generaciones "encerezadas" y constantes y cerca de siglo y medio de presencia (desde la guerra del francés), y la Casa matriz de Sevilla, con siete "tramos" genealógicos, que saltan y concluyen en Madrid a lo largo de cerca de dos siglos. Las Casas de "Panchón" y de Francisco Herrera.

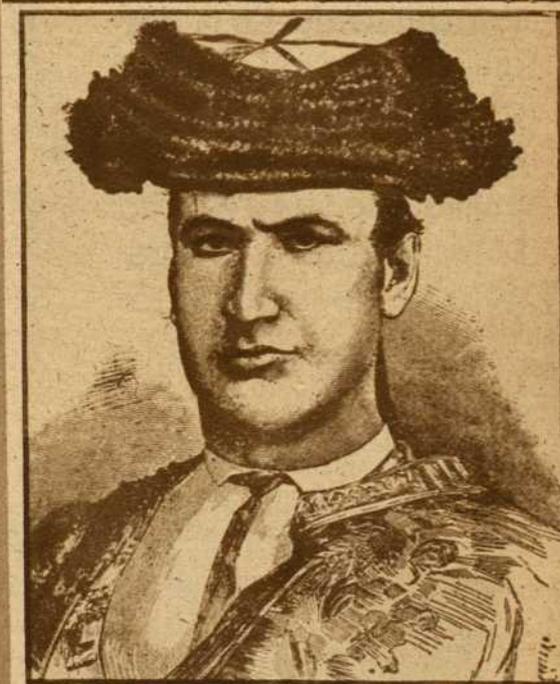
En la Casa de Córdoba se implican quince espadas a través de una serie de enlaces, donde ni siquiera faltan padrínazgos de pila. "Panchón", Antonio Luque, "Bocanegra", "Lagartijo" y su hermano Manuel; "Pepete", "Cúchares de Córdoba", "Lagartijo Chico", "Manolete" padre, "Bebé Chico", "Guerrita", "Torerito", "Machaquito" y "Camará". "Manolete" el de ahora representa la última gota de ese río. Como "K-Hito" dió hace tiempo su árbol genealógico—a falta de "Bocanegra" solamente—, me salva de repetirlo. Y ello me permite acabar en la sola afirmación de que hoy en día, ¡y que de par en par!, sigue abierta la Casa de Córdoba. Que Dios la eternice.

Porque la otra Casa, la de Francisco Herrera, que alborea a mediados del XVIII, culmina en los Arjona del siglo pasado y queda clausurada poco antes de nuestra Guerra de Liberación. Doy gráficamente su historia, respecto de cuyo arranque en el parentesco de los Rodríguez y respecto de cuyo final en el grado de los Hipólitos, discuten algún detalle los autores. Vivieron en ella Pedro Palomo, Francisco Herrera, Juan M. Rodríguez, "Curro", "Costillares", "Curro Guillén", el "Cúchares", Manuel Arjona Herrera, el "Tato", "Currito", los "La Santera" (padre e hijo)... ¡Qué Casa hondísima esta Casa! Tan Casa fue y quedó la más ingente de la historia de toros; tan por Casa la tuvo, Salaya, Guillén, que porque tú me lo pediste canté a Curro Guillén en un romance para imprimir en pergamino y leerlo en tertulia. ¿Cuándo va a estar? Ya. Si te esperas un poquito, apareará a Guillén con Curro Cúchares. El Cúchares me tienta. Se me antoja en el centro del siglo, en su profunda encrucijada, como un caso gemelo de entronques taurinos, al que en ganadería brava representa a ese tiempo Anastasio Martín. Un "embroque de sangres". Pero, ¡ay!, que las sangres se pierden, y los Anastasio dicen que ahora se marcha hacia una casa de coñac. Así le pasó a Veragua, también de aquellos medios del ruedo del XIX. Es el sino de todas las terrenales dinastías.

Las dinastías taurinas. Yo hablaría aún de temas al margen de esto. De las dinastías nominales, sin parentesco alguno por dentro: los "Algabeños", "Punteret", "Saleri", "Pepetes", "Gavirás". De estos mismos sinos trágicos de los "Pepetes", Lucas Blancos, "Dominguín" (Del Campo), "Gaviras" y Montes (últimos, éstos, contra cuyo maleficio parece no haber podido contrarrestarlo en nada la cumbre solitaria de "Paquiro"). Del mismo "Paquiro" y otros solitarios: "Pepe-Hillo", "Chiclanero", Fuentes. De muchos casos más. Pero me he puesto triste, melancólico, al cerrar esa Casa cimera del "Cúchares" entre Arjona y Herrera.



Manuel Fuentes, "Bocanegra"



Manuel Molina



Joaquín Rodríguez, "Costillares"

He aquí la promesa de
la temporada

Manolo **CORTÉS**

Muchas veces, en la fiesta brava, la figura de Manolo Cortés se ha revelado como la segura promesa de un arte quintaesenciado, que le situará muy pronto como «as» de la tauromaquia. En la gracia de su estilo, floreciente de valentía sin igual, Cortés pone el ímpetu de su juventud para lograr el sobrenombre de «fenómeno»



PARA DARLO TODO EN EL TOREO
HACE FALTA LLAMARSE

PEPE
CATALAN



Porque nació en una época en que se exige tanto, Pepe Catalán se entregó al toreo para darle todo. Y como para darlo todo hace falta ser artista de verdad y más valeroso que nadie, Pepe se hizo el «predilecto» de la afición.

De él—como de Manolo Cortés—es guía de experiencia don Andrés Gago, el experto y conocidísimo apoderado.

La

TRAGEDIA EN EL TOREO

Por DON JUSTO



PRESENTA el taurómico circo un deslumbrador aspecto.

En sus graderas vemos, ataviadas con la española mantilla, rostros nacarados de bellas mujeres.

Claveles rojos, prendidos coquetamente sobre

sus pechos, mecense ondulantes por el palpíteo de una intensa emoción.

Ellos, aprisionando algunos entre sus labios el habano veguero, gesticulan y palmorean frenéticamente la última majaza del lidiador.

La alegría domina la situación, y el cuadro, de abigarrados colores, es iluminado por un sol radiante que, satisfecho, contempla extasiado todo aquello.

Transcurre la corrida, en la que los diestros se esfuerzan y compiten en alardes de arte y de valor.

Pero en un minuto, porque así lo ha dispuesto la fatalidad, aquel cuadro de vida, sol, flores y caras bellas adquiere súbitamente un tono sombrío.

Un angustioso alarido recorre con la velocidad de la luz todos los ámbitos del palenque.

El arrogante mozo, envuelto en sedas y caireles, al entrar en corto y por derecho en el momento más supremo del toreo, fué alcanzado por los buídos pitones de la fiera, volteado horriblemente y arrojado sobre el albero como un guijápo.

Mortalmente herido, rueda el toro como un carrete, y el gladiador, lívido, destrozada y tinta en sangre la aurílica taleguilla, es conducido, en brazos de peones y mozos, hacia la enfermería, dejando una estela de angustia y de dolor.

Las mulillas, vistosamente enjerezadas, arrastran lentamente al cornúpeto causante de la tragedia, al propio tiempo que los profesores de la banda de música atacan los primeros compases de un torero pasodoble.

Yace inmóvil, sobre una fría mesa operatoria, el cuerpo del lidiador vencido.

Gasas en sangre empapadas quedan esparcidas sobre el pavimento de la sala de operaciones, y en ésta, el vestido del espada, desordenado y hecho jirones, es mudo testigo de la dramática escena.

Despojáronse los galenos de sus albos blusones. La cornada fué enorme, y la Ciencia se declaró vencida ante el impotente caso. El silencio en la estancia, enrarecida aún por el éter, es emocionante.

Sobre las mejillas de los individuos de la cuadrilla, que aun contemplan apenados el cuerpo de su «mataor», discurren gruesos lagrimones, y hasta aquel triste lugar llega el eco de los aplausos que un público enardecido prodiga a los compañeros del caído, porque la corrida continúa...

¡Ah! Pero no es ésa precisamente la gran tragedia en el toreo.

La otra, la que perdura y no llega al espectador, que pagó sus buenas pesetas para que el torero se jugase la vida, se desarrolló entre cuatro paredes y lejos del lugar del suceso.

El infortunado lidiador no se hallaba aún colocado en el oficio. Aspiraba a llegar, a gozar de un envidiable cartel, a ser solicitado por las Empresas, para



ganar dinero, mucho dinero, y con él procurarse un bienestar, porque su anciana madre, su esposa y dos angelicales criaturas no vivieran desamparadas si algún día llegaba a faltar él.

Y sólo pensando en esto, olvidando otras tragedias que antes pasó en plazas pueblerinas, y devorado por la fiebre en los hospitales en sus principios toreros, halló la muerte ante millares de espectadores, siendo víctima de la ferocidad de un toro, que en legítima defensa procedió.

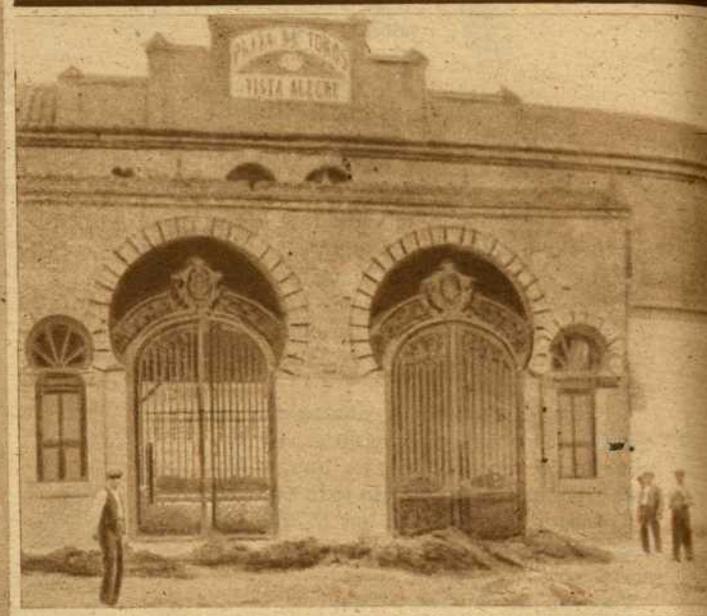
Ten presente, querido lector, estos sucesos terroríficos y lastimeros, y trata con la mayor benevolencia a esta clase de paladines, vestidos de oro y seda, que de vez en cuando caen a la luz del sol sobre las arenas de las plazas, luchando por la vida; que ésta es, en definitiva, la gran tragedia de nuestra existencia.



La primitiva Plaza de la Puerta de Alcalá



Arriba: Plaza de Toros de Tetuán. — Abajo: La de Vista Alegre, en Carabanchel



LAS CINCO PLAZAS DE TOROS DE MADRID

Por Rafael Hernández



EL día 30 de mayo de 1754 una muchedumbre de manolos, chispeiros, menestrales y tal cual caballero de bordada chupa y vuelillos de encaje en las bocamangas de la casaca dejaba atrás el Prado de Recoletos y por el paseo del Pósito, que hervía de calesas y carrozas, adelantaba entre

nubes de polvo hacia el Parador de San José, por donde se iba a las Ventas del Espíritu Santo, en el camino de Guadalajara. Ya en las afueras, frente a las tapias del Buen Retiro, se alzaba la Plaza de Toros de Madrid, la primera Plaza de Toros construida de fábrica y cerrada con muros de cal y canto, que tenía la Corte por merced especial del Rey Don Fernando VI, que hizola levantar de su peculio particular y la regaló al Hospital para sostenimiento de los enfermos que allí recibían asistencia. En aquel mismo lugar existió durante once años una Plaza de madera, en la que, por privilegio de Felipe V, obtenía la Sala de Alcaldes ayuda para sus gastos.

Aquella mañana de mayo hubo una media corrida, en la que torearon los espadas Juan Esteller y José Leguregul (el Pamplonés), ayudados por Antón Martínez. A la corrida de la tarde, que fué de 12 toros, asistió el Rey con la Corte, y hubo caballeros en plaza, se quebraron rejoncillos y garrochones y no faltó la lanzada a pie firme, y actuaron también los mismos diestros que por la mañana.

Fué aquella la primera Plaza de Toros propiamente dicha que tuvo Madrid. En ella se hizo durante muchos años el paseo de las cuadrillas con los perreros que llevaban los seis feroces perros de presa que habían de ser soltados al toro que fuera manso y no entrara a los caballos. Y luego, detrás de los li-

diadores y de los servidores del ruedo, salía el verdugo montado en un burro, y desde el centro de la Plaza leía el pregón que amenazaba con severas penas a los que arrojaran piedras o palos a los lidiadores, blasfemasen, trabáranse con armas en alguna reyerta o contravinieren en alguna forma las órdenes del Corregidor, que presidía la función.

Fué la Plaza de los grabados de Goya y de Carnicero; la de las navarras de Martíncho; donde Juanito Apifani dió por primera vez el salto de la garrocha; donde Costillares, que inventó el volapié, practicó e impulsó las primeras reglas del arte de torear; donde Pedro Romero y Pepe-Ilo sostuvieron la más brillante competencia que registra la Historia; donde nacieron las escuelas rondeña y sevillana, y donde la tarde del 11 de mayo de 1801 Pepe-Ilo, que vestía de verde con alamares y bordados negros, cayó muerto en la arena entre la emoción del público y el grito de angustia de una duquesa que llevaba corpiño y basquiña del mismo color que el traje del torero.

Fué la primera Plaza que vió en sus muros carteles en francés y donde los espectadores fueron llevados entre bayonetas para que mintiesen con su presencia una pretendida y no lograda adhesión al rey intruso.

La Plaza de los triunfos de Juan León y de Manuel Lucas Blanco, que murió ajusticiado en la madrugada del 9 de noviembre de 1837; la de Francisco Montes, Cúchares, el Chichlanero y Cayetano Sanz; donde el Tato, herido por el toro «Peregrino», aguantó la amputación de la plerna derecha mientras fumaba un cigarro y animaba a los doctores Benavente, Bustos, Rubio y marqués de Toca a que acabaran cuanto antes. Allí tuvieron sus tardes triunfales Gordito y Lagartijo, y allí debutó Frascuelo y fué durante ochenta años la más célebre y celebrada Plaza de España.

De ella, además del recuerdo, queda la barrera. La adquirió Frascuelo en 1874, cuando

fué derribada, y la regaló al pueblo de Chinchón, donde todos los años se arma en la plaza para el festival a beneficio del Asilo de Ancianos. En aquella Plaza, que ocupaba el terreno en que se levantan las primeras casas de las calles de Serrano y Claudio Coello, nació el barrio de Salamanca.

La nueva Plaza, que se construyó casi kilómetro y medio más allá, se inauguró el 4 de septiembre de 1874 y fué Bocanegra el que mató el primer toro que se lidió: «Toruno», del duque de Veragua.

En esa Plaza, acaso la más bonita de España, se desarrolló la reñida competencia de Lagartijo y Frascuelo, y luego fueron Carancha, Mazzantini, Guerrita, el Espartero, otro matador muerto sobre la misma arena del circo; tragedia que se perpetuó en canciones populares por todo el ámbito de España. Más tarde fué la popularidad de Reverte, los niños sevillanos, Faico y Minuto; Bombita, el de las grandes estocadas, a quien quisieron emular Padilla, Algabeño y Villita; más tarde fué la época de Bombita y Machaquito, el pleito famoso de los Miuras y la elevación de Gaona y Manuel Bienvenida, el Papa Negro, precursores de la más gloriosa pareja del toreo: Joselito y Belmonte. Ayer...

El 14 de octubre de 1934 se dió en ella la última corrida.

El hoy pertenece a la Plaza Monumental, la tercera Plaza de Madrid.

Se inauguró, por primera vez, el 17 de junio de 1931, con una corrida que organizó el Ayuntamiento a beneficio de los obreros parados, y se lidiaron ocho toros de distintas ganaderías por Fortuna, Marcial Lalanda, Villalta, Fausto Barajas, Fuentes Bejarano, Vicente Barrera, Armillita Chico y Manolo Bienvenida. El primer toro fué de Veragua (ya de Domecq) y lo mató Fortuna. De asesor actuó Guerrita. La segunda inauguración fué



el 25 de mayo de 1933, para una corrida en honor de las bellezas europeas. Villalta, el Estudiante y Maravilla lidiaron seis toros de Albaserrada, y Simao da Veiga rejoneó dos. Maravilla cortó las orejas de sus dos toros y fué el primero que alcanzó ese premio en la nueva Plaza.

Por fin, el 21 de octubre de 1934—a la tercera va la vencida—quedó inaugurada de verdad con una corrida de Murube, que mataron Belmonte, Marcial y Cagancho.

La Plaza de Vista Alegre se inauguró el día 15 de julio de 1908 con una corrida del marqués de los Castellones, que lidiaron Bombita, Machaquito y Gaona, a beneficio de la Asociación de la Prensa. Durante muchos años se dieron en ella novilladas con muy buenos carteles y algunas corridas de toros de las que se llamaban económicas. Poco antes de que estallara el Movimiento, el empresario organizó muy buenas corridas de toros. Una, con reses de Pablo Romero y el Niño de la Palma y Gallardo, se recuerda aún por el trapío y bravura de los toros. Ahora está en reconstrucción y con mejoras de importancia.

La quinta Plaza de Madrid ha desaparecido: la de Tetuán. La vieja Plaza de las novilladas sin caballos, de reses muy grandes y toreros principiantes, que dieron muchas veces la nota trágica y triste de la feria, no tenía, hasta hace veinte años, más efemérides notable que la alternativa de Gaona de manos del Jerezano; pero desde que se construyó el Metro, adquirió importancia, dió muy buenos carteles, que en alguna ocasión fueron para competir con la Monumental: seis toros de Antonio Pérez para las dos figuras de entonces: Domingo Ortega y Manolo Bienvenida.

Hoy no queda más que el solar y la oposición a que sea reconstruida. ¿Volverá a ser la Plaza de Tetuán la antesala de la de Madrid?



Arriba: La desaparecida Plaza de la carretera de Aragón, que encerraba más de medio siglo de historia taurina.—Abajo: La actual, llamada Monumental, aspiración máxima de los toreros de hoy

II MANOLETE!!



SEVILLA, 19 abril 1944



Los tres
Belmontes
que ha
pintado
Zuloaga

Por
ROMAN
ESCOHOTADO



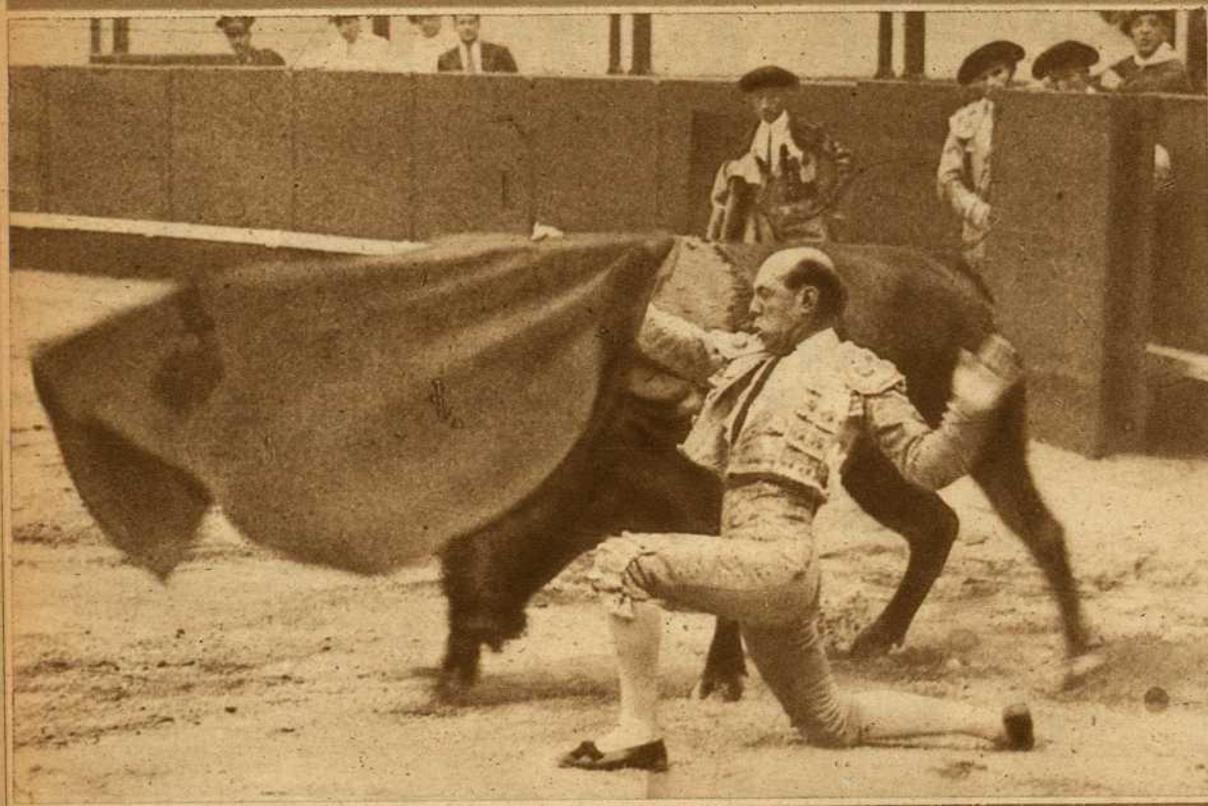
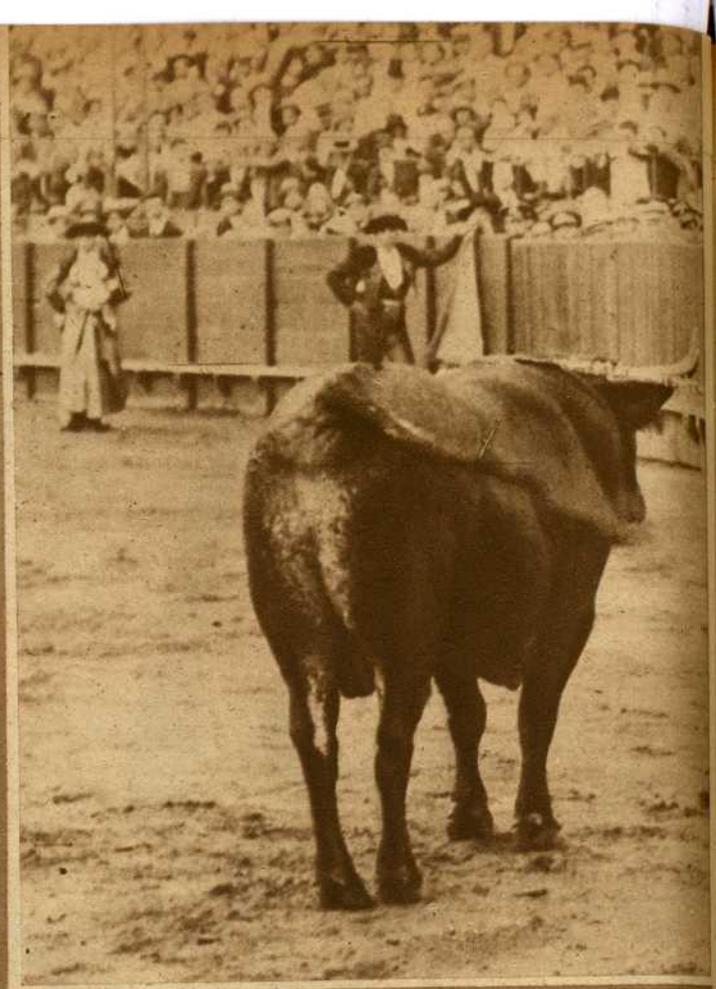
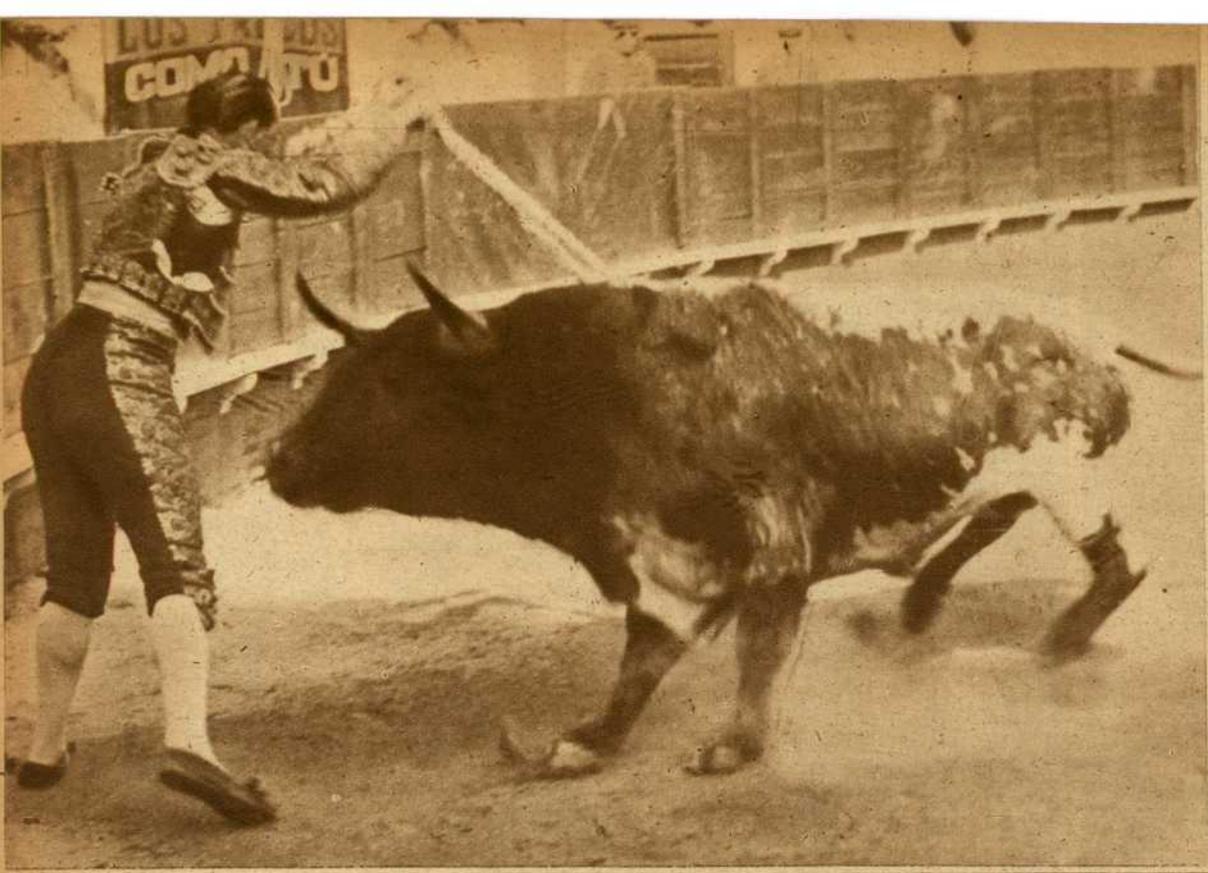
EN el uno, el torero se destaca sobre el fondo dramático de una plaza de toros de pueblo construida con carros. En el otro, el paisaje que cife su casi trágica silueta, dotada de un desconocido ritmo, es una vieja ciudad, en cuyo centro, entre las torres, bajo las nubes ásperas, se abre, gris, redonda y desolada, la arena del combate. En el último, el torero está solo, sin paisaje. Va vestido de negro y permanece triste, como abstraído en la interior contemplación de su destino. Se diría que ha sido pintado un instante antes de empezar la corrida, en esa hora de la vida del lidiador en la que todo pueda darse, sin demasiada pena ni suficiente gloria, por perdido...

Creo que es Chesterton quien dice que la tradición es la democracia de los muertos. El miedo es tradición a esa inmensa manera democrática. Creemos sinceramente que el torero — que es la medida española de la belleza y el valor hechas danza asombrosa a ritmo de colores, porque la música en los toros no importa, o poco menos — se fundamenta en ese sentimiento colectivo y profundo, tradicional y democrático, del miedo. Miedo sienten, con serenidad aterradora — un miedo hecho tragedia —, ese pueblo y esa vieja ciudad sobre los que Zuloaga ha pintado a Belmonte. Las casucas, los carros, las torres, la arena del redondel, crujen de miedo. Están llenos de sangre invisible, mucho más que de gloria, si es que cabe separar una cosa de la otra. Y es miedo de todos los hombres, tradición de miedo, democracia miedosa de los muertos — no, naturalmente, miedo de él, de Belmonte —, la que envuelve al torero, la que le cerca la figura en el hermoso cuadro en que aparece solo, sin paisaje... ¿Ha pensado alguien en hacer una estadística sangrienta de las plazas de toros españolas? Suponemos que en ninguna de ellas ha dajado de caer un torero... Parece que al torero debería pintarse toreando. Estas tres admirables pinturas de Zuloaga — como algunas otras grandes creaciones semejantes — demuestran lo contrario. Lo demue-

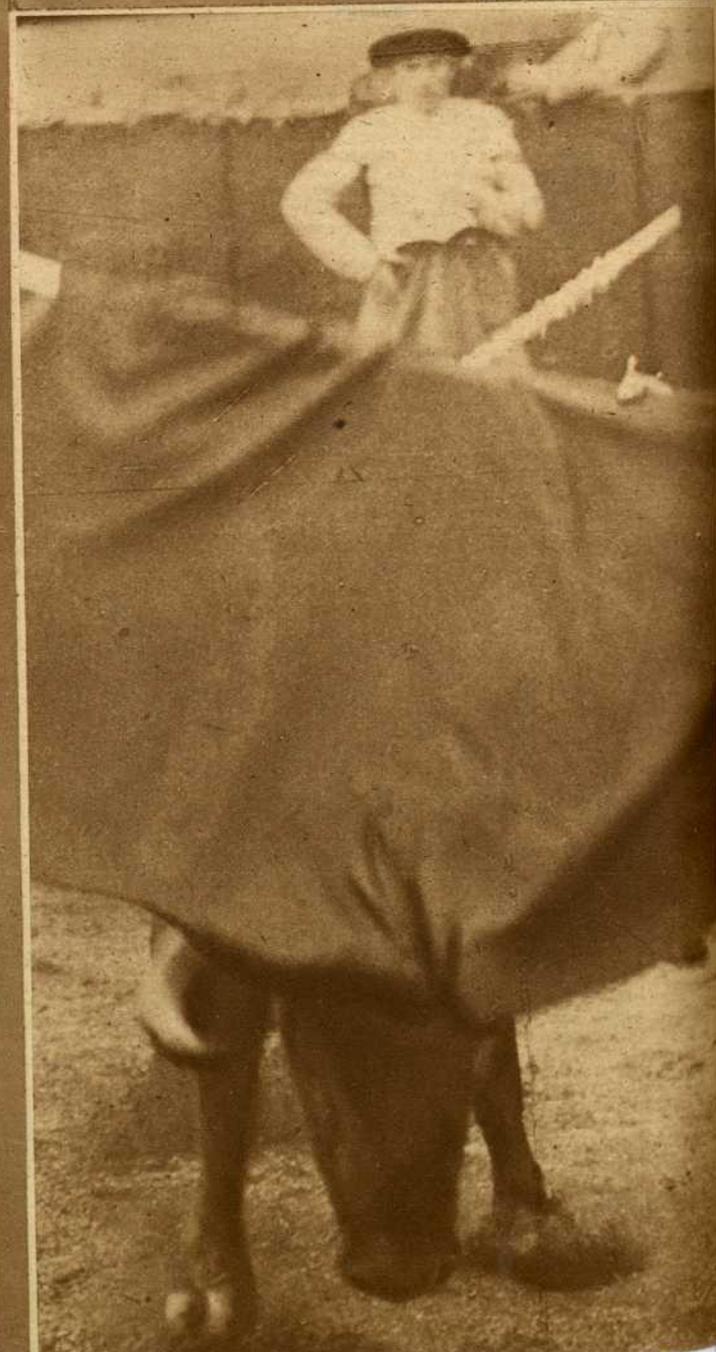
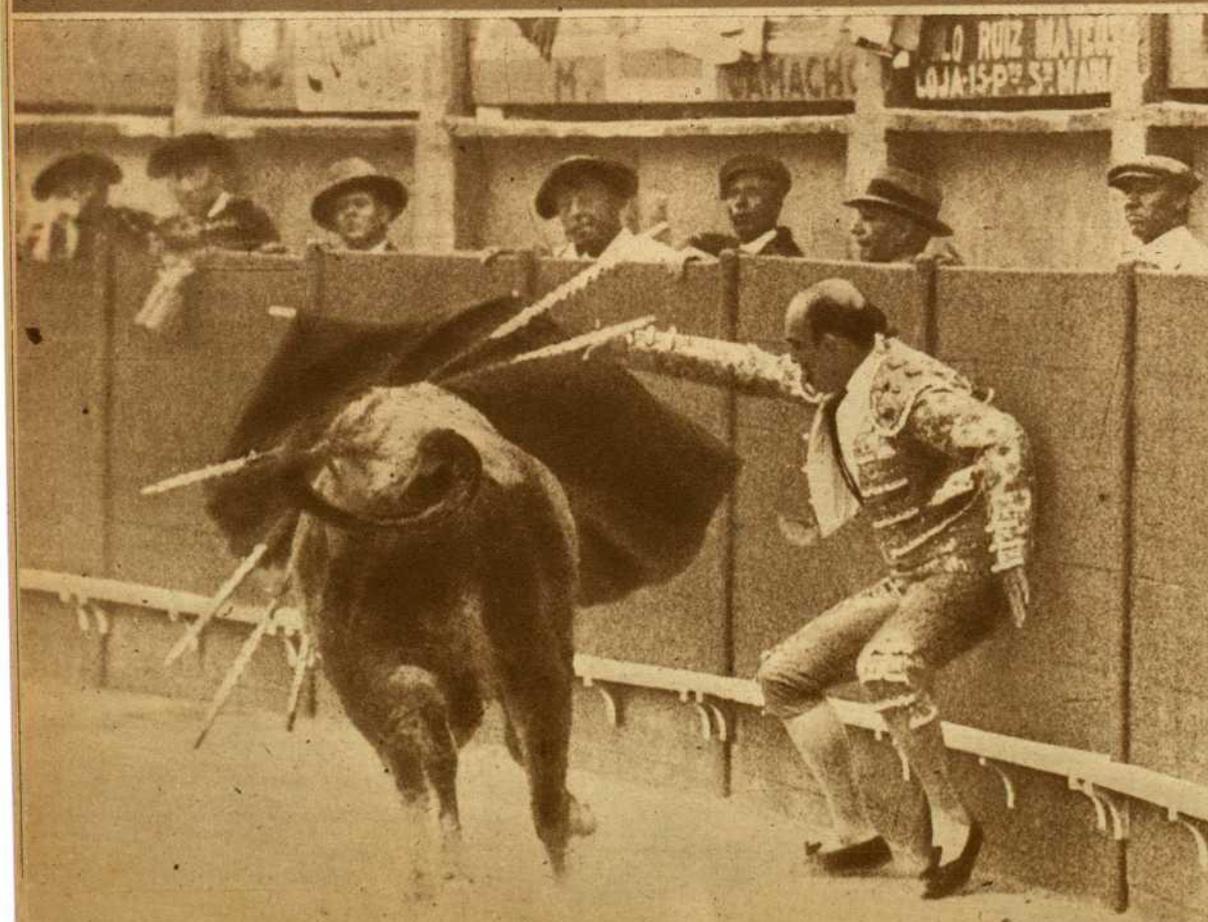


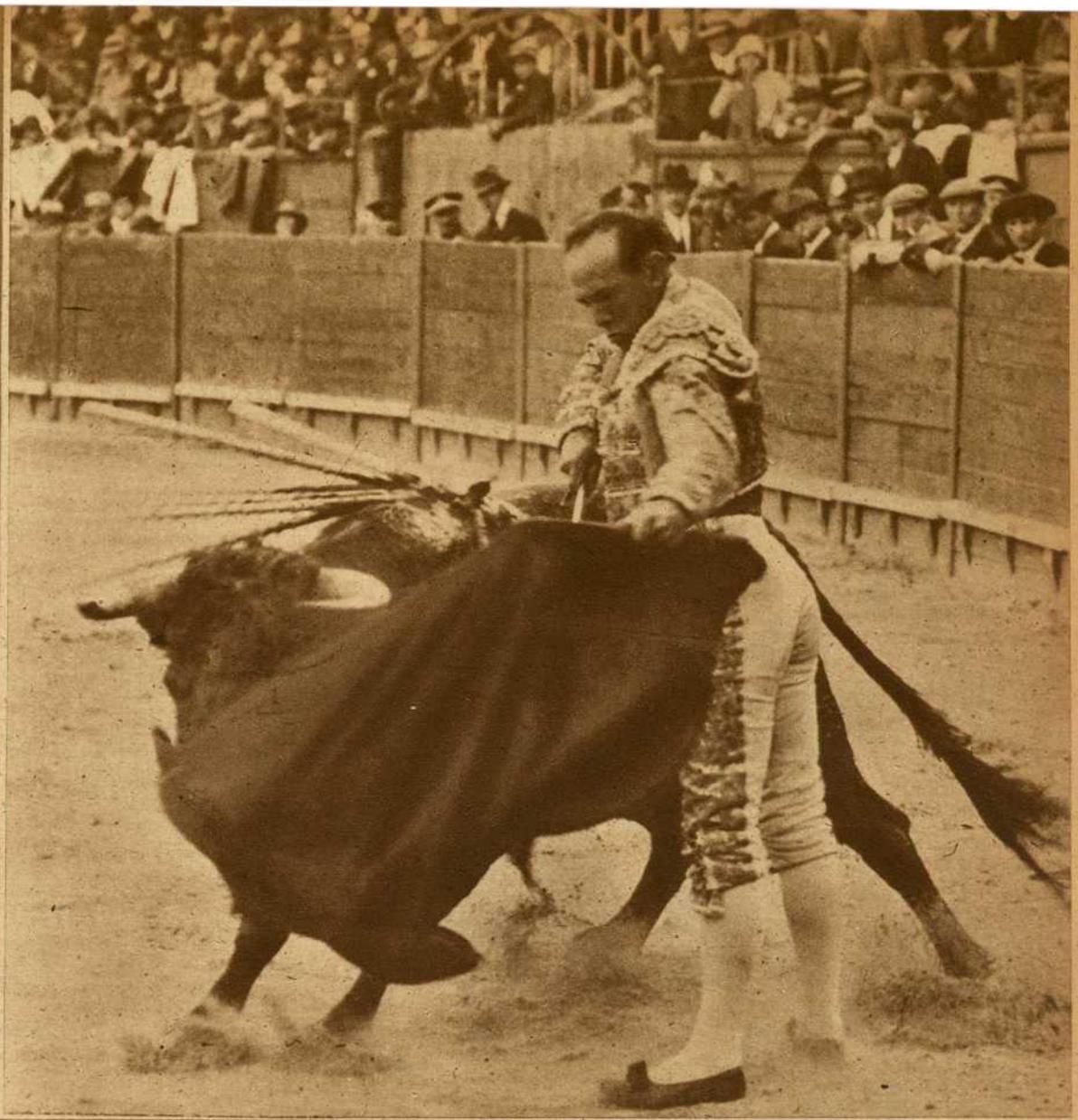
tran también los numerosos cuadros en los que se han pintado las corridas, los toros y los lances, que, en general, no pasan de ser carteles, aunque sean excelentes, para la fiesta. Pensamos que Regoyos, como ejemplo de admirable pintor, hubiera podido pintar una corrida de toros deliciosa; pero que, precisamente por ser un gran pintor, se hubiera entregado fatalmente a pintar los tendidos, los capotes abiertos, el sol, el morrillo rizado de la res, la arena rojiza, el azul del cielo, los picadores, hasta ese ruido bronco de las plazas que, de pronto, se hace silencio... Pero los toros sólo pueden pintarse en el torero. En lo humano y auténtico de los toros, toda la fiesta nacional, esa danza del miedo que a fuerza de ser tradición es democracia, va dentro del torero. A las bailarinas se las pinta bailando; a los poetas, escribiendo, con la pluma en la mano; a los soldados, con la espada en alto; a los santos, orando. El torero tiene, sin embargo, baile propio, poesía, guerra y misticismo personalísimos. No se puede pintar al torero frente al toro, porque el toro que anda en su corazón es invisible. Debería llamarse, en realidad: amor, afán, miedo vencido, hambre — "más cornas da el hambre" —, ansia, tragedia, soledad que busca compañía... Todo esto, ¿quién lo pinta? Es decir, ¿quién lo pinta si no pinta al torero?... Digan lo que digan los aficionados consecuentes, en los toros, al fin, el toro no importa.

En los tres Zuloagas, el torero parece que se ha muerto ya, protagonista de la cornada siempre latente; con lo que la danza del miedo se ha santificado de tragedia. Y el torero está aquí, muerto ya, recordando su vida, recordando su carne... Pero también está aquí dispuesto a seguir toreando donde pueda; porque nadie será capaz de asegurar que no haya manera de torrear en la otra vida... La grandeza de los toreros grandes tenemos que creer que está en que siguen toreando muertos. Chesterton, a pesar de ser un caballero inglés y, por consiguiente, no sentir los toros en lo real y hondo, ha dicho también: "La madrina de la Cenicienta puede cambiar la calabaza en una carroza y los ratones en caballos del mismo modo que en el mundo real la bellota se truca en encina y el huevo en pájaro."

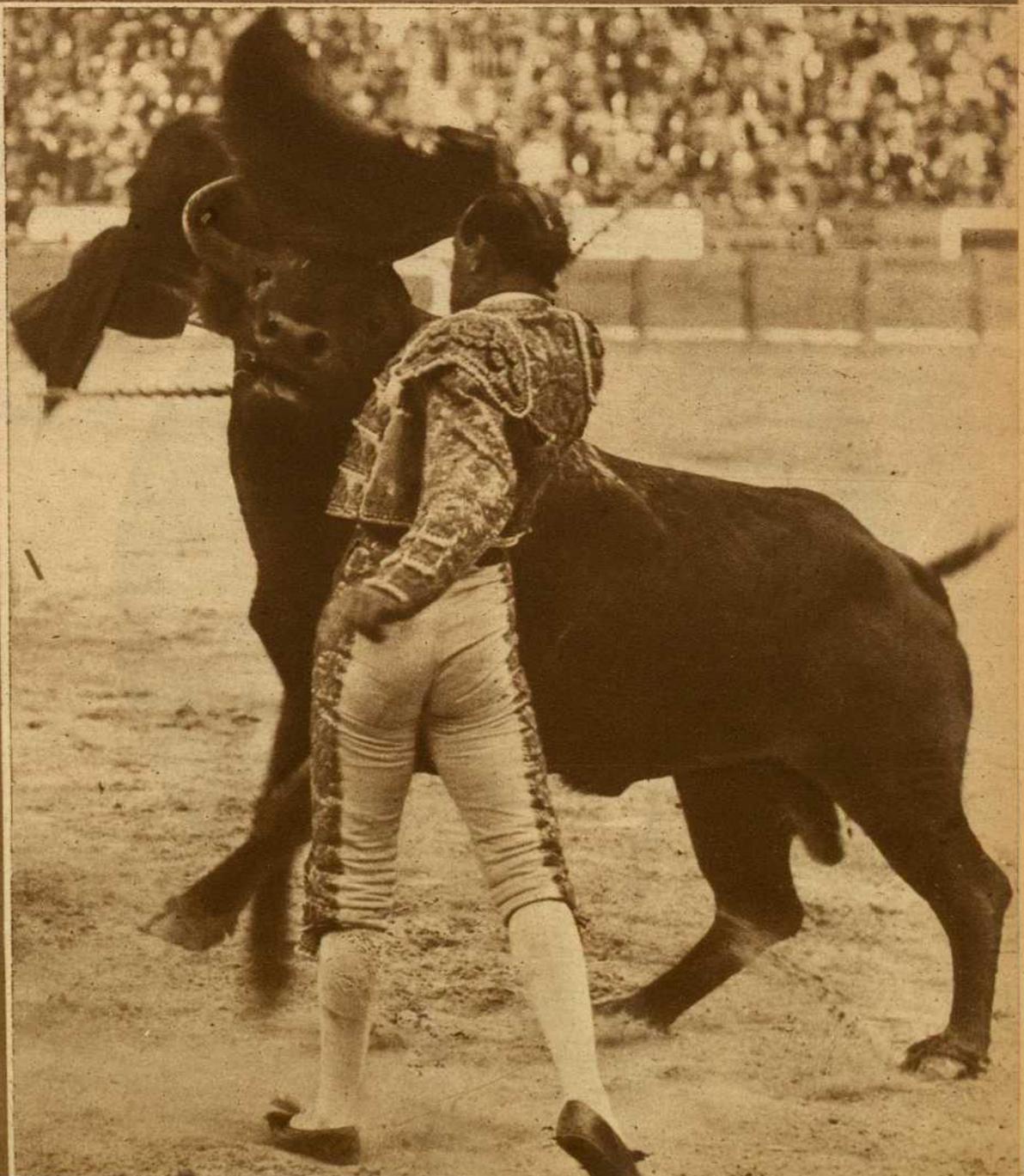
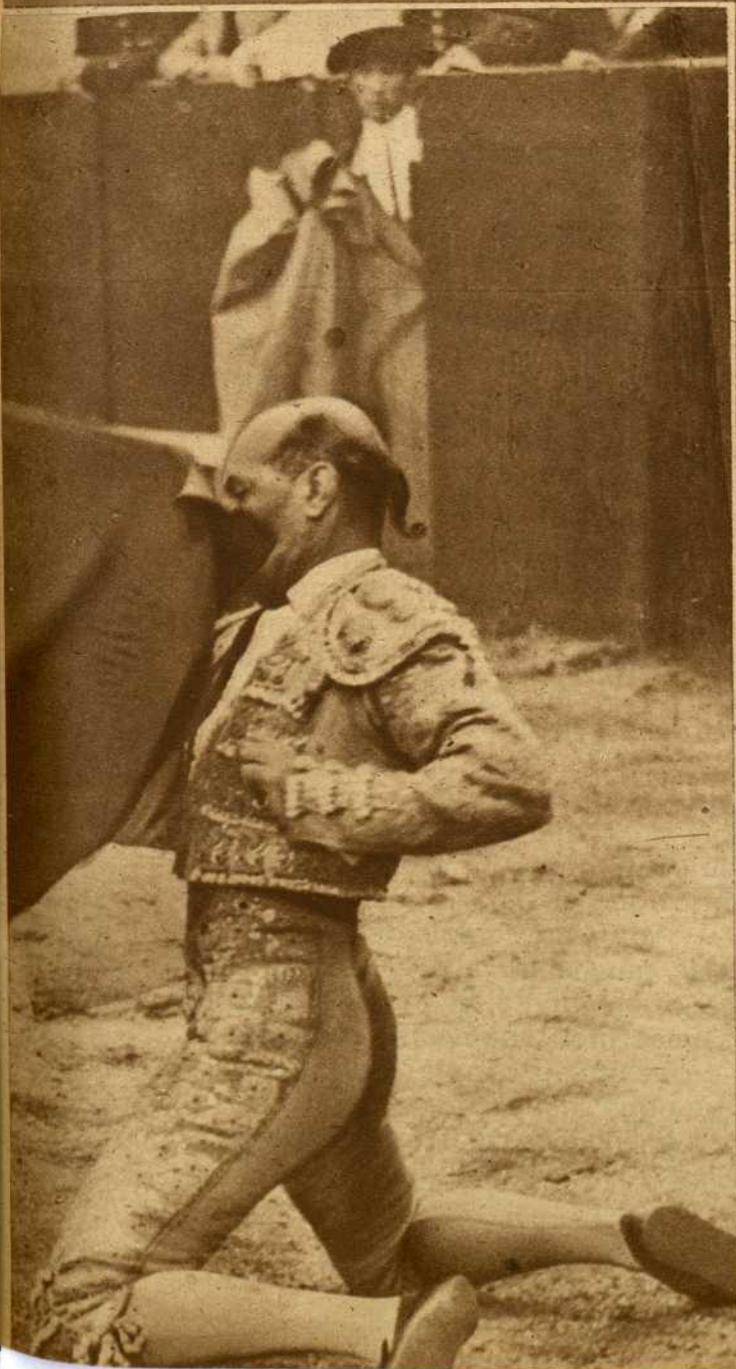


MOMENTOS
IGNACIO SAN





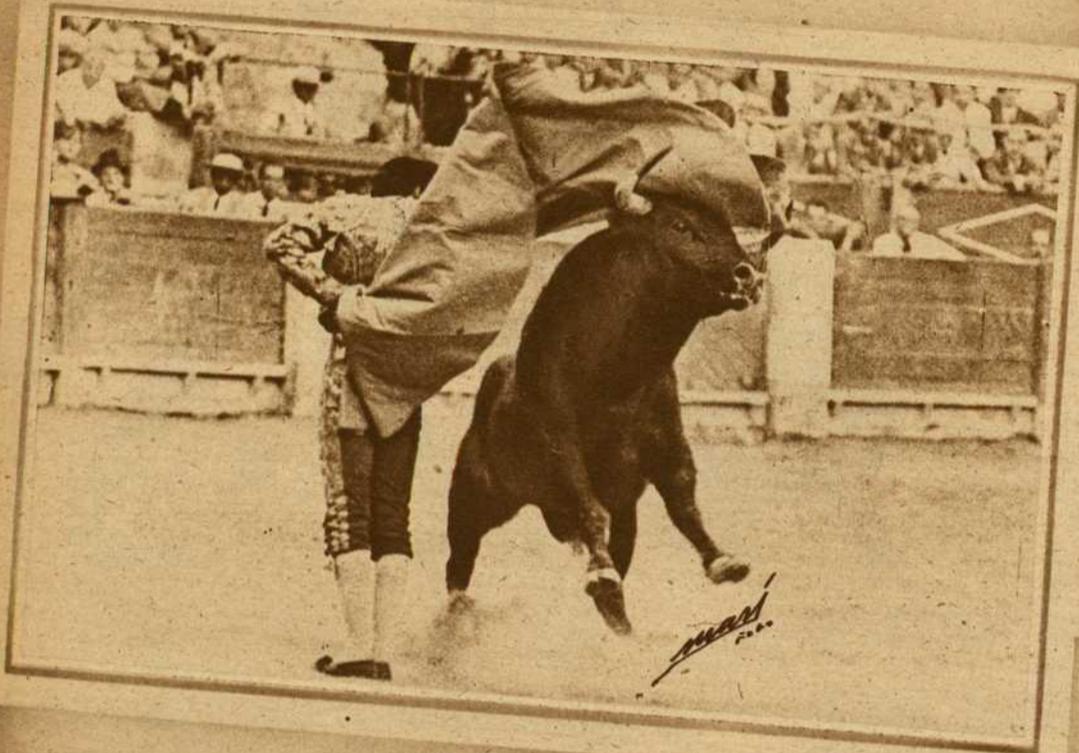
**TOREROS DE
CHEZ MEJIAS**



Manolo MARTIN VAZQUEZ El esplendor de la magnificencia

Sutil elegancia en un toreo magnífico y correcto, amplio y lujoso. Valentía serena y justa en el difícil trance de matar. Capote y muleta adiestradas por un arte privilegiado y maravilloso. Y todo tan perfecto, que MANOLO MARTIN VAZQUEZ significa hoy la absoluta garantía del triunfo en los ruedos.

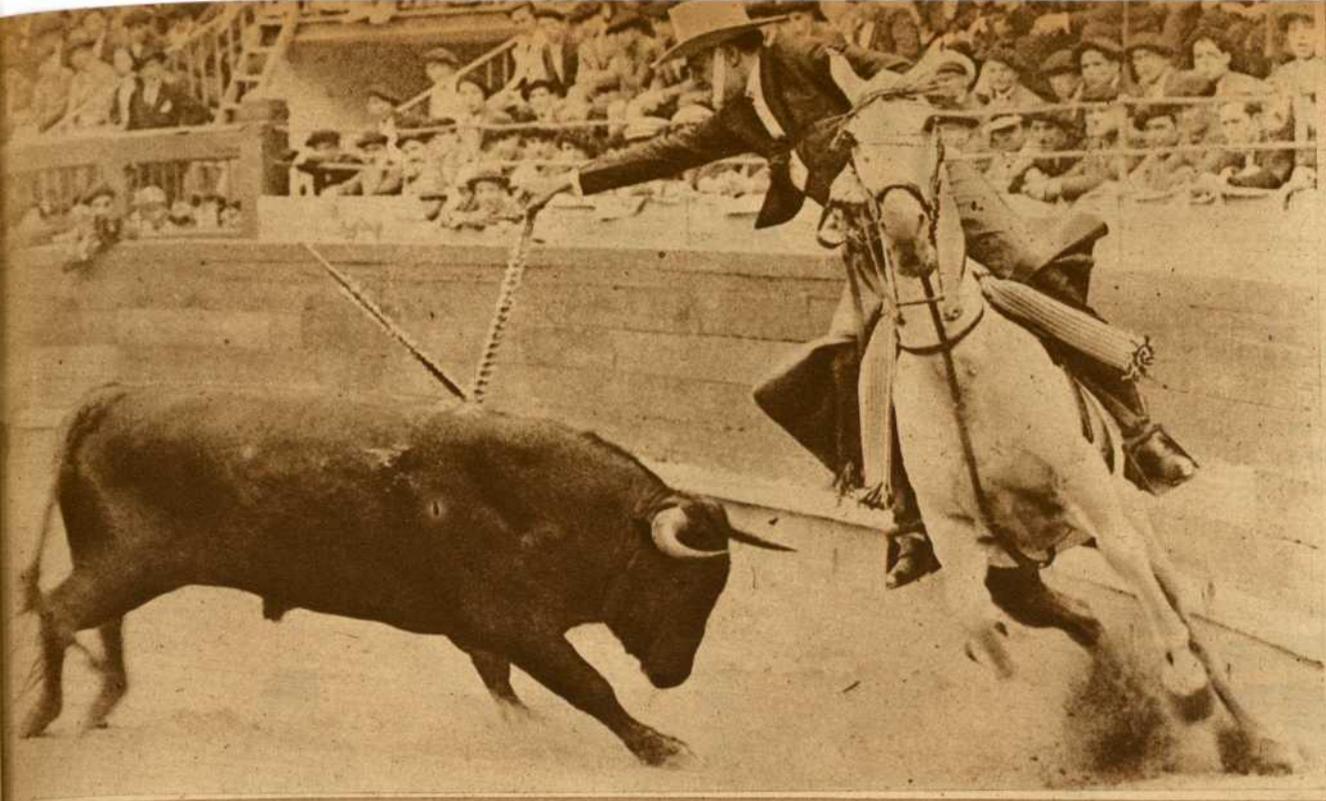
Con el esplendor de su magnífica elegancia, MANOLO MARTIN VAZQUEZ se cotiza hoy entre la afición como los matadores más sobresalientes.



Un señor y un torero **JUAN MARI P. TABERNERO**

He aquí la verdad. La verdad enredada a la taleguiña y los pitones, entre sangre y arena... Porque en Juan Mari P. TABERNERO todo es sincero y puro, con la sinceridad del que todo lo tiene y se lo juega— fortuna y vida— en una tarde colmada de joles! y ante el toro que pide y quiere pelea brava. Porque es así, Juan Mari tiene su compromiso firmado con una rúbrica que emociona: valentía, serena altivez y temple de artista.

Este muchacho alto y delgaducho, señor y sencillo, llegó de los campos salmantinos para decir a la afición de lo que es capaz un torero que lo «es» para que sus «trastos» ganen más fama que la alcanzada ya por su ilustre apellido.



EL TOREO A CABALLO

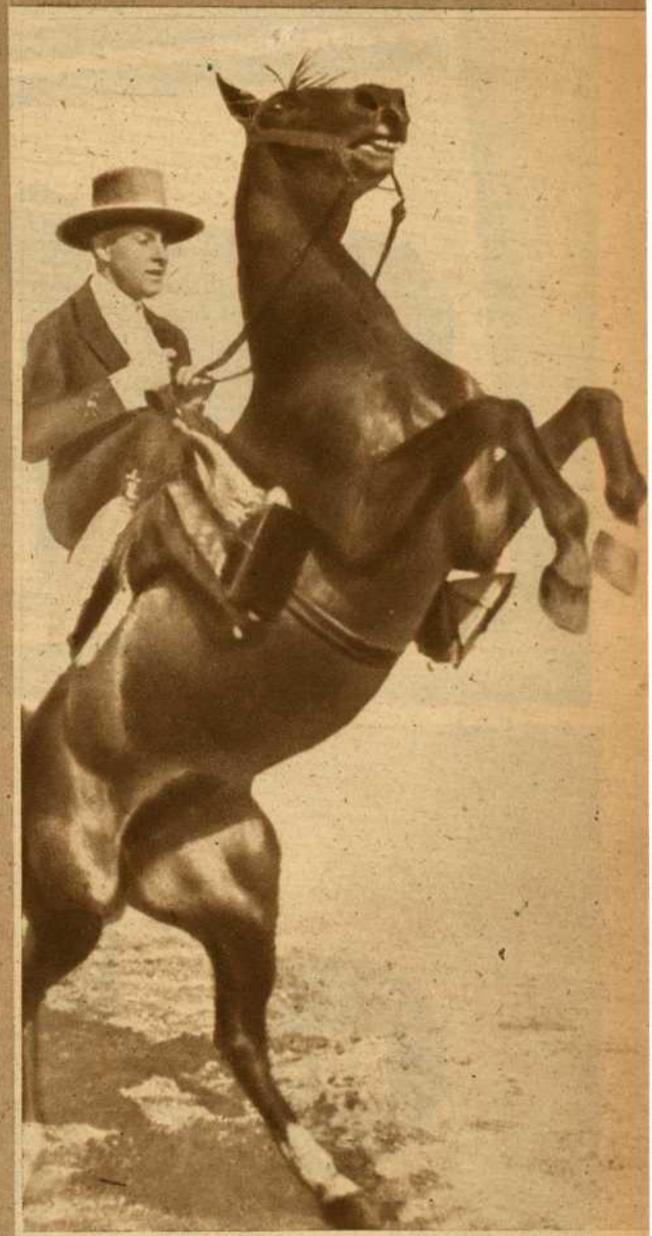
Por Don Nemesio



MUY de actualidad el tema, pese a su antigüedad, cuando, sobre todo, plumas ilustres habían un día tras otro de la conveniencia de volver a todo su esplendor una suerte tan vieja como el toreo, o, si se quiere, más aún. Y tiene de sugestivo, para mí sobre todo, el deslizar la pluma emitiendo sobre cosa tan de mi gusto por cuanto encierra de belleza y de consonancia con mis aficiones. Toros, campo, equitación indudable, destreza del jinete y, sobre todo, conjunto armónico de evidente plasticidad y digno por sí de prestar nuevos alicientes a una fiesta toda emoción y arte.

Es indudable que el arte del toreo provino de la necesidad de la caza del toro, y la bravura, la sencillez y la nobleza de la res sugirieron en el hombre la idea de sortearla y dominarla más tarde, como cuentan las crónicas que en Tesalia sucedía, persiguiéndose el toro a caballo hasta rendirle, para después derribarle, agarrándole de los cuernos.

Era en España mucho más difícil la caza del toro. Pastos especiales y condiciones climatológicas diferentes hicieron de este animal una fiera; pero por sus condiciones morfológicas, por su dificultad en revolverse, por su ciega acometividad, la caza de la fiera convirtióse en combate, en el cual la destreza del hombre se aplicaba a conseguir los fines utilitarios que la caza traía consigo; pero estos fines pronto perdieron su verdadero ser, por cuanto el toreo a caballo pasó a ser un deporte practicado al principio en campo abierto y llevado más tarde a los cosos como ejercicio de la nobleza.



El toreo antiguamente siempre fué a caballo. Ya en los siglos XVI, XVII y XVIII mucho se emitió sobre él, y fué Juan Francisco Melcón el que escribió en 1738 el tratado que, a pesar de los siglos transcurridos, más actualidad conserva.

El caballero, pues de caballeros se trataba, debía buscar al toro cara a cara, con el caballo al paso, y cuando llegaba a la jurisdicción de la res, con un movimiento de muñeca de la mano que sujeta la rienda hay que sesgar lo que se juzgue indispensable hacia la izquierda, la cabeza del caballo, a fin de que cuando el toro engendre la acometida, se halle el pecho del caballo fuera del alcance de las puntas, de forma que el pitón derecho venga a dar en el encuentro derecho del caballo; de este modo, el pitón izquierdo dará, probablemente, en el estribo derecho del caballero.

Naturalmente, en el toreo a caballo o rejoneo es indispensable juzgar de las velocidades relativas de toro y caballo, pues siempre que el caballo aventaje en ligereza al toro, se le podrá dejar a éste sin cuidado entrar en la jurisdicción de aquél, pues siempre que el semoviente tenga los pechos fuera de las puntas del toro, puede el caballero estar seguro que, cargando un poco la mano del rejón, saldrá indemne de la suerte, ocupando el puesto del toro y éste salir por donde el caballo estaba.

Cuando el caballero perdía el estribo, el guante, el pretel del caballo o el toro arrancaba el rejón de la mano, estaba obligado a sacar la espada, no pudiéndola envainar sin sangre. ¿Y en caso de derribo? Entonces era preciso dar al toro una cuchillada por lo menos. Acción harto peligrosa; tanto lo era, que Felipe V prohibió esta suerte. Por ello se originó la costumbre de que las cuadrillas que auxiliaron esta suerte fueran las encargadas de matar al bicho si de los rejones no moría.

Hace ya años que el arte del rejoneo perdió el carácter caballeresco para convertirse en ejercicio de profesionales (en la mayoría de los casos), y tanto en Portugal como en España, arraigó en los gustos, admirando los públicos la habilidad del jinete y la "puesta a punto" de las jacas destinadas a tal modalidad del toreo. Es indispensable que el caballo esté puesto y domado a la clásica "alta escuela", ya que para ponerle en campo y en toreo, es precisa aquella y la "elevación de manos", tan bonita para el saúdo; "la parada", "la balotada", "grupa", "corveta" y "lanzada" son ejercicios que debe dominar el rejoneador que quiera torear a caballo.

A principios de siglo, en casos de excepción, grandes fiestas, corridas reales, etc., salieron los caballeros en plaza, papel que desempeñaron oficiales del Ejército y aficionados distinguidos hábiles en este deporte. Así vimos a los grandes jinetes Antonio Luzunáriz y Adolfo Botin; pero, en definitiva, fué Antonio Cañero el que resucitó, en cierta medida, el toreo a caballo que en las faenas de campo se practica.

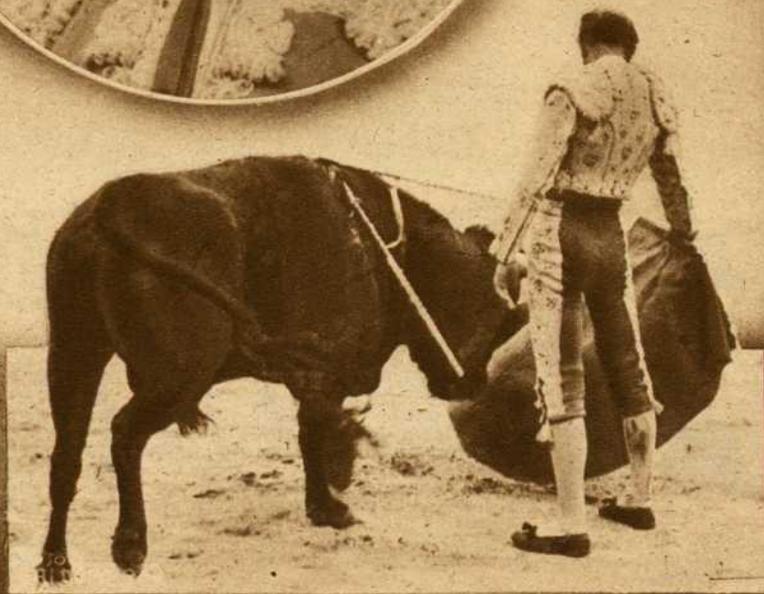
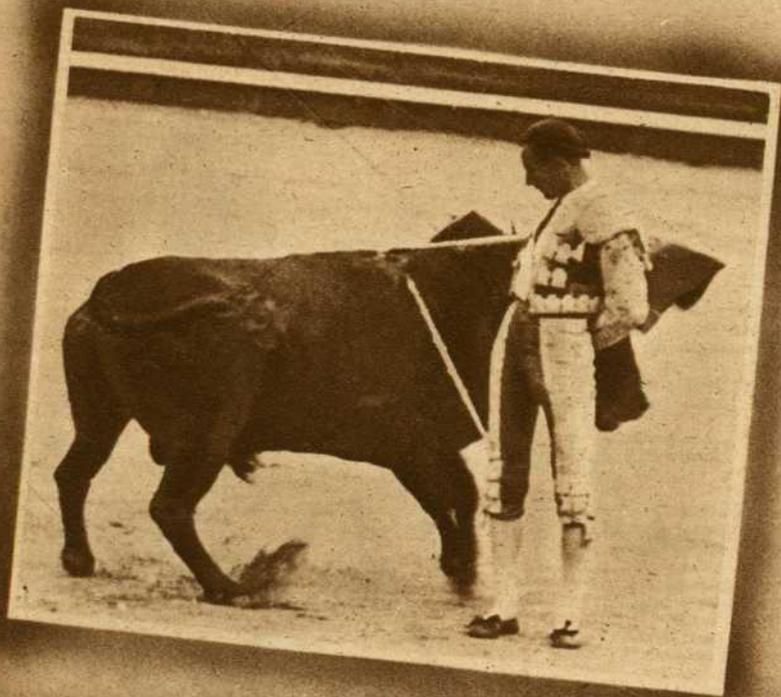
Más recientes las actuaciones de Simão da Veiga (hijo), J. Nuncio, con jacas más "amaestradas" que "puestas", y los éxitos del duque de Pinohermoso, Juan Belmonte García y, sobre todo, de Alvaro Domecq, que con su maestría y afición ha hecho que vuelvan los públicos a sentir la admiración por una forma de toreo que debe exhibirse como artístico y auténtico complemento de la fiesta de toros, pues una vez más es llevada a los cosos la habilidad, la maña, que la necesidad había obligado al hombre para dominar a la fiera en campo abierto.



Ha surgido un torero: **JUAN MARTINEZ**

Después de su reciente debut en Madrid, JUAN MARTINEZ ha patentizado de manera indiscutible la grandeza de su toreo.

En la actualidad es uno de los novilleros que más discute la afición, pues a la pureza de su estilo une el arrojo de su formidable valentía.



RIQUEZA ALCOHOLICA
80°
GARANTIZADOS



El torero tiene un arma más para triunfar, en la agilidad y vitalidad que le proporciona el friccionarse con

AGUA DE COLONIA

GALATEA

ES UN PRODUCTO DE UNION ALCOHOLERA ESPAÑOLA • MADRID

GISBERT.—Arenal, 1 (Puerta del Sol)

ALELUYAS TAURINAS

Lo que más gusta y divierte
son las coplas de REVERTE



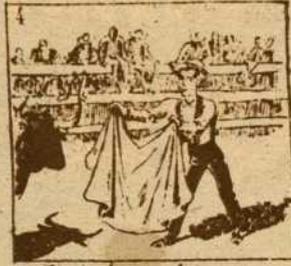
Aquí tenéis bravo y fuerte
al diestro Antonio Reverte.



Vino en Alcalá del Río
al mundo con gran traxo.



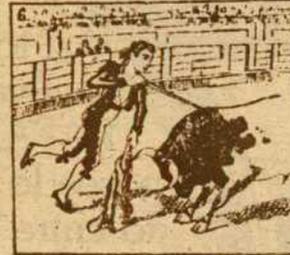
De chico no ve iba a jugar
sino al campo a torrear.



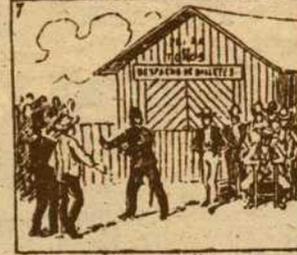
Siguiendo sus aficiones
torrea en las poblaciones.



Viniendo luego a Madrid
para lucirse en la lid.



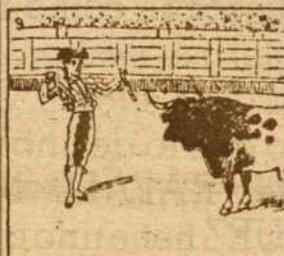
La que torrea con gran brillo
en unión de Bonarillo.



Hay por alcanzar billetes
disgustos, fila y cachetes.



Capote al brazo entusiasma
a los públicos y pasma.



Quebrando con banderillas
le hace a las crias maravillas.



Herido y todo no quite
le de el título Guerrita.



De Salamanca un toro
le cornea sin decoro.



En Salamanca fue cogido
resultando mal herido.



Y queda para otra vez
la corrida de Aranjuez.



Si no es en la de la Cruz Roja
herido, ¡la mueve floja!



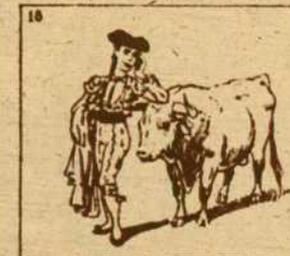
Va con Guerrita a Bilbao
y allí le deja aplastar.



En Valladolid mató,
el solo y entusiasmo.



Sigue venciendo en Sevilla,
al castro de monterilla.



Sobre la salud se acusa
y es al heros en la fiesta.



A Rafael en Jerez
se lo muerde otra vez.



En Madrid sin desperdicio
viene y nos saca quicio.



Descabellando certero
logra esto Isopjera.



Córdoba le aplaude a Antonio
aunque alguien se de al demonio.



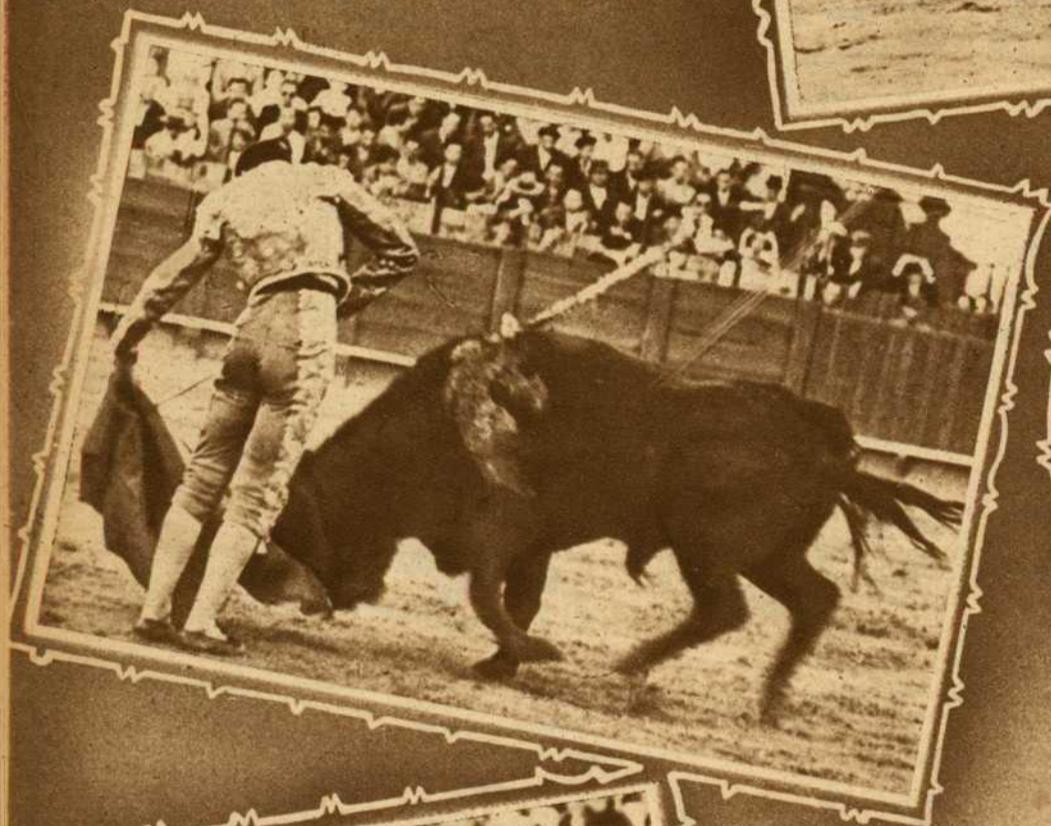
En Madrid por su villa
en peligro otra cogida.



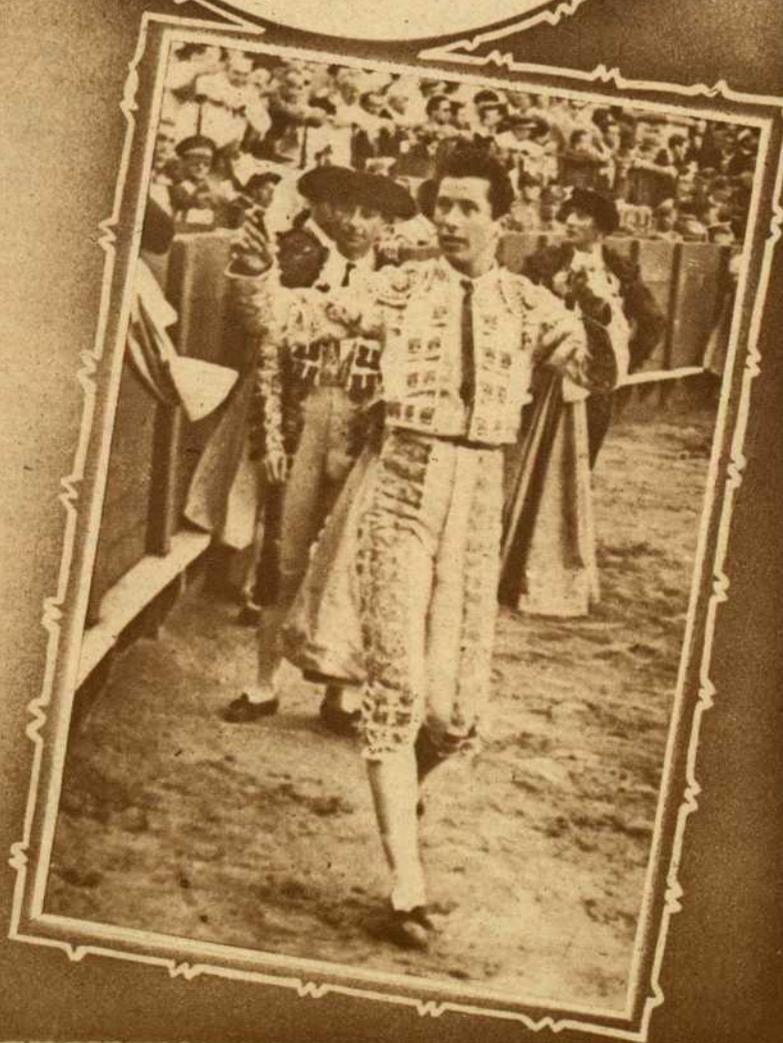
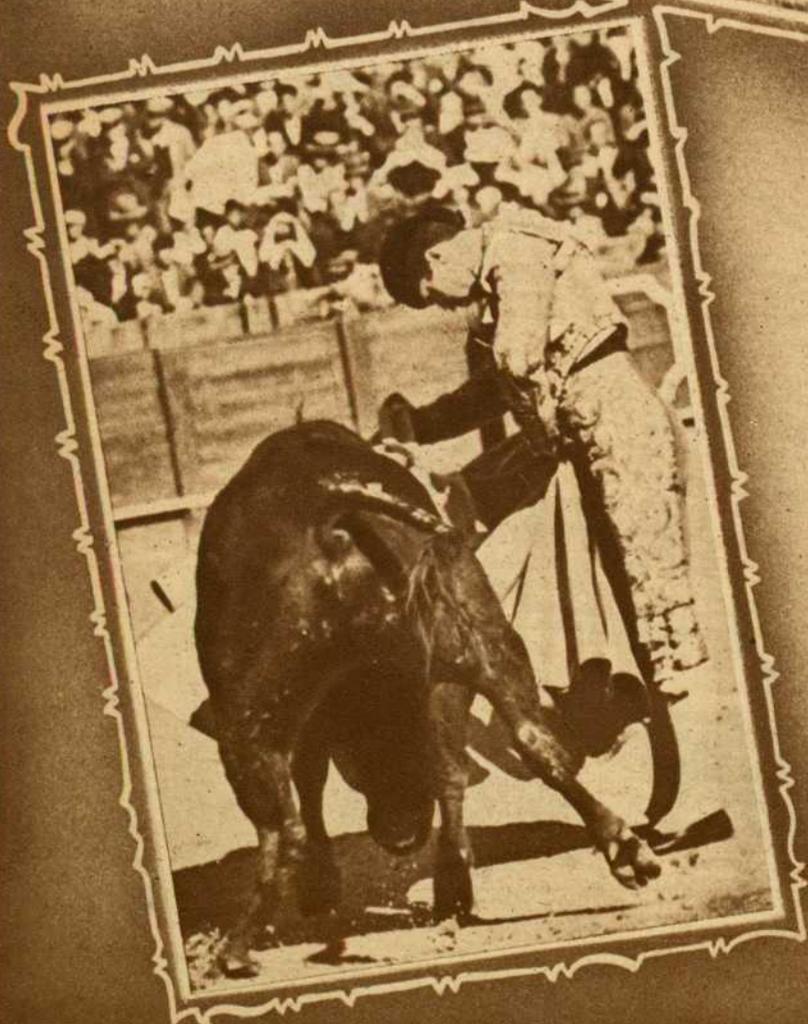
Siendo el torero del día
de mayor lalla y valía.

De la casta no
le viene el
nombre a

RAFAEL MARTIN VAZQUEZ



Casta, sí. Pero, ¿qué
si lo personal no vale? Ra-
fael vale y ¡mucho!. Más claro:
RAFAEL MARTIN VAZQUEZ
posee lo «suyo», lo que le ha situa-
do entre los «primeros». La mejor fir-
ma que puede acreditarlo es su valor.
Valor que derrocha como nadie. Valor
que en Rafael se desborda y arrastra
las pasiones de la afición. Casta, desde
luego. Pero que lo de uno sea un car-
tel aparte. RAFAEL MARTIN
VAZQUEZ tiene uno que dice
así: "Regalo valor"



Diálogo del toro andaluz y el salmantino

Por JOSE M.^a PEMAN



EL que venía de arriba, del Norte, de los llanos de Salamanca, era retinto, grandote, cornalón. El que venía de abajo, del Sur, no sé si de predios de Lebrija o de dehesas de Vejer, era negro, más recortado y nervioso y con la cuerna más pequeña y apretada. Se habrán des-

mandado o perdido, y bajando el uno y subiendo el otro, se topaban en campos de Zafra, en una ancha extensión de tréboles verdes y mojados.

Miró el andaluz al salmantino, con asombro, y le preguntó:

—¿De dónde vienes, compañero?... Yo he perdido mi cañada y no sé por dónde me ando.

—Yo vengo de los campos de Salamanca.

—Pero ¿hay toros por tan altas tierras? Yo creí que Salamanca sólo daba doctores.

—Pues da también toros..., aunque un poco doctores. Sabemos más que ustedes los andaluces; nos defendemos con otras mañas y picardías. Por compañeros que han coincidido de sobreros con paisanos tuyos en alguna corrida y luego han vuelto a la dehesa, sé que ustedes son más

sencillos y sin malicia. Por lo demás, no te extrañe que den buenos toros tierras tan altas. También los dan Peralta y Tudela, en Navarra.

—Serán grandes.

—No creas; son pequeños y poco medrados. Sobrados de remos, por la continua gimnasia del terreno enriscado; pero faltos de sol... Y tú, ¿dejas por detrás de ti muchos toros?

—Muchos. Los llanos de Lebrija, las islas de Guadalquivir, Sanlúcar la Mayor, las dehesas del Guadalete y Vejer de la Frontera son provincias nobilísimas en la *geografía totémica* de España.

—Perdona... ¿Qué es eso de la *geografía totémica*? Aunque soy doctor por Salamanca, no sé lo que es.

—Ni yo tampoco. Pero lo he leído en varios libros de Filosofía. Porque ahora los filósofos escriben mucho de toros. De unos años a esta parte hemos adquirido mucha importancia, y estamos cargados, compañero, de mil significados profundos, mágicos y religiosos, que nosotros desconocíamos.

—Por lo menos, es cierto que estamos adheridos a la más ilustre geografía de España. Los ríos que riegan nuestras dehesas son los ríos de la leyenda y

del romancero. Bebemos en el Guadalquivir, en el Guadiana, en el Guadalete o en el Pisuerga... No está mal. Son ríos cuyo riego produce versos y toros.

—A ti se te ve en las astas que bebes agua de romance y cantar de gesta. Parece que llevas en la frente las lanzas de Alvar Fáñez y del Cid.

—Tú, en cambio, andaluz, recortadito y zarandeado, parece que llevas en la cabeza la lira del divino Herrera.

—Lo que quieras, pero toda esta diferenciación, propicia a tan bellas generaciones y metáforas, se acaba, se acaba... Nos cruzan y recruzan, sin consideraciones genealógicas. Casan al hidalgo de Zafra y Jerez de los Caballeros con una señorita de Lebrija; a la gran señora de Sanlúcar la Mayor la casan con un cortijero de Salamanca, y al infanzón castellano, astado de lanzas épicas, con una vaca burguesa de Vejer, cuernicorta, como si anduviera en papillotes.

—Tienes razón. Además, nos alimentan con grano; con el grano promiscuo y democrático, igualitario de vitaminas.

—Así marchamos hacia una unificación uniformada. Fíjate nuestro pelaje. Tu negro y mi retinto son ya la librea, el uniforme del toro nuevo, científico y nacional. ¿Dónde están ya aquellos "barrosos", aquellos "salineros", aquellos "jaboneros"? Hasta los "berrendos" tienden a desaparecer.

—Y lo mismo aquellos pelajes característicos de cada ganadería, vistosos como trajes regionales. ¿Te acuerdas cuando los miras todos eran negros o colorados, ojos de perdiz, y los veraguas, jaboneros, y los barñuelos, retintos, y los Vicente Martínez, berrendos y ensabanados, y los saltillos, negros, y los Pablo Romero, cárdenos y negros lombardos? Yo apenas alcancé nada de esto; pero se lo oía contar a mi padre, que era isleño del Guadalquivir y lo casaron a la fuerza con una vaca de Trujillo: cosa que le hirió tan profundamente que en cuanto le llegó su hora se cuadró por su voluntad ante el estoque de Rafael el Gallo, con el estoicismo de un héroe que da él mismo la orden de "fuego" al pelotón de su fusilamiento.

—Me enterneces. Es la época. Es la unidad nacional.

—Sin embargo, las grandes gestas de España—la Reconquista y la Independencia—las hicieron, con un sentido castizo y localista, las tribus, agarradas a sus paisajes... Nos uniformamos en estampa y pelaje un poco a costa de la bravura nativa.

—Di mejor que nos civilizamos. Valemos más.

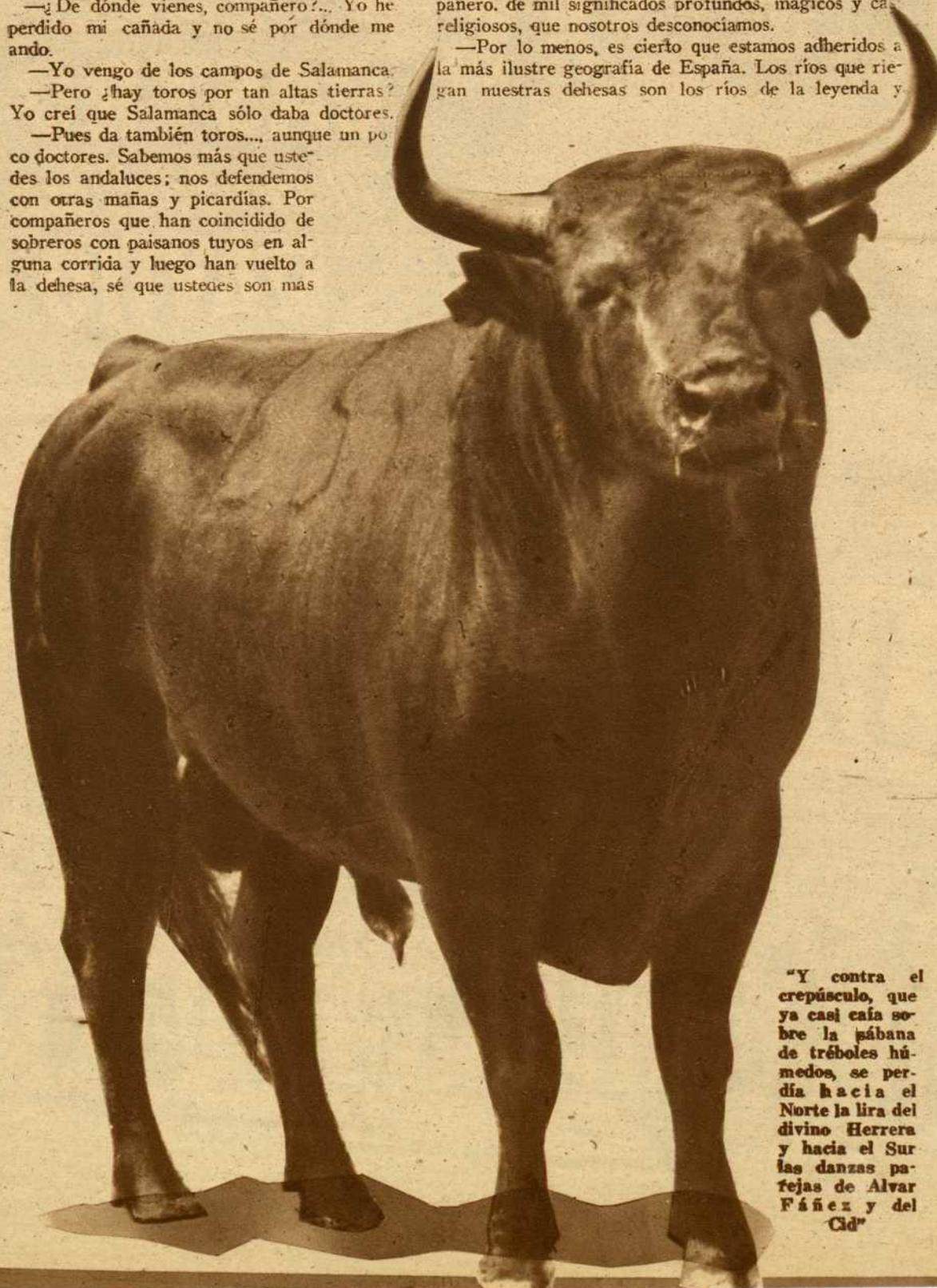
—Eso sí: sobre todo en pesetas... También "valen" más los toreros, que con un preciosismo académico nos torearán con los pies juntos.

—Probablemente, todo eso es progreso...

—Tienes razón... Ya casi no somos ni andaluces ni salmantinos. Somos el "toro español", nada más. El *tótem*.

—Sí, ya casi podemos trocar nuestros caminos por la ancha tierra de España.

Y contra el crepúsculo, que ya casi caía sobre la sábana de tréboles húmedos, se perdía hacia el Norte la lira del divino Herrera y hacia el Sur las lanzas parejas de Alvar Fáñez y del Cid.



"Y contra el crepúsculo, que ya casi caía sobre la sábana de tréboles húmedos, se perdía hacia el Norte la lira del divino Herrera y hacia el Sur las lanzas parejas de Alvar Fáñez y del Cid"

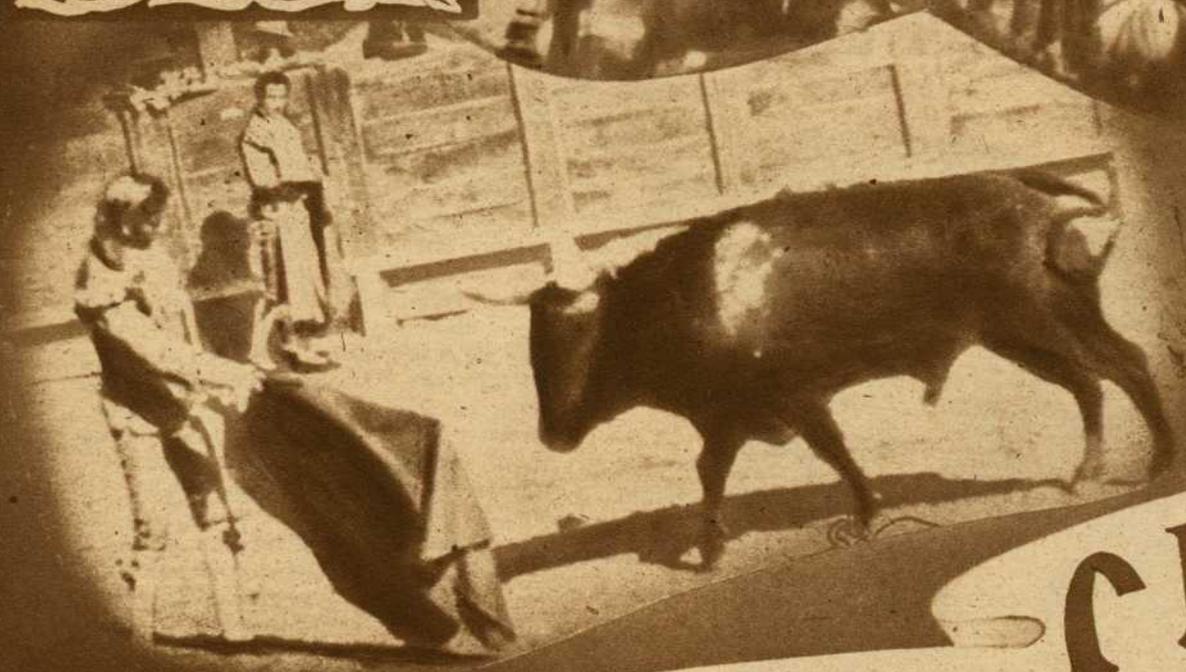
MERCURIO
FILMS S.A.

José Romero... Costillares... Pepe-Hillo.

Calesas y manolos. Carrozas y majas. Luz de primavera radiante. Plaza de Toros de Madrid. Si así es la perspectiva de la curiosidad, ¿cómo dejar de ver la afición taurina la gran película española? Tan maravillosa es, que puede calificarse de acontecimiento taurino la reproducción que en ella se hace de la corrida del 11 de mayo de 1801



Estrellita
CASTRO
Manuel del Pozo
"RAYITO"



CAPOTE

LA MAJAJA *del*



vally
44

Toreros de
ant a ñ o

Antonio Carmona (Gordito)

Por NATALIO RIVAS
(de la Real Academia de la Historia)



MI inolvidable amigo Juan Guillén Sotelo, que con copiosa erudición enriqueció la historia del toreo, empleando el seudónimo de *El Bachiller González de Rivera*, decía—Cosío lo cita en su magnífico libro *Los toros*—que le era muy difícil—también me lo expresó alguna vez—hacer una biografía completa de Antonio Carmona, por las contradicciones que encontraba en todos los textos que hubo de consultar. Pero para trazar una semblanza que demuestre las condiciones que concurren en el famoso lidiador, existen datos suficientes, esparcidos en multitud de revistas. Y eso es lo que yo quiero hacer, dentro del limitado espacio de que dispongo.

Está fuera de discusión que nació en el barrio de San Bernardo, de Sevilla, solariego de casi toda la torería hispalense; pero no coinciden todos los biógrafos en fijar la fecha en que viera la primera luz.

Sánchez Neira y Velázquez y Sánchez la marcan en el 19 de abril de 1833, y el escritor taurino don Carlos Olmedo la señala en el mismo día y mes de 1834, asegurando haberlo oído al propio interesado. Sea una cosa u otra, no afecta para nada a lo más importante, que es analizar su actuación en la tauromaquia.

Yo me holgaría muy mucho detallando su vida profesional; pero, en la imposibilidad de darme ese gusto, habré de satisfacerme con tratar de ella en términos generales.

Desde la niñez mostró una decidida afición al toreo, y, si se ha de creer una versión bien conocida, a los ocho años de edad ya lanceaba de capa a las reses en el matadero cercano a su casa.

Sus dos hermanos mayores, José y Manuel, que se dedicaron a la lidia, figuraron como peones en las cuadrillas de los más afamados diestros de la época y terminaron siendo matadores aceptables. Este ejemplo estimuló cada vez más la inclinación del muchacho, que revelaba excelentes aptitudes.

Paso por alto los primeros años, en que se vio obligado a abandonar el toreo para ocuparse en trabajos manuales que ayudaran a sostener las cargas de su casa, que atravesaba un período de estrechez, y también sus primeras andanzas cuando volvió a torear, para relatar cómo reanudó sus tareas taurinas.

En el verano de 1855 aparece de banderillero de su hermano José, que, en compañía del célebre Manuel Domínguez, habían de despachar una corrida en Alcalá de Guadaíra a beneficio de la milicia nacional, entonces muy en auge. La epidemia de cólera, extendida por toda España, azotaba también aquella región. Salieron de Sevilla para Alcalá, y en el camino se sintió Antonio atacado por el terrible mal, lo que le obligó a hacer cama al llegar a la villa de los panaderos. Al día siguiente tuvo lugar la corrida. Marcharon los toreros a la plaza, y él quedó encamado, luchando con la enfermedad; pero, en un rapto de audacia inconcebible, saltó del lecho, vistió el traje de luces y se presentó en el redondel, donde bregó incansable con gran lucimiento con la capa y las banderillas, obteniendo atronadores aplausos. Y lo más raro es que quedó completamente curado. Yo soy profano para emitir opinión en asunto tan técnico; pero me inclino a creer que lo que se creyó cólera, no pasó de ser una simple indisposición intestinal.

Continuó trabajando al lado de sus hermanos, y cada día demostraba cualidades más sobresalientes en las suertes de capa, muleta y banderillas, que dominaba con singular maestría.

Hizo su aparición en Madrid en 1857, y el éxito que tuvo fué tan extraordinario, que rápidamente se adueñó del entusiasmo del público.

Al año siguiente, el 19 de abril, en Sevilla, sorprendió a toda la afición citando a banderillas esperando al toro a pie firme y quebrándolo con una limpieza y una tan acabada perfección, que desde aquella fecha cumbre en su vida torera, ocupó un lugar preeminente en el arte taurino. El gran lidiador Francisco Montes había sido su precursor en tan difícil y brillante lance. El diestro de Chiclana quebraba los toros con el capote al brazo, y decía cuando le elogiaban: "Llegará un día que vendrá un torero que esto que yo hago y tanto gusta lo practicará a cuerpo descubierto."

El 13 de septiembre de 1859, en la Plaza sevillana, adornó la suerte esperando a la res sentado en una silla, y la remató con la misma limpieza que de pie, pero con mayor atractivo.

En 1860 tuvo en Valladolid un percance desagradable. Como no saliera ningún toro en condiciones de quebrarle, el público se aborotó mucho; y como, a la vez, José estuviera desgraciado, la protesta creció, y comenzaron desde los tendidos a tirar piedras a los toreros, y una de ellas lastimó al es-

pada. Su hermano Antonio se volvió airado contra los espectadores, injuriándoles, y el presidente le impuso una fuerte multa y le mandó a la cárcel.

Como su fama se había propagado por toda España, llegó la hora de tomar la alternativa, que recibió primero en Córdoba y que después fué confirmada en Madrid, de manos de Cúchares, el 5 de abril de 1863.

Como matador dejó mucho que desear. Su escasa estatura y el ser algo grueso dió lugar a que desde su adolescencia le llamaran *Gordito*, y estas condiciones físicas eran obstáculo para que pudiera consumir bien la suerte de matar. Además, siempre le faltó decisión en el momento supremo en que los toros se ponen a la muerte. Si hubiera tenido más empuje habría mejorado el estilo, porque pericia le sobraba con exceso.

El quiebro, que despetó, con justicia, tanto entusiasmo, no gustó a muchos matadores. El desgraciado *Pepe*, que con su toreo rudo y varonil no concebía habilidades ni floreos, decía: "Eso del quiebro no es torear; es hacer líteres con los toros."

Cometió Carmona el inexplicable error de entablar competencia con el *Toto*, en la que fué totalmente vencido, y que él provocó con una carta ofensiva para el gran estoqueador, publicada en el periódico *El Porvenir*, de Sevilla, el 30 de abril de 1862. Aquel fracaso debió aleccionarle, pero no fué así, y más tarde emprendió la pugna con *Lagartijo*, que había sido su discípulo, siendo igualmente derrotado.

Yo le vi trabajar una sola tarde, en 1863, un año antes de su retirada, y a pesar de que ya carecía de facultades y se le notaba cansancio, a un toro que salió claro, dócil y bravo, le puso un par de banderillas al quiebro tan soberbio y magnífico como seguramente los ponía en su mocedad. Aunque decadente, se veía en él una figura señera del toreo.

Sánchez Neira es el único escritor taurino, de los que yo he leído, que cita una

hazaña suya, realizada en Valencia, que siempre me ha extrañado que nadie más que él la mencionara, siendo, como fué, verdaderamente memorable. Cuenta en su *Gran Diccionario Taurómico* que al llegar el tren que conducía una corrida de la ganadería de don Antonio Hernández, que había de ser lidiada en la ciudad del Turia, un toro rompió el cajón donde iba encerrado, se lanzó a la calle, y habría causado un día de luto si, por fortuna, el *Gordito*, que era uno de los espadas contratados, no hubiera estado presente. Ordenó en seguida que fueran por los cabestros, y despojándose de la prenda que vestía, armó con ella y el bastón una muleta, y estuvo dándole pases a la res hasta que llegaron los mansos y la condujeron a los corrales de la Plaza.

Este episodio lo leí hace más de cuarenta años, y deseoso de comprobarlo, quiero recordar que en la feria de 1899 le pregunté sobre ello al viejo e inteligente aficionado valenciano don Vicente Andrés, que era amigo mío, y me aseguró la veracidad del caso. El lo recordaba muy bien. Por cierto que me añadió que la muleta la preparó con un chaquet que era la prenda que llevaba aquel día. A mí no me sorprendió, porque había escuchado a varios aficionados que Carmona lo mismo usaba el clásico traje corto que el atuendo de las clases aristocráticas y elegantes.

Retirado el *Gordito*, dedicó su actividad, durante los muchos años del resto de su vida—murió en 1920—, al cuidado y fomento de un saneado capataz, que había ganado honradamente. Fué siempre hombre de bien, buen ciudadano y caballero en todos sus actos, y en Sevilla escuché a mis muchos amigos hablando de él con elogio y consideración.

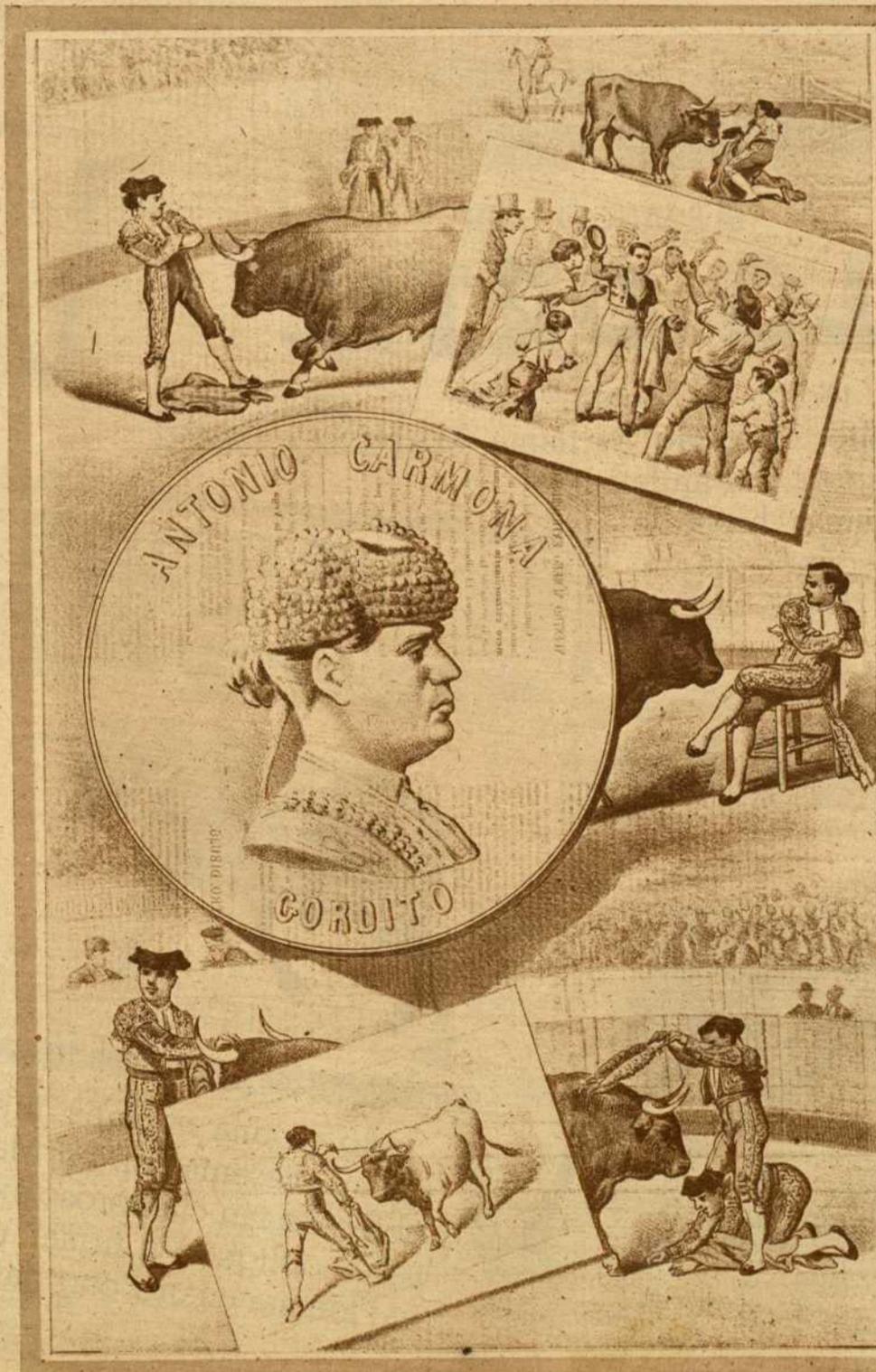
Desde que abandonó el toreo se desprendió de todo lo que pudiera recordarle su profesión. Esto lo supe porque cuando el año 1900 se celebró la primera corrida a beneficio de la Asociación de la Prensa, de la que, con otros amigos, fué desinteresado empresario, quisimos, para darle un atractivo más a la fiesta, rifar objetos que hubieran pertenecido a viejos lidiadores.

Escribí a mi excelente amigo el ganadero Pepe Anastasio Martín—que, gracias a Dios, vive todavía—, hijo político del *Gordito*, que nos enviara algo que recordara la vida del gran torero, y me contestó que lamentaba no complacerme, porque su suegro no había conservado nada de su vida profesional.

Su celebridad es muy justa y merecida, por ser uno de los pocos maestros que han enriquecido con una suerte nueva el arte taurino.

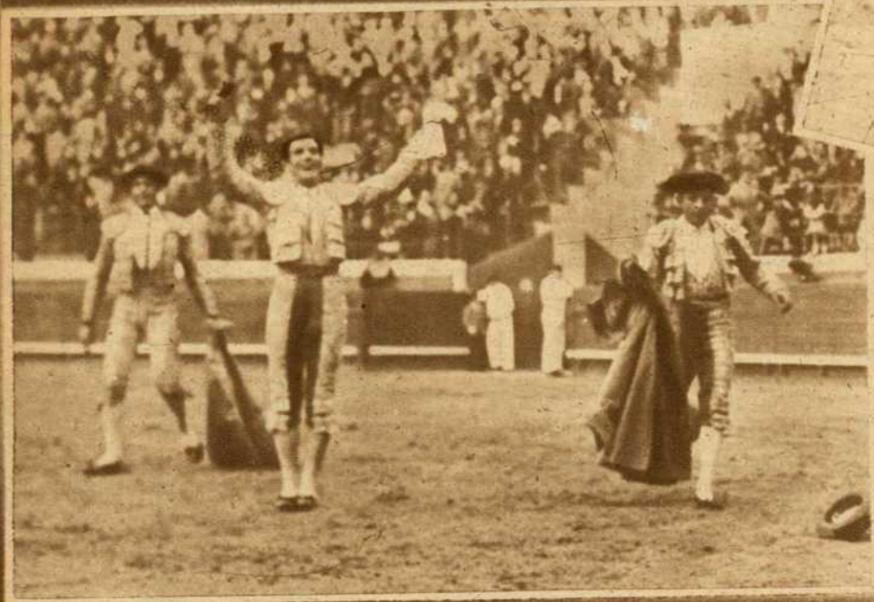


El "Gordito"



Nada mas que esto:

EL ALFÉREZ!



Otro que viene « pegando », otro que « empuja » para hacerse un sitio entre los que se llaman los « primeros ». Pero no a base de carteles que le llamen fenómeno, sino mostrando auténticos éxitos. Antonio Martínez es de los que no engañan. Es de los que, sobrados de valor y maestría, dan a la afición pruebas de un arte coronado de elegancias y variedades. El día 16 del pasado abril Antonio se cubrió de gloria. En sus dos novillos de Guardiola fué tan resonante su triunfo, que cortó orejas, saliendo de la plaza en hombros. Así el público premió a este torero que se llama **EL ALFÉREZ!**

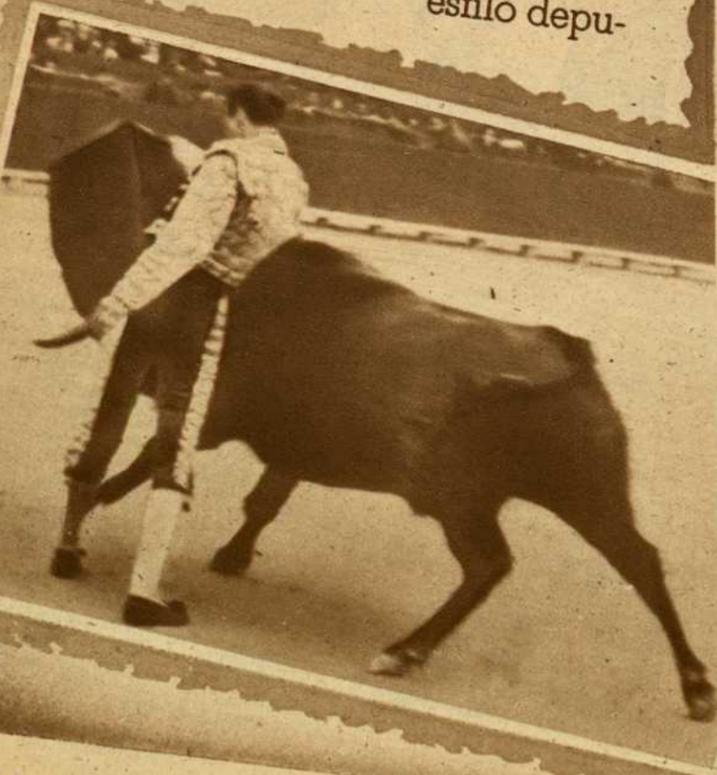
EL VALOR Y LA ELEGANCIA DE **MANOLO ORTIZ**

Cuando se dominan todas las suertes con la gracia especial de un arte exquisito, el torero se llama **MANOLO ORTIZ**. Arte exquisito que el capote y la muleta de Manolo se eleva, además, hasta llegar a la dominadora elegancia de un estilo depu-

JUAN ESCOSURA
APODERADO

TELEFONO 15697

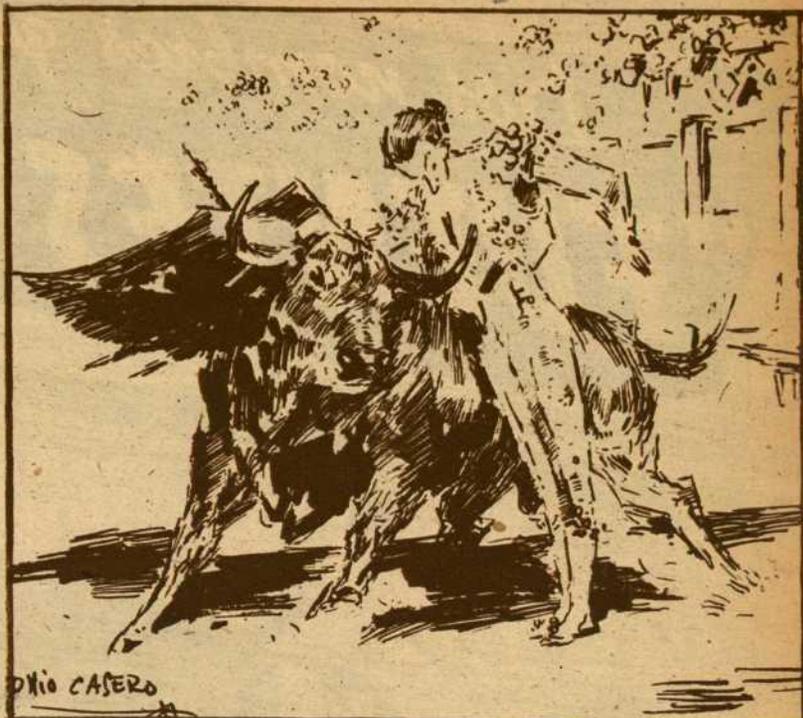
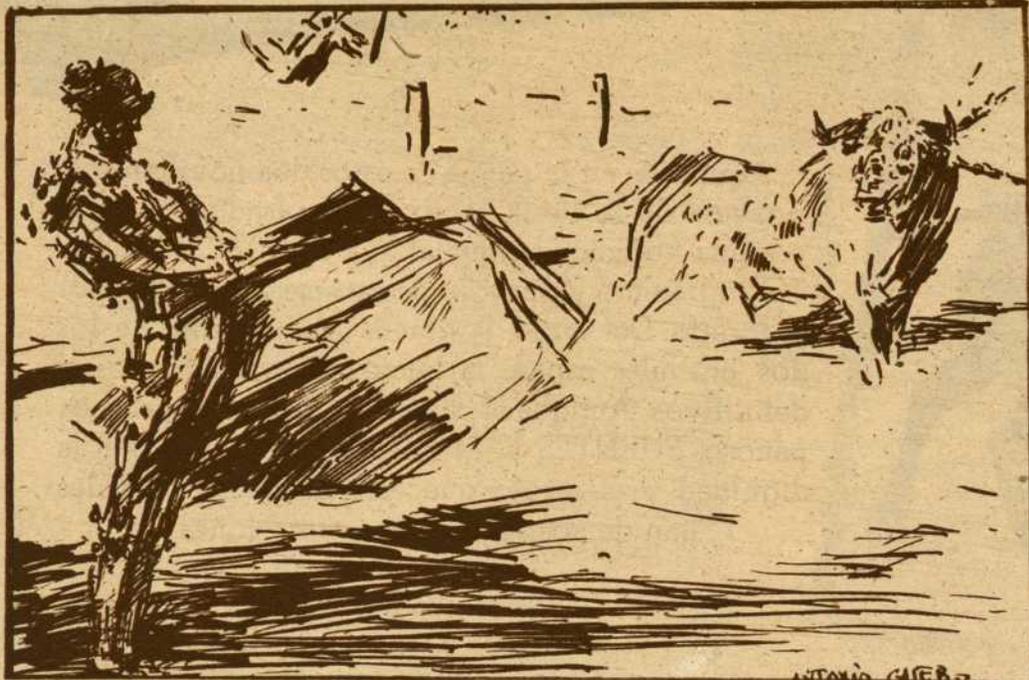
MAYOR. 13



rado en una valentía inimitable. Después de su presentación en Madrid, Manolo ha obtenido tan clamoroso éxito en Lisboa, que le ha obligado a firmar un contrato por el cual toreará cuatro corridas más en la capital portuguesa.

EL ENGAÑO

Por JOSÉ PATÓN GARRIDO



entre su posición y la barrera, medida en dirección al centro de su cuerpo. El terreno del torero es el comprendido entre sus pies y la valla, medido en dirección a sus ojos.

Cuando las dos direcciones se tocan en una recta, el lidiador se embroca con el toro. Se encuentra frente a frente. Sus posiciones naturales, definidas así, dan lugar a ejecutar la suerte con el engaño.

Nunca son iguales las distancias entre los dos y la barrera. La posición del torero será más ventajosa cuanto la distancia sea más corta entre él y las tablas. El toro desarrolla mucha más velocidad que el hombre. El engaño resulta el auxiliar indispensable para calcular las distancias. Con él y con sus ojos, el lidiador fija los terrenos.

El engaño es indispensable también para cambiarlos. Después de ejecutada una suerte, los terrenos cambian forzosamente.

El diestro se ve obligado a señalar otros distintos, aunque el toro tome bien el engaño. Si no lo toma bien, el torero se retira o se acerca más o menos, cambia de posición, cambia de mano, hasta establecer otra recta que considere más conveniente. Otro embroque. El capote y la muleta son indispensables para preparar y fijar nuevos terrenos.

Con el engaño, no sólo se esquiva, sino que se encariña al toro. Va detrás de él una y otra vez hasta morir. El engaño suple la escasez de facultades físicas del hombre frente a la fiera.

Sin el engaño, la recta no podría romperse. El torero sería siempre cogido. Porque tendría que romperla con su cuerpo. El instinto y la fuerza del toro arrollarían la inteligencia del hombre.

Sin el engaño, la Corrida de Toros, no significaría ese cuadro de majestad y belleza que componen la noble bravura de la fiera y el corazón e inteligencia del maestro.

El toro bravo acomete a todo lo que se le pone por delante. Con preferencia, al bulto que encuentra más cercano. Y al que se mueve sobre el que se está quieto. Su instinto combativo le impulsa a perseguir todo lo que huye de él. A cogerlo. A destrozarlo.

En el ruedo salta la barrera detrás del que huye. Clava sus cuernos en las tablas. Se crece al castigo. Se mete bajo los caballos. Los cornea duramente. Rebrinca y escarba.

Rebrinca y escarba.

Para lidiarlo y matarlo a estoque, el torero ha de ejecutar un juego de habilidad.

La noble bravura de la fiera se presta a la combinación.

El toro dirige su acometida a lo que se mueve y se le acerca. Prefiere la movilidad.

Entonces, basta al torero servirse del objeto móvil, que se acerca con él al toro. Y, además, que cubra su cuerpo. Porque el toro busca siempre con codicia el cuerpo del torero.

De este modo puede desviar la embestida del bruto. Engañarlo. Mas, para engañar al toro, hay que saber usar el engaño.

En tal sentido, entre todos los objetos que puede elegir el lidiador para engañar al toro, elige dos fundamentales: el capote y la muleta.

La vara, las banderillas y el estoque son objetos con los que también se engaña al toro. Pero relativos. Ninguno cubre el cuerpo del torero.

La importancia capital del engaño estriba en que sin él no se puede lidiar. Como no sea a cuerpo limpio. Sin el engaño, el lidiador queda abandonado a sus recursos físicos. Estos son siempre inferiores a los del toro. Sólo con ellos el lidiador no sería lidiador.

Así, el capote y la muleta tienen dos finalidades principales: cubrir el cuerpo del torero y provocar la embestida de la fiera. La primera, se explica por sí sola. La segunda, se consigue acercándola al toro convenientemente. La distancia y movilidad oportunas, señaladas por el engaño, obligan al toro a embestir siempre.

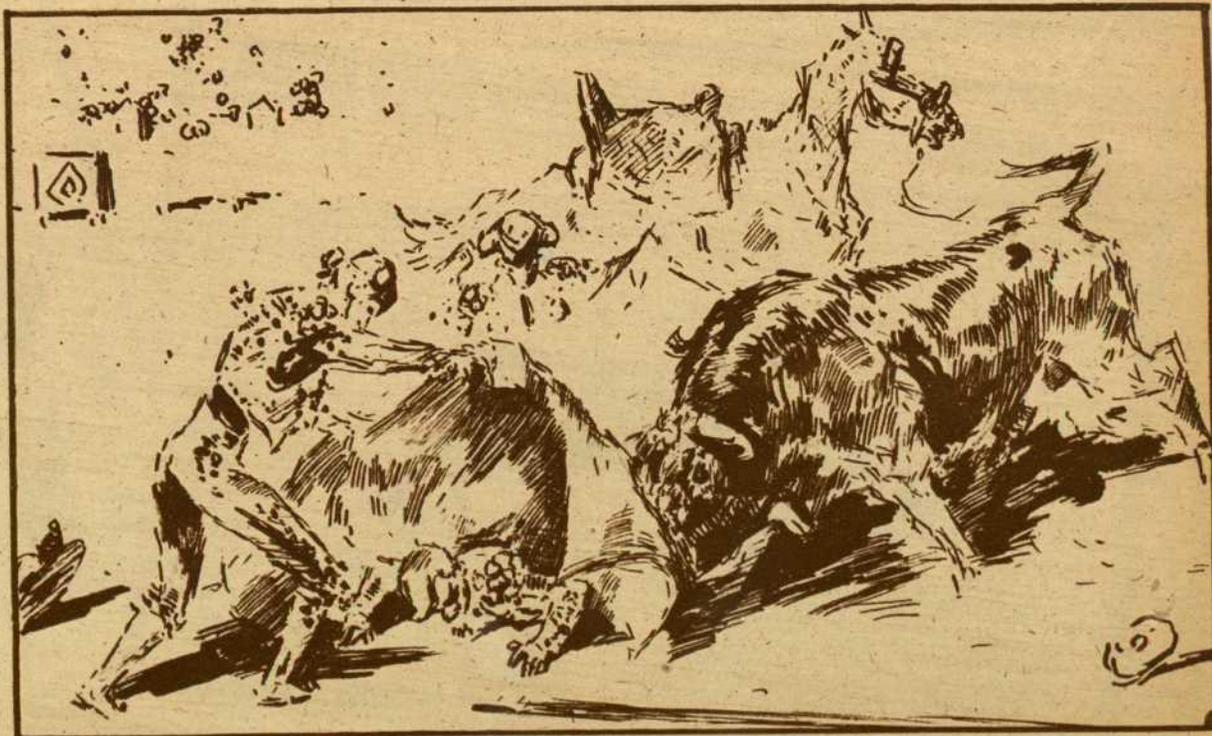
Y si las actitudes del cuerpo del torero se someten a reglas establecidas por la lidia, con mayor motivo ha de someterse a ellas la colocación



y movilidad del engaño. Técnicamente, artísticamente, sirve el engaño para marcar al toro el camino que tiene que seguir. Para ceñirse más o menos en las suertes. Para colocar al bruto a la distancia deseada.

El engaño vale, en primer lugar, para calcular los terrenos del torero y del toro.

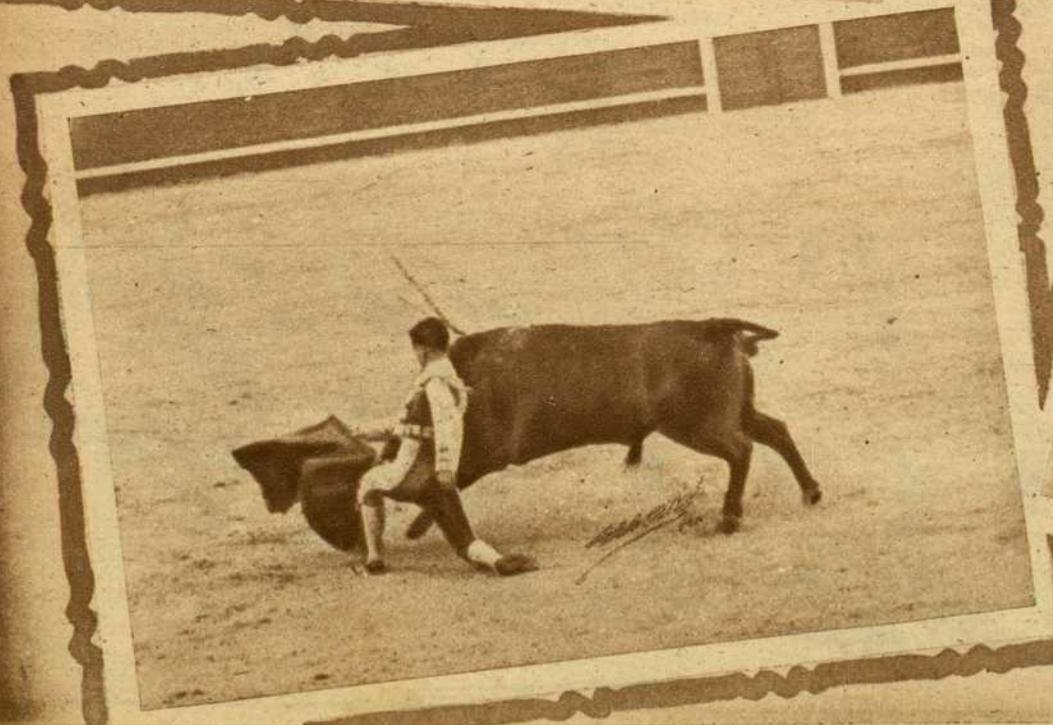
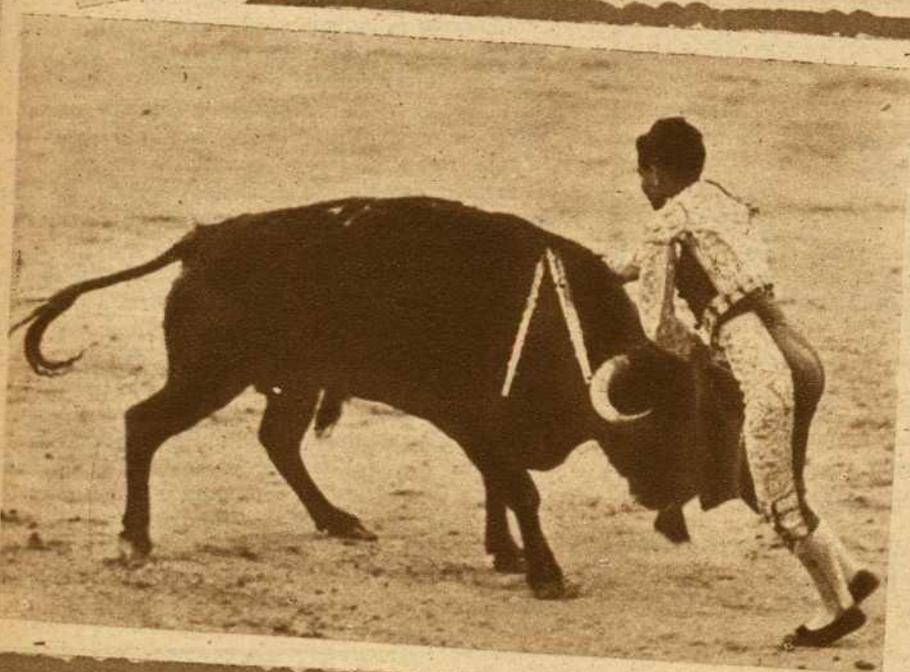
El terreno del toro es la distancia que media



Dos nombres que serán famosos

"FUENTES Y MINUTO"

Aquí está, en la pareja de estos dos novilleros, la promesa de la fiesta taurina. Impulsados al toreo por una vocación inigualable, FUENTES Y MINUTO lograrán muy pronto destacarse aureolados por el triunfo. Del estilo, la gracia y la valentía de los dos chavales espera la afición éxitos rotundos y definitivos. Aunque el camino para conseguirlo sea penoso, FUENTES Y MINUTO lo andarán con la dignidad y el arrojo que esta pareja de chavales han demostrado en sus actuaciones.



EXCLUSIVAS JUMILLANO
PEREZ GALDOS, 10 MADRID
TELEFONO 10287





En el mismo centro de la ciudad de Ronda está situada la Plaza de Toros, con su portada cortijera, que tantas veces atravesaría Pedro Romero

LA PLAZA DE RONDA

FUI a Ronda con un poco la emoción árabe del peregrino de la Meca. Lo rondeño en el toreo es lo justo, lo cabal, lo exacto, lo puro, y todo lo demás son arrequives y floripondios, muy bonitos, pero con sólo los cuales no se puede nadie llamar ¡torero!

La verónica, el pase natural, el de pecho y la *estocá*. Y está hecho un torero, cortito si se quiere, pero puro, asentado sobre las cuatro piedras angulares.

Por eso yo soy rondeño en mis gustos y en mi concepción del toreo.

Ahora vamos a Ronda.

Hemos llevado siempre, en nuestro correr por todo el ruedo ibérico y la encantadora Mallorca, una visión particularísima del paisaje, algo así como el hombre enamorado que mirase cada mujer a través de su amada.

Cuando aun no conocía Andalucía, y don Ernesto Blanco compró los toros a Paradé, le preguntaba yo un día en Castroenríquez:

—Don Ernesto, aquellas marismas de Cádiz y de Huelva, ¿tienen el encanto y la belleza hõnda y grave de este campo?

—Como este campo de Salamanca no lo hay en el mundo. Para encontrar esto hay que ir a la Sierra. En esto pensaba yo cuando saliendo de Sevilla atravesaba los llanos monótonos de Doñ Hermanas y de Las Alcantarillas, y en ello pensaba, ya en la Sierra, cuando a las puertas mismas de Ronda, subiendo al lomo donde se asienta, atravesamos un encinar precioso.

Ya estaban aquí, en la meca del toreo, las encinas de mi Salamanca. Y el frío. Era un viento serrano que cortaba, allí a 700 metros sobre el Mediterráneo.

Nos acogió, tras el callejeo curioso, un café típico que tenía camillas con braseros, y unos hombres de sombrero ancho jugaban a las cartas y miraban curiosos a mi amiga la escritora italiana, que ya me había traducido un letrero en inglés, en una calle de rejas andaluzas: «Se alquilan burritos».

—¡Ah, es para los ingleses de Gibraltar que vienen a curarse la tisis en la Sierra!

Mucho que escribir de los encantos de Ronda; pero éste no es el sitio. Aquí hemos de hablar de toros, de la plaza neoclásica, de Pedro Romero...

Al otro día un sol de maravilla. Y grabamos en fotos toda Ronda, que es un encanto de pueblo y de paisaje. Este paisaje duro, serio, grandioso—paisaje para hombres—, es la cuna del toreo de a pie, que en sus orígenes tenía que ser así, seco, bravo y de una pieza.

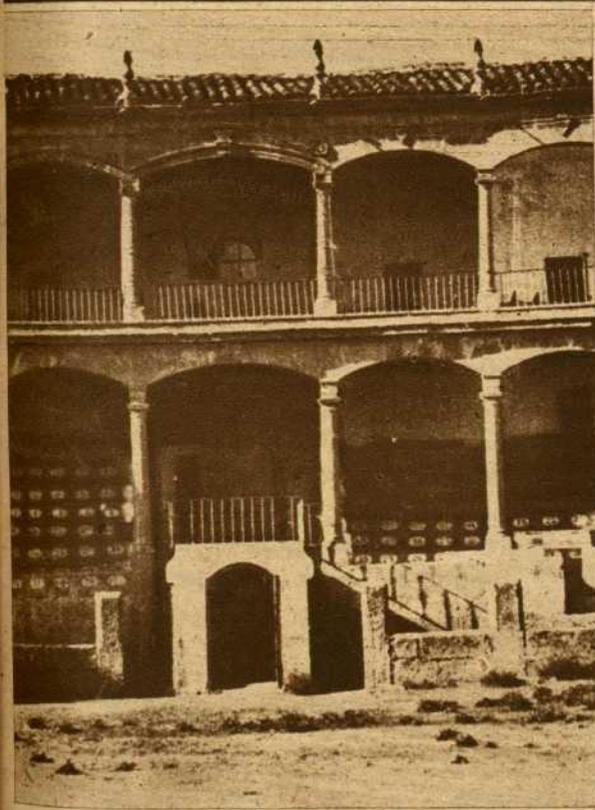
La geología influye mucho en el ánimo y en el ánimo. Y surge el estilo. Fijaos de dónde son esos toreros cortos, justos y bravos: los cordobeses, desde *Machaco* a *Manolete* (que yo haya alcanzado), que nacieron al pie de la Sierra Morena, de monjes y bandoleros. Ortega, el de la paramera toledana; Vicente, que vió ponerse mil soles tras los riscos de la Carpetovetónica desde Madrid.

Pedro Romero se crió mirando esta Sierra imponente y grandiosa; correteó por el encinar cercano, y fué su toreo como los riscos y echó su estilo raíces hondas. Puso al toreo un sello imperecedero: «Cread cuanto queráis, pero lo mío nadie lo mueva». Lo suyo es el toreo por antonomasia, los cimientos, sin los cuales todo caería en una pantomima trágica.

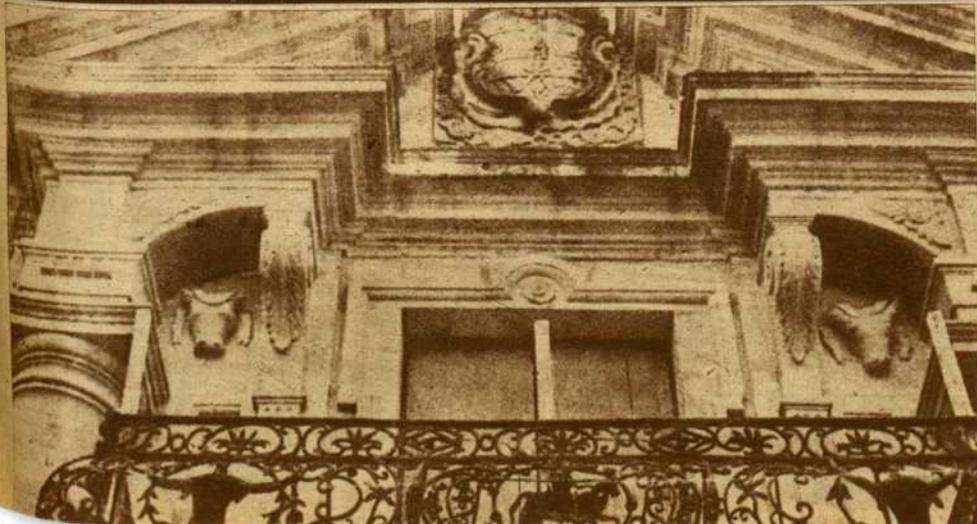
La plaza de Ronda—Real Maestranza—es una pieza arquitectónica interesantísima. Está situada en el centro mismo de la ciudad. La puerta principal, de gusto neoclásico, tiene en las piedras y en los hierros del balcón motivos taurinos: unas cabezas de toros goyescos con los pitones *p'arriba*, y un piquero a caballo. Las arcadas del patio de caballos tienen ese festoneado del barroco andaluz del XVII y comienzos del XVIII, que tanto influyó en el estilo colonial de América.

Portalada cortijera. Allí bajaría de su calesa su merced el señor Pedro Romero—calzón de ante y chupa grana, con galones de plata y redecilla. Aquel día de buen sol, por la tarde, comenzó a nevar copiosamente. A las diez estábamos lejos del frío, en la tibieza y bajo el sol, en otro pueblo de encanto: en Arcos de la Frontera.—P. G. SOMOZA

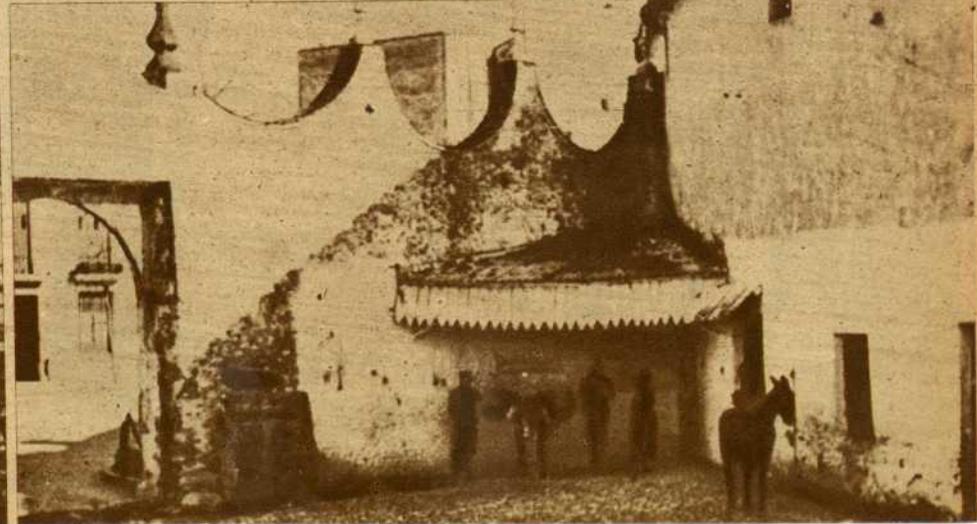
Arriba: Puerta principal de la Plaza de Ronda.—Abajo: El toril, bajo el palco presidencial. Este palco, en el siglo XVII, lo ocupaba el Corregidor; los demás palcos eran para los maestranteros dueños de la Plaza



Motivos decorativos en la piedra y la forja, en el balcón de la puerta principal de la Plaza de Ronda

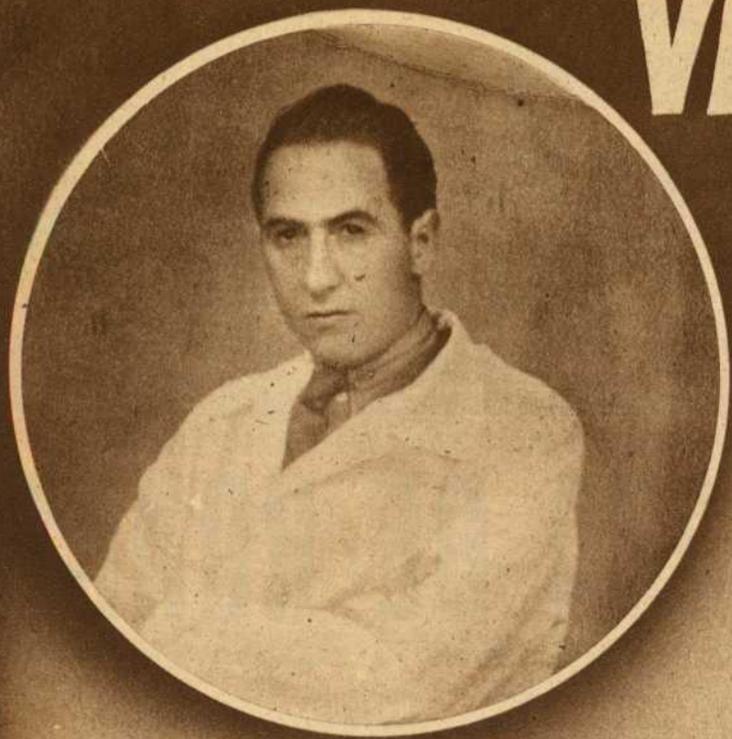


El patio de caballos de la Plaza de Ronda, que, con la de Sevilla, constituyen las dos de más solera de España

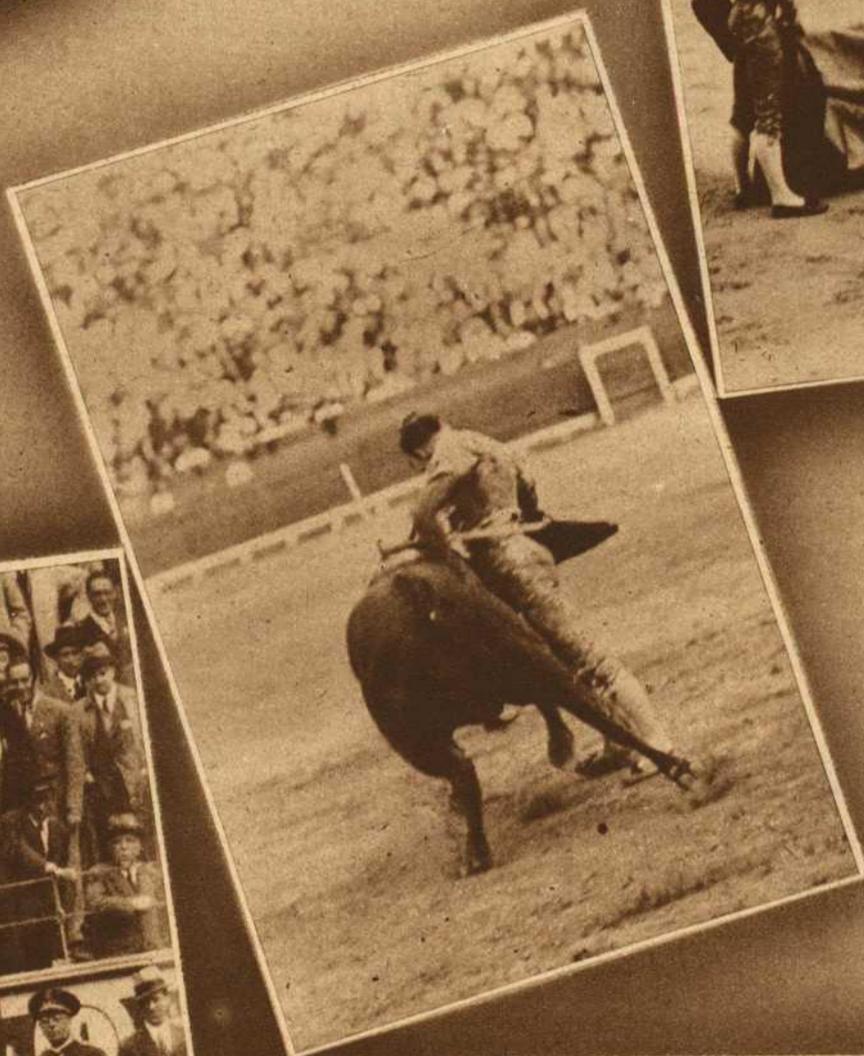


VICTORIANO *de la* SERNA

*El creador
del toreo
contemporáneo*

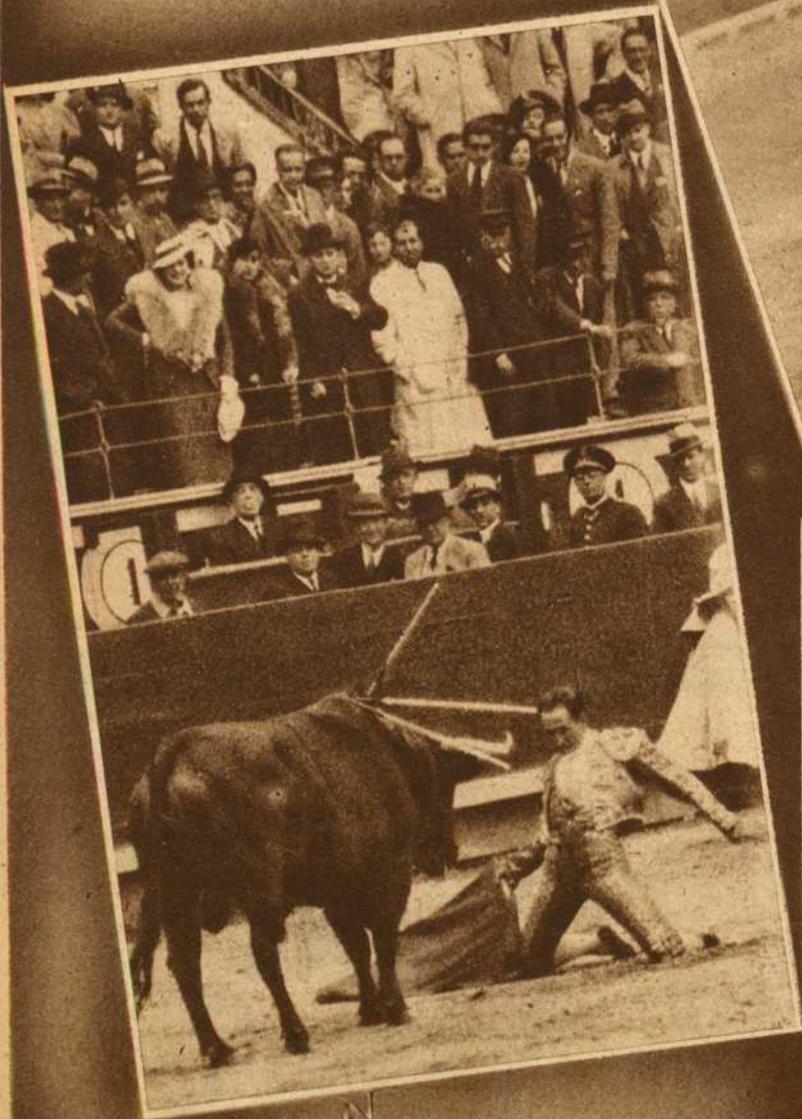


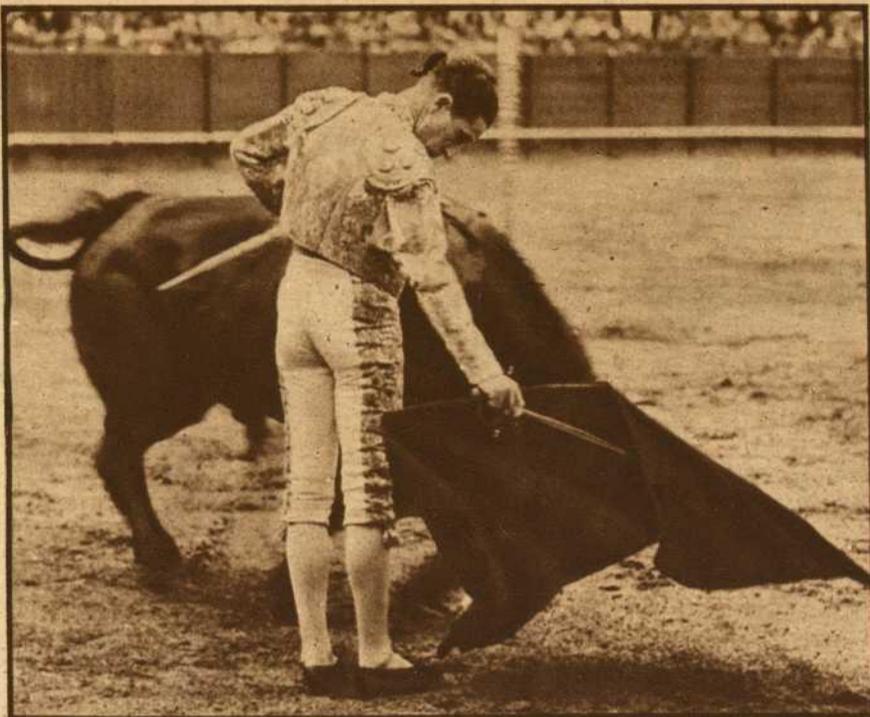
Ni nuevo ni viejo, sino lo original, aquello que no pasa por muchas mudanzas que experimente el arte taurino. Cuando Belmonte dejaba en la historia su escuela de emoción, surgía Victoriano de la Serna con su toreo bravo y cerrado, ele-



gante y exquisito: el toreo de los «pies juntos» que alborotó a la afición en todos los instantes. Ese toreo que hoy, dentro de su gallardía y bravura, continúa como modelo de escuela contemporánea.

He aquí, en esas láminas de las actuaciones de Victoriano, el maravilloso ejemplo de su arte frente a un ganado de poder y de peso





LA MULETA y la ESPADA

Por VICTOR
DE LA SERNA



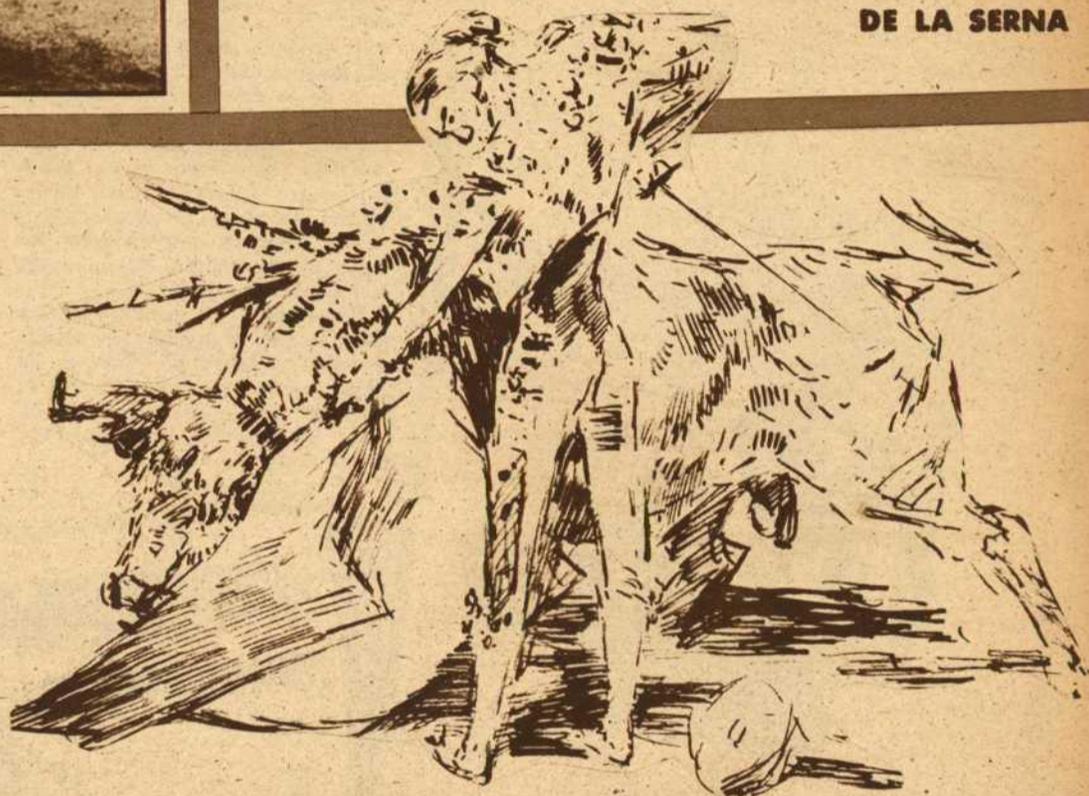
HAY que agradecerle mucho a MARCA que nos permita otra vez a los escritores discurrir acerca de cosas tan importantes como una estocada en las agujas. Si ingenios muy preclaros de las letras de nuestro tiempo han incorporado a las más graves y serias terminologías la terminología taurina, y si hay filósofos y ensayistas extranjeros, como Vossler, que emplean para definiciones suntuosas el argot de los toros, ¿por qué no hemos de entrar nosotros en este corto reservado a los especialistas por una mala y reciente tradición?

Hace años, escritores tan ilustres como don Mariano de Cavia, "se vestían de corto" todos los domingos y enriquecían la lengua y depuraban el estilo en inolvidables reseñas, que pueden pasar a las antologías de la prosa española. MARCA nos hace honor y nos hace justicia. Por lo que a mí toca, me proporciona una alegría y me da ocasión para decir, "saliendo por delante", que me ha parecido un remilgo hipócrita, cuáquero y, en el fondo, paleta, el de nuestros antecesores inmediatos, que no quisieron escribir de toros.

Brindemos al "usía" y ¡al toro!

Se trata de discernir qué cosa es más importante en la lidia: si la faena de muleta o la estocada. Sin duda alguna, y para mí, la estocada. No creo descubrir nada nuevo diciendo que todo en la fiesta de toros está subordinado al final, que es la muerte del toro, conforme a unos cánones que se han ido creando por las generaciones de lidiadores, en vista de darle a la suerte el mayor peligro y la mayor majeza. Por bello que sea un lance en sí, desde el punto de vista estético y aun por arriesgado que sea, si impide la consumación del supremo lance es malo y feo. Si el torear con la mano baja, templando y mandando y parando diera por resultado la imposibilidad de matar bien al toro, habría que torear de otra manera. Si el pase natural implicara que el toro cuadrara con la cabeza debidamente ahormada para permitir la estocada, habría que desterrar el pase natural.

Esto nos lleva de la mano a declarar que el olvido de que la suerte esencial del toreo es la de matar, ha traído como consecuencia una degeneración del toreo



hacia un estilismo inútil. Y nos planteamos el eterno problema del huevo y la gallina. ¿Cuál fué el primero?

¿Empezaron los toreros a tapar su mala manera de matar con un prólogo estilista, que ha ido anestesiando a los públicos? ¿Son los públicos los que han exigido a los toreros el estilismo sin importarles un bledo la suerte de matar?

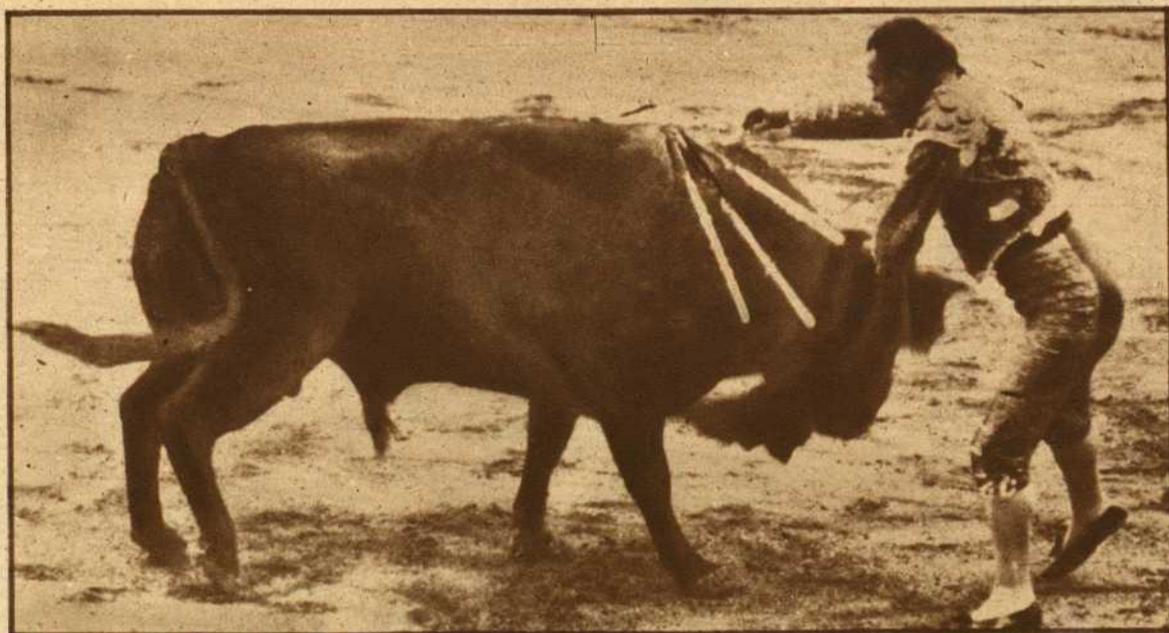
Lo único cierto es que hoy en los ruedos no se ve más que una faena, siempre la misma en esencia, más o menos valiente, más o menos bella, más o menos inspirada; pero, en esencia, totalmente desligada de la función natural de toda faena en los tres tercios: la muerte.

De aquí ha nacido una decadencia de la afición sencillamente pavorosa. El público ya no quiere ver otra cosa que el preciosismo. Si una faena no es toda ella natural, no se estima buena. Si un torero inteligente se dotta con un toro huído, o consiente a un toro manso, o simplemente machetea con el pico de la muleta a uno que desparrama peligrosamente—porque también se puede torear bien con el pico de la muleta—, el público chillará inexorablemente. De esta manera, es decir, por haber olvidado que la suerte esencial es la de matar, y a ella deben estar subordinadas las demás, la fiesta ha entrado en una fase de monotonía y de cristalización, que está muy próxima a la fosilización.

Como aficionado, observo con alarma que entre la juventud no se habla de toros. ¿Causas? Yo resumiría todas ellas en una: que no se mata bien.

En cuanto los toreros se vayan detrás de la espada bien rectos, con la derecha en el nudo de la corbata y la izquierda baja, los jóvenes, amigos del riesgo, volverán a los toros. Y si la cosa sigue así, ni los jóvenes ni yo... Supongo que estoy en desacuerdo con la inmensa mayoría de los "aficionados" de hoy; pero a mí me han pedido mi opinión.

Vuelvo respetuosamente ante la presidencia, recojo la montera, doy las gracias a Manolo Fernández Cuesta, pido perdón por no haber hecho literatura, que es seguramente lo que algunos esperaban..., y hagan el favor de avlarme cuando pise la plaza de Madrid un matador de toros.

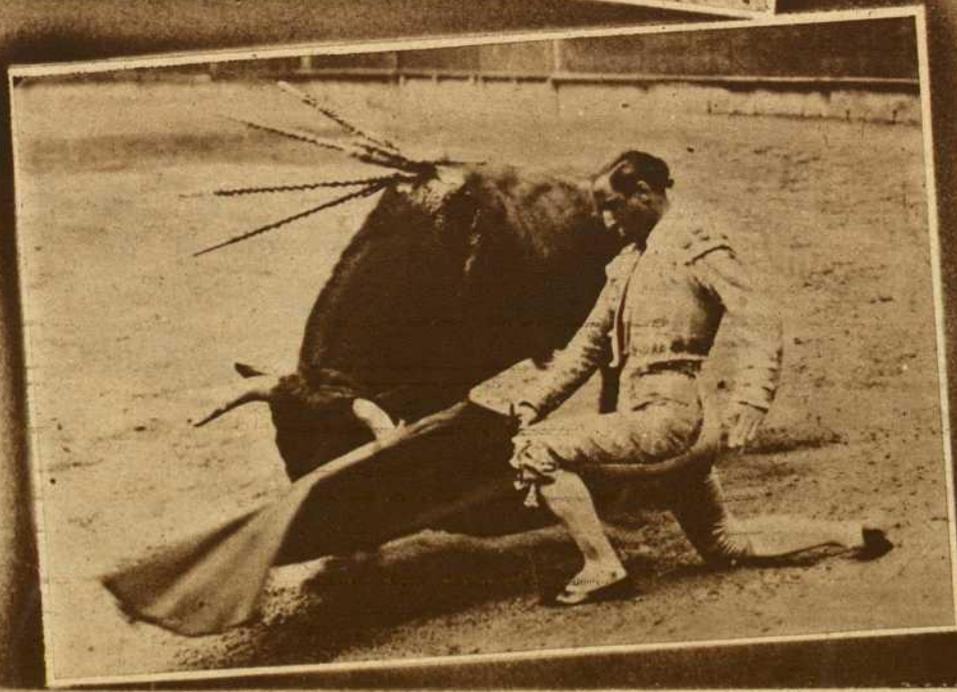


Hay un torero que no ha perdido su fama

VICENTE BARRERA

Vicente Barrera, el maestro valenciano, ha vuelto a los toros y ha vuelto haciendo honor a Valencia y a su maestría. Sobre el tapiz florido de Valencia hay otro nuevo clavej matizado con el arte fino y señero del maestro. Su enorme triunfo de Barcelona lo atestigua. *Vicentet*, cortando orejas y rabos en una corrida dura y de compromiso de Salltillo, rinde pleitesía al arte señero y sin par de la ciudad del Turia. Y ha vuelto como lo que es: todo un profesor. Un profesor que retorna a la fiesta sin haber olvidado ninguna de las lecciones que durante muchos cursos explicara; antes bien, dominando con absoluta brillantez dos nuevas asignaturas: la del estilismo y la de la emoción. En suma: la práctica del toreo moderno y que aparece perfectamente acoplado, sin dejar de ser por ello el maestro largo y ancho de antes. Variadísimo en el repertorio, sapiente en los recursos, sin un aolo instante de monotonía, ni un rasgo aislado de vulgaridad.

Ha vuelto el maestro, como siempre fué, y además en artista moderno y estilizado. Este es su mayor mérito, y esto es lo que le hace figurar por derecho propio en todos los carteles de categoría y de prosapia.



BANDERILLAS DE FUEGO

Por JUAN LEON



Entonces aflora al graderío el mismo regocijo que se advierte en unos fuegos de artificio y en el disparar de tracas y cohetes luminosos en las noches de romerías, fiestas y ferias de todos los pueblos de España; el regocijo de una multitud aficionada, a correr la pólvora.

Por un momento, una afición absorbe a otra. La gente se olvida de que está en los toros, se concentra ante un castillo de fuegos artificiales, se interesa por que las banderillas se prendan bien, por que estallen todos sus petardos...

Entre tanto, el toro ha pasado al olvido como toro de lidia; se le observa tan sólo como sujeto del castigo a su mansedumbre.

Los aficionados puros sufren con el espectáculo, aunque no lo cambiarían por aquella innovación, de efímera vida, que consistía en atar al toro manso un lazo negro en la cuerna en el momento en que iba a ser arrastrado. Se resentía el prestigio del toro—del totem ibérico—con aquel crespón infamante.

Es preferible que se ilumine la tarde larga, oscura, de absoluto aburrimiento, con la brillante pirotecnia de las banderillas de fuego, que tanto alegra lo árabe del alma española, aunque sea situándola al margen de la fiesta que fué a presenciar.

Después de todo, aun surge de vez en cuando, tras el deslumbrante espectáculo, el *Manolete* que torea al abanto como al boyante, o el *Pepe Bienvenida* que lo ahorma y lidia valerosamente. Y la tostada bestia puede llegar al desolladero sin orejas.



NINGUN tratadista, ni siquiera el más extenso y moderno, José María Cossío, nos fija el origen de las banderillas de fuego, pues si reglamentariamente no aparecieron hasta mediados del siglo pasado, ya se emplearon en el XVII, aunque tal vez sólo fuera por mera diversión, vistosidad o entretenimiento. Don José Velázquez y Sánchez cuenta en sus *Anales del toreo*, que Francisco Montes, *Paquiro*, fué cogido, en la tarde del 21 de julio de 1850, "después de un pase

natural y otro cambiado", por un toro—el tercero de la lidia—de la ganadería de don Manuel de la Torre y Rauri, "que se hallaba, abanto y descompuerto, no recibiendo varas, por lo que fué sentenciado a banderillas de fuego".

Y aquí fijamos nuestro conocimiento, no por alarde erudito, sino por encontrar definidas las circunstancias en que un toro debe ser condenado a banderillas de fuego, y lanzarnos a divagar sobre otros aspectos del tema que llaman más nuestra atención; porque para hablar de banderillas de fuego lo que queremos hacer nosotros es también pirotecnia.

Las banderillas de fuego son un espectáculo emocionante y divertido—cruel, si se quiere—. A lo largo de una tarde pesada, cuajada de boyancones que se libraron del "tuesten" por la benevolencia presidencial, es unánime la alegría del circo al advertir el flamear del pañuelo rojo, que condena al manso.

Es muy frecuente, y casi natural, que este hecho se produzca al final de la tarde, tras una lidia larga y aburrida que nos ha colocado en los umbrales de la noche, cuando ya el usía se ha cansado de ser benévolo y excusado para sí, contagiado del aburrimiento y la ira popular: "¡Bueno, que tuesten a este manso!"

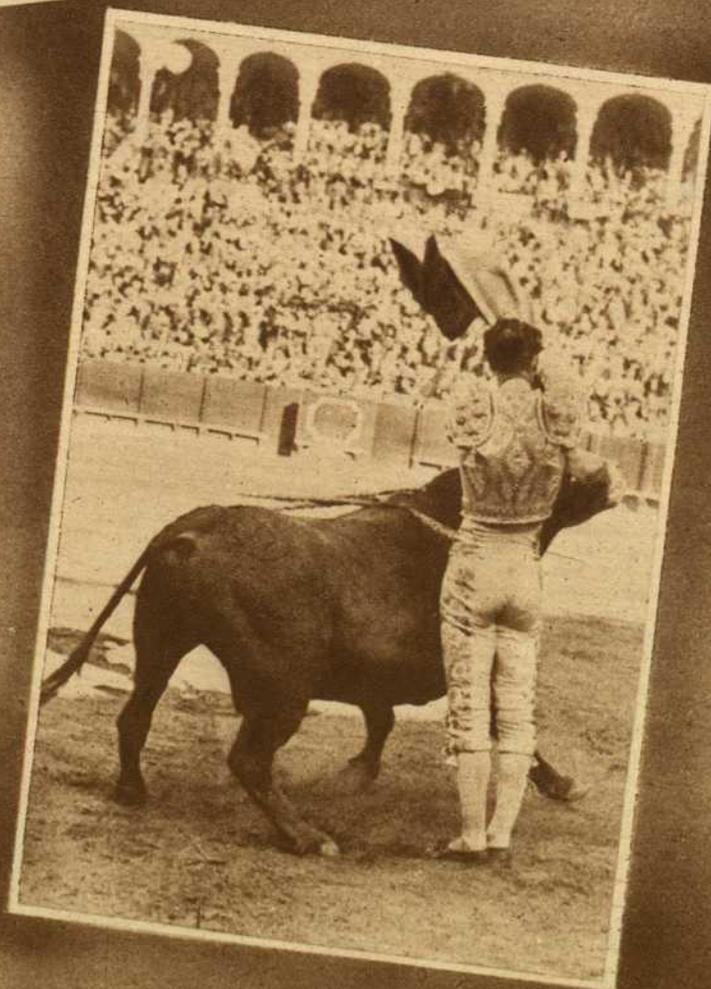
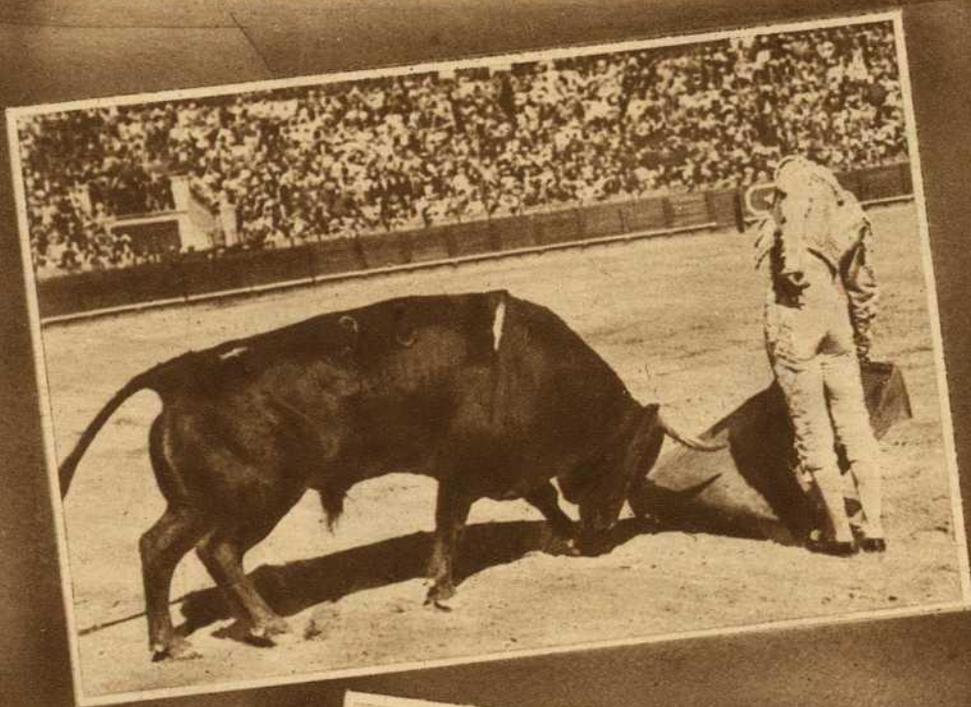
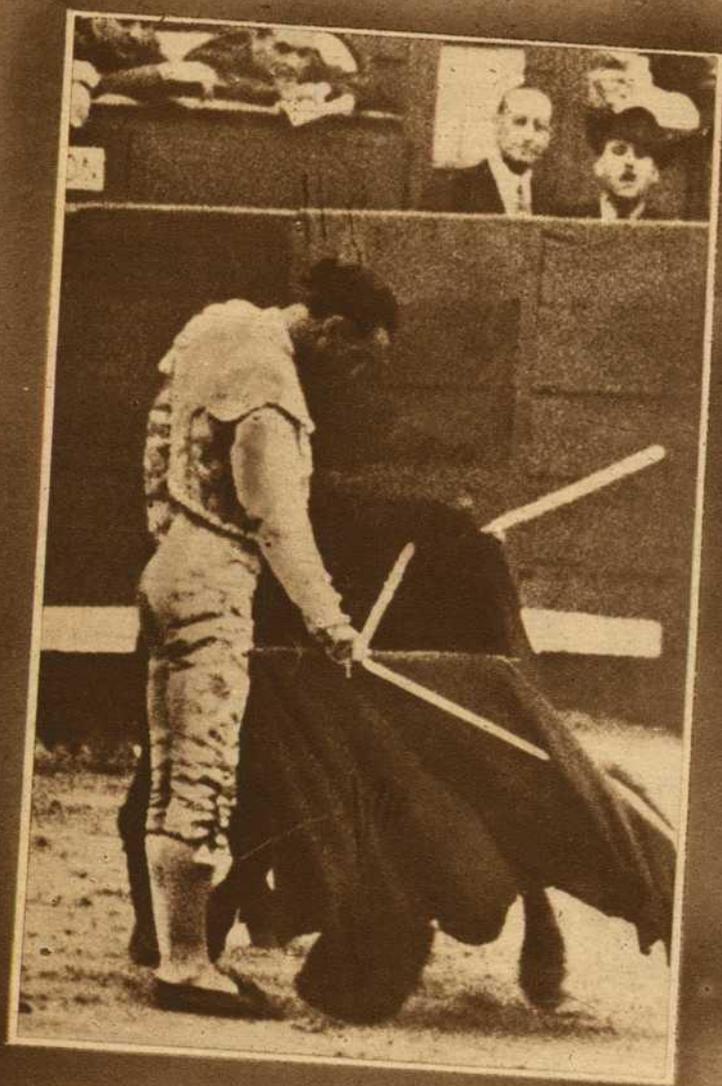


El doctor de mas prestigio se llama
"EL ESTUDIANTE"

Laureles viejos entre la frescura de los triunfos nuevos. Glorias de ayer en las apoteosis de hoy. Así es «EL ESTUDIANTE». Ejecutoria invariable, tensa, invencible. Si en las tardes olvidadas ya, Luis Gómez se hizo famoso, en los días de «ahora» su fama sigue en pie, tan majestuosa como siempre. Eso se llama ser torero de cuerpo entero, sencillamente.

Para «EL ESTUDIANTE» el clamoreo de ajenos triunfos no vale nada. Tan recia, tan «fenomenal» es su figura, que sobre otras conquistas tiene él su pedestal de «grandeza».

La consagración de Luis Gómez se repite cada vez que torea, y mucho más si con él se atreven a hacerlo los modernos prestigios, ya que entonces el contraste le da más relieve al gran torero castellano, ese torero bravo, seco, temerario y genial que no tiene rivales.



**CUATRO MOMENTOS DE LAS FAENAS MEMORABLES
REALIZADAS EN LAS FERIAS DE SEVILLA CON TOROS DE MIURA**

¡No hay billetes!

LOS TOROS DESDE LA CALLE

Por JUAN LOPEZ NUÑEZ



como curiosa, según dijimos, tan sugestiva como pintoresca. ¡Oír la corrida! ¡Escucharla! ¡Seguirla desde lejos como si se presenciase! ¡No perder un detalle de lo que sólo se ve con los ojos de la fantasía! ¡Qué imaginación hace falta para ello! Sólo hay un pueblo que lo pueda realizar: el pueblo español, y especialmente Madrid.

Sentados cerca de la gente que sigue desde fuera las incidencias de lo que pasa lejos de ella, nos sorprendemos. Suenan aplausos, estalla una ovación, y uno de nuestros vecinos dice, convencido:

—Eso es a... Fulano. ¡Si lo sabré yo!

—¿Y cómo lo sabe usted? —nos atrevimos a preguntarle.

—¿Cómo lo voy a saber? ¡No lo está usted viendo? ¡Viéndolo!

Le miramos asombrados de su credulidad y de la energía con que afirma aquello que nos parece tan extraño como incomprendible, y nuestro asombro no tiene límites cuando nos enteramos de que tenía razón, de que había dicho la verdad y no estaba equivocado.

Veloces correos que llevan y traen, y extienden y difunden, y propalan y hacen conocer a todos las grandes noticias, las memorables faenas, los sensacionales acontecimientos, son los chiquillos que vienen y van, y por su movilidad, su atrevimiento y su audacia, vuelan como el viento, y ven y escuchan, y comunican el suceso, si es que lo hay; la desgracia, si es que ha ocurrido; el éxito o el fracaso; y son cronistas, heraldo y, a veces, críticos de una fiesta que ofrece tantas perspectivas, tantos matices y tanta variedad, y más emociones que ninguna otra, porque apasiona desde fuera y desde dentro, en lo exterior y en lo íntimo,

en lo superficial, y en lo profundo, en la brillantez aparente y en la negrura de la realidad, no siempre halagüeña.

Un día, la curiosidad nos llevó a las inmediaciones de la Plaza de Toros madrileña. Como siempre, contemplamos el espectáculo de la multitud estacionada en aquellos lugares bulliciosos y animados, y tuvimos la suerte o la oportunidad de ver a un hombre que, alejado de todos, silencioso y expectante, seguía con el alma la corrida que se celebraba. En sus ojos había tal ansiedad, tal fuego, tal inquietud, tal zozobra, que nos llamó la atención. Y nos aproximamos a él en ocasión en que, sonriente y ufano, decía, después de lanzar un suspiro de satisfacción:

—¡Es él! ¡Es él! ¡Bravo! ¡Viva! ¡Ole!

Se refería el hombre a una ovación prolongada y ensordecedora que se oía confundida con la música, que tocaba un alegre pasodoble.

Le miramos y le miraron otros que se hallaban cerca, y él, deseoso de hacer conocer a todos la felicidad que sentía, dijo:

—Se trata de...

Con toda la ternura y la emoción de un alma noble pronunció el nombre de uno de los novilleros más valientes y aplaudidos de por aquellos entonces, y añadió:

—No es mi hijo, pero como si lo fuere. He sido su maestro hasta que dejó el oficio para dedicarse al torero. Y siempre que toma parte en alguna corrida, yo vengo a "verlo", pero desde aquí...

—¿Y por qué no desde la Plaza?

—Porque no podría resistir la emoción que sentiría viéndole tan cerca. El quiere que entre; me da localidades, que yo reparto, entre mis amigos. Me dice que no sienta miedo, que no me preocupe, que no tenga cuidado alguno; pero yo, a escondidas y sin que nadie se entere, vengo aquí para estar cerca de él, desde tan lejos, y "verle" sin que él me vea y pueda sufrir por mí.

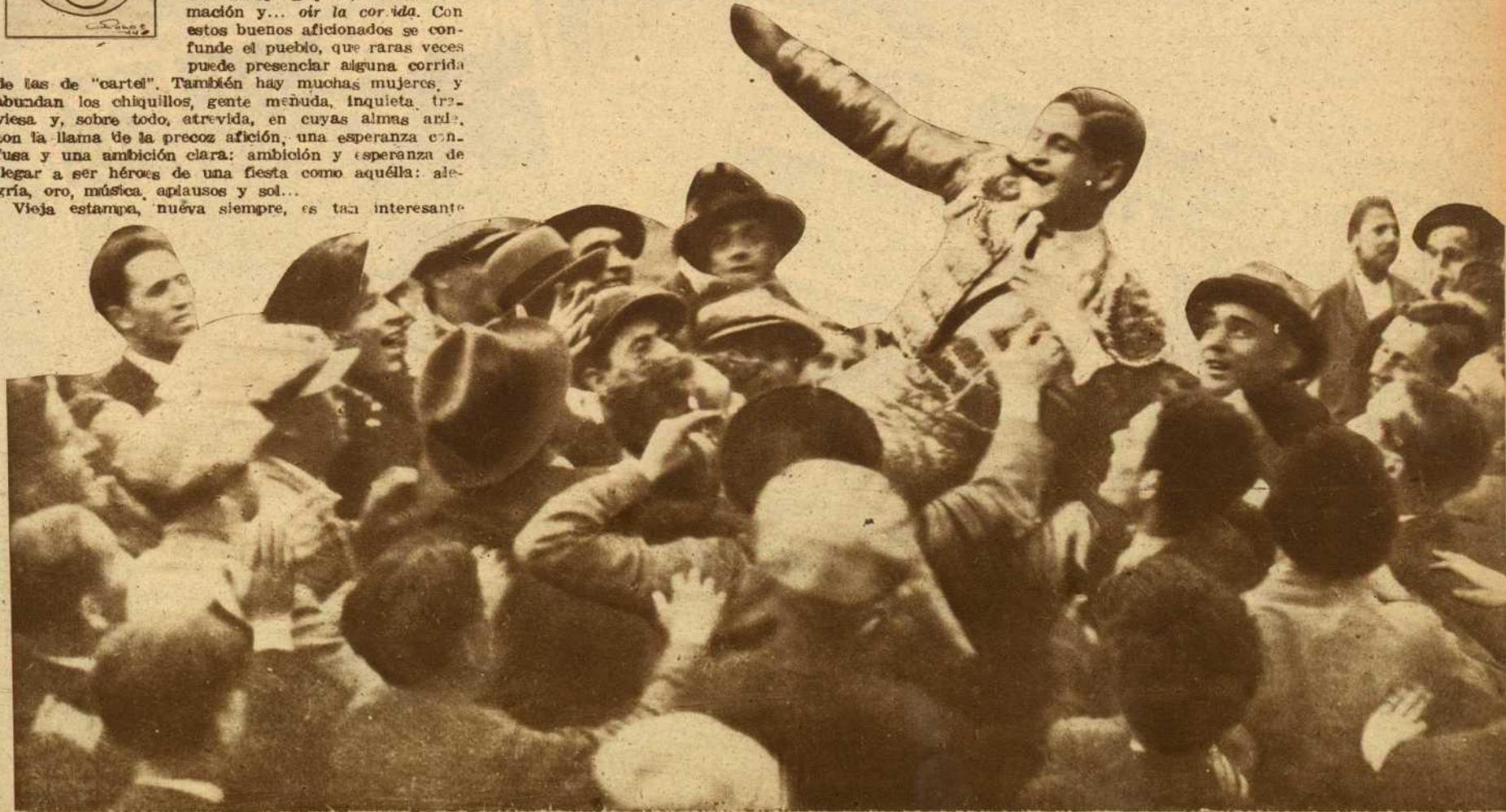
Así seguía la corrida—con los ojos de su corazón—aquel artesano, que, como tantos otros, iba "a ver" los toros, no desde la barrera, sino desde mucho más lejos, y quién sabe si más cerca. El cariño le servía de íntima unión con aquel que era el mejor novillero de su época, y no consiguió nunca que le viera torrear de verdad su maestro, que le quería como a un hijo, y a quien él quería como si fuera su padre...

Siempre que vamos a la Plaza y vemos a la gente estacionada en sus alrededores nos acordamos de la escena que hemos relatado y nos emocionó de tal modo que nunca la olvidaremos. ¡Quién sabe si muchos de los que allí se hallan siguen de lejos, y al mismo tiempo de cerca, la corrida, que ellos VEN con los ojos de su alma!

Interessante y curioso aspecto el que ofrecen los alrededores de la Plaza de Madrid los días de grandes corridas! Muchos aficionados ocupan los puestos más cómodos y cercanos al gran coso taurino. Han tenido la desgracia de no hallar billetes. Todas sus tentativas han sido inútiles. Fracasaron sus gestiones para conseguir entradas, y, pacientes y resignados, van a la Plaza para consolarse un poco, ver la animación y... oír la corrida. Con estos buenos aficionados se confunde el pueblo, que raras veces puede presenciar alguna corrida

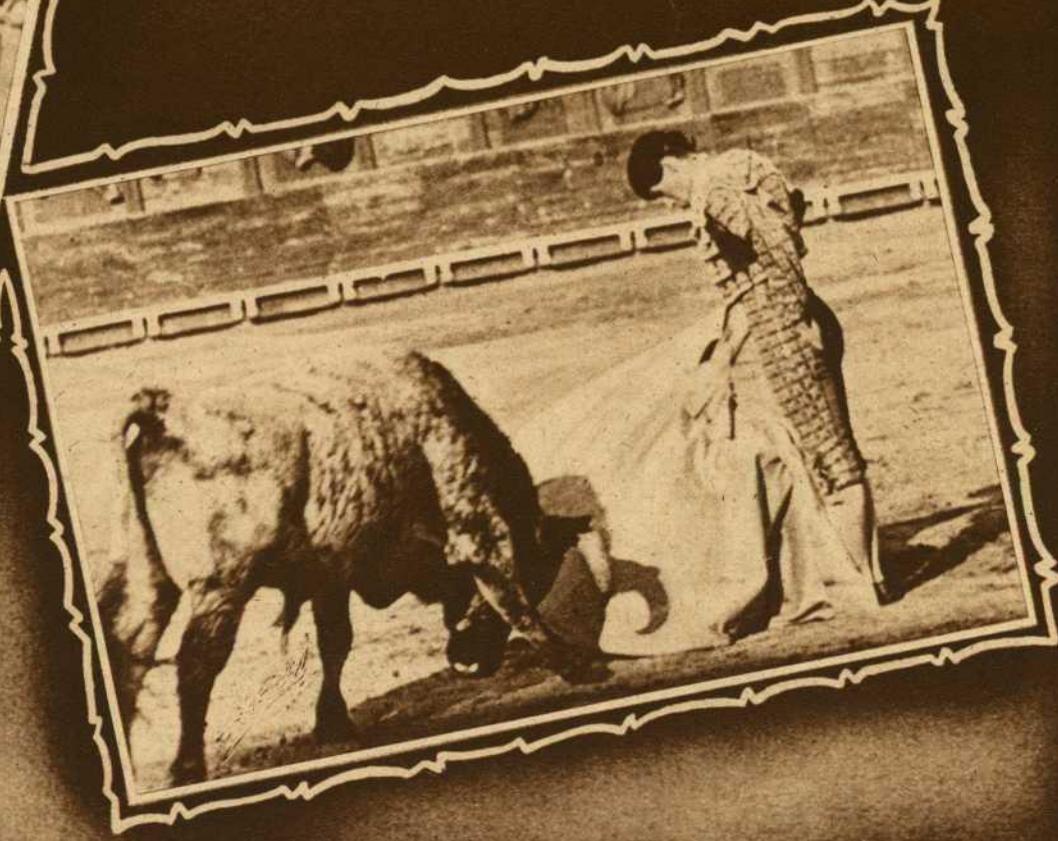
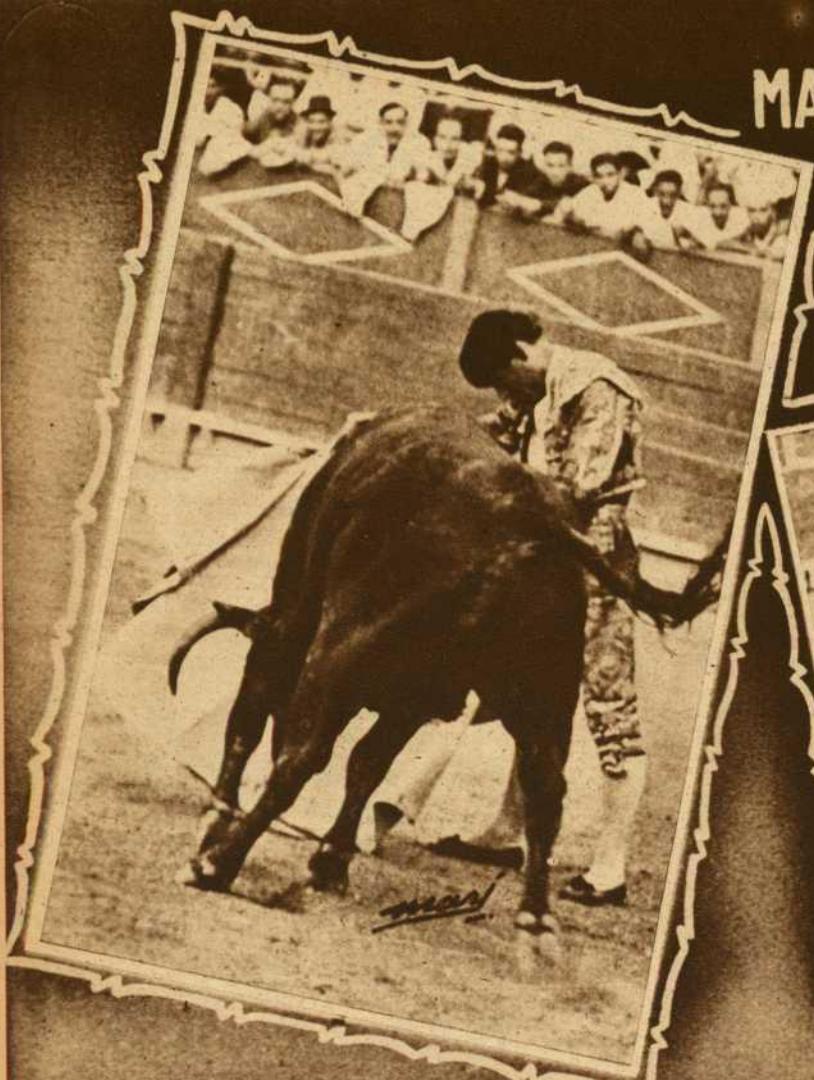
de las de "cartel". También hay muchas mujeres, y abundan los chiquillos, gente menuda, inquieta, traviesa y, sobre todo, atrevida, en cuyas almas arde, con la llama de la precoz afición, una esperanza confusa y una ambición clara: ambición y esperanza de llegar a ser héroes de una fiesta como aquella: alegría, oro, música, aplausos y sol...

Vieja estampa, nueva siempre, es tan interesante



MANUEL ALVAREZ **ANDALUZ**

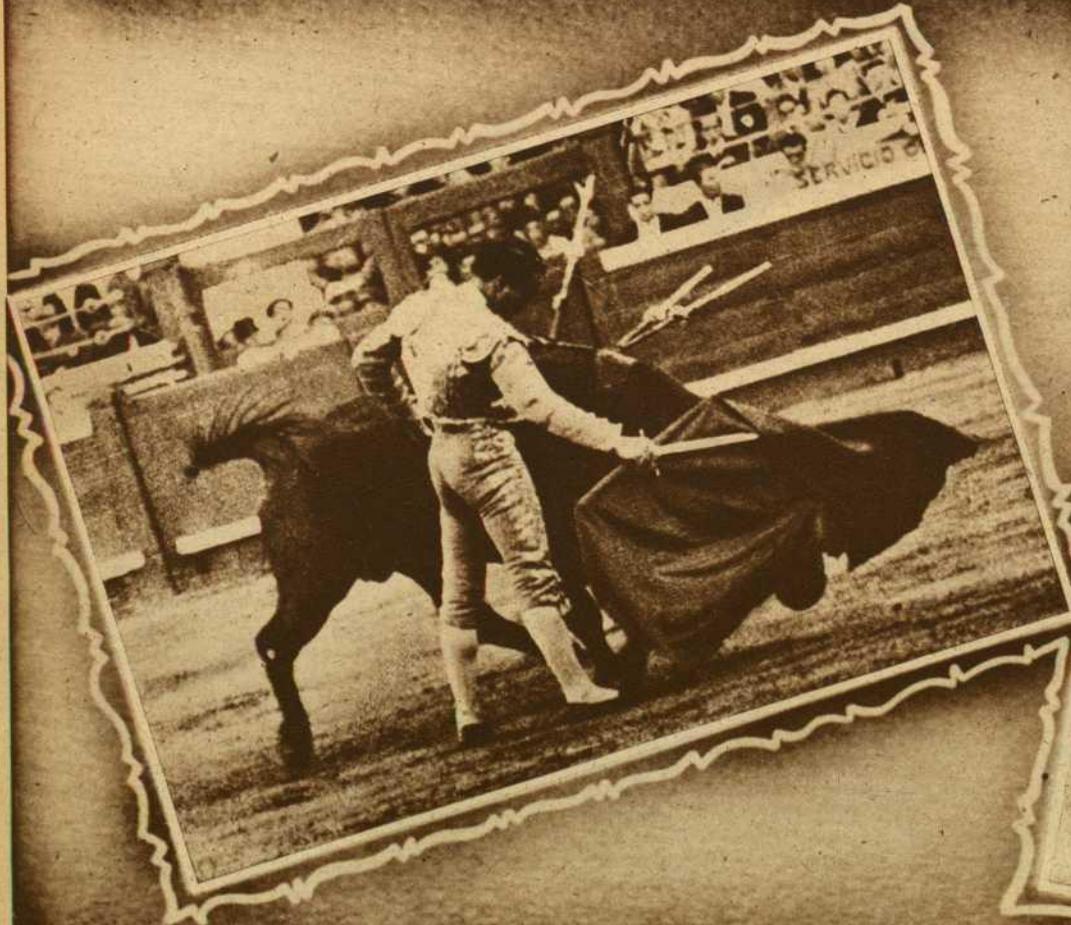
el torero de todas las temporadas

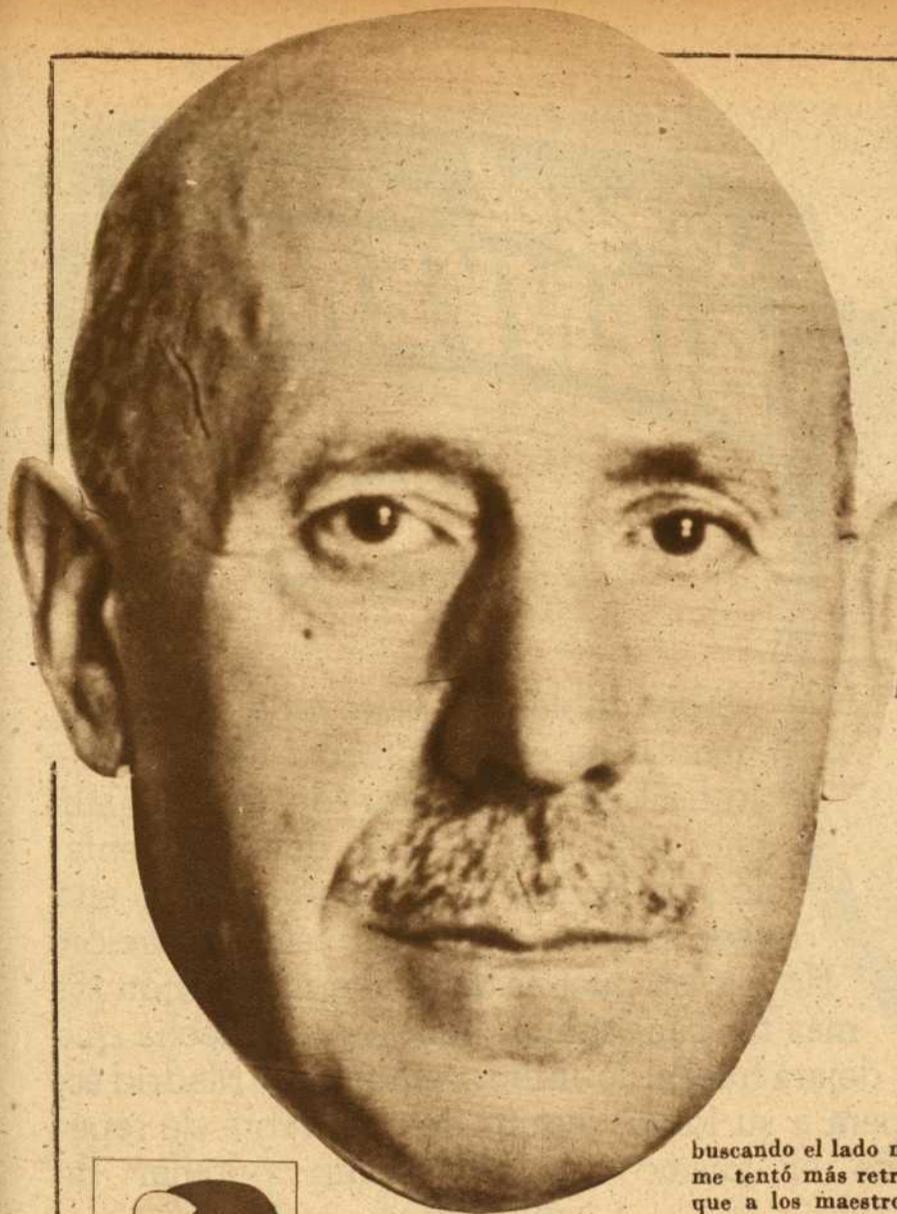


El torero de los triunfos se llama MANUEL ALVAREZ. Torero que en todas las plazas llegó a estremecer a la afición por el temple de su toreo emocionante. Tan clamorosos han sido los éxitos del trianero, que sus faenas cumbres ahí quedaron para ejemplo del arte taurino. El avance gigantesco de este coloso, además de rá-

pido, es seguro y firme. Entre constantes ovaciones ha labrado su fama y por ella está hoy MANUEL ALVAREZ entre los ases de la baraja taurina.

Prueba evidente de la verdad que consignamos es que este año se impone, como figura destacada, en todas las ferias de España.





CHARLA CON EL MAESTRO

IGNACIO ZULOAGA

En su juventud asistió a la Escuela Taurina que dirigía el hermano del "Gordito"

Pero su pasión fué siempre la pintura



CUANDO, cruzado el Vía ducto, columbré la casa donde el maestro Zuloaga tiene establecido su Estudio, me sentí invadido por el temor de un probable fracaso.

Todo artista genial requiere sosiego necesario para que no sea interrumpida su labor creadora, y sin embargo me disponía a robarle unos preciosos minutos a uno de nuestros más infatigables y laboriosos artistas.

Me detuve ante una modesta casita de dos pisos. Pulso el timbre y a poco la puerta se abre sin ruido. Desde el primer descansillo de la escalera, una señora de edad imprecisa inquiere el motivo de mi presencia y al conocerlo me invita a seguirle. Los pinos y estrechos pedanales desembocan en una puertecilla, ante la cual nuestro guía alza la voz para anunciarme.

LA FIGURA DEL PINTOR

Unos pasos vigorosos se aproximan a la puerta, se descorre una llave y en el umbral aparece la esbelta y robusta figura del célebre pintor, que en nada denuncia los setenta y cuatro años próximos a frisar.

Una vasta estancia, iluminada por una gran balconada al estilo de las que tanto abundan en Vasconia, por la que entran los últimos destellos solares de la tarde. El Estudio rebosa lienzos, casi todos de gran tamaño, apoyados en las paredes o firmes en los caballetes.

Nos sentamos, y don Ignacio comienza a hablar del horror que experimenta hacia esta clase de entrevistas.

EL UNICO LENGUAJE

—Creo que el único lenguaje del pintor son sus cuadros, y éstos, al hablar suficientemente por él, no precisan de otros medios de expresión. De aquí que yo procure huir de todo lo que trascienda a reportajes e interviús.

Como naturalmente este derrotero nada bueno puede augurar, procuro entrar en situación disparándole la primera pregunta.

—Se llegó a afirmar de usted, que de la fiesta nacional sólo vió el perfil sangriento y dramático con perjuicio de la parte airosa y espectacular.

—Tanto se ha fantaseado de mí, que no me extraña, e incluso se llegó a decir que en mis cuadros de asunto taurino se falseaba la fiesta más genuinamente española. La única verdad es ésta: he sido y seré hasta que muera un gran aficionado a los toros, y los cuadros de toreros y toros que he pintado ha sido siempre buscando el lado más pictórico del festejo; por eso me tentó más retratar los torerillos de las capeas que a los maestros en sus grandes faenas, y las plazas de los pueblos con sus carros y sus tablas a los circos monumentales.

«EL HEROE DE LA FIESTA»

—¿Recuerda la campaña que desató su famosa obra *El héroe de la fiesta*? Hizo prorrumpir en denuestos a los que estimaban que usted arremetía contra la suerte de varas.

—Y tan sólo fué un grito en favor del pobre caballo indefenso. En la fiesta, todos—toreros y toro—se sirven y amparan de unas defensas. Cuando pinté el cuadro, sólo el pobre caballo surgía indefenso y resignado con el papel de víctima propiciatoria.

—Lo que resulta que con su lienzo tan discutido fué usted el adelantado de la campaña ahora iniciada por Giménez Caballero, llevado de un impulso parecido. ¿Cuántas obras pictóricas de asunto taurino lléva realizadas?

—Muchas; tantas que no recuerdo su número; el tema de la Tauromaquia siempre fué muy halagador para mí y a él me entrego aún con el verdadero placer del que principia.

LA PRODUCCION ACTUAL DEL MAESTRO

—¿En qué obras de este género se ocupa en la actualidad?

Por toda respuesta, el maestro manipula ágilmente con varios cuadros de gran tamaño y muestra dos que acaba de dejar terminados. Se trata de unos lienzos que honrarían por sí solos—si no lo estuviera en tan alto grado—toda la producción zuloagesca. Ocurre con los retratos salidos de la genial paleta de Zuloaga que no se sabe qué admirar más: si el valor decorativo de la línea, la actitud de la figura, el traje, los fondos..., cada detalle constituye una acabada muestra de incomparable belleza.

En el primero se ofrece la madrileña figura de Antonio Sánchez, con la apostura varonil destacándose de los fondos oscuros característicos en su autor.

Pero en donde don Ignacio evidencia su sensibilidad y un hondo calor de humanidad es en el retrato de *El Chepa de Quismondo*. Aquí el artista no vió al pobre deforme, ni se recreó en pintar fáciles monstruosidades, ni en acumular motivos negativos y deprimentes. Por el contrario, el pintor

vasco parece haberse recreado en reflejar la humilde protesta, el gesto de íntimo dolor de un valiente torero encerrado en una decrepita naturaleza. En la cabeza del *Chepa* hay un no sé qué de majestad y un mirar noble y meditativo.

—¿Dónde se encuentran ahora sus obras más conocidas en este asunto que nos ocupa?

—Se hallan repartidas por Europa y América. *La víctima de la fiesta* fué adquirida por el Museo Nacional de Nueva York; *Vispera de la corrida* se halla en el Museo de Arte Moderno de Bruselas; otras quedaron en Madrid.

—Además de los mencionados, ¿qué toreros han posado ante usted?

—A Juan Belmonte recuerdo haberle hecho tres retratos; otro a mi ahijado Miguel Albaicín. De los antiguos hice varios; uno de los primeros que pinté fué el de Manuel Carmona, *el Panadero*, hermano del *Gordito*; al *Corcito*, al *Buñolero*, que fueron dos figuras muy populares a finales del siglo pasado. He pintado a muchos diestros más que en este momento no recuerdo.

SUS AFICIONES A LA LIDIA

—¿Qué hay de cierto respecto a sus aficiones a lidiar reses? Se ha llegado a decir que usted asistió a las clases de una Escuela Taurina sevillana.

—También sobre esto se exageró lo suyo. Mi afición a torear la tengo desde hace más de cincuenta años y siempre que puedo asisto a las fiestas de los tentaderos, en los que hasta el año pasado gustaba en coger un capote e intervenir en cuantas ocasiones podía. En mi juventud acudí algunas veces a la Escuela que dirigía el citado Manuel Carmona, pero nunca con ánimo de llegar a ser torero, ya que mi verdadera pasión fué siempre la pintura. La Tauromaquia es como mi violín de Ingres.

—¿Qué concepto le merecen los toreros actuales?

—He visto torear a casi todos los toreros desde *el Gordito* hasta los de hoy, y creo que jamás se ha pisado el terreno que ahora se pisa; pero esto también que antes se mataban toros que en estos tiempos no surgen de los toriles.

—Para terminar, maestro, ¿cómo distribuye usted el día?

—Pues trabajando lo posible, y no menos de nueve o diez horas diarias, en este Estudio donde se me pasa el tiempo sin sentirlo. Como entretenimiento, procuro no dejarme ninguna corrida, y también me place conversar con buenos y probados amigos recordando las cosas que hicimos y aquellas que pudimos haber hecho.

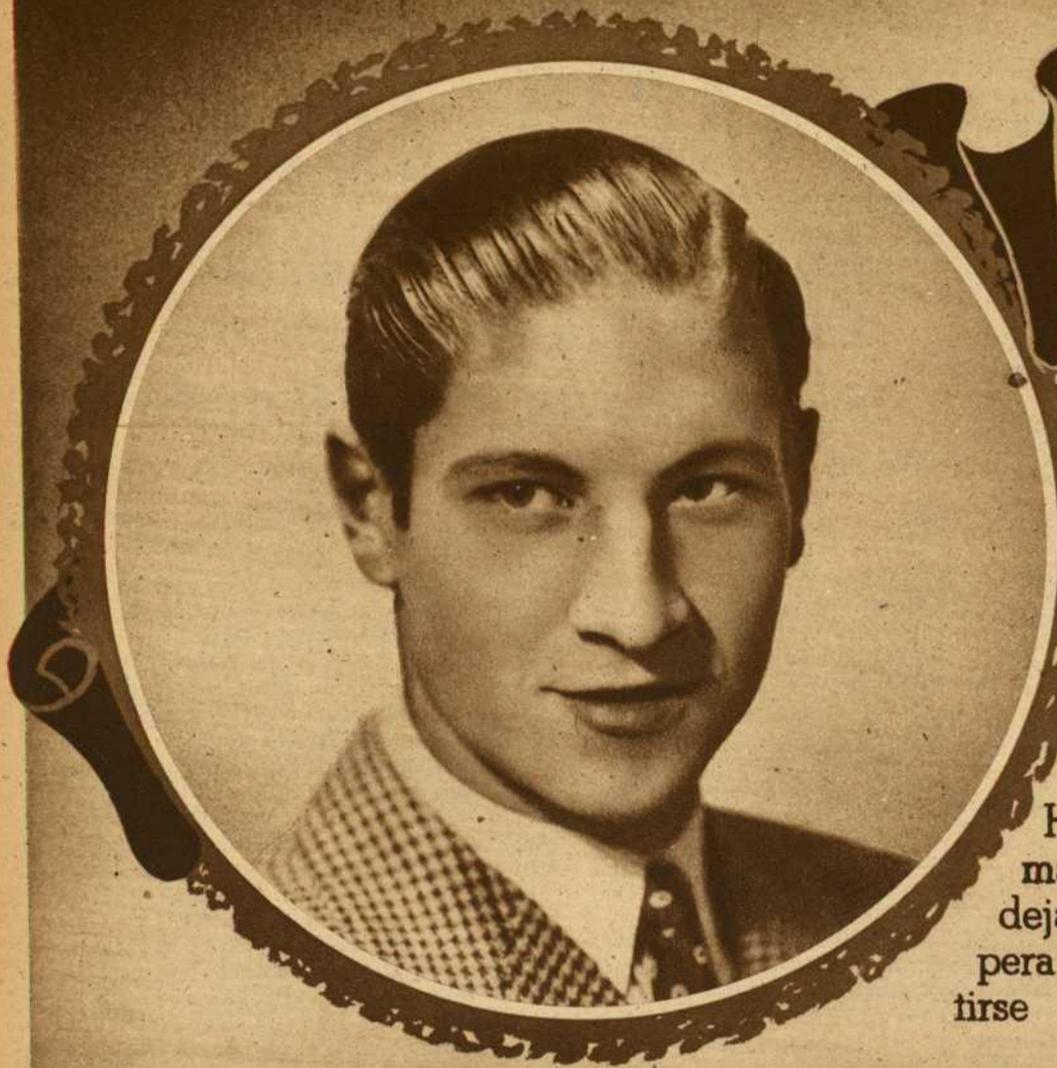
LA DESPEDIDA

Un fuerte apretón de manos y don Ignacio nos acompaña hasta mediada la escalera.

Hasta este típico rincón de las Vistillas los ruidos llegan con sordina, como si se produjeran en la tejanía. La campana del Seminario rompe el embrujo silencioso. Se han encendido las luces del Estudio. Sin duda, don Ignacio Zuloaga quiere recobrar el tiempo que acabo de quitarle.

Angel Luis BIENVENIDA

*La máxima
expectación del toreo*



Inolvidable fué para toda la afición madrileña el clamoroso triunfo—nadie lo ha logrado superar—de este genialísimo torero, en la tarde de su presentación en Madrid como novillero. De ello queda prueba gráfica en esta evocación. Hoy, a las puertas de la alternativa, con los más trascendentales honores—una fecha que dejará huella de infinita emoción—, Madrid espera a su ídolo, seguro de que habrá de repetirse el mismo desbordamiento popular de entusiasmo.



MITOLOGIA Y REALIDAD DE JOSELITO

por GIRALDILLO

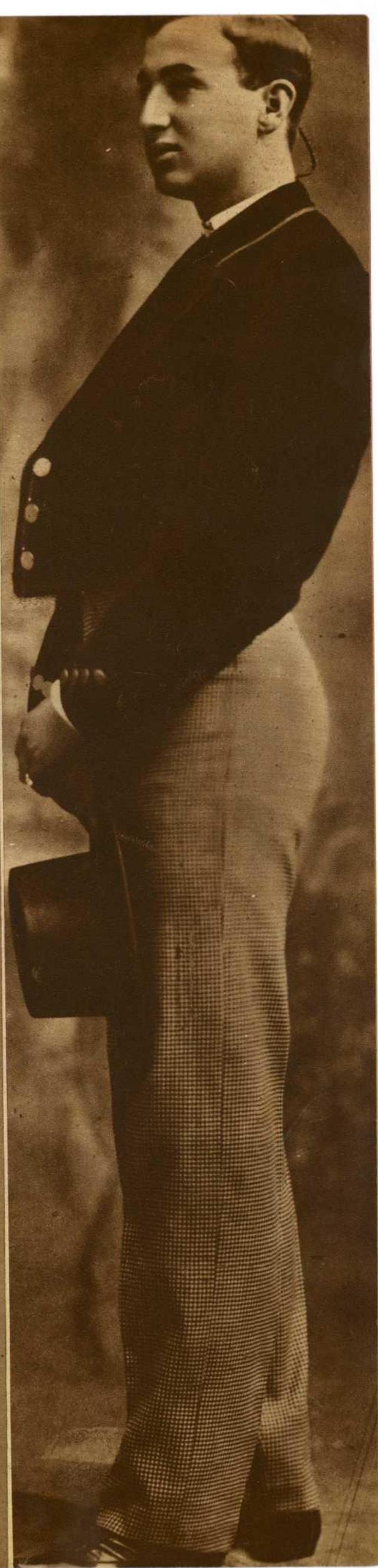
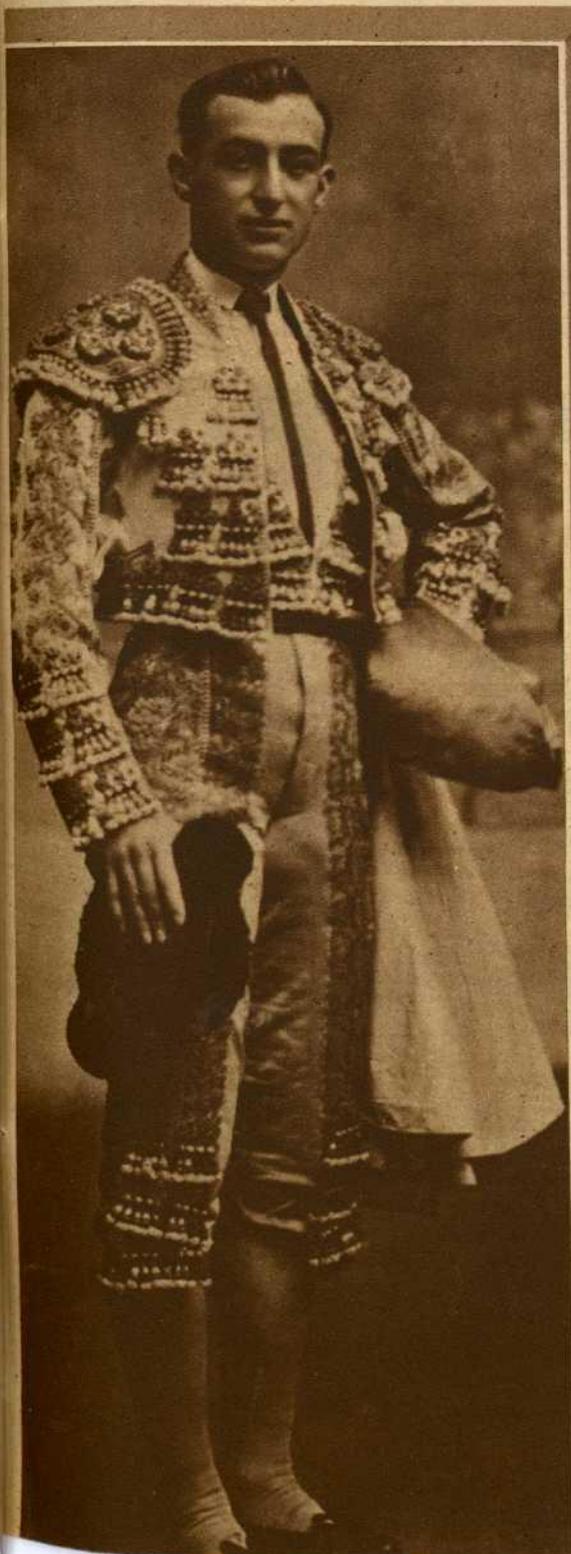


AUNQUE la lejanía del tiempo en que se nos perdió *Joselito el Gallo*, y la distancia, reposen el juicio en serenidad de historia, es lo cierto que la figura extraordinaria de aquel torero se nos aparece deformada por una especie de mitología que nos escamotea tanto al torero como al hombre en una exclamación con ambiciones nada menos que de biografía: «¡Oh, *Joselito!*» Es lo cierto que la actual generación de aficionados está tan lejos de *Gallito* como la de éste lo estaba de *Espartero* y *Frascuero*. Entre los que hoy llenan las plazas de toros, ¿cuántos presenciaron faenas de *Joselito* en número suficiente para formar un juicio exacto de lo que el excelso maestro significó para el arte de lidiar reses bravas? Casi ninguno de los actuales matadores de toros le vió lidiar. Creo que solamente la supervivencia chicuelina podría dar razón de *Joselito* entre los que todavía ciñen las taleguillas. Y surge la mitología del «¡Oh, *Joselito!*»; que nos escamotea la lección de un hombre acaso más importante—con serlo tanto—que la de un torero. Falta, pues, el estudio biográfico que merece uno de los españoles de más seria consideración humana, de más importante estimación profesional y artística que ha tenido el siglo xx.

Aunque tuve el honor de reseñar muchas de sus corridas—entre ellas las famosísimas celebradas en la plaza Monumental de Sevilla, que merecieron, por parte del maestro Corrochano, la célebre crónica «*Joselito* torea en el patio de su casa», en la que había menos agravio del que entonces se supuso—, no tuve el honor de estrechar su mano. Para la austeridad y feroz pasión que por aquel entonces dominaban en la crítica y en las calles de Sevilla, una visita a *Joselito* se hubiera estimado como contacto nefando. Únicamente «*Onarres*» y «*Don Criterio*», desde sus altísimos pedestales, podían dialogar con el ídolo. En este ambiente, desde mi grada de «*Casariche*», en la Maestranza, y desde el palco de la Prensa, en la Monumental, vi y juzgué a *Joselito* ante miles de aficionados que de toros sabían tanto como los críticos, que éste era el drama del revistero sevillano: escribir para un público tan docto o más que él, que veía crecer la hierba y que tenía peligrosas reacciones ofensivas sobre las Redacciones, no sólo por lo que a las plazas sevillanas se refiriera, sino por el escamoteo o mágica aparición de una oreja en Utiel o Vinaroz. Se explica, pues, que un revistero de entonces, si era de la serie «*B*», no conociera personalmente a *Joselito*. Ello era preeminencia que no cedían los de la serie «*A*», «*Don Criterio*» y «*Onarres*».

Si no conocí personalmente al torero, fui testigo de sus tardes triunfales y viví en su ambiente. Después he sido fraternal amigo de muchos que lo fueron suyo, y creo que puedo decir algo de *Joselito*. Algún día, si Dios es servido, escribiré «*Joselito*. Drama de un hombre y gusto de una época», ensayo biográfico de un hombre y de un tiempo. En torno a José, como en torno a *Pepe Hilló* y a *Montes*, y aun a *Lagartijo-Frascuero*, puede situarse perfectamente la historia social que les fue contemporánea y que, mucho mejor que la historia militar y política, contribuye al entendimiento de España. Uno de sus héroes más legítimos fue *Joselito*. El drama—mejor, la tragedia del hombre—nos lo ofrece en íntimos infortunios. No tuvo correspondencia perfecta su apasionado obsesionante amor filial. No tuvo admisión social el amor que llenó su vida de hombre. Y el torero en cuyas venas se mezclaban dos sangres, a pesar de su popularidad, gloria y fortuna, no pudo romper los linderos de diamante que separan las castas sociales andaluzas. De aquí su odio al gitanismo, de que tantas anécdotas nos hablan y de que tantas historias dan cumplido testimonio. Pero el gitanismo era el adorado regazo de la madre y la gloria y caricatura del hermano. Esta fue la sombra de José, en el sol y sombra de su vida de héroe español, hundido en la oscuridad malaventurada de un episodio pueblerino, que así murió el técnico supremo que el toreo tuvo. Esta fue la realidad de *Joselito*. Elevó al toreo a ciencia. Fue la superación técnica, el canon, el estudio, la norma, la experiencia encerrada en precisas reglas. Fue lo exacto. Y cuando lo exacto abría horizontes al arte tormentoso, barroco e intuitivo, espeso de sangre y gritos, de lidiar toros; cuando lo clásico se afirmaba según su arte y su voluntad, he aquí que la magnífica herejía belmontina le habla, imponente, y surge el barroquismo en que hombre y bestia se funden, borradas las distancias que José mantenía como fundamento del arte. Y el Único no lo fue, que aun en el corazón hay dos corazones, dos sangres en la sangre y dos electricidades en la electricidad. Y tuvo la época signo de conjunción: *Joselito-Belmonte*. Fue lo perfecto entonces, lo dual, no lo personal y único. *Joselito* había perdido entonces, por lo menos, la mitad de su vida.

Pero toda ella fue una gloria profesional. Fue el profeso, el sacrificado con honor a lo que, más que un oficio, fue vocación seguida con sacerdotal pureza. Así pasó por su tiempo el torero, torero en el indumento, en el ademán, en la palabra. Héroe de España, hombre de amarguras a quien rompió la fatalidad con burla a orilla de un río, grande, como el que le vió nacer, portando en la frente una estrella de sangre y lágrimas. Así lo situamos en el tiempo de su muerte, despedido por Madrid con gritos de odio, acogido por Talavera con gritos de terror, y situado ahora entre la mitología y la realidad, en tanto un estudio biográfico que alguien, alguna vez, hará con amor, para colocarlo como ejemplo de los hombres.





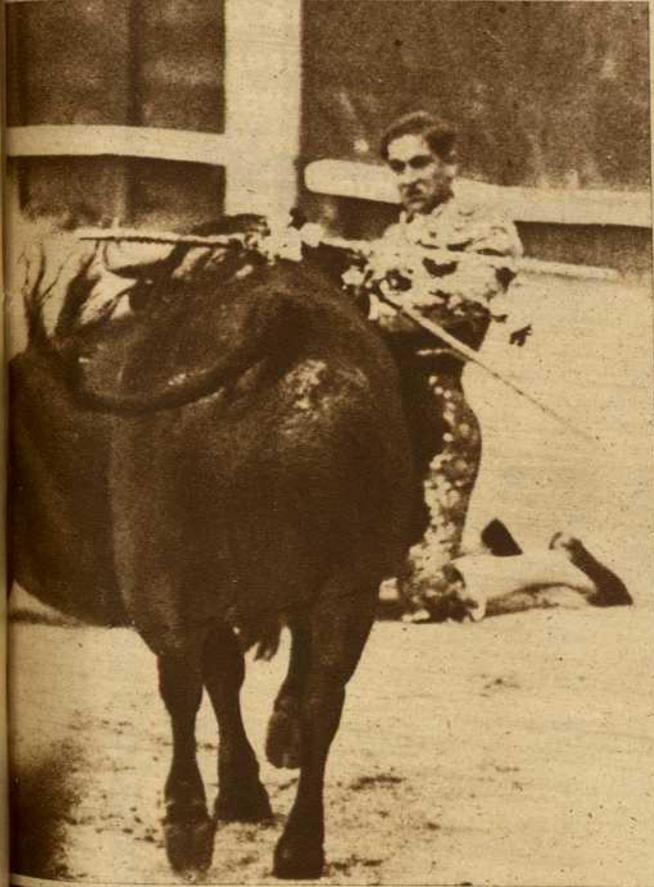
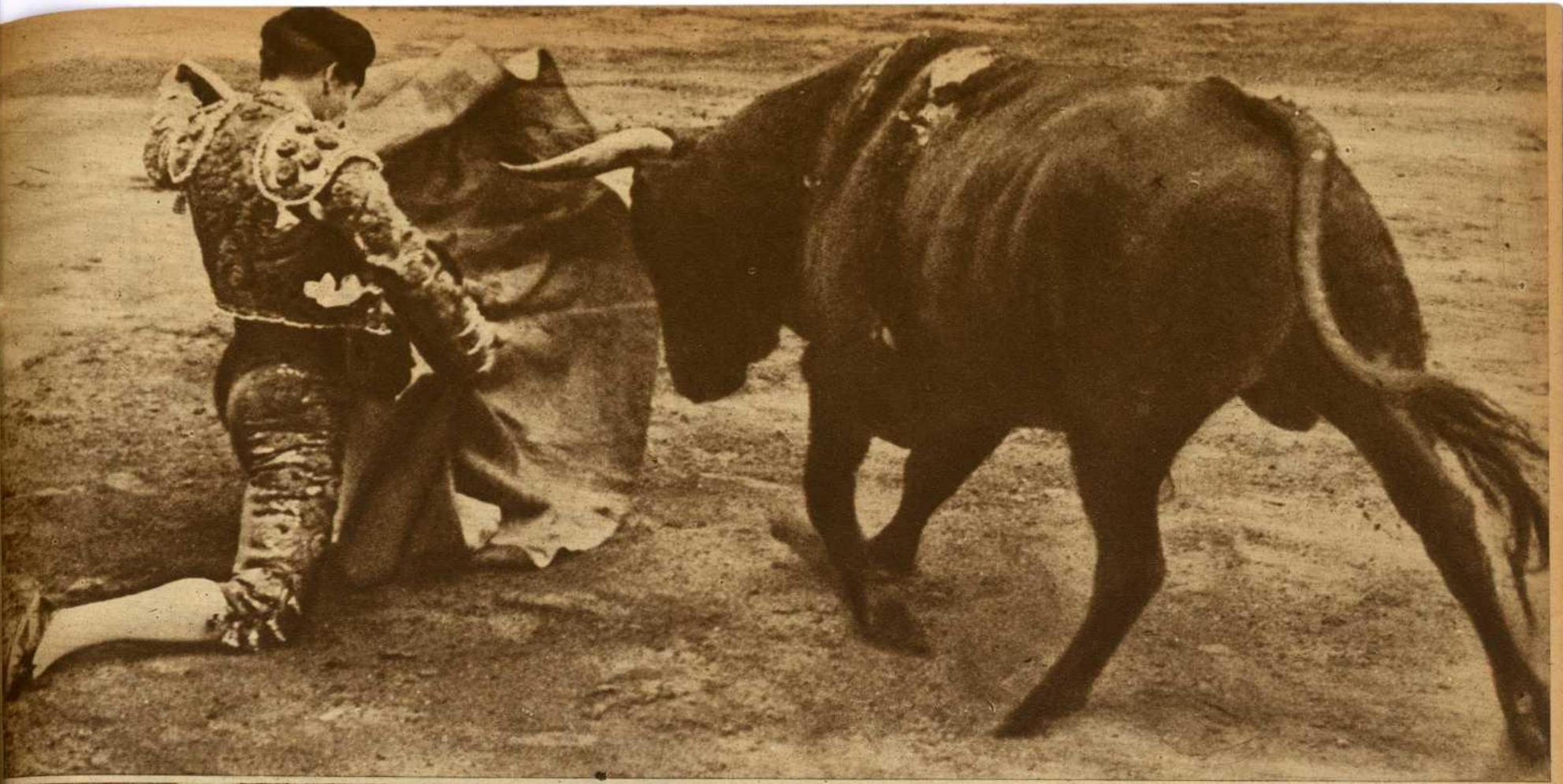
RAFAEL ALBAICÍN

el gitano que esclaviza el tiempo

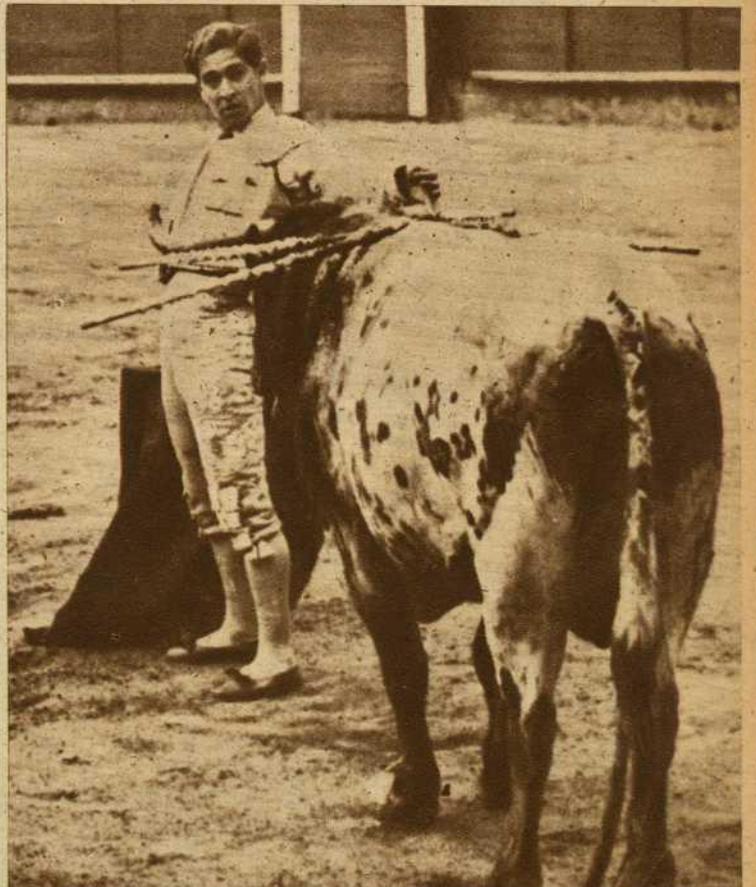
Este Rafael Albaicín nació gitano y «le nacieron» torero. Yo no sé en qué aire y bajo qué cielo ensayó su primer lloro de niño. Por las añoranzas que despierta su apellido cabría imaginar que tué en Albaicín, dando vista a la Alhambra, morena de tiempo, quemada de sol y mojada de luz de luna. De ella le llegaría entonces un eco—lejano de siglos,—de elegancias árabes, que él aplicaría, andando el tiempo, a su arte. Puede, pues, bien imaginárselo uno nacido allí, al verle torear. Lo que no es dable pensar es que naciese en un cruce de caminos llevado por el impulso errabundo de su raza. El nomadismo es ansia de marchar siempre sin pausa y con prisa, sintiendo a cada instante en el alma el grito de los horizontes. Y Rafael Albaicín, en lugar de sentir en sí el tirón de los horizontes y del

tiempo, tira del tiempo y lo esclaviza en la magia de su capote y su muleta. No existe la prisa para Rafael. El alarga los segundos dándoles compás de eternidades. Y su figura erguida—un hilo apenas de plata con un borbón de rizos negros sobre el cobre de su cara—permanece estática, impasible, como tallada en el aire luminoso de la plaza. Nació gitano y le «nacieron» torero. Porque con la sal del bautismo le adjudicaron las gracias toreras del torerísimo nombre de Rafael. El ritmo que al capote imprime este gitano es tan de «tempo lento» que en cada lance cabe un romance entero. Ya las coplas, desde que pisa los ruedos Albaicín, no son medida de lances.

El Licenciado Vidriera



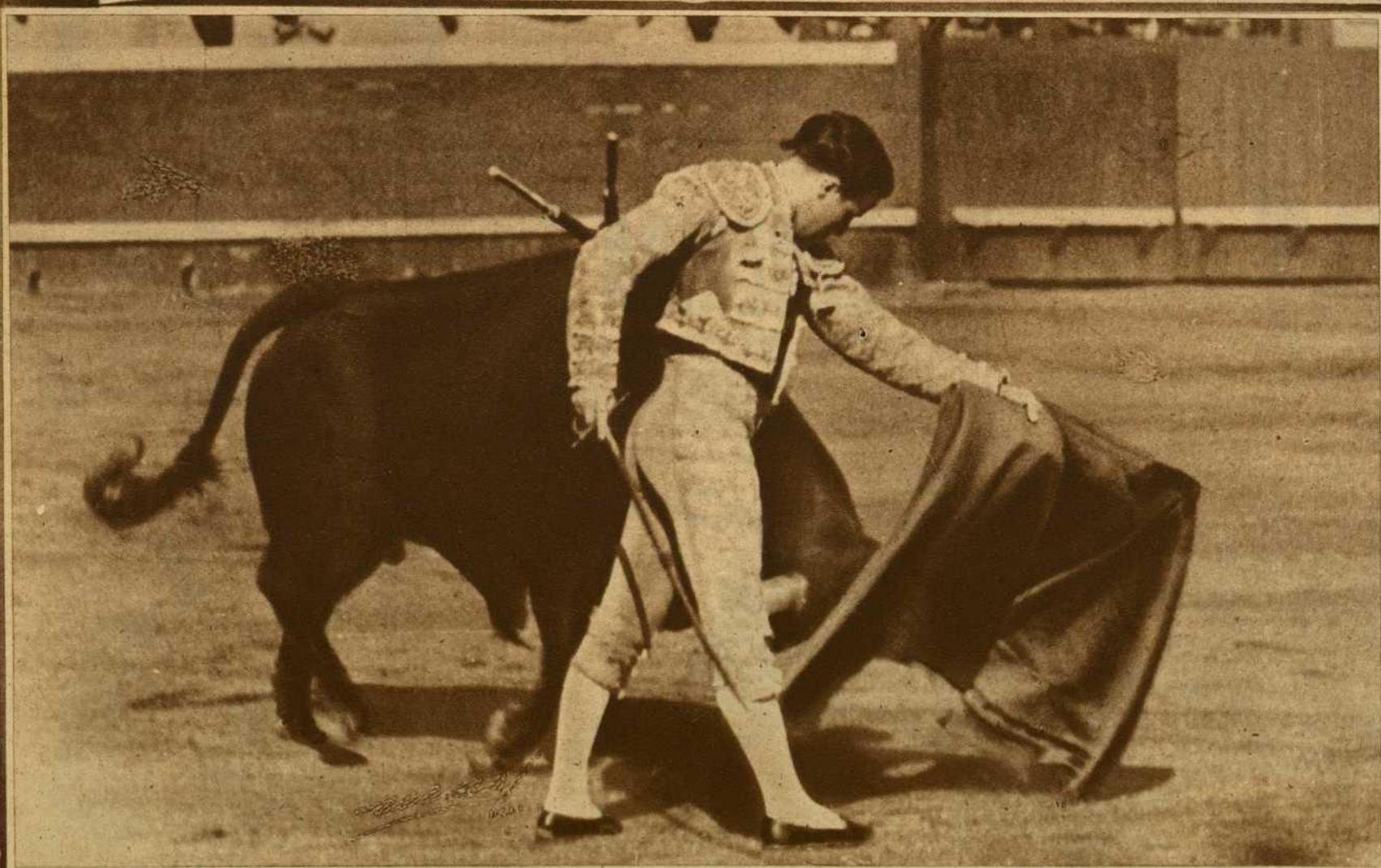
Alegría
torera
de
**MANOLO
BIENVENIDA**



*La seguridad del torero
está en*

PEPE LUIS VÁZQUEZ

La
gracia y la gallar-
día de Pepe Luis Vázquez
descubren su toreo exquisito,
magnífico y personalísimo. En
pleno poderío de su arte, Pepe
Luis es el torero para quien la afi-
ción tiene cartel exclusivo de emo-
ciones inigualadas todavía. El
prodigio de su muleta hace con
la magia de su capote trazos
de genialidad que tantos
y tantos triunfos con-
quista en los rue-
dos





EL señor José García, el de la Algaba, famoso matador de toros, tuvo, entre otros, un hijo que también fue torero, como su padre. Un mocetón de tez tostada por el sol de los olivares, caballista

consumado y continuador de este momento cumbre de la suerte del toro, cuando el diestro se arranca y "vuela el pie" hasta hundir la espada en la cruz.

....

Pepe, "el Algabeño"—el hijo del señor José—, pasaba su garbo por Sevilla, entre la gracia y el color de la ciudad de la Giralda, toda emoción y belleza, en una sucesión de perennes encantos, siempre nuevos y fragantes.

Y de la ciudad—ambrujo constante de luz—, al campo. Y en el campo, el tentadero. Allí, Pepe, "el Algabeño", apuntaba un clásico estilo de torero. Justo y preciso con el capote. Sobrio y redondo con la muleta. Solamente los pasos necesarios para cuadrar la res. Y frente a ella—también justa la distancia—, har el trapo rojo, perfilarse y buscar la muerte, limpio y airoso, sin un tropiezo, ceñido y reunido, para hallar como final la salida arregante y clásica.

....

Tarde de campo andaluz. En el patio del cortijo se comentan las faenas del tentadero. Entre caña y caña de vino chico jerezano—oro en cristal—, Pepe, el "Algabeño", habla de toros con la suficiencia de un maestro.

A las plazas, el hijo del señor José llevó, como en el campo, su honbría y su valor, entre el bullicio popular de la incomparable fiesta. Era único entre todos. A su toreo no le ponía más adobo que el corazón. Un hombre, en la más acabada concepción de la palabra. Un hombre que abrasó su vida en el ascua de una España partida.

....

Dejó de torear porque estimó que su servicio personal a la Patria podía ser más útil. No podía suponer que amaría de aquella manera le acarrearía tantos enemigos. El no envidiaba a nadie, y por ello no se creía digno de ser envidiado. Alternaba su afán entre excursiones por los pueblos y parla con arrieros y campesinos. A todos trataba de convencer de la ilusión de España, y con su ejemplo intentó remediar la necesidad. Era justo porque tenía el concepto exacto de la justicia. En aquellos remansos de paz de Torres de la Marisma se incubaba ya el odio...

....

Por las calles sevillanas llevó Pepe, "el Algabeño", el ansia del Yugo y las Flechas. Y como antes en los ruedos taurinos se jugara la vida, por las encrucijadas de la capital marchaba en pos de una muerte segura. Amaba al pueblo porque del pueblo vino, y el pueblo, aquella parte del pueblo que paró el marxismo, no entendió jamás su honbría de bien. Supo lo que era vivir en la cárcel y sufrió un grave atentado. A punto estuvo de morir en Málaga. Sanó, por fortuna, y más que sus heridas sentía el dolor de la Patria, y continuó por el mismo camino. El único posible para todo español. Generosidad, abnegación, amor al humilde y sacrificio.

....

Pepe, "el Algabeño", impenible, recto, seguía en pos de la muerte con la misma dignidad y arrojo idéntico con que se iba al toro para quebrarle en un alarde de temerario valor. Presentía la tragedia y quería ser protagonista. Se acercaba en hervor de venganza, con pistoletazos de odio la hora de nuestra salvación. Pero había de llegar a costa de vidas truncadas, de juventudes perdidas, de ofrendas generosas. Pepe, "el Algabeño", estaba en su puesto, arma al brazo y al aire libre.

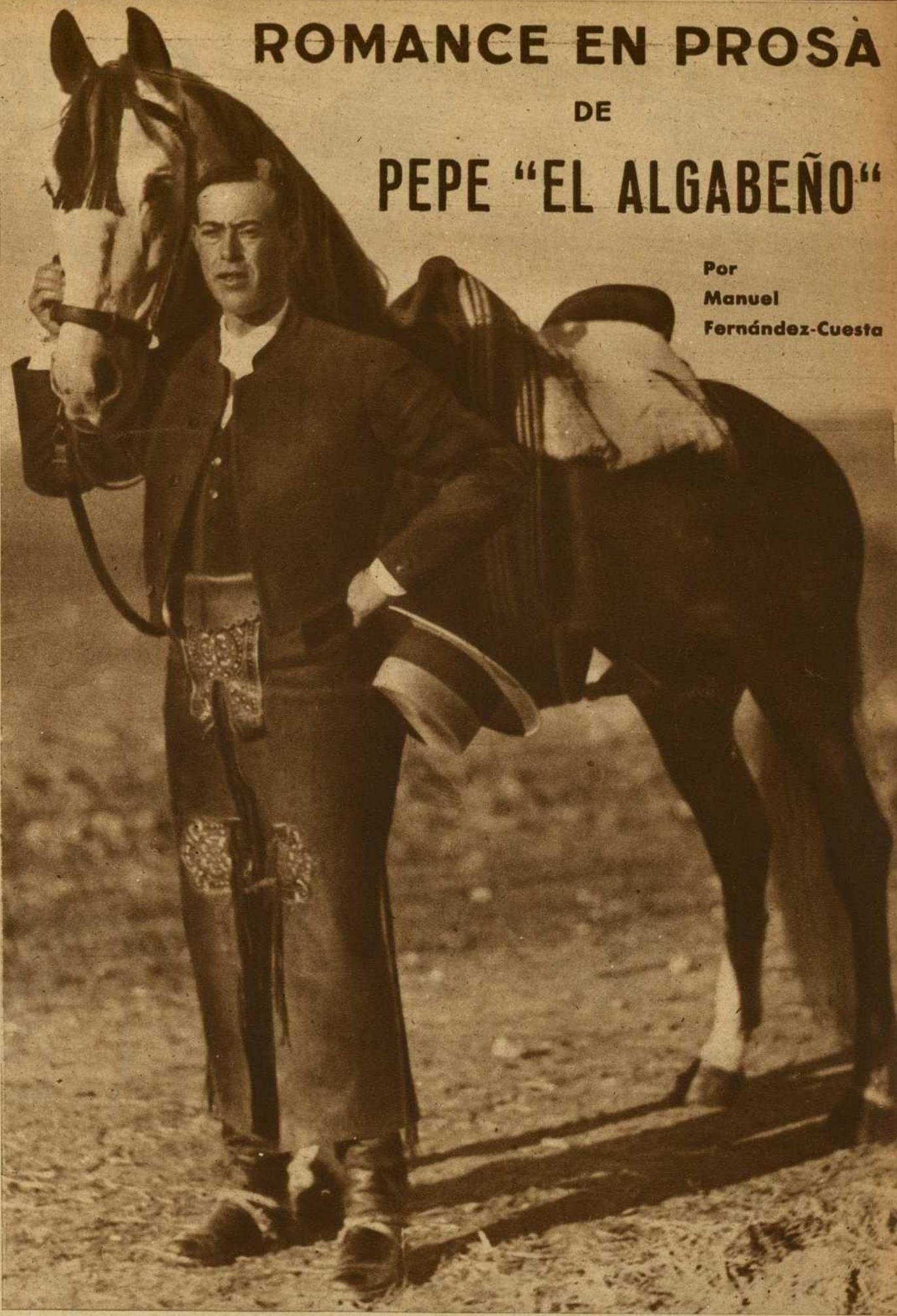
Recuerdo sus palabras, tan plenas de verdad. Una noche... bajo la blancura de la luna, me decía:

ROMANCE EN PROSA

DE

PEPE "EL ALGABEÑO"

Por
Manuel
Fernández-Cuesta



—¡Vencenamos! Sé que habrá que morir; pero mi vida no vale nada. Por España, todos; ¡Qué le importa a nadie la vida de Pepe, el "Algabeño"!

....

Su profecía se cumplió. Antes se había cultueto de heroísmo, había caído en lo más hondo de España con el corazón abierto. Y al llegar en Sevilla los momentos cumbres de su reconquista, el hijo del señor José fue el primero en Triana, en Carmona, en Marchena, en Morón, en Peñarrubia, en Lopera. Hasta que una bala le alcanzó, maldita, con el nombre en rojo de Pepe, "el Algabeño".

Como un héroe como lo que fue siempre, como un elegido de Dios, cayó para siempre aquel hombre de España que buscó tantas veces la muerte entre la gloria de su sublime patriotismo.

....

Ahora...—pasó el tiempo en la física de los años—, y nuevamente sobre el verde de los campos la sombra de Pepe, "el Algabeño", se hace concreción de humanidad. Y por Sevilla—jazmín y nardo—se ve pasear al hijo del señor José, con su tez morena, esbulto fino y perfil romano de bronce fundido.



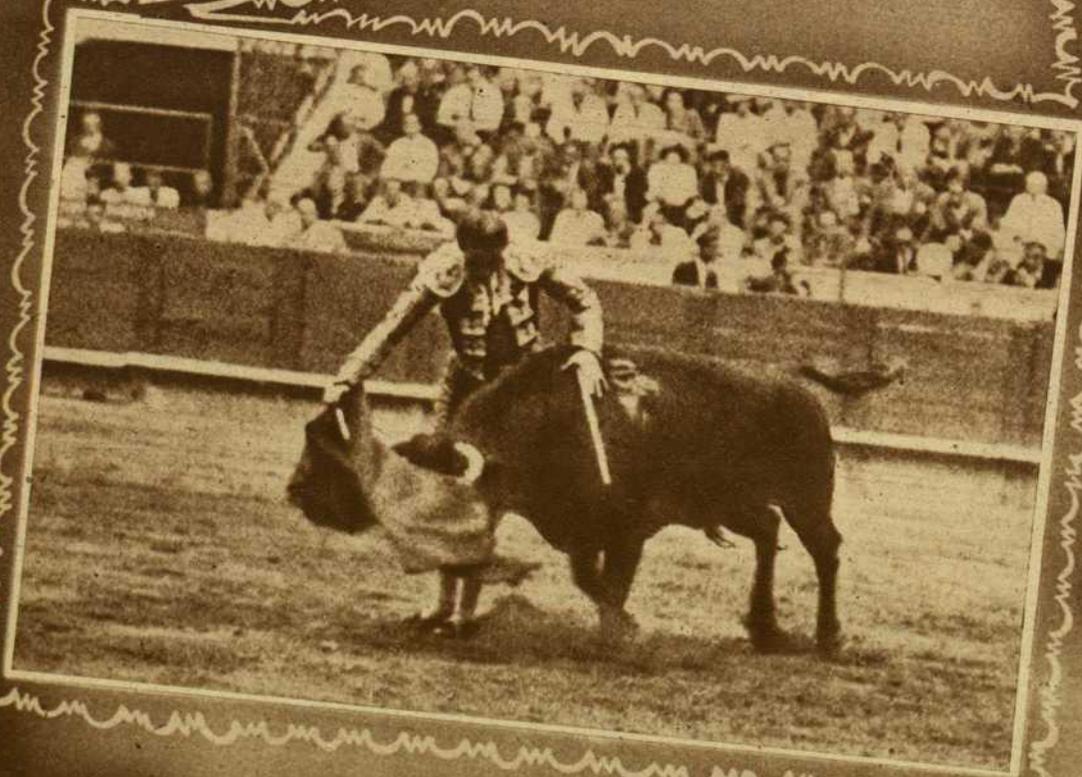
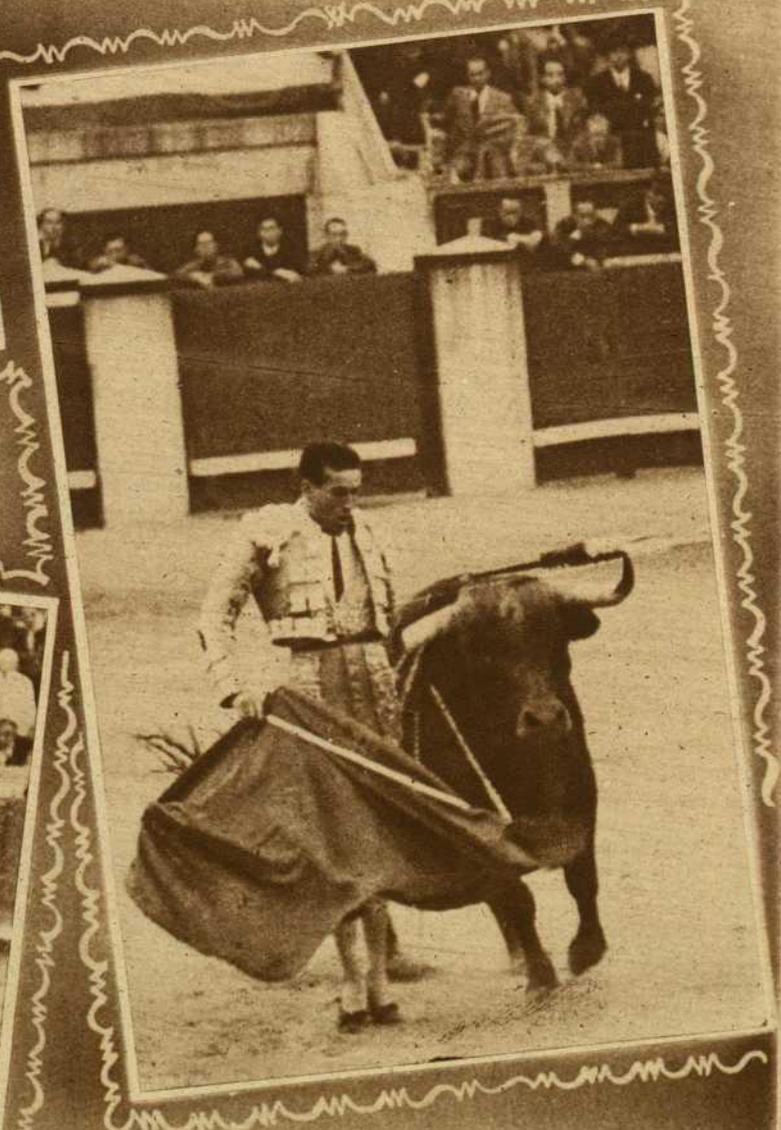
PEDRO

*El valor tiene
un nombre*

BARRERA

La emoción exige tanto, que el torero la tiñe a veces con su sangre. Esto se llama valor. Valor de gloria que se ciñe a los pitones, cueste lo que cueste. **PEDRO BARRERA** ha dado lecciones de «eso», que es tanto como decir que tiene ya creada una escuela de toreo. Valeroso y templado, pocos habrá en los cosos taurinos que como él lleven al público la pasión y la inquietud prendidas a su arte.

De **PEDRO BARRERA** la crítica ha dejado escrito «que la distancia que hay de él a la gloria—que gloria es dar la vida en la arena—es el grueso de una lentejuela»





CÓMO LLEGUÉ A "FENÓMENO"

por Juan Belmonte



PODRIA resumirse la contestación al título que encabeza en dos palabras casi: por una enorme afición y una casi to-

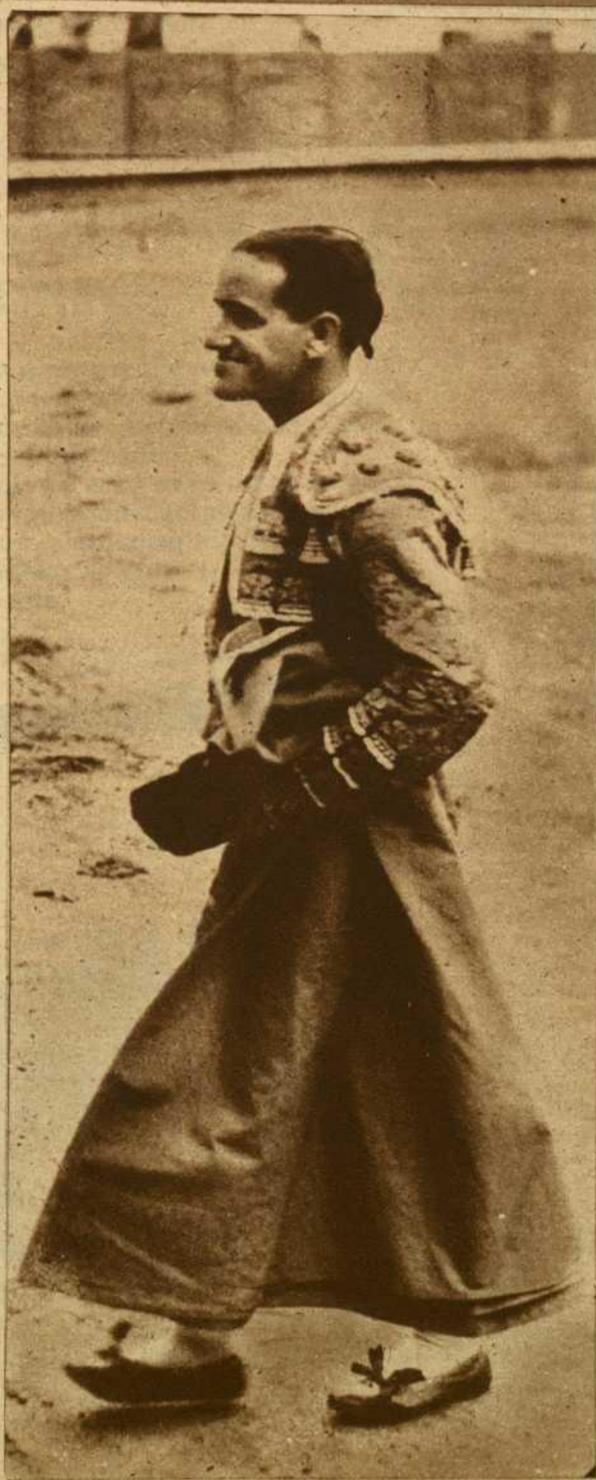
tal ausencia de voluntad. Cuando yo empecé, como miembro de una cuadrilla de chiquillos de mi barrio, edad y condición, a apartar los toros que a seis kilómetros de Sevilla encerraban por la tarde para llevarlos al día siguiente en conducción al Mata-dero, lo que me empujaba a ello era el deseo de torear; pero sin pensar nunca que lo que hacía podría ser el primer paso para llegar un día a la plaza. El público no existía para mí; por eso, cuando me enfrentaba



con un "bicho", después de haberle cansado, en combinación con mis camaradas de aventura, por medio de una barrera humana de muchachos escalonados, que corríamos en nuestro turno delante del toro—cosa que causó siempre admiración y duda a quien lo supo—, nunca pensaba más que en el recreo que para mí representaba aquel pasarme el toro por delante una y otra vez, embebido en los vuelos de mi capotillo. Yo buscaba el arte por el arte, sin ocurrírseme siquiera que aquéllo podía ser el escalón para vestir el traje de luces. En mi anarquía no soñaba más que con la aventura—ya me había escapado una vez de casa a cazar leones—y "aquéllo" era una auténtica y difícil aventura, en la que todo era riesgo y romanticismo, y el menor peligro el toro. Pero esto, si ahondamos, puede tener una raíz originaria en el complejo de inferioridad que siempre padecí; aun hoy, cuando desde el tendido contemplo una corrida, creo saber lo que se podría hacer al toro. Es decir, que yo no podía ni suponer siquiera que aquello que hacía pudiera tener interés para nadie. Por eso, la inquietud era la que me lanzaba hacia el cerrado, cada día más difícil de alcanzar. Ya las tardes—los guardas estaban sobre aviso—nos quedaron vedadas. A la luz de la luna tuvimos que realizar nuestras excursiones, y más tarde, recurrimos al carburo para poder llevar a cabo, en noche cerrada, nuestras ansias de torear. Muy difícil se puso aquéllo y, por lo tanto, muy grande tenía que ser nuestra afición. Como ya digo antes, lo de menos era el peligro de la cornada. Había antes mucho que pasar: seis kilómetros andando eran ya bastante para nuestra pobre constitución, falta de una alimentación completa; pero aún había que robar la barca para atravesar el río, o de lo contrario, se tenía que hacer a nadar, aunque la temperatura no fuese precisamente la más adecuada para tomar un baño, y como punto final quedaba la desagradable sorpresa del guarda, o guardas. ¡Mucha afición hacía falta!

En cuanto al segundo motivo, mi falta

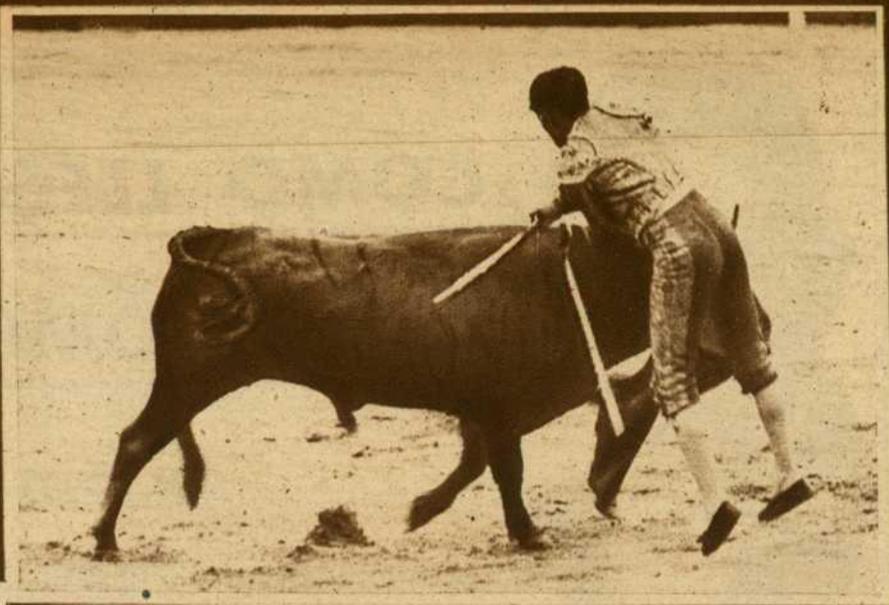
de voluntad ha sido la mayor culpable de que yo pasase de toreador a torero. Una vez conocidas nuestras aventuras, cuando la gente empezó a hablar en Sevilla de "aquéllo", me empecé a ver zarandeado; los demás hacían cábalas por mí, me hablaban de presentarme a Fulano y a Zutano, de torear en seguida ante el público. Y poco a poco me fueron empujando del campo al ruedo, a pesar de yo no hacer nada por conseguirlo. Me salió una persona que me brindó su protección—entonces ésto sucedía mucho, y en Sevilla, todo aquel que tenía relaciones o podía, buscaba el aficiónado a quien proteger—y me dijo que fuera



a visitarle. ¡Dos meses estuve llegando a su puerta, sin entrar! Cuando me encontraba ante ella me asaltaba la duda, mi complejo de inferioridad hacía su aparición y no me atrevía a llamar siquiera. Un día me vi vestido de luces. Era una novillada sin caballos, y el éxito me sonrió. Toreé bien, maté bien y entré en mi casa en hombros de los aficionados. Después pasó un año sin que volviera a torear en plaza alguna, hasta mi repetición en otra novillada igual, en la que un toro manso, de media casta, me trajo por la "calle de la amargura". Aquello no era una corrida más que en el sentido que pueda tener la palabra, en cuanto se refiere a correr. Yo iba detrás del toro, que no quería saber nada de mí; le daba un pase y se me marchaba otra vez, y así hasta que tocaron a matar. Era un "bicho" de cabeza enorme, y yo, cada vez que entraba—que podía entrar—, me tiraba encima de los cuernos, y él a su vez me lanzaba al aire. Ya en el suelo, descansaba un poco—reponía fuerzas—, y otra vez a tirarme sobre los cuernos. ¡Cuántas veces hice esta operación? ¡Qué sé yo! Pero como referencia diré que me tocaron los tres avisos y que no me echaron el toro al corral porque llegué hasta pegarme con él. Guardo una fotografía que unos aficionados amigos me enviaron, en la que estoy hincado de rodillas delante del marrajo, que, aculado sobre el bur-ladero, trata de defenderse, dándole un puñetazo en la cabeza, mientras dos banderilleros me cogen de los hombros, retirándome de allí.

Esto no me desanimó, pues juzgadas fríamente las condiciones del animal, el haber conseguido matarlo, aun con los tres avisos, podía considerarse como un triunfo. Además, yo tenía una persona que creía en mí. Esto casi ya bastaba para empujarme, para levantar mi espíritu; pero entonces me di cuenta de que además, ya dentro de mí, sentía otras causas, que, unidas a las principales, ya citadas al principio de estas líneas, servían de estímulo para mantener firme la voluntad de vencer. Y eran: el hambre y la mujer. Lo demás ya no importa. Vino todo rodado, y, poco a poco, hasta el éxito, que hube de mantener a fuerza de este conglomerado de estimulantes que me empujaban siempre: en el desmayo, en la mala tarde y en el accidente.

LA CAMPAÑA TRIUNFAL DE
PACO LARA



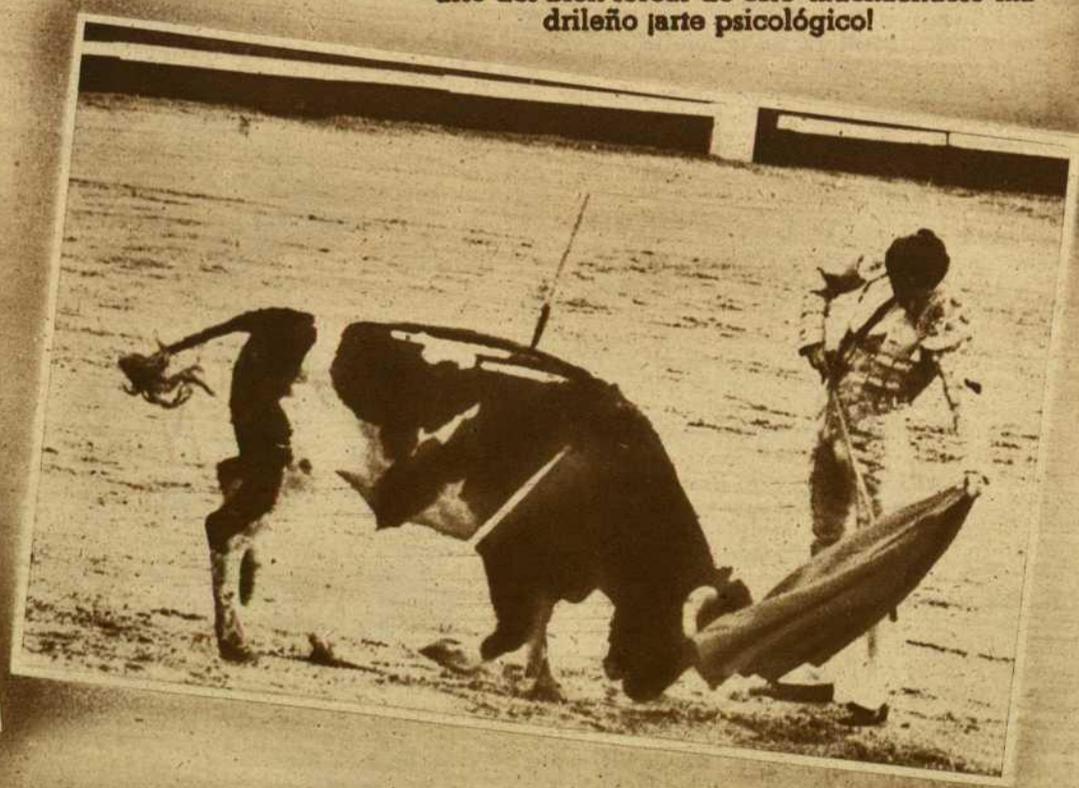
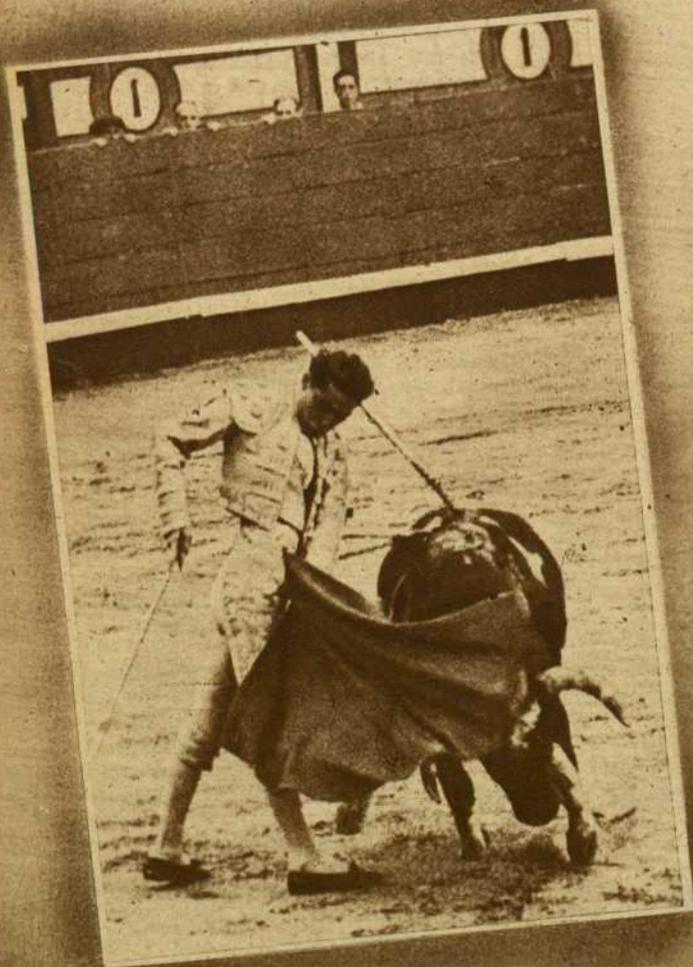
Parar, templar, mandar, dominar y matar bien, ¿es el secreto del toreo? Sí. Pues aquí está la explicación por qué triunfa y por qué torea Paco Lara.

Estas tres fotos demuestran que el torero de Cádiz reúne con la alegría de los Puertos, que es base de su toreo, que, además, reúne valor y arte para torear con la mano derecha y con la izquierda, con el temple y con la suavidad del que mejor toree y que, con la espada, se puede medir con los grandes estilistas, dando emoción y sabor a la suerte suprema.

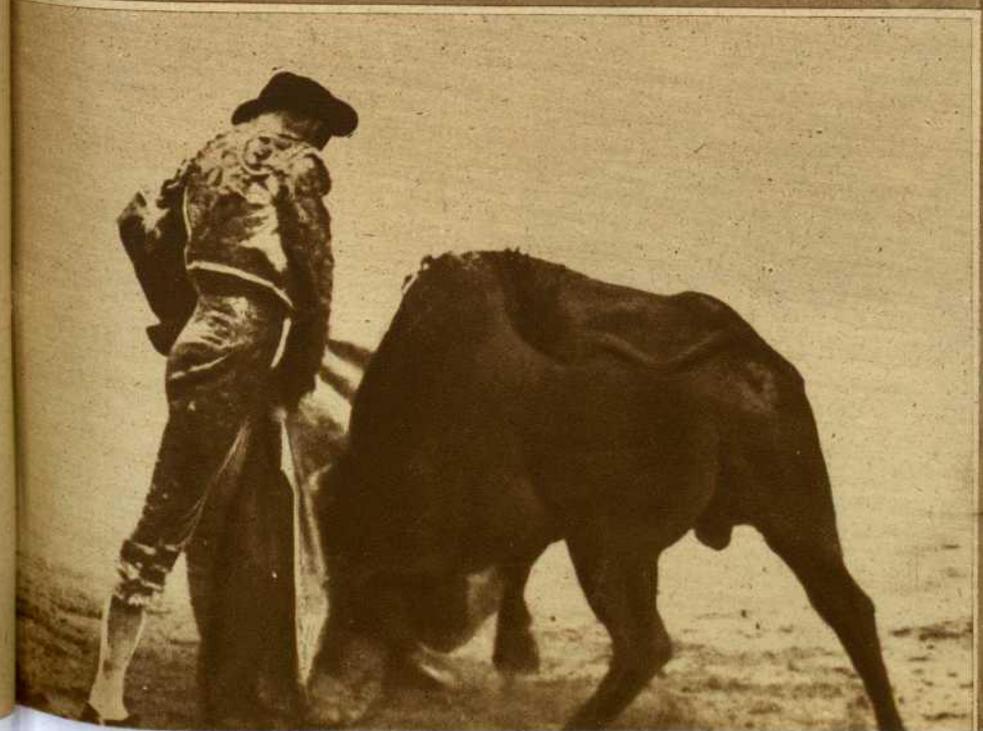
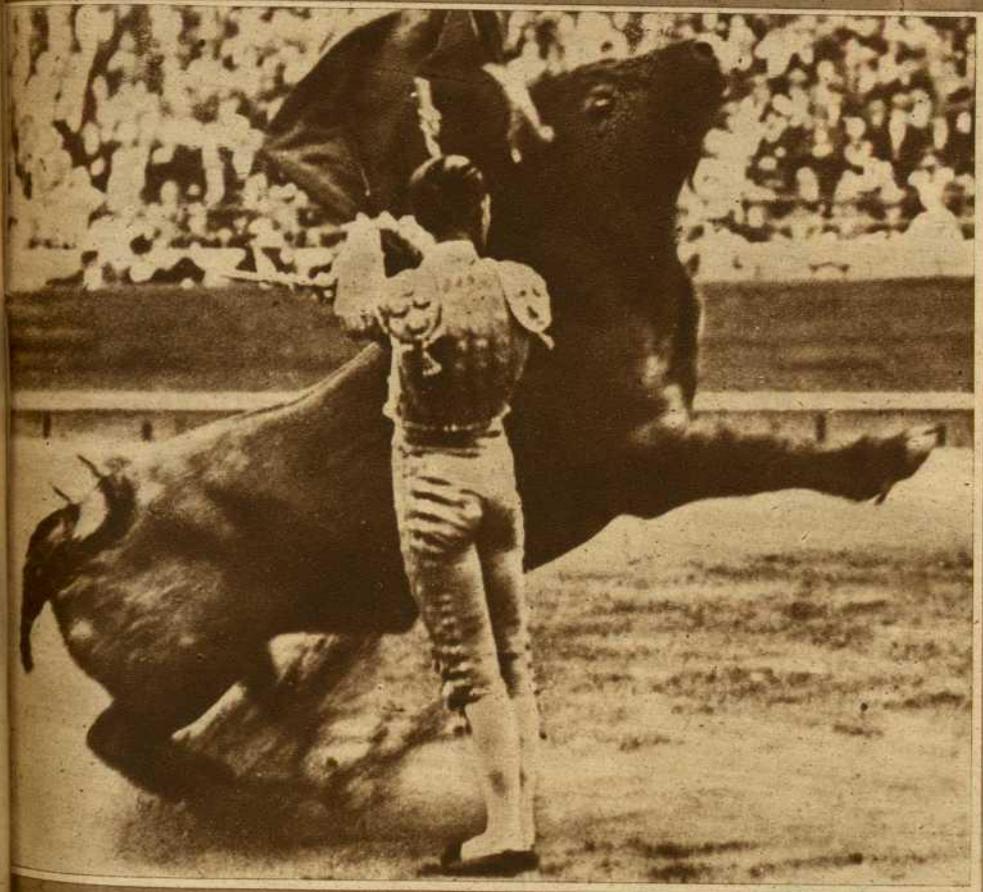
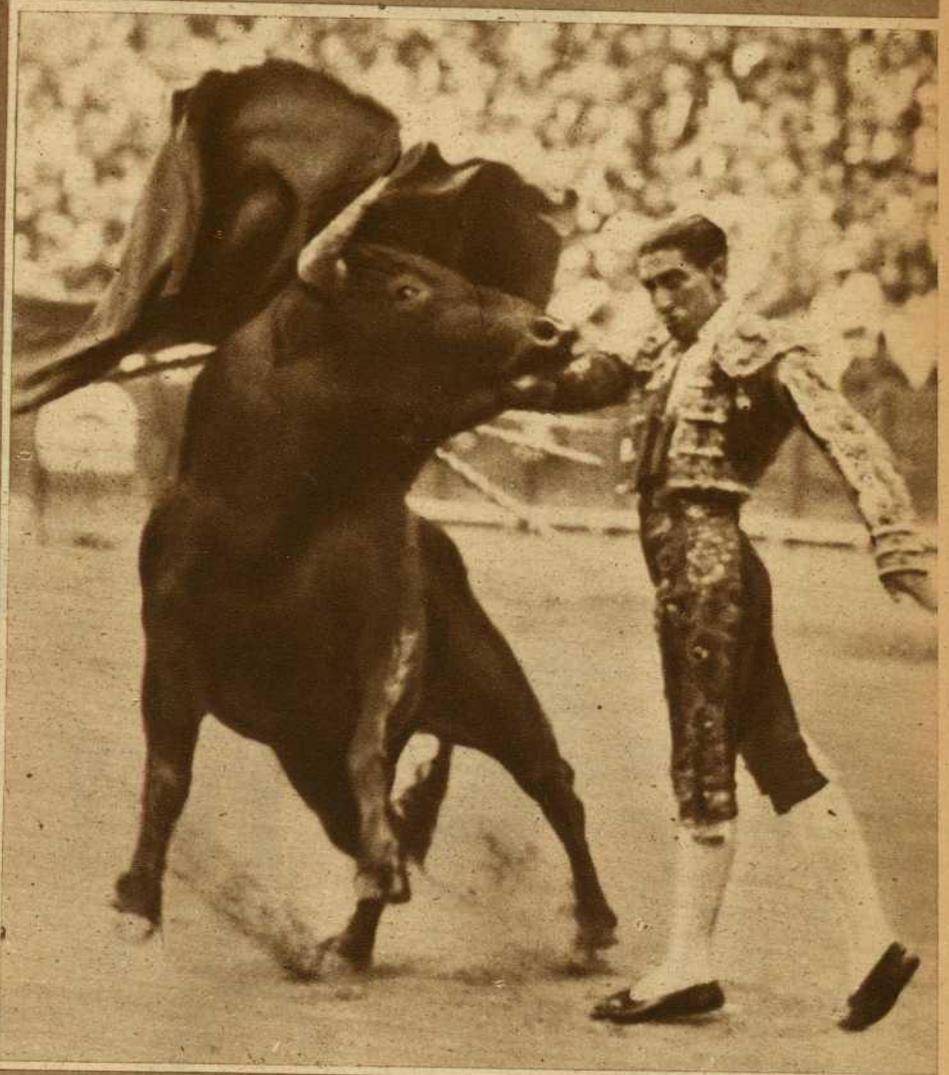
Rafael Perea **"BONI"** el torero que no aprendió de nadie.

Sus propios compañeros que con él han alternado o han presenciado sus faenas, elogian unánimemente cómo torea Rafael Perea, igual con la capa que con la muleta, en lo cual no se parece a nadie y aun es poco probable que haya quien le pueda imitar.

Pararse como él se para con los toros, llevar las manos tan bajas, templar más, prolongar los lances, como él hace, es una cosa tan suya, tan privativamente de su psicología, que ni la ha podido aprender de otro, ni los otros la pueden aprender de él. Este es el secreto del arte del bien torear de este muchachuelo madrileño ¡arte psicológico!



¡Así toreaba
CURRO PUYA!

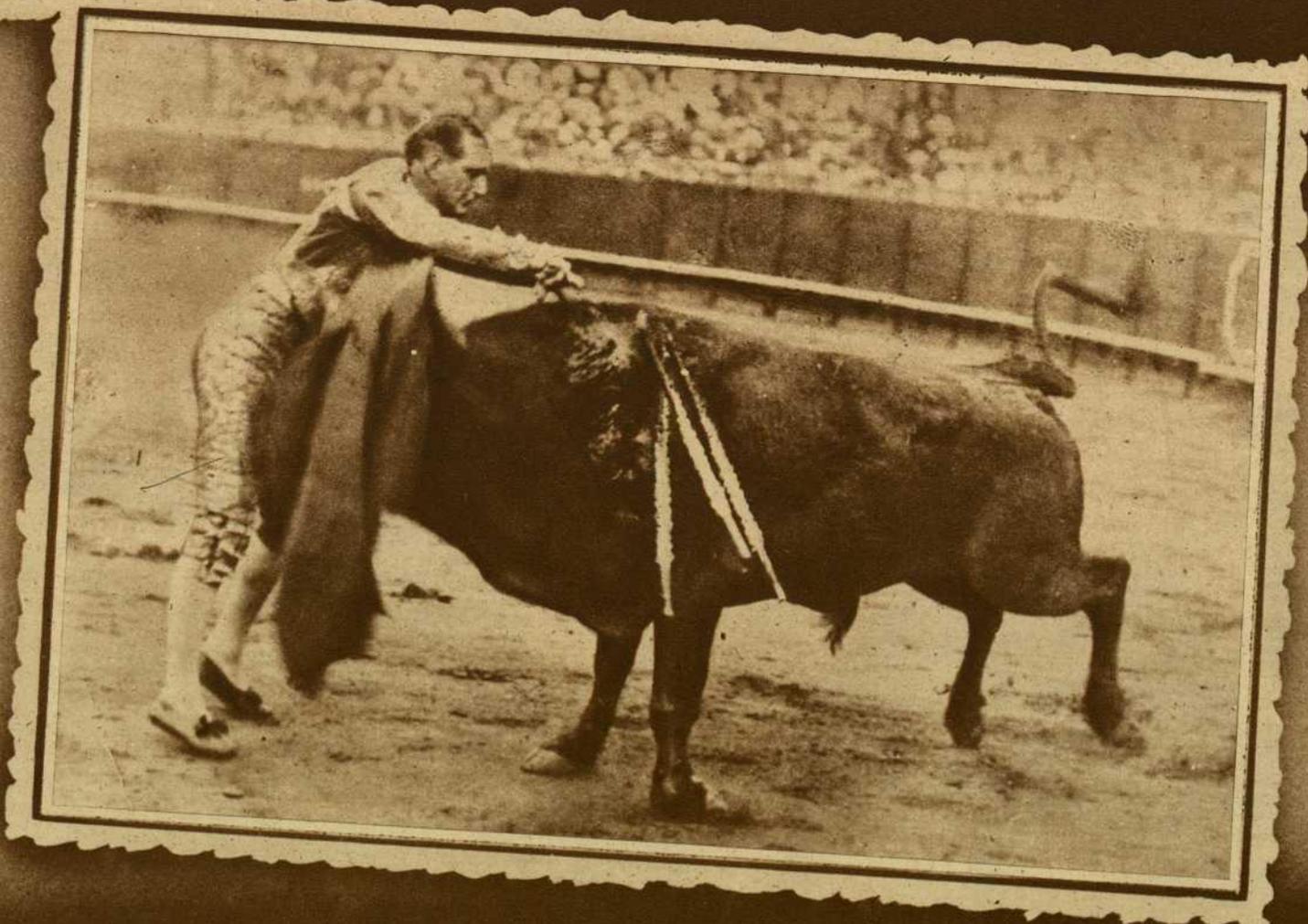


SIDNEY

FRANKLIN

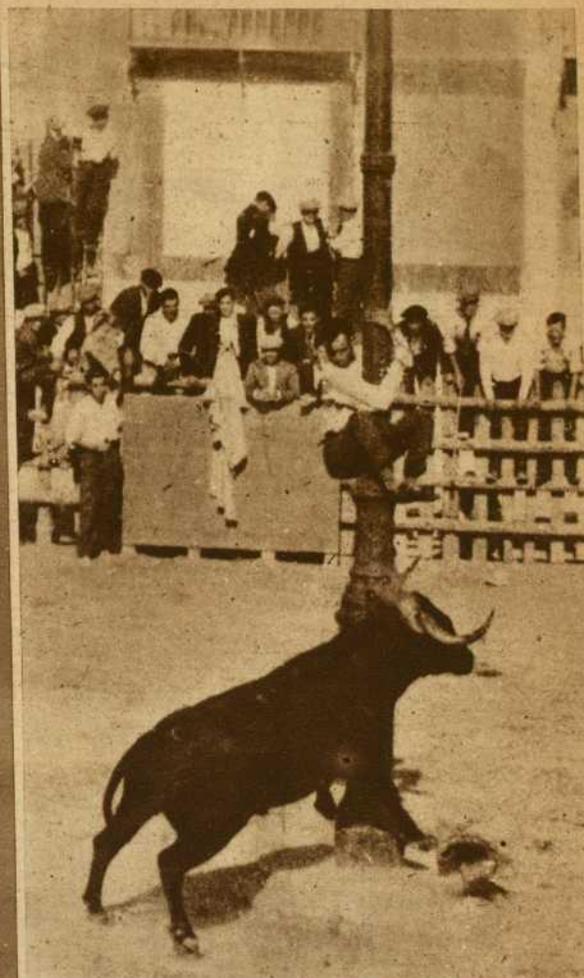
UNICO MATADOR DE
TOROS NORTEAMERICANO

SI, SEÑORES,
¡MATADOR DE TOROS!
Y AQUI ESTA ESTO!





Un festejo tan interesante como la propia corrida es el encierro de los novillos, a los que se ve aquí, camino de la improvisada plaza, acompañados de los cabestros y seguidos por los mozos del pueblo



La farola sirve magníficamente de barrera cuando las circunstancias lo requieren. Así lo entiende el "diestro" que se ha encaramado en ella

FIESTAS TAURINAS EN LAS CINCO VILLAS

por BARICO



LA primera fiesta taurina que presencié, en los años de mi niñez, fué una corrida de vaquillas en la plaza principal de mi amada villa. Tomé afición al espectáculo, y mis pocos años no fueron obstáculo para que fuera a presenciar, siempre que tuve casión, tan gallardo festejo. He visto por tierras aragonesas, que son las de mi patria chica, grandes y divertidas cosas en las corridas de vaquillas. Guardo memoria de cuanto vi y podría contar ahora cómo se hacen los encierros, en los que no dejan de intervenir, cuando las reses están en las calles del caserío, las mujeres; cómo se montan los tablados y cómo se combina la distribución de carros y talanqueras; cómo se arman los toriles y cómo se organiza la lidia, para que el desorden llegue a parecer natural.

Sé que, si bien conocidas por todos, sería de amable recordación el relato detallado de las incidencias de una corrida de vaquillas; pero sólo quiero narrar, llanamente, algunas particularidades que las fiestas taurinas tienen en las Cinco Villas aragonesas, y me permitiréis que os diga algo también acerca del primer fenómeno taurino que he conocido.

He visto en aquellas plazas una suerte de la que no tengo noticia que se ejecute por otras latitudes. Para practicarla es preciso atravesar, por su mitad, un cuévano—que en mi tierra se llama rascadero—con un palo del grosor de un mango de azadón—de aján, dirían allí—. Con el rascadero apoyado en el pecho, y sujetándolo por los extremos del palo, un hombre desafia a la bestia. Cornea ésta el cuévano. Tras el portador del rascadero se colocan, en fila de a uno, otros mozos, que ayudan al primero en la tarea de reprimir el ímpetu de la bestia. Y acaba la suerte cuando el mozo más ágil logra montar a lomos de la vaquilla y se apea, después, sin detrimento físico siempre, pues sus compañeros impiden que suceda cosa que dé que sentir. Esta suerte llegó a ser suprimida, a petición de los ganaderos, por el gran quebranto que sufrían las reses; pero hubo de ser autorizada de nuevo porque, sin ella, las corridas de vaquillas perdían, en mi amada tierra, casi toda su emoción.

He visto docenas de veces, en diferentes plazas, una vaquilla que tenía su historia y su fama. Era vieja, pequeña y fea. La conocían por un nombre que parecía alias de mujer con historia y fama: "La Pelos". Era fama que nunca se arrancó en falso; ni una sola vez se movió del centro de la plaza sin prender a algún mozo, que sólo mozos pisaban la plaza cuando aquella vaquilla saltaba del toril. Había enviado al puñetero a no pocos jóvenes y, sin embargo, cuando se iniciaban las gestiones para hacer el ajuste de las corridas, siempre se ponía al ganadero la condición de que incluyese a "la Pelos" en el lote. Como todas las vaquillas tenidas por peligrosas, llevaba una esquililla que anunciaba la tragedia o, a lo menos, el coscorrón. Murió, ella que a tantos arrancó la vida, de vieja, en el prado, hacia el mediodía de un día de primavera.

He visto no pocos ejemplares de vacas, de las llamadas "rinconeras". Estas vaquillas no corretean por las plazas. Buscan, por bajo los carros, por los huecos que quedan entre tabla y tabla, o por las talanqueras—"techas", en mi tierra—, al espectador descuidado que está a su alcance. Saben prenderlo con un pitón, sacarlo de su sitio y cornearlo ferozmente. Vaca de éstas ha habido que se ha puesto de manos sobre el varal de un carro para prender a su víctima.

He visto muchas cosas peregrinas en las corridas de vaquillas; pero la que más me ha impresionado siempre ha ido la actuación de "Cocinas". A ninguno de los llamados fenómenos he admirado tan profundamente como a este hombre magro, todo nervio y genio, que la gente de mi tierra conoce por el apodo de "Cocinas".

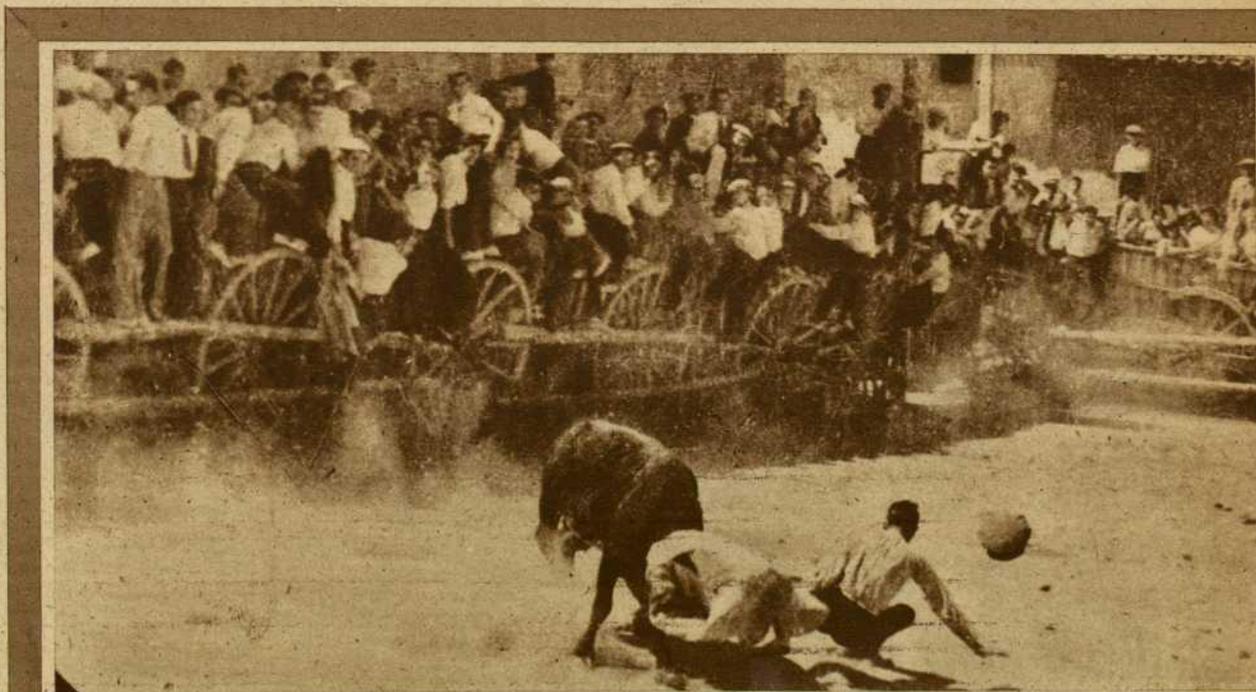
Bien sabéis cómo es una vaquilla de las que se corren en los pueblos. Antes de ser toreada por primera vez en una plaza pública lo ha sido ya en docenas de ocasiones en festejos privados. Algunas hay que fueron corridas centenares de veces. "Cocinas" con su característico garabato moreno y su boina pequeñísima sobre el cogote, haciendo gala de un estilo tan suyo que marcó una época, recortaba a

todas—absolutamente a todas—las vaquillas, sin más defensa que su agilidad y maestría. Nunca usó capote o cosa parecida. Citaba de largo, desafiaba de frente y emprendía su jarrera al tiempo que se arrancaba el animal. Siempre sucedía que "Cocinas" daba con la mano izquierda en el testuz, a la vez que con la derecha atrapaba en el aire su boina volandera.

Si en el recorte "Cocinas" era maestro, en el quiebro llegaba a la cima de lo genial. No conozco en la historia de la tauromaquia ningún caso de torero que se pueda parangonar al de este fenómeno aragonés. Yo he visto dar a "Cocinas" seis quiebros seguidos a una vaquilla. Y no le dió más porque fué requerido por unos entusiasmados espectadores para que participara de las delicias que encerraba su bien repleta bota de vino, y, en opinión del héroe, hubiera sido mal visto por todos si no hubiera aceptado inmediatamente la invitación. Luego me dijeron que tal hazaña no pasaba de ser un capítulo más en la historia taurina del tausteno, porque "Cocinas" es de Tauste, dato que no consigné hasta ahora.

Murió "la Pelos"; los años obligaron a "Cocinas" a retirarse, y ahora no sé qué figura taurina priva por mi tierra ni cuál es la vaca de más fama por su picardía.

Sé que "Cocinas", en los ratos que le deja libres su ocupación de remendar caçorolas, se dedica a cazar raposos, por medio de un procedimiento inventado por él y, como suyo, genial. Atrapa raposos ayudándose de un bombardino. Sabe que estas alimañas tienen un oído fino y delicadísimo. Descubierta el lugar de la madriguera, nuestro hombre hace sonar, en una de las entradas, su bombardino. Sale el animal cobardado, y es entonces cosa fácil darle caza. Pero éstas y otras habilidades de "Cocinas" no tienen nada que ver con sus hazañas taurinas y, por otro lado, es hora ya de que hagamos punto final.



No podían faltar los revolcones en una novillada de esta clase. Y el mozo valiente y decidido pierde aquí hasta la gorra al pretender escapar del a chuchón del cornúpeto, que le busca en el suelo

PAQUITO CASADO

camina hacia la "cumbre" del toreo

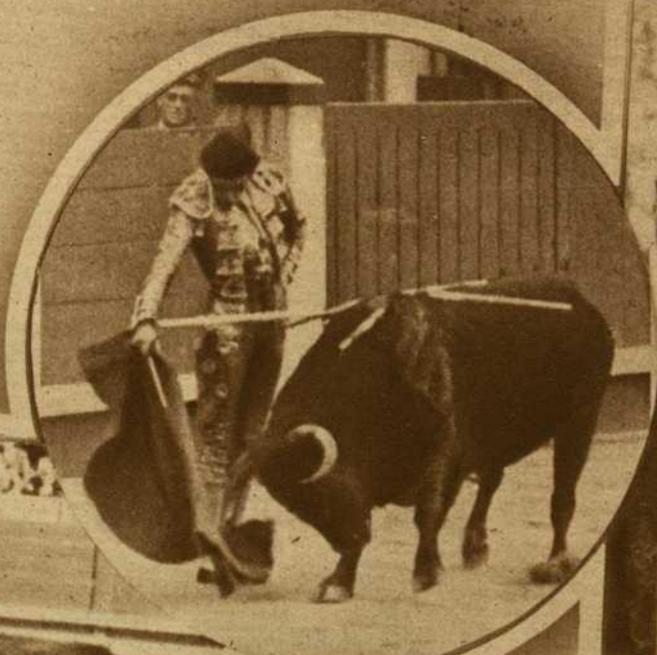
PAQUITO nació en Sevilla, y allí también nació su arte. Y porque en esa mágica y maravillosa escuela se hizo torero, PAQUITO asombra y emociona con su temple y su garbo de lidiador excepcional. No es la promesa vociferadora la que le anuncia como figura «cumbre», sino sus éxitos, que le han paseado triunfante por los ruedos. Éxitos ganados por un valor consciente y revalorizados por la mágica y sublime gracia de su sabiduría.



CURRO CARO *el torero de seda y cristal*

¡Calidad, Arte y Valor!

Limpio y templado, sereno y majestuoso es el toreo de este artista, que en las revueltas de su capote lleva la más pura esencia de su estilo. Este CURRO CARO, en la madurez de sus facultades, es así: Torero estilizado, sabio y con más tesón para ganar los aplausos que en sus comienzos novilleros. A la afición, el gran torero madrileño sabe que se la gana con valor y pundonor, con ese temple de sabiduría que CURRO deja ya en todas las plazas y que tantos aplausos le valieron en su vida torera. Los méritos ganados por él no admiten rivalidad, y está su nombre tan alto, que hoy se cotiza su figura más que nunca.



La fiesta de los toros en el teatro

(Viene de la página 27)

BIBLIOGRAFIA

El padrino del Nene, o Todo por el arte, sainete lírico, de Julián Romea, música de Caballero y Hermoso. 1896.

Las niñas toreras, extravagancia cómica-lírica, de Tomás Trevijano, música de A. varez y Lléo. 1897.

El primer reserva, pasillo cómico-lírico en un acto y en prosa, de Emilio Sánchez Pastor, música de Torregrosa y Valverde (hijo). 1897.

La primera vara, zarzuela en un acto, letra de Angél Munilla y Luis Ferreiro y música de los maestros Valverde (padre e hijo). 1897.

Los toros suditos, zarzuela cómica en un acto y en prosa, de Gabriel Merino y Diego Jiménez Prieto, música del maestro Apolinar Brull. 1897.

La boda de Luis Alonso, o La noche del entierro, sainete en un acto, letra de Javier de Burgos y música de Jerónimo Jiménez. 1897.

Toros de Saltillo, zarzuela cómica en un acto, letra de Enrique Prieto y música de Valverde (hijo). 1898.

Los garrochistas, zarzuela en un acto, de Pedro Novo y Colson y música de Salvador Viniegra. 1899.

El traje de luces, sainete en tres cuadros y en prosa, de Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, música de Caballero y Hermoso. 1899.

Desecho de tonta, humorada lírico-taurina en un acto, de Eduardo Ruiz Valle y José Navas Ramírez, música de Joaquín González Palomar.

La alternativa, cuadro de costumbres, letra de Angél Vergara del Prado y música de Eduardo Masella. 1900.

Jilguero Chico, sainete en un acto, de Adolfo Luna, música de Calleja y Lléo. 1901.

El capote de pasco, sainete lírico en verso, letra de Jackson Veyan y López Silva y música de Chueca. (Refundición de Los arrastraos.) 1901.

La corria de toros, zarzuela en un acto, de Paso y Jiménez Prieto y música de Chueca. 1903.

El bello Delmonte, entremés cómico-lírico, de Adolfo Sánchez Carrère, música de Modesto Romero. 1914.

La tonta, zarzuela en un acto y en prosa y verso, letra de José Jackson Veyan y música de Nieto. 1889.

No contamos las obras extranjeras tales como las óperas Le toréador, de Adam, y Carmen, de Bizet.

La regañona y la fiesta de los toros, de Jerónimo Cáncer; El toréador, de Quiñones de Benavente, y otra del mismo título, de Calderón de la Barca.

Francisco Montes, comedia en un acto y en verso, de Víctor Caballero y Valero. 1868.

Curro Cucharis, monólogo tauromáquico en verso, de Granés y Navarro. 1872.

Lagartijo y Frascuelo, comedia en un acto y en prosa, de Ramón Marzal. 1872.

Lagartijo, juguete cómico en un acto y en verso, de Carlos Sánchez. 1890.

Y Juan León, drama en cinco actos y en verso, de Eusebio Blasco. 1895.



PUBLICIDAD GISBERT

Publicidad Gisbert, fiel a su norma de prestar un servicio artístico a sus clientes publicitarios, de prestigio, ha colaborado con entusiasmo en este magnífico extraordinario, que constituye un valioso exponente periodístico de nuestra Fiesta Nacional.

El cuadro de dibujantes de



PUBLICIDAD
GISBERT

Publicidad Gisbert, integrado por Reyes (Director artístico), «Pampa», Valls, Salvador Sanz y Eugenio García Ruiz, ha demostrado en sugestivos trabajos que Publicidad Gisbert es la organización publicitaria dinámica y artística que exige la propaganda moderna.

PUBLICIDAD GISBERT

ARENAL, 1

Teléfonos 28833 - 21627

Ochenta y una orejas

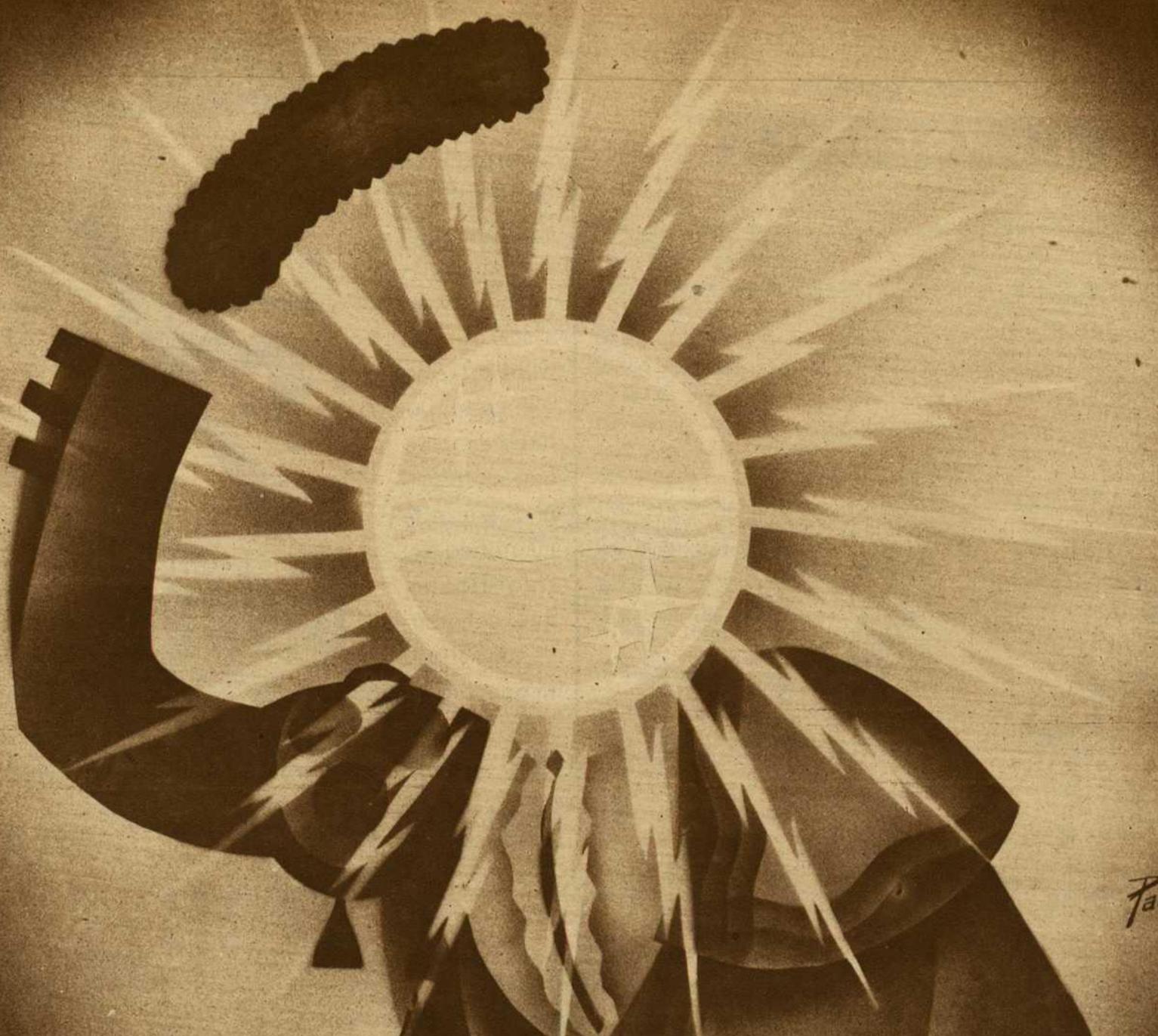
PARA *Pepe Luis* **ALVAREZ PELAYO**



Ni más ni menos. Ochenta y una orejas constituyen el mejor trofeo taurino de este novillero en plena juventud. De este PEPE LUIS, que asusta por su impetu, por esa personalidad forjada en triunfales tardes llenas de ovaciones clamorosas.

Así viene hoy y así llega a esta temporada este torerazo de cuerpo entero.





FamFa

PHILIPS

"ASTRO" DE CALIDAD QUE
JAMAS SUFRE ECLIPSES



R A D I O
V A L V U L A S
L A M P A R A S
A M P L I F I C A D O R E S
C I N E S O N O R O
R E C T I F I C A D O R E S
R A Y O S X
E M I S I O N

PHILIPS IBERICA S.A.E.
MADRID BARCELONA LAS PALMAS



*¡Lo mejor,
para el mejor!*

Fampa

**Coñac
Centenario**

Terry



Las Grandes Figuras

MANOLETE

dice:

*El toro debe ser natural. Y el coñac,
"Fundador"*

*Manuel Rodríguez
"Manolete"*

El toro debe ser natural, y el coñac, "Fundador".

Manuel Rodríguez.
"Manolete".

PARA CALIDAD

DOMIECO